

Seres malditos

Libro 3

METAMORFOSIS

Eba Martín Muñoz

Seres malditos. metamorfosis

(Libro 3)

Eba Martín Muñoz

Autor: Eba Martín Muñoz
Título original: *Seres malditos. Metamorfosis* (Libro 3)
1ª edición: abril 2017
Este libro se imprimió en CreateSpace y Amazon
En abril de 2017

© Eba Martín Muñoz, 2017
Maquetación, edición y corrección: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada: Juan Manuel Martín (equipo Servés)

ISBN-13: 978-1539173786
ISBN-10: 153917378X

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Seres malditos. metamorfosis

(Libro 3)

Eba Martín Muñoz

Dedicatoria

Ver tus ojitos cerrados al nacer y saber que te amaría
para siempre, mi pequeño tesoro.

Agradecimientos

Como siempre, dar las gracias a mi maravilloso equipo de *testers*, porque sin vosotros mis novelas no serían como son, no llevarían pedacitos vuestros.

A **Juanma Martín**, porque he escuchado que pensaban secuestrar al mejor tester del mundo y me ha dado cagalera. ¡No te dejes!

A **Núria Márquez**, mi sacerdotisa maga y mi lectora incondicional, porque eres maravillosa y eso compensa la parquedad, jijij. Te adoro.

Y, completando a mi trío de ases, a **Encarni Prados**. Descubrirte como amiga y compañera de lecturas después de que me leyeras ha sido algo maravilloso. Ah, ¡y lo has hecho de miedo! Cuento contigo para la próxima si quieres, jeje.

¿Y sabéis a quiénes más les agradezco?

A vosotros, lectores.

A todos y cada uno de los que me leéis (pagando por mi trabajo, claro. A los otros, los que pirateáis, os deseo que os roben con la misma alegría vuestro pan), y que además me recomendáis y dedicáis unos segundos a dejar vuestra reseña e incluso a escribirme cartas.

No sabéis lo que me alegráis la vida.

Y, entre todos ellos, voy a nombrar a una pila de lectores que, sin conocerme de nada, me eligieron para leerme y se hicieron más que conocidos, muchos ya casi amigos.

Os llevo en mi corazón para siempre: Azucena Campo, a Sandra Val, a las hermanas Martínez (Conchity y Fulgen), a una madre e hija que se compran todo lo que escribo y que no pueden ser más bonitas y adorables (Mari Benito y Ana Álvarez), Marisa Arvi, JL Prieto, Benjamín, Victoria Cuesta, Begoña Medina, Puri González, Susana Terciado, Nesha y muchos más.

¡Sois tantos que ya formáis parte de mi día a día que espero que me disculpéis si no os he nombrado!

“La curiosidad es como el amor: siempre establece un lazo entre el objeto y el sentimiento; y con tal de que éste último posea suficiente energía, no importa lo despreciable que sea el primero.”

Charles Robert Maturín

«El tiempo se lo lleva todo y al final sólo queda oscuridad. A veces encontramos a otros en esa oscuridad y otras veces los perdemos en ella». **Stephen King**

La milla verde.

“Ningún hombre es libre. Eso sólo se lo creen los niños y los idiotas”.

George R. R. Martin

“No todo oro reluce, ni toda la gente errante anda perdida.”

J. R. R. Tolkien

A la niña que fui una vez que, con los ojos llenos de poesías y de sueños, contaba, gritaba, que sería escritora. Palabras que se quedaron ahogadas entre risas hostiles de adultos. Que os jodan, jijijij.

Recapitulación de personajes y acciones de los libros 1 y 2

MARÍA:

Madre del protagonista. Mujer mortal, madrileña. Criada en un orfanato y sin cariño, de adulta la vemos convertida en prostituta y drogadicta. Rechaza a su hijo desde el primer momento. Después de abandonarlo en una estación de autobús, su novio (Pedro) la deja también a ella.

Desde entonces, el hijo mantiene una relación inestable con la madre a través de viajes mentales hasta que ésta, finalmente, muere en un callejón tras la última paliza de su proxeneta. El hijo, convertido ya en un joven de veinte años, llega a tiempo de verla morir, pero descubre que sigue sin haber nada para él: ningún recuerdo, ningún “te quiero”, ningún sentimiento.

“YO” (PROTAGONISTA):

Nace mortal, pero con empatía extrema (oye y sabe cada pensamiento de los demás) y con más poderes peculiares, como modificar/ eliminar pensamientos de los demás y obligarles a decir o realizar pequeñas acciones.

Siente el rechazo del mundo y de su madre desde el minuto uno de su nacimiento y pasa los primeros años sin ningún contacto con el exterior, salvo con una madre maltratadora y cruel. Con siete años, es abandonado por María en un autobús el día de Navidad y acaba en un orfanato de Zaragoza, donde conocerá a Eva y a Sergio, sus únicos amigos (sin contar a su fallecido Coca). Descubre, además, que es incapaz de oír y entrar en la cabeza de Eva hasta que no realizan “el conjuro de familia”. El resto de niños del orfanato lo odian o temerán tras la terrible muerte de Álex.

En su adolescencia comienza a notar la presencia de un vampiro que se le aparece en sueños. Con catorce años, se escapará del orfanato para vengar el asesinato de su amigo Sergio. Tras eliminar a sus asesinos vuelve a Madrid, donde comenzará su etapa laboral. Trabajando como encargado en un bar, conoce a Abel (su primer amor), al que acabará asesinando en su decimoctavo cumpleaños al descubrir que todo era un engaño. Leo trata de

advertirle, pero, cuando ve que éste lo ignora y que sus manos están manchadas de sangre, lo da por perdido hasta que, dos años más tarde, se ve obligado a actuar para salvarle la vida. La Leyenda Roja ha sido víctima de un potente veneno suministrado por los Mayores y la vida se le está escapando. Leo actúa sin pensárselo e inicia el proceso de transformación vampírica.

De su etapa adulta, sabemos que ya es un vampiro, que está solo y que sigue sufriendo. Es el inventor del Fangbook (entre otras brillantes ideas) y Eva, su gran amiga de la infancia, quiere matarlo por algo sucedido en el pasado. Para defenderse de ella, entra en contacto con la Trinidad y la Academia de magia. Tras la masacre zombi en la Academia, el Demonio Rojo acaba por ser socio de ésta junto a Núria y otros nuevos integrantes, incluyendo a Maximilian.

IVÁN:

Cazarrecompensas profesional que sale exclusivamente en el primer libro. Contratado por Eva para matar al protagonista, se hace yonquiro (humano adicto a los vampiros de mordiscos, pues sienten algo más intenso que con el propio sexo y los orgasmos) para poder hacer su trabajo. Aunque ha tomado inhibidores secundarios para que el protagonista no lo descubra, éste lo hace al probar su sangre.

Acaba finalmente asesinado por el protagonista, en un ataque de ira y de desengaño, después de una relación sexual en su casa. Su cuerpo acabará devorado por Clon, el gul de Helena. En el segundo libro se le menciona cuando la policía visita al Demonio Rojo en su casa para tomarle declaración por la desaparición del humano.

RAÚL:

Capo de la mafia y de la prostitución bilbaína, es un mortal que se enamora de Luna. Ésta asesina y despedaza a todas sus “chicas”, y le obliga a embarazarla y a casarse con ella. Tras la boda, se ve libre de Luna, pero Ianire le invoca con un conjuro de llamada y atracción del que no puede escapar. Así, acude a Madrid y muere ese mismo día devorado por Ianire, sin llegar a conocer a sus hijos, Eva y Hugo.

LUNA:

Nigromante poderosa e inmortal de Bilbao. Aunque tiene 102 años, aparenta treinta y pocos. Es hija de El Brujo, cuyo espíritu intenta matarla cuando ella se niega a levantarlo de la tumba. Acoge como aprendiz a una niña (Ianire) hasta que se enemistan y se juran odio eterno.

Consigue embarazarse a través de la magia negra y de su relación con Raúl. Para proteger a sus gemelos de Ianire, se los entrega a su hermanastra y ella se somete a un conjuro de auto amnesia. Tras varios intentos fallidos de matar a Ianire, Luna revive a la demoníaca muñeca Paula y se las arregla para que esta última acabe en casa de Ianire.

Cuando ve los daños cerebrales del conjuro, revierte el proceso y decide traerse a los niños con ella, pero Paula se las arregla para libarle el cerebro y tarda en darse cuenta del engaño. Para cuando lo descubre, su hermana está encerrada en el cuerpo de una joven y viaja hasta Zaragoza para rescatarla. Consigue introducir su alma en el cuerpo de una enfermera y regresa a Bilbao con Lidia herida mortalmente.

Ya muerta, sabemos que trata de separar a su hija Eva de Zanahorio, advirtiéndole de una Profecía de muerte cercana si no se aleja de él. Eva la ignora, pero consigue acercarse a ella a través de algunas apariciones y de un regalo muy especial en su decimosexto cumpleaños: un baúl lleno de libros de nigromancia, pócimas, amuletos, hechizos y almas embotelladas.

IANIRE:

Siendo una niña de doce años, esta bilbaína conoce a Luna cuando la segunda le proporciona varios libros de magia. Cuando se siente preparada,

asesina a sus padres (su padre la violaba, y la madre callaba y consentía) y se come su corazón. Atrapa sus almas en un guardapelo, que porta siempre al cuello, y se inicia su relación de pupilaje con Luna. Esta relación se rompe cuando Luna usa al esclavo sexual que le había regalado por su mayoría de edad. Se establece en Madrid, desde donde compite con su maestra y se convierte en Viuda Negra (se alimenta de jóvenes varones tras copular con ellos).

Intenta, sin éxito, dar con uno de los bebés de Luna (ella ignora que los dos están vivos), hasta que abandona su búsqueda y su deseo de venganza o destrucción al enamorarse y casarse con Ariocho.

En su Luna de Miel, Ariocho la embaraza tras mostrarle a sus tres futuros hijos, pero, cuando regresan de su viaje, Paula quema su vientre y a la pequeña que crecía en él, dejándola seca para siempre. Ianire cambia tras ese suceso y se deprime ante todos los fracasos de su marido por hacer que otro bebé arraigue en ella. Torturará a Balban por ser el causante de su dolor, y lo último que sabemos de ella es que van a intentar de nuevo ser padres.

En el futuro, la veremos con 140 años, totalmente decrepita y con el rostro marcado, con Ariocho muerto y conviviendo con su hija adoptiva, Eva. Se niega a dejar este mundo hasta cumplir su última venganza: acabar con el Demonio Rojo.

ARIOCHO:

Demonio de la Venganza que puede metamorfosearse en cualquiera de sus víctimas. Es un mercenario que liquida cualquier tipo de ser, vivo o muerto, a cambio de unos honorarios. Su apariencia real es la de una gigantesca criatura negra, alada y plumífera que porta una larga espada. En su apariencia humana, suele adoptar la de Diego, un hombre negro de tamaño descomunal.

(Ver ficha técnica de él en el capítulo “Luna 9” del primer libro, para recordar información interesante).

Es contratado por Luna para que acabe con Ianire pero ambos se enamoran a primera vista y abandona el encargo. Gracias a él, somos testigos de una boda demoníaca y de cómo embaraza a Ianire tras mostrarle el futuro con un *cunnilingus*. Cuando Paula mata a su “hija del destino”, no se da por vencido y roba varios bebés nonatos para implantarlos en el vientre yermo de su joven esposa, pero todos mueren. Cuando descubre a la muñeca Paula,

apresa al demonio Balban para que su esposa pueda torturarlo hasta la muerte. Finalmente, se plantea invocar a su amigo y demonio Baal para que lo embarace a él.

Del futuro, desconocemos aún porque Ianire lo odia y habla tan mal de él, pero nos cuentan que está muerto.

SELENE:

Vampiresa antigua que seduce a Leo gracias a un perfume de atracción amorosa que se aplicaba en el pelo. Cuando éste se agota, ve que va a perderlo, pero niega la realidad. Al descubrir que su amado ha convertido a otra, con la que se ha casado, la asesina. Cuando se da cuenta de que él no volverá a estar con ella, se suicida clavándose una estaca, creyendo que así su vasallo también morirá.

En el segundo libro, Selene se reencuentra con él en el reino de Hades, a través de sus sueños, para pedirle perdón por todo el sufrimiento causado y decirle que le sigue amando. Él la rechaza nuevamente, pero la perdona por fin.

LEO:

Arquitecto de Salamanca, es vampirizado por Selene mientras está en Polonia concluyendo un proyecto. Tras el trabajo, su intención era regresar a su tierra a casarse en un matrimonio concertado que le horrorizaba y del que le salva Selene. Después de varios siglos de amor con ella, él deja de amarla y quiere ser libre. Se hace animariano y se niega a volver a cazar con ella. En París conoce a su amigo Van Gogh y al amor de su vida, Maite, una mortal a la que convierte, y a la que Selene asesina enseguida. Él enloquece durante varios meses, matando a todo humano que se topa con él al ver en sus rostros a Selene.

Logra recuperar la cordura y regenerar su cerebro gracias a la pirámide de Tutmés. Ahí podrá despedirse de su amor en persona. Vuelve a España, donde, cada “noche”, Leo y ella se reencontrarán en sus sueños. De nuevo se siente feliz y recupera su estabilidad mental, hasta que Van Gogh viaja a España para comunicarle el precio de todo aquello: proteger a Rodrigo, el hijo del pintor y de Alouqua. Su misión, desde entonces, será salvarlo de ella y de sus malos instintos, pues Van Gogh le hace saber que

morirá en breve. Pronto descubrirá que el pequeño es pura maldad y lo lleva a la pirámide para contener su esencia maligna y su prematuro crecimiento. Por otro lado, Leo vuelve a quedarse solo cuando Maite se niega a volver a verlo a causa de sus pensamientos infieles.

En la etapa moderna, lo vemos en el último capítulo salvando al protagonista de una muerte segura al convertirlo en vampiro y pupilo.

MAITE:

Mujer mortal parisiense que vivirá una historia de amor a primera vista con el vampiro Leo. Recién convertida y casada con él, Selene acaba con ella arrancándole la espina dorsal. Tutmés la revivirá, por apenas media hora, para despedirse de Leo y quitarle la pena y la culpabilidad por no haber evitado o previsto su muerte.

Tras esa despedida, Tutmés les regalará encuentros oníricos con la promesa de pasar juntos la Eternidad cuando Leo cumpla su misión de protección del hijo de Van Gogh, pero ella rompe su matrimonio cuando descubre a Leo pensando en copular con otras mujeres (pensamiento que intuimos le ha podido venir de su conexión con Rodrigo, el niño demonio).

VAN GOGH:

Personaje histórico, será convertido en vampiro en París por Alouqua, una mujer mitad vampiro mitad demonio súcubo, que lo abandona al poco tiempo. Después de trabar amistad con Leo, su Maestra vuelve para retomar la relación, pero ésta lo abandona de nuevo en cuanto queda encinta de Rodrigo.

Tras ello, Alouqua lo atormentará en sueños y le hace ver que morirá en breve, sin el amor de su hijo. Van Gogh pide ayuda a Leo e ingresa voluntariamente en un psiquiátrico después de contarle todo a Leo y conseguir la promesa de que cuidará de su hijo. En el sanatorio mental, su propio hijo recién nacido, que tiene la apariencia de un niño de diez años, disfruta haciéndole daño y enloqueciéndolo aún más.

TUTMÉS:

Hijo del dios Tot, fue mordido en 1450 a.C. por un vampiro y se

convirtió en uno, con cualidades de ambos mundos, y en el más antiguo de la Tierra. De aspecto peculiar y estrambótico (maquillaje, atuendo egipcio, complementos en oro, serpiente sobre la cabeza...). Reside en Londres, donde se dedica a la hechicería. Ayuda a Leo a regenerar su cerebro dañado mediante su pirámide de energía y concede a éste la oportunidad de ver y hablar con Maite en persona, además de regalarles los encuentros en el reino de los sueños.

Padrino de la temible y letal Alouqua, trata de proteger al hijo de ésta encargando a Leo su misión especial. En la última escena, vemos que la pirámide ha limpiado al bebé malvado, y que Tutmés facilita la huida de Leo para que Alouqua no acabe con él.

ALOUQUA:

De ella sabemos que es la Maestra de Van Gogh. Demonio súcubo y vampiresa a la vez, mata (o induce al suicidio) a todos sus amantes. A Vincent lo abandonará dos veces: al poco de su conversión, y cuando queda finalmente encinta de él, en mitad del acto sexual, con un comportamiento extraño (sale volando por la ventana totalmente desnuda), no sin antes amenazar a su vasallo con regresar para matarlo.

Tras el parto, descubre que la maternidad no es lo suyo y se desentiende bastante de su malvado niño, a la vez que se presenta ante su convertido en forma de pesadilla. Tras el viaje de Leo con su hijo a la pirámide, ella los rastrea y viaja hasta allí llena de furia. Es, además, la ahijada de Tutmés, quien fue su padrino en su “bautismo de sangre” (ver nota 39 de SM2).

En el presente más cercano, la vemos de invitada en la boda de Ianire y Ariocho, a los que regala una cajita que atrapa almas humanas.

RODRIGO:

Es el hijo demonio-vampiro de Van Gogh y Alouqua, que demuestra una gran conexión con Leo incluso antes de nacer. Se presenta a su padrino un día antes de su nacimiento y el propio Leo experimentará sensaciones ligadas a él, como los dolores del parto de la madre, la necesidad de sangre e incluso sexo...

Rodrigo no se lo pondrá nada fácil en su misión de padrinazgo: pierde

a Maite, verá cómo enloquece y tortura a su buen amigo Vincent...Pero, finalmente, accede a entrar en la pirámide y sale de ahí con la apariencia de un bebé de quince meses, con algunos poderes atados (que no se desarrollarán hasta su adolescencia) y con parte de la maldad absorbida.

EVA:

Hija de Luna y Raúl, se irá a vivir a Zaragoza con su tía junto a su hermano gemelo para estar bajo su protección. Durante el parto, casi muere desangrada porque su hermano le había devorado una pierna hasta casi la rodilla. Con menos de un mes de vida, demuestra sus cualidades de bebé mágico al hablar y exhibir conocimientos del mundo circundante. Su madre ata los poderes de ambos para protegerlos de sí mismos y del rastreo de Ianire. Finalmente, acaban en la casa de Zaragoza sin su tía, sin su madre y con la niñera muerta, cuyo cuerpo parasita Paula.

Sabemos que acaba en el orfanato con cuatro años, donde conocerá al protagonista ocho años más tarde. Pese a los sueños proféticos que su madre le envía para que se aleje de él, se hacen amigos y crean un “conjuro de familia” junto con Sergio, que ella acabará rompiendo años más tarde para que Zanahorio no siga leyendo su mente y ella pueda practicar la magia negra a través de los libros que el espíritu de su madre le ha hecho llegar en su decimosexto cumpleaños. Decide abandonar la nigromancia tras el intento fallido de resucitar a su hermano muerto.

Por otro lado, inicia una relación con Alberto, el amor de su vida, con largas separaciones de por medio. Tras la muerte de Sergio, ambos se van a vivir juntos en Zaragoza hasta que se mudan a Madrid. Ella será quien salve al Demonio Rojo de su depresión a causa de la traición de Abel.

En el futuro, la vemos de hija adoptiva de Ianire, a la que tiene que alimentar con varones sanos. Ella también busca la muerte de su antiguo mejor amigo, y planea hacerse un robot de su fallecido Alberto. Descubrimos también que, efectivamente, ella estaba relacionada con la Trinidad, con la que contactó para que matasen a su ex amigo.

HUGO:

Hijo de Luna y hermano gemelo de Eva, nace amarrado a la pierna de su hermana, semi devorada por él. Tiene una apariencia monstruosa y

reptiliana, que muta al ser bautizado. Se convierte entonces en un bebé precioso, salvo por sus grandes fauces terribles y garras afiladas. Vivirá en un gran jaulón en el apartamento contiguo al de su tía, alimentado con carne cruda. Su crecimiento y desarrollo es anormalmente rápido, aparentando año y medio con sólo un mes de vida y hablando con un reducido lenguaje. Escatófago, de movimientos y actitudes simiescas, muestra atracción y aptitudes en las artes plásticas y la música.

Tras el ligamento de poderes, Hugo vuelve a sufrir varias mutaciones más. Al recuperar la apariencia reptiliana, su tía no soporta verlo y comienza a alimentarlo Lourdes. Tras una nueva mutación a un ser morado y aterrador, Hugo exige a Lourdes un traje con la piel de un niño para ser “normal”, pero esto nunca llega a ocurrir. A partir de ese instante, será Paula (dentro del cuerpo de Lourdes) quien alimente al niño-monstruo con humanos.

SERGIO:

Amigo del protagonista en el orfanato. Un niño burgalés mudo después de que su padre, en una de sus borracheras con paliza incluida, le cortara la lengua. Es sensible, inteligente e intuitivo y enseguida se acerca al protagonista. Gracias a un libro, aprende él solo el lenguaje de signos y se lo empieza a enseñar al resto del personal del centro.

Tras el “juramento de familia”, los tres chicos se unirán más hasta que Eva comienza a coquetear con la magia negra y aumentan los secretos. Antes de abandonar el orfanato por edad, Sergio se le declara a su amigo y se dan un beso. Roberto lo descubre y le da una paliza terrible de la que jamás se recuperará, anímica y físicamente.

Se va a vivir con Eva tras la paliza y apenas sale de casa. Cuando recibe en herencia el piso de su madre fallecida, sale a celebrarlo y acaba en un sitio de ambiente donde conocerá a Andreu. Entonces abandonará Zaragoza para irse a Barcelona con él y perecerá en un ritual satánico que Eva y “Yo” presencian en sus sueños.

Sergio aparece una última vez en los sueños de su amigo Zanahorio, para despedirse de él, agradecerle que haya vengado su muerte y dejarle el piso de su madre en herencia.

ALBERTO:

En el primer libro pasa bastante desapercibido. Sabemos que es el monitor más joven del orfanato. Atlético, apuesto y de 20 años, de buen carácter y preocupado por los niños.

En el segundo libro descubrimos ya todos los secretos que esconde. Por un lado, trabaja para los Mayores: una asociación secreta que lucha contra el Mal protegiendo a los “Especiales”, o eliminándolos si éstos son peligrosos para la humanidad. Su misión consistía en vigilar a Eva y a Zana, y matarlos (si era necesario) para que no se cumpliera la Profecía. Pero lo relevan del cargo cuando ven que, llegado el momento, no sería capaz.

Eva y Alberto, enamorados en secreto casi desde el inicio de conocerse, acaban finalmente juntos y es en ese momento en el que lo envían a cuidar de un “Especial” en Estados Unidos. Tras años sin verse y de mantener una escasa correspondencia con mensajes secretos, éste regresa a España y no vuelve a separarse de ella. Ingresa en el ejército y, más tarde,

dejan Zaragoza para irse a vivir a Madrid y estar cerca de Zanahorio.

En el segundo libro se nos cuenta, además, que en el futuro él estará ya muerto y que Eva planea recuperarlo a través de la tecnología.

ROBERTO:

Monitor del orfanato de 25 años, obeso y alopecico. Su padre, aficionado a las borracheras y al cinturón, le deja algo tarado. Disfruta maltratando y vejando sexualmente a algunos niños. Tras un encuentro con el protagonista, cree que es la Muerte que viene a buscarlo y decide que debe envenenar la comida del centro para evitarlo. El protagonista borra esos recuerdos y, con ellos, su miedo y su evocación de la tartamudez de su niñez.

En el segundo libro vemos cómo Zanahorio debe reajustar su mente cada cierto tiempo para que no vuelva a las andadas, jugando con su mente a través de pesadillas y avisos oníricos. Pero éste logra dar una paliza brutal a Sergio, con violación incluida, y Zana lo matará en la capilla del orfanato tras una prolongada tortura.

MANUEL:

El tercer monitor del orfanato. De 31 años, buena persona, responsable y justo, pero muy despistado. Se hará el ciego ante la historia de amor de Eva y Alberto.

SUSANITA:

La amiga de la infancia de Eva en el orfanato, también pasa desapercibida en el primer libro. En el segundo descubrimos que ella es la segunda infiltrada que menciona Alberto en sus cartas, enviada por los Mayores para vigilar o matar a los pelirrojos.

La vemos más adelante en una relación con Abel, de la misma organización (el Grupo). Ambos morirán a manos del protagonista cuando éste descubre el engaño en su propia casa el día de su cumpleaños.

ANDREU:

Catalán de Barcelona al que Sergio conocerá en una salida por

Zaragoza cuando va a celebrar la herencia del piso. Andreu le hablará de la “Fraternidad”, la comuna en la que vive en Barcelona, y Sergio se irá con él sin saber que allí le aguarda una terrible muerte en un ritual satánico donde él será la ofrenda. Después de que un rayo lo alcance, Andreu lo desangra con la afilada punta de un crucifijo.

Eva y Zanahorio no pueden hacer nada al ser “espectadores fantasma” en el sueño, pero más tarde Zana localizará a la secta y los matará a todos. Andreu será el último en morir, junto a los últimos miembros que quedaban, a causa del veneno vertido en los botellines de cerveza.

LIDIA:

Hermanastra de Luna, hija de El Brujo y de una mortal. Enfermera de Zaragoza retirada, de 70 años. Siendo ajena a la brujería, se ve implicada en el cuidado y protección de los bebés mágicos de su hermana.

Contrata a Lourdes como niñera y todo va más o menos bien (obviando mutaciones de Hugo, rituales de magia y algunos sustos) hasta que se ve obligada a contratar a una empleada de hogar debido a su artrosis. Esta nueva trabajadora resulta ser una rastreadora que se apodera de su cuerpo. Incapaz de hablar, acaba ingresada en un hospital, encerrada en el cuerpo de la rastreadora, hasta que su hermana Luna acude en su rescate.

Lo último que sabemos de ella es que consigue salir del hospital dentro del cuerpo de una enfermera, camino a Bilbao. Para ello, Luna ha tenido que apuñalar a la enfermera e invocar a Verdandi y a Alastor.

LOURDES:

Joven mortal maña, de 19 años, obligada por sus padres a dar a su propio bebé en adopción. Se convierte en la nodriza cuidadora de Eva, con quien establece enseguida una relación madre-hija. Al final, acabará cuidando también de Hugo, el hermano gemelo de Eva, en una relación de miedo y compasión que se prolongará hasta que es asesinada por Patricia, la falsa empleada de hogar. Su cuerpo será tomado por Paula.

PAULA:

Muñeca diabólica (o recipiente activo) creado por el Brujo para proteger a su hija Luna en la niñez. En su interior conviven las almas de tres seres: una bruja, un mortal y una mujer demonio (Eisheth Zenunim, madre de la prostitución).

Luna la revive para espiar a Ianire y proteger a sus pequeños y a sí misma de la otra. Acaba en el hogar de Ianire como regalo de bodas, cuando ésta está a punto de irse de viaje de novios. Cuando los recién casados regresan, Paula descubre el embarazo y hace arder el vientre de Ianire, con Dearbhail en su interior (la pequeña bebé mágica), dejándola estéril para siempre. Se ve obligada a escapar de la casa al ser descubierta por Arioich cuando estaba en contacto con Luna, a la que había libado el cerebro para poder recuperar su independencia.

Contrata a una rastreadora y escapa a Zaragoza, donde se apropiará del cuerpo de una agónica Lourdes que jamás volverá a despertar. Además, se convierte en la dueña legal del piso de Lidia tras la firma plagiada en las escrituras. Aunque consigue engañar a Luna en un principio, al final del segundo libro intuimos que Luna la ha descubierto y que Paula está maquinando un nuevo plan. Su última aparición se da cuando está espiando a Ianire y a Arioich en su cópula.

PATRICIA:

Joven gaditana mortal, pero de gran poder. Rastreadora de profesión y adoradora de demonios por devoción, es llamada por Paula (Eisheth Zenunim) para tomar el cuerpo de Lidia hasta su llegada. Se hace contratar por Lidia en la sala de espera del médico y luego intercambia sus cuerpos.

Tras este intercambio, descubre que Lourdes sospecha del comportamiento de su señora y acaba golpeándola mortalmente. Al final, ella misma morirá cuando no puede recuperar su cuerpo, que ha quedado vacío en el hospital, ni permanecer en el que está ocupando.

LUIS:

Joven de Zaragoza que mantiene un noviazgo con Lourdes después de conocerse en el hotel en el que él trabaja como recepcionista.

Paula, dentro del cuerpo de Lourdes, se presenta a la última cita que el pobre incauto tendrá. Éste, sin temer nada malo, se deja conducir por su joven novia hasta el apartamento en el que vive Hugo y ahí morirá, devorado por el niño monstruo.

IULIAN:

Vampiro Maestro de 600 años, rumano. Su cerebro ya muestra un gran deterioro, además de una personalidad controladora y con cierta perversión. Es un traidor a su especie, que denuncia a los vampiros a los Agentes Negros a cambio de dinero y favores. Muere asesinado al final del primer libro, carbonizado bajo el sol, cuando el protagonista le hace creer que es de noche, como venganza por las muertes de Helena y Clon.

SUSANA:

Vampiresa vallecana de reciente conversión. Busca su lugar en el mundo tras la conversión al no poder continuar con la enseñanza de matemáticas en su instituto. Debe luchar por la continua presión y absorción de Iulian, su Maestro, hasta que se ve liberada de su yugo cuando el Demonio Rojo lo mata en venganza por la muerte de Helena y Clon.

En el segundo libro la vemos embarcada en el proyecto de hacerse escritora por sugerencia del protagonista, y recibiendo la herencia millonaria de todo el patrimonio de Iulian, valorado en 823 millones de pesetas. Gracias a eso, piensa montar su propia editorial y publicar *Cómo ser vampiro y no morir en el intento*, el primero de los muchos libros que tiene pensados.

HELENA:

Vampiresa italiana y hippie de unos 110 años vampirianos. Practica el amor libre y sin tapujos (dedicándose a ello profesionalmente), aunque su verdadera pasión es Clon, el gul que tiene como mascota. Ambos son masacrados por los Agentes Negros tras el chivatazo de Iulian, que hace que el protagonista vuelva a asesinar y que busque a Eva para matarla.

MAESTRO K:

Vampiro de 200 años del Sáhara, pianista y sanador musical. Tiene poderes mágicos y es descendiente de una gran hechicera. Aunque reside en Escocia, traba amistad en España con el protagonista y le pone en contacto con la Trinidad.

No volvemos a saber gran cosa de él hasta casi el final del segundo libro, cuando se nos deja caer que Eva lo había contratado para dirigir al Demonio Rojo a la Academia y que lo mataran por algo que aún desconocemos.

Maximiliam viajará hasta Escocia para refugiarse en su casa tras la masacre en la Academia, y sabemos que se convertirá en nuevo socio de ésta, junto a Núria, Maximiliam, un cazarrecompensas misterioso y el propio protagonista.

PERSÉFONE:

Hechicera y ejecutora de criaturas del mal, es una de los tres integrantes de la Trinidad. Amazona negra, de 120 años y gran belleza, muy dada a la teatralidad (apariciones en nubes de purpurina, etc) y a hablar formulando preguntas. Al final del primer libro, acababa de rescatar a una niña de un demonio que la había herido en el muslo.

En el segundo libro descubrimos que esa herida, aparentemente inocente, llevaba un veneno que la transforma en zombie cuando está dando una clase en la Academia. Todos los alumnos mueren, excepto una de las estudiantes, que consigue escapar teletransportándose. El final de Perséfone llegará, junto al resto, en forma de bola de fuego mágico que acaba con todos los muertos vivientes.

EL PROFESOR:

Licántropo de 200 años y el segundo integrante de la Trinidad. Ácido y crítico, pero con un punto tierno. Sobre él recaen la mayoría de las clases de magia de la Academia. Es quien lacra la piedra en la que está encerrado Ametxar y le da la primera clase al protagonista, junto a los primeros deberes.

En el segundo libro descubrimos que, tras esos deberes, se escondía una trampa mortal que casi acaba con La Leyenda Roja. Pero el protagonista no llega a hablar de ello con él debido a la carnicería de muertos vivientes en la Academia. Cuando el Profesor (Marco) ve morir a Perséfone y que va a sucederle lo mismo a Maximiliam, se sacrifica por él y muere comiéndose su mal y salvándole la vida, pues para él eran su familia. Aunque no lo vemos, se nos cuenta que Núria quema su cuerpo con otra bola de fuego mágico.

MAXIMILIAM:

Vampiro de 400 años, brujo, y el tercer integrante de la Trinidad (los tres seres que dirigían la Academia de magia desde hace un siglo). Entre sus poderes, destaca su habilidad para seducir y manipular a cualquiera con la modulación de su voz. Se declara multisexual y parece muy atraído e interesado por el protagonista, quien termina rechazando tener un *affaire* con él debido a que su sexto sentido le comunica que oculta algo y que no debe fiarse de él.

En el segundo libro, descubrimos que aquello que ocultaba era su relación con Eva y que el resto de la Trinidad había resuelto matar al Demonio Rojo por considerarlo nocivo. Cuando “Yo” llega a la Academia, en mitad de ese caos de zombies, Maximiliam es mordido por uno. Intentan varios medios de salvación (puente mental para traerlo de vuelta, curarlo con pociones) pero, al final, acaba convertido y el Profesor se cambiará por él. Es entonces cuando Maximiliam se derrumba al ver a sus socios muertos y pasa la noche en la casa con el protagonista.

Cuando “Yo” despierta, descubre que Maximiliam le ha dejado una nota de despedida y que ha huido de él. Los últimos sucesos que vemos de Maxi son volando a Escocia (donde tiene un encuentro sexual con una azafata) y llegando a la casa de Maestro K. De boca de Núria, sabemos que volverá a la Academia, junto a los nuevos socios de la nueva etapa que los aguarda.

NÚRIA:

No la hemos conocido hasta el segundo libro, donde aparece por primera vez como alumna en la clase de Perséfone donde todos acabarán infectados y transformados en caminantes. Es una sacerdotisa maga de Barcelona, de apariencia dulce y frágil (intensificada por su avanzada edad de octogenaria), pero de gran poder y conocimiento.

Trata de ayudar a sus compañeros cuando Perséfone se convierte, congelando la escena, pero sólo logra que todos ellos mueran mordidos, incluyendo a su joven ayudante. Llena de culpa, sale del aula en el último momento y será ella misma quien cree y lance las bolas de fuego mágicas que acabarán con todos los contaminados.

Extremadamente humana y preocupada por sus congéneres, se hace cargo de la Academia y acaba convirtiéndose en una de los cinco socios de ésta a la par. Es ella quien convence a "Yo" para que se una a la sociedad, además de proponerse un objetivo celestinesco: unir a Maximilian y a la Leyenda Roja.

ABEL:

Es el primer amor de nuestro protagonista. En principio, parecen conocerse por casualidad en el bar en el que "Yo" trabajaba de encargado, pero resulta ser uno de los miembros del Grupo, al servicio de los Mayores.

El protagonista se enamora perdidamente de él y enseguida se van a vivir juntos. Cuando éste cumple los dieciocho, su jefe le da la noche libre y regresa a casa para dar una sorpresa a su novio. Pero la sorpresa se la lleva él cuando descubre que todo ha sido una estafa: que jamás estuvo enamorado de él y tomaba drogas para engañarlo, y que su amor era Susanita, la amiga del orfanato de Eva.

"Yo" los matará a ambos, lleno de rabia, dejándoles sin oxígeno en el cerebro. Susanita y él morirán en la calle, cogidos de la mano.

Glosario de seres mágicos/ demoníacos

BAAL:

Demonio de la fertilidad y Gran Duque del Infierno Se le asocia con la procreación maldita. Físicamente, destaca por sus tres cabezas: de gato, de hombre con una corona y de sapo. Su torso lomudo termina en patas de araña.

Luna lo invoca para que la ayude durante todo el proceso de su gestación y maternidad. Gracias a él, consigue quedarse encinta de Eva y Hugo a través de ofrendas de sangre (el alma de una Cambiaformas, vientres, etc.) y consigue impedir el aborto cuando Ianire devora a Raúl y rompe los vínculos de vida de los bebés. Luna conseguirá reparar el mal causado y que no muera ninguno de ellos con una nueva ofrenda: el alma de otro bebé a cambio. Aunque Luna le pedirá luego explicaciones al comprobar con horror que uno de sus bebés tiene más rasgos de monstruo que de humano.

Volverá a aparecer en las conversaciones de los recién casados, Ianire y Arioeh, en las que éste le menciona que son colegas y que atenderá y supervisará el nacimiento de su hija Dearbhail. También es quien confirma que Ianire no podrá volver a quedar encinta tras el “incendio mágico” en su vientre. Y lo nombran una última vez, al final del segundo libro, cuando Arioeh le comunica que Baal lo va a dejar embarazado a él en un poderoso ritual de fertilidad.

VIUDA NEGRA:

Ianire, además de nigromante, es una Viuda Negra, que necesita copular con hombres cada pocas semanas y devorarlos. De tal actividad obtiene belleza, juventud y poder. Al igual que el animal, no sólo comparten actividades gastronómicas y amorias, sino un curioso dibujo con forma de reloj de arena, en tonos rojos sobre el cuerpo negro. Mientras la araña lo lleva en el medio del caparazón, Ianire lo tiene junto al ombligo, como un pequeño tatuaje.

AMETXAR:

Demonio del sueño que Eva le envía al protagonista para que acabe con él, pero éste acaba encerrado en la piedra de Maiu gracias a la labor mágica y las instrucciones que Maximilian y Perséfone dan al protagonista.

Éste es, por el momento, el único demonio inventado por mí. Lo he circunscrito a la mitología vasca y está compuesto por los términos vascos “Ametsak” (sueños) y “Txarrak” (malos). Se pronuncia [améchar].

MAIU:

Conocido también por otros nombres: Maju, Sugaar, Sugar, Suarra, Sugahar, Sugoi. Es un dios oscuro de la mitología vasca precristiana, antiquísimo, capaz de cambiar de forma y que toma, generalmente, apariencia humana, de serpiente o de dragón. Es mitad vampiro y demonio.

Asiste al evento en el “Chupitos de sangre” y es quien le da al protagonista la piedra de protección contra Ametxar. Sólo volvemos a saber de él por menciones esporádicas.

CLON:

Es el gul (también conocido como Ghoul, Gol o Ghül) de la vampiresa Helena. La mitología lo describe como un demonio carroñero que chupa la sangre de los vivos y desentierra cadáveres para devorarles el corazón. Estos demonios necrófagos son un tipo de monstruos no muertos que habitan en lugares inhóspitos y frecuentan los cementerios. Además de profanar tumbas y alimentarse de cadáveres, también secuestran niños para devorarlos.

Para Helena, como sabemos, era como su hijo y al que adoraba por encima de ella. Tenía la apariencia física de un perro enorme despeluchado y sarnoso, con colmillos inquietantes, pero juguetón y amoroso.

AGENTES NEGROS:

Son un cuerpo de policía especial que se dedican a eliminar a todas aquellas criaturas que forman parte de la “Lista Negra o de los Malditos”, o con cualquier criatura mágica que haya cometido una ilegalidad, que puede ir desde un delito de sangre hasta desempeñar un oficio prohibido como la enseñanza.

Van siempre en parejas o tríos, con atuendo a lo “Men in black”, y nunca preguntan: sólo matan. Los vemos en acción matando a Helena y a Clon tras el chivatazo de Iulian, pero sus referencias a ellos son constantes en ambos libros.

Tienen dos armas oficiales: la pistola de servicio y el rifle. Mientras que la pistola sólo la emplean para inmovilizar o matar a criaturas de fácil mortalidad, el rifle es su arma favorita para aniquilar. Éste cuenta con una potencia superior que les permite atravesar el corazón de la mayoría de criaturas, con balas de plata especialmente elaboradas para el Cuerpo.

CHARUN:

Demonio etrusco de la muerte atormenta el alma de los muertos en el Más Allá. Es el que oficia el enlace matrimonial entre Ianire y Ariocho, en el depósito de cadáveres, pues su “traje habitual” es el de médico forense para poder estar cerca de sus víctimas, elegir las y tenerlas controladas.

AGRAMÓN:

Demonio del Miedo, es uno de los dos testigos en la boda que regalan a los contrayentes una virgen para sacrificarla.

MASHIT:

Es el segundo testigo en la boda.

Entidad infernal encargada de castigar en el Infierno a los que cometen asesinatos, incesto e idolatría. Su nombre significa "Destructor" y una de sus misiones es llevar a cabo la muerte de los niños.

EISHETH ZENUMIN:

Aunque dentro de Paula conviven tres personalidades (humano, bruja y mujer demonio), es esta última la que predomina, la de la mujer demonio llamada Eisheth Zenumin (o Eisheth Senunim).

Era una de las mujeres de Samael (Ángel de la Fuerza demoníaco y uno de los siete regentes del mundo) y la madre de la bestia Chiva. Es conocida por su papel de ramera en la Cábala y creadora de la prostitución.

Gracias a ella y a los ratos compartidos en el lecho, Balban accederá a infiltrarla como un regalo de bodas para ayudar a Luna.

Más tarde, veremos que sus ganas de tener un cuerpo humano y de satisfacer sus pulsiones sexuales la llevan a engañar a su querida Luna, en busca de su felicidad e independencia.

BALBAN:

Demonio del engaño, de apariencia similar a la de Ariocho: imponente y gigantesco, negro, de alas colosales, con múltiples cuernos y plumífero. Aunque no es un demonio mercenario como Ariocho ni trata con mortales, es “contratado” por Luna para que introduzca a la muñeca Paula en casa de Ianire, a cambio de tres almas mortales y como agradecimiento por los antiguos encuentros sexuales con Eisheth.

En el segundo libro será descubierto y Ariocho le hace pagar cara su traición. Consigue inmovilizarlo con una droga paralizante y lo lleva a las mazmorras bajo la casa de Ianire, donde ésta lo torturará y despedazará hasta no dejar nada de él.

UVAL:

Uno de los ángeles caídos, perteneciente al Coro de las Potencias. Los mortales le invocan para conseguir el amor de una persona. Entre demonios, es el protector del amor entre seres malignos. Lo invocan en el enlace matrimonial de Ianire y Ariocho, ofreciéndole el sacrificio de dos vírgenes para que haga su matrimonio duradero, sólido y feliz.

AAMÓN:

Demonio de dos cabezas, una humana y otra de reptil. Marqués (o Príncipe) del infierno que comanda cuarenta legiones de demonios. Es uno de los ayudantes de Astaroth y uno de los tres demonios al servicio de Satanachia. Conoce el pasado y el futuro, y puede reconocer y reclamar a sus Pactadores así como otorgarle ese mismo conocimiento a aquellos que han pactado con Satán.

Otras fuentes lo describen como un lobo con cola de serpiente que arroja fuego, un hombre con cabeza de cuervo y dientes de perro o,

simplemente, un hombre con cabeza de cuervo.

Es uno de los invitados a la boda y regala a Ianire una bolsa de gemas con diferentes poderes.

HALRINACH:

Demonio femenino de gran belleza física que gestiona las más variadas catástrofes meteorológicas. Obtiene su placer provocando la violencia de los huracanes y los vientos. La apodan, por ello, “dueña de los vientos” y en el enlace regalará a Ianire un espectacular anillo granate invocador de vientos favorables en sus vuelos.

MARUTUKKU:

Según el *Necronomicon*, Marutukku suele ser invocado al realizar cualquier ceremonia de lo sobrenatural en la que hay peligro, como la invocación de fuerzas demoníacas. Protege tanto el alma como el cuerpo.

Cuando Eva hace el juramento de familia en el bosque, es Marutukku quien habla por su boca con una voz masculina, grave y potente.

RASTREADORES:

Suelen ser mortales, como Patricia, con ciertas habilidades y que buscan explotarlas en esta nueva profesión reconocida.

En un primer lugar, los rastreadores se encargaban de hacer seguimientos mágicos por encargo. Sus cometidos eran localizar el objetivo y permanecer “pegados” a éste hasta que el contratante acudiera. Lo que ocurriese después no era asunto suyo, pues los rastreadores jamás tomaban partido ni se ensuciaban las manos.

En el Nuevo Mundo, esta profesión se desvirtuará al darse a conocer y muchos acabarán siendo vulgares sicarios, involucrados en prácticas de magia negra.

VERDANDI:

Verðandi es, según los *Edda* (recopilaciones de mitos nórdicos), una de las tres Nornas principales de la mitología nórdica junto a Urd y Skuld.

Las nornas son espíritus femeninos que se encargan del destino de los mortales a través de los telares que tejen.

El origen etimológico de Verðandi se halla en el presente del verbo verða en [islandés](#)/nórdico antiguo (varpa/varða en sueco), que significa "devenir, resultar, estar por suceder". En sueco moderno, la expresión "i vardande" significa simplemente "en proceso" o "está haciéndose". En consecuencia, la norna Verðandi se asocia con "lo que está por suceder, o lo que está haciéndose". Es, por tanto, la responsable del destino más inmediato, del presente. Verðandi decidía la longitud del hilo de la vida. Incluso los dioses estaban sujetos a su voluntad. Ella decidía cuánto y cómo vivirían, y cuándo y cómo morirían todas las cosas vivientes.

Luna la invocará para que mate a la enfermera y su hermana Lidia pueda morar en su cuerpo.

ALASTOR:

Se dice de este demonio mayor que es uno de los más poderosos y fieros que habitan el Infierno. Entre sus innumerables poderes destacan la regeneración, la conversión y la creación de nuevas materias, orgánicas o no. Su apodo de "Demonio de los Siete pecados" hace referencia a sus debilidades: lujuria, gula, ira, soberbia, envidia...

Cuando Luna ve que el cuerpo que su hermana Lidia está parasitando se muere por su apuñalamiento, invoca a Alastor mediante su propia sangre de nigromante y le promete una virgen para él si congela la herida hasta que lleguen ambas a Bilbao.

YO (1)

Madrid, miércoles 16 de abril, 1986

—¡Ánimo, campeón, que ya verás cómo se te pasa en nada! — exclamó él, observando la escena desde muy cerca.

—¡Eso me dijiste hace una hora y ... Uaaaaaaaaagggghhhh! —el vómito volvió a apoderarse de mi turno de palabra sin dejarme terminar mi alegato—. ¡Si no he llegado a cenar hoy! ¿Qué estoy vomitando?

—La humanidad, hijo. Estás vomitando tu parte mortal, y eso lleva su tiempo...

Le respondí con unas amables arcadas, acompañadas de una sustancia amarilla y viscosa que salía de mi boca como una clase de escolares de excursión: a motrollón, sin orden ni concierto.

—Joder... Leo... Esto es para morirse —lloriqueé.

—¿Y qué crees que estás haciendo? —bromeó el vampiro mientras me guiñaba uno de sus ojos castaños—. Trata de reposar un poco dentro del malestar que sientes. Se va a hacer de día en breve y yo debo retirarme a dormir. Nos vemos cuando oscurezca. Procura no mancharme mucho el suelo y, sobre todo, no morirte, ¿de acuerdo?

Cabrón. “Que no le manche el suelo” dice... ¡Pues te lo pienso poner perdido!

Leo inclinó la cabeza a modo de despedida y salió de la habitación riendo, aunque aquella risa escondía demasiado dolor. Podía sentir un baile de preocupaciones e incógnitas en su cabeza:

“¿Habré hecho bien al convertirlo? Sí, claro. Si no llego a intervenir, ahora estaría muerto de verdad... Pero, ¿y si sale igual de mal que la última vez? ¿Y si debemos matarlo?”

¡Matarme! ¿Él y quién más? ¿Está hablando de matarme cuando acaba de salvarme?

“¿Y si yo mismo no he expulsado todo el veneno, y acabo muriendo?”

¿Qué sería de él? ¿Cómo podría sobrevivir a esta nueva vida sin instrucción? ¿Y de mí? ¿Qué será de mí si muero, si ya nada me espera al otro lado? Quizá ella... quizás sí.”

Y su cerebro esbozó una gran sonrisa que alivió a su cansado corazón. Mi garganta lo celebró una vez más, abriéndose en contra de mi voluntad y arrojando cantidades industriales de ese líquido amarillo que olía a tranchetes.

¿Así huele la mortalidad? ¿A queso cutre?, divagué olisqueando el aire. ¿Y por qué un vampiro más viejo que el cagar tendría una puerta oculta en su cabeza, como la de Eva o la mía? No es que le haya visto ninguna, pero está claro que hay rincones mentales, habitaciones secretas en él, a los que no puedo acceder. ¿De qué tiene que protegerse un vampiro? ¿Qué es lo que no quiere que averigüe?

Una nueva marea amarilla manó de mis labios, convertidos en una gran boca de riego aquejada de incontinencia. Desde la cama, observé el barreño que Leo había colocado en el suelo bajo mi cabeza, y que amenazaba con derramar su contenido sobre el mármol pulido.

¡Qué asco! Y cuánta pasta debe de tener Leo para permitirse una casa como ésta... ¡Qué lujo!

Me obligué a apartar los ojos del recipiente, lleno hasta los topes de aquella inquietante sustancia amarilla que contenía mi viejo “yo”, y los paseé por la estancia. No es que fuera un alarde de derroche en piezas de oro y cosas así, no, pero saltaba a la vista que los materiales eran de primera calidad, además del buen gusto.

Algún día yo también tendré una casa así, me dije soñador.

La habitación era amplia, casi tanto como las que teníamos en el orfanato, sólo que ésta no la debía compartir con tres chicos más. Estaba vestida con muebles de nogal: una cama de 135, rodeada por dos mesitas que se abrazaban al cabecero de cristal; un sinfonier de cinco cajones con espejo; un armario de seis puertas que cubría la pared por completo; y, finalmente, un escritorio con su silla de trabajo y una CANON e70 [\[1\]](#) sobre él. Reprimí el impulso de acercarme a acariciarla, de investigar cómo funcionaba, pues las únicas máquinas de escribir que había visto hasta entonces eran simples Olivetti manuales que, aun así, siempre me habían causado fascinación.

Reparé en que la estancia no tenía ni una sola ventana, y una tímida sonrisa se me escapó de los labios al pensar que Leo estaba en todo: era la guarida perfecta para un vampiro. Al volver la cabeza hacia la derecha, me

topé con una puerta cerrada que, intuí, sería el aseo. Quise levantarme para acercarme a él, pues los calambres en el estómago empezaban a hacer de las suyas y sabía que muy pronto me cagaría “por las patas abajo”, como solía decir Sergio. Puse un pie en el suelo para tratar de alcanzar el inodoro, pero el vértigo se apoderó de mis sentidos.

Entonces llegaron los temblores, tan acusados que pensé que mi cuerpo se desmembraría allí mismo, y caí sobre la cama entre espasmos terriblemente dolorosos. Iba a enloquecer de sufrimiento y sólo podía especular con que tirarme desde aquel puente habría sido más rápido e indoloro. La piel comenzó a arderme desde el interior, como si alguien se hubiera hecho una fogata con mis propios intestinos y los estuviera empleando a modo de tea para hacerse un recorrido turístico por todo mi organismo. Dentro, fuego; fuera, sudor helado que se derretía al instante y me hacía tiritar. Las convulsiones aumentaron en virulencia y más espumarajos amarillos brotaron de mí.

Quería morirme. Deseaba morirme.

Todo yo ardía por dentro. Los pensamientos se me achicharraban sin ni siquiera llegar a tomar forma en mi mente. El mundo se había transformado en una gigantesca llamarada que insistía en rodearme, en darme amor con sus brazos de fuego, mientras mi bajo vientre se relajaba y expulsaba, literalmente, toda una vida de mierda.

Mi último pensamiento como mortal fue para ella.

Perdóname, Eva, perdóname. Te echaré de menos toda la Eternidad. Perdóname por desaparecer así de tu vida, por el sufrimiento que voy a causarte. Sin una despedida, sin una explicación. Perdóname.

Fiebre, vómitos, dolor, espasmos y retortijones... actuando en agónica armonía hasta que me perdí en una bruma de inconsciencia y dejé, para siempre, el mundo de los vivos, entre gritos y litros de vida de color del otoño: marrón y amarillo. Ya no habría más primaveras ni veranos para mí.

Y las lenguas de fuego lamieron mis tripas, mi corazón y mi rostro. Y sentí agonizar cada célula, cada poro de mi cuerpo. Muriendo.

TUTMÉS (1)

Londres, martes 27 de agosto, 1889

El egipcio miró la manita trémula que le ofreció el niño demonio cuando ambos sintieron retumbar el suelo, y la asió. Alouqua irrumpió en la cámara como un vendaval, apagando varias de las antorchas a su paso.

—¿Me puedes explicar todo esto, Tutmés? —preguntó la vampiresa súcubo, clavando la mirada en su niño.

—Hemos ido de excursión... —respondió aquél con calma—. Ahora siéntate y calla, porque vas a escucharme o te prometo que no volverás a ser bien recibida en mi morada ni volverás a vernos a ninguno de los dos. Nunca...

Alouqua crispó los dedos mientras se imaginaba cómo quedarían clavados en el maquillaje de la cara de su “padrino de sangre”.

—Está bien. Te escucho... —dijo ella, optando por posponer su venganza.

—Tengo entendido que últimamente sales bastante con una nueva pandilla. ¿Demonios polacos, puede ser? —preguntó Tutmés a la par que se sentaba en los húmedos bancos de piedra de la gruta con el pequeño Rodrigo sobre sus rodillas.

Alouqua se obligó a sentarse junto a él, tragando bilis y furia asesina.

—Sí. ¿Y? —contestó ésta entre la soberbia y la prudencia.

—Que es una actividad estupenda cuando no tienes responsabilidades, pero ahora eres madre. Y me asombra que no recuerdes cuánto me rogaste en su día para lograr quedar encinta; todo lo que hice y busqué para que pudieras encontrar al candidato ideal, al ser que pudiera engendrar a tu vástago. ¿Y ahora...?

—Ahora... —dudó ella, debatiéndose entre la sinceridad completa o la sinceridad a medias—. Ahora no me quiere él a mí —añadió tras decidirse por la segunda opción.

—Ya. Ni tú a él, ¿verdad?

—¿Por qué vuelve a ser apenas un bebé? —preguntó Alouqua, evitando la incómoda cuestión que ese maldito egipcio pretendía abordar.

—¡Responde de inmediato o retiraré mi padrino ahora mismo!^[2]
—exigió Tutmés, elevando la voz hacia el techo en perfecta sincronía con la serpiente, erecta de modo amenazador sobre su cabeza.

—¡Pero eso nunca se ha hecho, padrino! —exclamó ella con el orgullo herido y la mirada ahogada en la sorpresa.

—Ya sabes que me encanta innovar, si es por eso... —habló la ironía por boca de éste—. Retiraré mi padrino y te lo haré pagar caro, pequeña Alouqua.

La serpiente se inclinó hacia ella, olisqueando su hálito sangriento, y le regaló su propia advertencia en forma de silbido bífido. Alouqua contempló el bicho con ganas de triturarlo entre sus colmillos. En un ejercicio supremo de dominio, pues ella jamás se contenía ni reprimía, desvió la mirada hacia el niño, que ahora aparentaba los quince meses humanos que tenía, y esbozó una sonrisa triste.

—Es cierto. Lo amo a veces, pero sólo un poco y no siempre. No es suficiente. Lo quiero, pero no lo quiero —explicó, sintiendo una extraña sensación en los ojos, como si éstos se anegaran de cristales—. Cuando lo miro, no me siento ligada a él. No lo siento mío. Es como si él tuviera otra madre, otro vínculo, y no fuera conmigo.

Lógico. Y menos mal que yo me encargué personalmente de que así fuese o no podríamos haber detenido a semejante demonio. Lo siento, Alouqua, pero no podía dejar el vínculo intacto...

—Lo supe desde que nació —añadió la vampiresa, deshaciéndose en un llanto profundo.

Ella, que jamás había derramado una lágrima. Ella, la demonio súcubo que únicamente había conocido el dolor causándose a sus víctimas. Ahora lo sentía desde el otro lado. Ahora, ese pequeño bastardo que tanto había ansiado se convertía en el ancla que no la dejaba salir a flote, vivir ni respirar. Por su culpa, sus ojos y su corazón se llenaban de cristales. Apartó la vista de él, con lágrimas que le quemaban el rostro.

—No lo quiero... —musitó débilmente.

—¿Ni siquiera ahora que he revertido su crecimiento y ligado sus poderes y parte de su maldad? —quiso asegurarse el dios egipcio.

—Menos todavía... —confesó ella.

—Así sea —dijo Tutmés, alzándose con el pequeño Rodrigo en brazos y dando un par de palmadas—. El niño vivirá conmigo. Tú podrás venir a verlo, si quieres, siempre que avises con antelación y yo te conceda

permiso. Nada de presentarse aquí sin avisar de nuevo, como hoy.

—No vendré, lo prometo. Prefiero no volver a verlo. Prefiero olvidar que existe... —sentenció ella, levantándose a su vez mientras barría las lágrimas de sus mejillas con orgullo y evitaba mirar al niño—. ¿Es todo? ¿Puedo irme? —añadió con desesperación.

Sentía unas ganas atroces de abandonar ese húmedo espacio compartido con aquel pequeño extraño que, a su vez, compartía su carne y su sangre.

“Compartir, compartir... Ni siquiera ya compartiremos miradas, recuerdos o juegos.”

Adiós a las estampas que, durante largo tiempo, se había imaginado de ellos dos cazando juntos, enseñándole a volar, a llevar a hombres al suicidio...

“Nunca veré a mi pequeño reírse conmigo, o por mi causa. La nada, el vacío es lo que compartiremos, junto al dolor de no saberse queridos”, reflexionó ella con amargura.

—Sea entonces, pero aguarda un momento. Quizá necesite algo de ti...

—¿Qué más podrías querer de mí, además de a mi propio hijo? —escupió ella, sintiéndose por vez primera fracasada y derrotada.

Tutmés hizo caso omiso a su insolencia y se aproximó a ella, sonriente, mientras la pitón iniciaba una danza grácil y sinuosa sobre su cabeza.

—Una pequeña donación de tu sangre, querida Alouqua. Si no vas a volver a ver a tu vástago, es posible que en el futuro tu sangre sea requerida para...

—Oh, por supuesto, por supuesto —concordó la otra, interrumpiendo el discurso mientras se abría sin contemplaciones la muñeca a golpe de colmillos—. Tomad cuanto deseéis —le ofreció, con la muñeca totalmente abierta y convertida en un manantial rojo.

—Con llenar este recipiente de cristal, será necesario —expresó Tutmés, mesándose la perilla de satisfacción cuando la pequeña botella se colmó de la sangre vampírica—. ‘NH, SENE^[3] —dijo él, aferrando la muñeca de su ahijada mientras la carne volvía a su ser.

—No era necesario —negó ella con la cabeza, agitando su larga cabellera de azabache—. En quince minutos se habría cicatrizado sola...

—Lo sé, pero... ¿Por qué tardar tanto? Tú estás deseando salir de aquí

y yo, querida ahijada, que lo hagas. Mas, por eso, no significa que no te quiera ni que deje de preocuparme por ti. Anhele que estés bien, que seas feliz en la vida que elijas, y que tu hijo también lo sea... —habló la divinidad egipcia mientras le acariciaba unas ya inexistentes marcas en la muñeca—. Has hecho lo correcto. Y, si en otro momento piensas diferente, podrás verlo. Siempre será tu casa. Ven a visitarnos. Quizá sea mejor para ambos que os améis a medias y a ratos, que nunca y nada... Sigues siendo mi ahijada, pequeña Alouqua —añadió él en un susurro junto a oído, en un gesto que se parecía demasiado a un abrazo.

—Prometo pensarlo, padrino —dijo ella, confundida, preparada para girarse.

—Una última cosa, querida... El padre de la criatura...

—¿Sí? —preguntó ella, intrigada, volviendo a enfrentarse a su mirada.

—¿No crees que ha sido suficiente, que podrías liberarlo de tu yugo? Ha sufrido ya considerablemente y, hasta donde yo sé, siempre te trató con exquisitez...

Las pupilas de Alouqua se dilataron de cólera.

—¿Ahora pretendes inmiscuirte también en mis diversiones, en mi propia naturaleza? ¿Le digo yo a tu serpiente que no silbe, que no baile, acaso? ¿Le decimos al viento que no meza a las hojas moribundas? ¿Al agua que no moje ni sacie? ¿Y quieres que yo, una demonio súcubo, que disfruta, vive y se alimenta de sus víctimas, deje de hacerlo? ¿Es eso lo que me estás pidiendo, Tutmés? —gritó ella, luchando contra su propia rabia y olvidando de nuevo sus propósitos de alejarse de ahí sin encolerizar al dios.

—¿Te comparas con el agua, con el viento...? —preguntó Tutmés, sin dar crédito, mientras enarcaba irónicamente una ceja—. ¡Por supuesto que no te estoy pidiendo que traiciones tu naturaleza ni que dejes de ser tú! ¡Sólo te ruego, a cambio, que liberes al pobre Van Gogh del peso de la locura y de la muerte! Después de todo, es el padre de tu hijo. Puedes devorar a cualquier otr...

—¡Es que liberarlo significa dejar de ser yo, Tutmés! Jamás dejo supervivientes. ¡Jamás! El pelirrojo morirá... —sentenció ella, antes de darse la vuelta y desaparecer tan velozmente como había llegado, dejando a su rastro una ráfaga de aire gélido y oscuro que olía a sangre y a flores muertas.

El vampiro egipcio observó al pequeño, que trababa de alcanzar a la serpiente de su cabeza como si de una vulgar mascota de tratase, y se lo

acomodó de nuevo sobre sus muslos.

—Esto te va a doler un poco, amiguito, pero enseguida se pasará —le informó a la vez que le abría una pequeña incisión en el brazo con una de sus alargadas uñas meñiques.

Rodrigo miró la sangre con fascinación, relamiéndose, y se abalanzó sobre ella, presto a lamérsela sin medida.

—¡Detente, amiguito! Esta sangre es para mí. En cuanto llenemos estos dos tubitos, uno para mí y otro para Baal, te daré de cenar, no te preocupes —rió el hombre vestido de oro y lapislázuli, mientras mantenía a raya al niño goloso y llenaba los recipientes con su sangre.

—¡Sangre! —lloriqueó el niño a modo de protesta, como si aquella palabra constituyera un argumento irrefutable.

Tutmés hizo caso omiso a las peticiones del crío, lacró los recipientes, los colocó en el bolsillo interior de su shenti^[4] de lino y cerró sus heridas de una suave pasada con la mano acompañada, nuevamente, de las palabras 'NH, SENEb.

El niño miró boquiabierto la ausencia de sangre y abertura, como si estuviese ante un mago de gran poder.

—Ahora, pequeño Rodrigo, SILEEEEEENCIO...

Tutmés lo dejó sentado en la bancada de piedra mojada y él hizo crecer una tea de fuego sagrado en mitad de la caverna acuática.

El niño asintió con la cabeza, sin dejar de mirar al extraño hombre de voz de pito con sus joyas de colores en brazo y cuello; sus tres grandes dragones tatuados en el torso, lampiño y desnudo; y esa falda y esas sandalias que parecían hechas de papel. Pero, sobre todo, fascinado ante la gigantesca serpiente enroscada que el hechicero tenía en la cabeza, a modo de tocado, sobre la cabellera larga y negra. El bicho levantaba de tanto en tanto su testa, olisqueando el aire y mostrando su lengua bífida.

Tutmés levantó las manos y la bola creció hasta aniquilar cualquier rendija de oscuridad en la cámara. Entonces, la serpiente se irguió una vez más y la voz aflautada de Tutmés golpeó las paredes:

—Yo te invoco, Baal. Ven a mí.

ZI KIA KANPA

ZI ANNA KANPA

ZI DINGIR KIA KANPA

ZI DINGIR ANNA KANPA

Óyeme, Baal.

Ven a mí por los Poderes de la Palabra, Baal

¡Y contesta mi oración urgente!

ZI KIA KANPA

ZI ANNA KANPA

¡Espíritu de la Tierra, recuerda!

¡Espíritu del Cielo, recuerda!

ZI DINGIR KIA KANPA

ZI DINGIR ANNA KANPA.

Baal, el Gran Duque del infierno, el demonio con cabeza de gato, de sapo y de hombre coronado, el demonio de patas de araña y príncipe de la procreación maldita, se apareció en la cámara llenándola de su presencia.

—¿Y bien, mi buen Tutmés? —preguntó la bestia mientras terminaba de cenar un par de muchachas.

—Tengo un encargo muy especial para ti. Escucha, Baal...

SUSANA (1)

Madrid, domingo 27 de octubre, 2075

—La próxima vez escojo yo la peli, ¿eh? —dijo ella protestando entre pucheros y negaciones de cabeza.

—¡Pero por el amor de todos los grupos sanguíneos! ¿De verdad que no te ha gustado “Rambo XIII”? ¡Yo no os entiendo a las mujeres! —exclamé riendo mientras abandonábamos la sala de cine, con Susana agarrada a mi brazo.

—¡Estás de coña, no? —respondió ella a su vez, poniendo teatralmente los ojos en blanco y una expresión de “Llévame pronto, señor”.

—¿Por? ¡La película estaba entretenida y es todo un clásico del cine, por favor! —protesté yo, fingiendo (a medias) indignación.

—¿Un clásico? ¡Serían las dos primeras entregas! ¡Ahí no te lo discuto! En los ochenta, las pelis de “Rambo” marcaron un hito, pero lo de hoy... ¿Has visto qué expresividad tenía en la cara? —preguntó ella riendo escandalosamente a la par que hacía horrendas muecas con las manos y la piel de su cara—. ¡Hay estropajos con más sentimiento en su rostro! Tenía la misma jeta todo el tiempo: fuera a matar a un chino, a un vampiro, a comerse un helado, a besar a la chica o irse al baño tras su desayuno de *All Brans* —añadió, muerta de la risa. Todo lo muerta que puede estar una vampiresa, obviamente.

—Bueno... reconozco que estaba un poco acartonado, pero, ¿qué quieres? La última criogenización que le hicieron no debió de salir muy bien, y comentan las malas lenguas que se les desarmó su cuerpo cuando lo extrajeron de la campana criogenizadora. ¡Pobre Silvester!

—¡Normal! ¿Cuántas criogenizaciones lleva ya según la prensa roja^[5]? ¿Tres, verdad? Muchas son para el estado en el que ya se encontraba como humano, con todo ese bótox y mierdas infiltradas en el cerebro y en la cara... —dijo ella, disfrutando más de la charla cotilleo que del pelicolón que

acabábamos de ver, donde Stallone mataba a cuatro chinos utilizando como arma un vampiro empuñado a modo de paraguas—. He leído un artículo en el “Ser vampiros hoy”^[6] en el que decía que, en realidad, Stallone había muerto hace años debido a su adicción yonquera.

—¡Anda ya, paparruchas! —exclamé, cediéndole el paso mientras nos acomodábamos en una terraza del centro comercial “Plaza Norte” para tomarnos un par de sangrescos.

Miré a nuestro alrededor. La gente entraba y salía de los locales sin detenerse. La noche era fría y desagradable, y pocos humanos tenían cojones de utilizar las terrazas de las cafeterías.

—Sí... Cuentan... —bajó la voz, en tono confidencial, y se acercó a mi oído como si los vampiros necesitáramos de esa cercanía para escuchar— ... que al verdadero Stallone se lo encontraron en un garito vampírico, más seco que una loncha de queso al sol. Y que los de Hollywood enloquecieron por la posibilidad de perder a la gallina de los huevos de oro y construyeron uno de esos nuevos robots que están revolucionando todo...

—¿Robots? ¿De qué me estás hablando, Susana?

—Sí, hombre... ¡de la robótica doméstica! —me espetó ella, asombrada ante mi cara de extrañeza.

—No tenía ni idea... —contesté, confuso.

“¿Cómo es posible? ¿Será que no he prestado atención a esas cosas? ¡Ni siquiera tengo recuerdo de haberlo visto en los pensamientos de nadie!”

—Bueno, tampoco es taaan grave, Leyenda... —terció ella, insegura—. Después de todo, lleva sólo unos años en USA con fines comerciales y no hace mucho que aterrizó en España. Si no leyera esas revistas, tampoco yo me habría enterado —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Cómo vas a leerlo en mentes que también lo ignoran? Imagino que, en breve, todos hablarán de ello, pero de momento...

—¿Y qué sabes de eso? —pregunté con una mezcla de interés genuino e inquietud.

“Podría, podría...”

—Sé que la robótica doméstica está especializada en la creación de humanoides, de réplicas exactas a los seres humanos. Se supone que pueden “clonar” a cualquier ser vivo y que el resto no notaría las diferencias, pues llevan un *software* que almacena todo lo que una vez fue esa persona: sentimientos, afectos, fobias, actitudes, recuerdos... Incluso reproduce cualquier actividad orgánica, tengo entendido, tales como comer, hacer la

digestión, orinar y defecar, hacer el amor, acatarrarse y tener fiebre. Una reproducción exacta.

“¡Eva! Yo podría... podría devolverle a su Alberto. ¡Podría!”

—¡Sííííí! —grité, saltando de mi asiento y cogiendo en volandas a una Susana que no entendía nada pero que se dejaba llevar por mi alegría.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, riendo, mientras yo daba vueltas y vueltas sin parar con ella.

—¡Que soy feliz y a lo mejor la recupero! —grité ahogado por el júbilo.

Ohhhh, Leyenda. ¿Hay otra? Yo, yo... estaba tan feliz en tus brazos...

Me detuve en seco ante sus pensamientos, que llegaron a mí como bofetadas traicioneras en mitad de mi alegría.

—Susana, yo... —comencé, asiéndola de ambas manos.

“Se lo voy a decir.”

—No hace falta que digas nada —negó ella, incómoda y abatiendo los hombros—. No soy tu tipo, ¿no?

—A no ser que tengas rabo, no —le solté a bocajarro ante su boca enormemente abierta—. Y, por esto, no me refiero a que me vayan los demonios ni cosas de ésas, ¿eh? ¡A ver si vas a escribir una historia cochina entre un demonio y un vampiro para uno de tus libros!

—¿Eres...?

Asentí con las manos en alto.

—Perdonen, ¿qué van a tomar? —interrumpió el camarero, que llevaba la cara decorada por dos interesantes estalacticas y un gesto inequívoco de fastidio.

—Dos sangrescos. Sin hielo, por favor —respondí, asegurándome de enseñarle los colmillos al sonreírle.

El camarero se dio la vuelta con celeridad y ambos volvimos a quedarnos solos en la fría terraza madrileña.

—¿Bujarra, marica? —terminó ella mientras buscaba un sinónimo más apropiado—. ¿Homosexual?

—Del todo. Y de siempre —respondí, sin reprimir ya la curvatura de mis labios.

—Pero eso está penalizado en nuestra sociedad. ¡Lo sé hasta yo, que soy novata! —exclamó ella, suspicaz—. ¿Por qué me lo cuentas?

—Pues porque ahora debemos confiar el uno en el otro si queremos que esta relación de pupilaje EXTRAOFICIAL funcione. Porque te conozco

y he visto tu interior. Sé que eres buena y que mi pequeño secreto estará a salvo contigo. Y, finalmente, porque debías entender que yo no soy tu vampiro, cariño —añadí con un guiño de ojo—. Para que no te centres en mí y puedas encontrar a otro más receptivo.

—Ohhhhhh —Susana enrojeció levemente de vergüenza—. Soy una tonta, discúlpame. Tu secreto está a salvo conmigo, no te preocupes. Vaya, vaya... —musitó, recuperando su adorable y franca sonrisa de inmediato—. ¡Pues no ha dolido tanto! —se rio, haciendo el gesto de un corazón pisoteado a la vez que me sacaba la lengua.

—¿Bueno? ¿Y qué tal vas con tu negocio y tu nueva vida de millonetas, Su? —pregunté yo, pues lo mío era “correr estúpidos velos”.

—¡Emocionadísima! —gritó ella, olvidando de golpe el tema anterior, y dando tantos saltos de emoción que el recuerdo de Eva me rasgó el pecho como un puñal—. Ya estoy censada en actividades artísticas para criaturas, la fábrica de Iulian va viento en popa y la construcción de la editorial “Vampirus” arrancará a primeros de mes. ¡Estoy tan ilusionada!

Y, en verdad, su cara y su corazón lo estaban, con esa alegría virgen de la juventud, de la novedad y la ilusión inviolada.

—¡El mundo será tuyo, pequeña! —la abracé, contagiado de esa felicidad contagiosa que convierte los grises y marrones en rojos y dorados—. ¿Y tu libro?

—¡Como la seda, Leyenda! —exclamó, alzando los brazos y exhibiendo una nueva sonrisa, tejida de sueños y esperanza—. Ya he escrito cuatro capítulos de *Cómo ser vampiro y no morir en el intento* y estoy muy satisfecha. Aunque... necesitaré ayuda en los capítulos de la conversión. No recuerdo todo cómo debería y quizá tú me puedas contar algunas cosas...

—Para eso hemos quedado, ¿no? ¡No sólo para ver a Stallone, o a su robot, matando chinos! —bromeé—. ¡Dispara!

—De acuerdo... ¿Puedes contarme cómo fueron esas primeras horas vampíricas cuando despertaste de las convulsiones, vómitos y diarrea? —preguntó ella, llena de curiosidad mientras dejaba su *Memai fon 20* junto a mí para grabar la conversación.

—Sus sangrescos, jovencitos —dijo el camarero de los dos carámbanos en la nariz que asemejaban dos *piercings* rebeldes.

Los dos guardamos silencio mientras el joven del hielo nasal hacía su trabajo y, en cuanto éste se hubo marchado, me recliné en la silla y comencé mi historia.

—Yo tenía apenas veinte años cuando Leo, mi maestro, me convirtió...

—Diossssssss, ¡me estoy muriendo, Leo! —grité por fin mientras mis ojos se abrían tímidos.

La habitación había sido conquistada por la oscuridad más profunda pero, de un modo desconcertante e inquietante, mis pupilas atravesaron la negrura, deshaciéndola de un manotazo cual briznas de humo. Me incorporé del lecho entre el fastidio, el dolor muscular y la inquietud de no saber si era ya un súper colmillitos o el mismo pringado de siempre. Al menos, seguía con vida...

—¡Leoooooo! —grité de nuevo, reprimiendo una nueva arcada tras reparar que estaba tumbado sobre un lecho compuesto de mis propios fluidos, en sus variedades más originales: vómitos, mocos, diarrea, esputos...

¡Joder, qué asco! Si no me mata la fiebre, lo harán los virus. ¿Cuántos humanos habrán muerto de infección durante el proceso? ¡Arrgggggg! ¡Joder!

—Aquí estoy, tranquilo —informó la voz serena de Leo seguida de su cabeza, que se asomó tras el umbral de la puerta con su eterna sonrisa—. ¡La leche! ¡Vaya fiestecita te has montado aquí! ¡Vaya, vaya! Bueno, ya sabes lo que dicen en estos casos, ¿no?

—¿En los casos en los que un humano se transforma en vampiro? Me parece que no conozco el dicho, no... ¿Qué dicen? —pregunté inocentemente, esperando recibir la primera clase magistral.

—¡Que las mezclas son muy malas y que luego acabas vomitando hasta el alma! —se rio él.

—Gilipollassssssssssss —susurré entre dientes, aunque tenía que reconocer que había sido gracioso. Después de todo, no se me ocurría una mezcla más potente que la de la inmortalidad y el vampirismo.

—Perdóname, chaval... Pero siempre he querido hacer esta broma —volvió a reírse el vetusto vampiro—. ¿Pero no me digas que no te sientes un poco como si tuvieras a la madre de las resacas dentro de ti: sed, mareo, dolor de cuerpo, vértigos, malestar, dolor muscular...?

—Nunca me he emborrachado —contesté encogiéndome de hombros—. Jamás me ha llamado demasiado la atención el alcohol. Nací y crecí viendo los efectos que ésas, y otras sustancias, tenían en mi madre, de modo que me mantuve siempre alejado de ellas. Y mi repulsión se acentuó todavía más cuando era encargado en el bar. Ver a tantos clientes borrachos, que hacían de sus vidas, con cada trago, su existencia más miserable... Cada nuevo fondo de la botella les alejaba más y más de sí mismos, de sus vidas y de a los que alguna vez amaron. No, gracias —solté, sin saber por qué, hablando más para mí que para él.

—Vaya... Haces que me empiece a sentir orgulloso de haberte salvado, chico —la curvatura de sus labios de hizo más pronunciada—. El alcohol y yo tampoco nos llevamos demasiado bien. ¡Si supieras que mi primera borrachera fue siendo ya vampiro, y con más de cuatrocientos años a cuestas!

—¿En serio?

—Sí. La culpa la tuvieron París, una botella de absenta, un corazón roto (el mío) y mi querido Van Gogh... —suspiró él, con la sonrisa vistiéndose de luto.

La sorpresa del nombre no me paralizó tanto como el descubrimiento que estaba a punto de hacer esa noche.

—¿Por qué... por qué no veo apenas tu cabeza? ¿He perdido mis poderes empáticos al convertirme? —pregunté titubeante y lleno de miedos.

Ahora que podía cambiarlo todo, ahora que podía ser como los demás, me aterrorizaba que realmente ocurriese.

—¿Perderlos? ¡Siendo vampiro no pierdes nada, chico! ¡Salvo las ganas de ir a la playa, el gusto por la plata o las comidas con ajo! No... Aquí va tu primera lección: todo lo que eres, piensas, sientes y puedes hacer se multiplicará por mil siendo vampiro. TODO. En tu caso, es la peor de las maldiciones con lo de tu empatía y tus poderes mentales. Por eso, tardarás un tiempo en poder salir a la calle. Debes estar preparado para cuando eso suceda; para que las voces, los pensamientos, deseos y sentimientos de la gente no te fríen el cerebro.

—Comprendo... Y, sin embargo, en esta habitación se diría que jamás he estado tan a oscuras... —respondí, tratando de asimilar cada información y palabra.

—Soy tu maestro, chico. Eso hace que ya haya zonas a las que nunca podrás acceder dentro de mí si yo no decido compartirlas contigo. Además,

tengo... “contactos”. En su momento, me habilitaron un par de compartimentos secretos por si llegaba este día, el día de hoy. No verás nada que yo no quiera que veas...

—Como Eva... —susurré apesadumbrado.

—Exacto. Es necesario para que la relación de pupilaje sea sana y fructífera, y para que los roles no se vean contaminados. Empezaremos mañana con la primera clase. Levanta de esa cama de mocos y guarradas varias, date una ducha, y te espero en la cocina. Tengo un par de jarras de sangre animariana fresca preparadas y necesitarás alimentarte bien.

El estómago me hizo el pino puente del asco. ¿Sangre? ¿Yo iba a beber sangre? ¡Y una mierda!

—Leo... —lo llamé antes de que abandonara el cuarto—. Espera...

—Dime —dijo girándose completamente hacia mí.

—¿Van Gogh? ¿Vincent Van Gogh? ¿Hablabas de él?

La sonrisa de Leo se ensanchó tanto que sus colmillos iluminaron por un segundo el cuarto de invitados.

—Sí —respondió mientras se volvía de nuevo hacia la salida.

—¡Espera! ¿Te emborrachaste con mi pintor favorito, con “El Loco del pelo rojo”, y lo dices tan campante? ¿Él sabía que tú...? ¡Oh! ¿No lo morderías, no? —me abalancé sobre él, inquieto.

El vampiro me miró fijamente, con el semblante muy serio, como si estuviera a punto de echarme el broncón del siglo. Yo me quedé paralizado frente a él, expectante. Entonces, él abrió la boca y estalló en alegres carcajadas que se encadenaron como guirnaldas. Seguí aguardando, sin saber si reírme con él o no, porque no pillaba el chiste por ningún lado. Finalmente, con lágrimas en los ojos, decidió que ya podía responderme:

—Él sabía que yo era vampiro, sí. Y no, no le mordí. Él ya era un vampiro la noche en que nos conocimos...

—¡Eh, eh! ¡Un momento! —interrumpió Susana—. ¿Me estás diciendo en serio que tu maestro era colega de Van Gogh?

La cara de ella, con la boca desencajada por la sorpresa, era tan cómica que entendí lo gracioso que pude resultarle a Leo esa noche.

—Así es —asentí, apurando el sangresco del vaso de tubo.

—¿Puedes contarme más de eso? Quizá se pueda meter como anécdota e incluir un glosario de vampiros ilustres. ¡Madre mía! ¡Van Gogh, una criatura de la noche! ¿Quién lo diría? —habló atropelladamente, sin dejar de frotarse las manos a causa de la emoción.

—Sería una idea estupenda. Pero mejor reservarla para un libro aparte, ¿no crees? Conozco a varios famosos que no son lo que parecen... —susurré, haciéndome el misterioso.

Susana apagó la grabadora de su Memaifon y me cogió la mano derecha entre las suyas.

—Gracias por todo, Demonio Rojo. Incluso por el rechazo de antes... No sé qué haría sin Maestro, sin tus consejos, sin tu ayuda... —dijo la joven, con la emoción brillando a través de sus ojos, pugnando por salir.

Me encogí de hombros, quitándole cualquier tipo de importancia.

“¿Para qué decirle que, a su edad, sin Maestro ni protección, la habrían eliminado cualquiera de los dos bandos: los Agentes Negros o las castas vampiras más antiguas y conservadoras? Jamás se arriesgarían a dejar abierto el camino a la creación de más Necandi^[Z] o a que ella acabara jugando con fuerzas oscuras o demoníacas al verse sola. Mejor que no sepa nunca nada.”

—Dejemos esto para otro día, anda, que no me has contado nada de ti... ¿Qué tal van los preparativos de la Academia? ¿Y el Portal de Empleo para vampiros que estás montando?

—El segundo proyecto lo tengo un poco apartado... Ya sabes, entre la gente que quiere matarme y la que me gustaría matar a mí, ando un poco liadete —bromeé para evitar dar demasiadas explicaciones—. La Academia... pues muy nervioso, la verdad. La fiesta de inauguración es este jueves, coincidiendo con la noche de Halloween y el aniversario de su creación, y me temo que el resto de socios lo son sólo a efectos capitalistas, porque Núria y yo nos estamos comiendo todo el trabajo.

—¡Vaya! Ya sabes que no me la perdería por nada. Ya tengo mi disfraz preparado —dijo guiñándome un ojo—. ¿Cómo se os ocurrió?

—¿Lo de los disfraces de época? De la última novela que acabo de leer, *La condesa muerta*. Seguro que te encanta, te la recomiendo. Yo iré vestido de William, el conde de Cowland.

—¡Yo, de María Antonieta! ¡Verás qué pelucón me he comprado! ¿Entonces, ya lo tenéis casi todo listo para la inauguración?

Mis piernas temblaron, buscándose la una a la otra. No, no estaba todo listo. Faltaba él. Faltaba Maximilian el Fugas. ¿Vendría a la fiesta?

PAULA (1)

Zaragoza, sábado 21 de enero, 1961

—¡Me cago en todos los demonios del Inframundo! —bramó Paula tras verse de nuevo en el apartamento de Lidia—. ¿Cómo es posible que esa bruja de los cojones haya percibido mi proyección astral?

Miró a la pequeña Eva en su cuna, que jugaba a mirarse su único pie en movimiento, y entonces reparó en la imagen que el espejo le devolvía. Paula torció el gesto, irritada.

Estoy muy buena en este nuevo cuerpo humano, sí, pero permanecer ligada a la carne y a la tierra me hace menos poderosa, más vulnerable. Esa puta bruja me ha sentido cuando estaba sobre ellos estudiándolos, analizando sus puntos débiles. Y, ahora, su demonio enamorado vendrá a buscarme. Estoy segura. Creo que es hora de cogerse unas vacaciones en familia...

—¿Qué opinas, Evita? —le dijo Paula, acercándose a la pequeña entre sonrisas—. ¿Dejamos al monstruo comido y nos vamos de vacaciones las dos? ¡Tengo el sitio perfecto para ambas! Calor, diversión, tíos buenos y folladores... ¡Nos vamos al Infierno, pequeña!

La bebé gorjeó de entusiasmo ante la voz familiar de Lourdes y alargó los brazos hacia ella, buscando el alimento de sus pechos. Paula cedió a sus deseos y se descubrió uno de ellos para que la pequeña tomara de ella cuanto quisiera mientras planeaba las repentinas vacaciones.

—En cuanto termines de comer, humana, te quedarás aquí durmiendo, ¿de acuerdo? Pero esta vez te dormirás tú solita, sin necesidad de hechizos, que no te viene muy bien para el crecimiento que te ande hechizando a cada momento... Te quedarás aquí como una niña mayorcita (aunque no tengas ni dos meses; pero en fin, es lo que hay), y yo iré a buscar “la cena” para tu hermano. Le pillaré un ejemplar grandote, para que aguante unos días hasta que regresemos las chicas. ¿Qué opinas?

Eva mostró su conformidad succionando con más ímpetu del rico pezón, mientras la voz de su aya la arrullaba.

—Luego, haremos un par de maletitas para ambas y te llevaré a mi antiguo mundo. ¡Ya verás, qué ganas! Conocerás a algunos de mis amigos y muchos serán muy feos, así que tú disimula. Aunque, bueno, pobrecita, tú ya estás acostumbrada por la cosa ésa. Tu hermano, ya sabes... Otros amigos míos te pondrán ojitos. No te fíes. Significa que están pensando en comerte. Les tendrás que disculpar, pero es que hueles demasiado bien y abres el apetito, ¡qué quieres que te diga! Aunque para eso estoy yo, y no dejaré que nadie te coma la otra pierna ni nada parecido, tranquila. Quizá, hasta podamos volver con una nueva pierna para ti, ¿por qué no? —continuó Paula, encantada con la idea que acababa de tener—. ¡Síiii! ¡Qué gran idea! ¡Te conseguiré una nueva pierna! Así Luna me perdonará por mis pequeñas licencias y libertades...

Comprobó que la niña empezaba a quedarse dormida asida al pezón y la devolvió con suavidad a su cunita. La verdad es que era una auténtica monada. Empezaba a encariñarse con ella casi tanto como con su pequeña Luna. Sacudió la cabeza, incómoda por unos pensamientos tan tiernos, y se fue directa al armario de la cuidadora muerta en busca de un atuendo idóneo para ir de caza.

—¿Pero dónde cojones estoy?! ¿En el cuerpo de una monja? —se desahogó entre gritos mientras revolvía el armario de Lourdes y sólo hallaba ropa cuyo objetivo era tajarla de pies a cabeza, no lucirla—. ¡Estas humanas de ahora no valen ni para tomar por culo! ¿De qué sirve tener una buena escopeta para ir a cazar si no tienes munición? ¡Ohhhh, quizá este vestidito me sirva! ¡Me gusta!

Paula se despojó de las ropas de andar por casa y se probó el vestido negro, de corte evasé y faldita sobre las rodillas. Se contempló en el espejo y soltó un silbido de admiración, sin dejar de magrearse a sí misma.

—Yo me iba contigo a cualquier lado, muñeca —dijo, bebiéndose su imagen con la mirada y relamiéndose.

Lástima de escote, porque es una pena no jugar con este par de tetas tan majas. Eso sí, no tendré problema para llevarme a nadie. Va a ser muy rapidito porque estás tremenda, chica. ¡Lo que voy a disfrutar con este cuerpo!

Apartó la vista de mala gana, pues se habría quedado ahí horas mirándose dentro de ese cuerpo humano, y enfiló hasta la puerta de salida, dispuesta a ser la mejor cuidadora del mundo y a llevarle al pequeño Hugo la mejor pieza que pudiera encontrar...

YO (2)

Madrid, miércoles 16 de abril, 1986

Me arrastré hacia el baño sintiendo que mis pies habían duplicado su peso, maldiciendo en mi interior la estafa de la inmortalidad. Me sentía como una mierda, menos que una mierda: la mierda que se quita del zapato una mierda caminante que ha pisado una. ¡Y sólo era el primer día!

Abrí la puerta y me sorprendió encontrarme con un gigantesco cuarto de baño, nada usual tratándose de un cuarto de invitados. *¿O es que nunca fue un cuarto de invitados?* Doble lavabo en tonos blancos con espejos de tamaño descomunal, el inodoro y una enorme bañera con media mampara eran los protagonistas del lugar.

Entré con paso titubeante y me liberé de la ropa. Ésta estaba cubierta de mis propios fluidos, de mis despojos de humanidad, y no pude evitar una mueca de asco al tocarla y verla caer al suelo mientras rezaba porque no echase a correr de repente.

Por seguridad, deberíamos quemarla antes de que emita radiaciones.

Me metí apresuradamente en la ducha y dejé que el agua caliente reconfortara mis doloridas articulaciones. Con un ojo cerrado, disfrutaba de la caricia cálida del agua sobre mi piel y de su sonido. Con el otro, abierto y totalmente neurótico, vigilaba la entrada a la bañera con miedo a convertirme en la versión velluda de Janet Leigh en *Psicosis* y a morir apuñalado de un momento a otro. Con el corazón corriendo furioso por mi pecho, creí ver cómo mi ropa se alzaba sobre sí misma, tomaba forma humana y se iba llenando de algo oscuro y maligno que portaba un cuchillo dirigido a mí. Cerré los ojos para salvarme de aquel filo afilado pues, como ya todos sabéis, resulta el método más efectivo de salvamento en caso de peligro, sólo por detrás de taparte con la sábana antes de que el monstruo te devore en la cama. Y, como siempre, funcionó. ¿O acaso sabéis de algún caso en que haya fallado?

Abrí los ojos rompiendo mi miedo, pero ahí únicamente estaba yo, tiritando bajo un agua que quemaba pero no dolía. Decidí que era hora de salir de ese sitio, aún sin enjabonarme, y coloqué los pies mojados sobre la

alfombra de pelo sin dejar de echar miradas furtivas al hatajo de ropa, por si una manga me agarraba a traición el tobillo y me hacía caer. Entonces alcé los ojos y lo vi.

¿Pero... qué timo es éste?

Los espejos reflejaron la juventud de mi cuerpo en su plenitud desnuda. Cabreado, y reparando en que no tenía ninguna ropa limpia que ponerme, abandoné el cuarto de baño en dos zancadas furiosas.

—¿Qué significa este juegucito? ¿Pensabas que iba a tragármelo? —demandé en cuanto di con la cocina y con él.

Leo estaba sentado frente a la mesa, leyendo tranquilamente, cuando mis preguntas lo interrumpieron.

—Estás desnudo, ¿lo sabes? —señaló él.

—Muy observador. No tengo ropa —dije, cubriéndome los cataplines en un acto reflejo.

Noté cómo las mejillas me ardían en mitad de una situación que iba haciéndose más incómoda por momentos. Y, entonces, volví a cabrearme aún más.

—¿Qué significa esto? ¿En serio pensabas que soy tan gilipollas como para no darme cuenta? —volví a increparle, con una mano señalando el rubor de mis mejillas y con la otra cubriendo mi sexualidad.

Leo, que había abierto cómicamente la boca en un primer momento al verme aparecer en su cocina, chorreando y completamente desnudo, se levantó de su asiento y comenzó a reír con ganas. Mi desconcierto era cada vez mayor.

—Siéntate, anda, que tenemos que hablar... —dijo al final entre estertores de carcajadas—. Ahora te buscaremos ropa o iré a comprarte algo de tu talla. Me temo que la mía te quedaría... pequeña —añadió, tratando de alejar la mirada de mi cuerpo.

—¿...? —me encogí de hombros, incómodo, confundido y todavía molesto.

—Somos de diferentes siglos, chico. Ahora os hacen muy altos y muy de todo... —se defendió él mientras mi cara volvía a arder de vergüenza al comprender de qué estaba hablando.

—Vayamos por partes entonces... ¿Por qué enrojezco si estoy muerto? —le espeté.

—Bueno. Hay dos explicaciones. La primera es que aún no se haya completado el ciclo, que es bastante probable porque aún no ha hecho un día

de tu transformación y esto no es una ciencia exacta.

—¿Y la segunda? —quise saber, inquieto.

—Es la correcta de hecho. Se trataría de un acto reflejo de tu antiguo “yo” y, en ese caso, es posible que nunca te abandone. En realidad, ya no hay sangre que acuda a tus mejillas, pero el cuerpo recuerda lo que hacía, junto a tu mente, y lo reproduce como antes. He visto vampiros que bizqueaban, con ciertos tics o manías, incluso a uno que llevaba gafas, aferrado como estaba a su anterior existencia. Que deje de ocurrirte o no con el tiempo depende de ti. Yo, por ejemplo, sigo encendiendo la luz en casa como cuando era humano, aunque no lo necesite. Por pura costumbre. Me hace sentirme mejor.

—Entiendo —respondí mientras asimilaba sus explicaciones y me preparaba para hacerle nuevas preguntas—. ¿Y lo del espejo? ¿Qué explicación me das a eso?

—No te entiendo, chico...

—Sí, joder... Que he salido de la bañera y me he visto ahí en todo el espejo. ¿De verdad pensarías que no me iba a dar cuenta?

—¿De que me gustan los espejos? ¿Qué me estás preguntando exactamente? —me preguntó el vampiro a su vez, sumiéndome en una confusión mayor.

—¡Pues cómo coño voy a ser un vampiro si me reflejo en los espejos! ¡Y me apuesto lo que quieras a que tú también lo haces! —exclamé, apuntándolo con mi índice acusador.

De nuevo, se echó a reír sin pudor, con una risa natural y llena de color.

—Delicioso... Esto va a ser delicioso y desternillante —auguró él meneando la cabeza de derecha a izquierda, con una sonrisa que amenazaba con derramarse por ambos extremos del rostro—. Escucha, chico... Vas a tener que empezar a distinguir el mito (la leyenda) de la realidad. Lo que hayas visto y leído sobre nosotros... casi todo falso.

—¿Entonces no es cierto que los espejos rechacen nuestra imagen? Porque en las pelis, y en muchos libros, les pillaban muchas veces justo por eso... —dije yo, sintiéndome un niño tonto.

Bram Stoker, nunca pensé que diría esto, pero te odio... Jamás te lo perdonaré, Stoker, jamás.

—Exacto. Todo ficción. ¿Alguna pregunta más antes de tu primera comida?

—Sí, por favor —rogué, con un hervidero de dudas dentro de mí.

—Dispara...

—¿Qué nos pasa con el ajo?

—Que nos repite —contestó él con un guiño de ojos—. No, perdona. Era broma. Es que hacía años que no disfrutaba tanto. El ajo en realidad sí nos daña. Pero de eso hablaremos en profundidad en nuestras lecciones.

—¿La plata?

—También, y mucho. Aléjate de ella.

—¿Los crucifijos?

—Sólo si eras creyente en vida.

—¿Las estacas?

Leo tembló ante esa pregunta y conseguí ver algo antes de que arrastrara su recuerdo a uno de sus compartimentos mentales secretos. Recuperé un nombre a tiempo de que cerrara la puerta tras él: Selene. Ya lo averiguaría más adelante, como siempre...

—Nos matan —respondió él, súbitamente serio.

—¿Duermes en un sarcófago?

—No, excepto en el pasado, para trayectos largos en barco. Pero preferimos las camas, salvo los vampiros modernos estos de ahora, que tratan de imitar a los vampiros de ficción sin pararse a pensar que los vampiros de verdad son ellos. En fin...

—¿Y qué nos pasa con la luz del sol?

—Nos mata también, así como la sed de sangre prolongada. Pero de eso ya hablaremos. Tenemos, literalmente, toda la vida para ello. ¿Alguna pregunta rápida más? Lo pregunto porque no estoy habituado a hablar con tipos desnudos en mi cocina. Piensa que soy de otra época. Empiezo a incomodarme un poquito...

—Hay... una última cosa, sí. Antes, en el baño, me ha sucedido algo inquietante. Habría jurado que mi propia ropa cobraba vida y me amenazaba con matarme, pero no estoy seguro de si era realidad o fantasía. Cerré los ojos, asustado, y al abrirlos de nuevo, la ropa seguía tirada en el mismo sitio, en la misma postura.

—¿Ah, sí? —Leo se revolvió en el asiento.

El vampiro me miró fijamente. Ahora ya no reía.

IANIRE (1)

Madrid, sábado 21 de enero, 1961

—Cuéntamelo todo otra vez, por favor. Como si no conociera la historia... —rogó ella, ronroneadora.

Arioch sintió hincharse su virilidad de puro deleite. Había capeado la situación y su preciosa gatita letal continuaba ahí con él, despierta y atenta a sus palabras. Haría cualquier cosa por ella para que no se sumiera de nuevo en ese mundo de brumas en el que vivía desde la muerte de su pequeña Dearbhail.

—Cuando mi buen amigo Baal me dijo que no había magia negra en el Infierno que reactivase tu útero —bajó la voz de modo inconsciente al pronunciar aquellas palabras que se sentían como cuchillas en su lengua—, me propuso que me sometiera a un ritual de fertilidad. Al principio me mostré escéptico con él, por supuesto, por detallitos tontos como carecer de útero.

—¡Y entonces fue cuando él te lo explicó! —irrumpió ella sin poder contenerse de la emoción, agarrándose las manos para no dibujar el aire de bucles de dedos nerviosos—. ¡Cuéntamelo!

Arioch se acercó a la cama matrimonial y se sentó junto a su Viuda Negra, tocándole con los ojos y las ganas, pero reprimiendo el picor de sus propios dedos. Esta vez ella no se retiró y correspondió a su mirada lasciva con una caricia caliente y directa por su miembro viril, que se levantó cortésmente ante la llegada de ella.

—Dimeeeee y luego te contaré cositas yo a ti, por favor —susurró ella con una voz ronca que arrancó cosquillas al lóbulo de su oreja. Éstas se transformaron con rapidez en electricidad recorriendo su cuerpo.

Te voy a hacer de todo si me haces feliz y me devuelves a nuestra hija.

“Podría correrme sólo con su voz”, pensó él.

—Robaremos un útero, el mejor útero, ¡qué coño! —se vino arriba imaginando las guarradas que su joven esposa y él harían después—. Buscaremos a la madre apropiada y la...

—Quiero que se parezca a mí, para que nuestra niña... —volvió a

interrumpir Ianire.

—O niño... —matizó él, preocupado al ver que asentía con indiferencia—. No podemos asegurar su sexo.

Será niña y punto. Ella volverá a nosotros y todo será como debía haber sido.

—¡Continúa, por favor, Arioch! —le suplicó ella, volviendo a acariciar con mimo y destreza sus zonas erógenas.

Arioch tragó una saliva densa, carraspeó para aclararse la voz y continuó con su historia mientras se dejaba hacer por las avariciosas manos de su esposa.

—Cuando demos con ella, la fecundaré como hice contigo. Será rápido, lo prometo. Si todo va bien y vemos que la semilla ha arraigado, al día siguiente me llevaré todo lo necesario de su cuerpo para trasplantarlo al mío: útero, placenta, todo...

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—Ahí es cuando entra Baal en juego. Él habrá preparado mi vientre de antemano para la gestación del bebé, que será de ocho días.

—¿Cómo lo hará? ¿Y cómo se supone que darás a luz? —preguntó ella, desconfiada—. El único orificio que tienes es el ano, y me niego a que mi hija tenga un nacimiento de mierda.

Arioch celebró la broma con una carcajada limpia.

—No tengo ni puta idea de cómo es el ritual de fertilidad de Baal, la verdad —se excusó él—. Yo sólo conozco la parte que me atañe a mí: cómo debo prepararme para la implantación, la búsqueda de la víctima y el pago que debe recibir él.

—¿Cuál es el pago?

—Aparte de un par de posesiones mías, se quedará con las almas de la mujer a la que fecundemos y la de la que utilicemos en el parto —se explicó Arioch con cautela a la par que su mano comenzaba a jugar por el torneado muslo de ella.

—¿Qué segunda mujer? —gimió ella al sentir la electricidad de su roce.

Su cuerpo y su mente empezaban a prepararse para él, muy a su pesar.

—Cuando el feto esté listo para salir, necesitaremos un nuevo cuerpo femenino para que el pequeño...

LA PEQUEÑA...

...venga al mundo. Para eso nos valdrá cualquier mujer. La tendremos

preparada para ese día y teletransportaremos al bebé a su interior para que lo pueda dar a luz.

—¡Ohhhh! ¿Y dices que valdría cualquier mujer? —repitió ella, abriendo con suavidad las piernas para que su marido bañara su mano en la humedad de ella.

—Sí, ¿por? —preguntó él, ahogando un jadeo por la expectativa de entrar en ella, su lugar favorito en el mundo.

—Quizá esa mujer... ¿podría ser yo? —sugirió la bruja con la mirada risueña e ilusionada mientras su marido llamaba a las puertas de su placer.

Él detuvo el movimiento de sus dedos, intrigado.

—¿Por qué querrías hacer tal cosa?

—Para sentirme madre —respondió ella con la voz gris.

Arioch la miró con dolor compartido, reparando en que los ojos de ella volvían a apagarse peligrosamente. No lo permitiría de nuevo, no señor.

—El problema es que...

—No se puede, ¿no? —completó ella en un hilo de voz.

Arioch negó con la cabeza, incapaz de pronunciar esas dos dolorosas letras.

—Lo que te han hecho, Iani, es quemarte con magia negra el vientre. El bebé se secaría al entrar en ti y nacería muerto —dijo su demonio tratando de recuperar el territorio conquistado a lo largo de su pierna.

Ella dio un respingo y le propinó un manotazo. Su tacto volvía a molestarle.

—Entiendo... —contestó ella con los ojos húmedos y el sexo seco.

—Pero lo haremos, mi brujita, lo haremos. Seremos padres, aunque tengamos que matar para ello a la mitad de las hembras de este mundo. Te lo juro. Y, luego, iremos a por la puta vieja de tu maestra y su muñeca de los huevos.

—Eso me encantaría —respondió ella al rato, con la sonrisa a medio cocinar—. Voy a decirte cuánto me encantaría eso...

Y sin añadir más, se deslizó felinamente a través del abdomen masculino hasta alcanzar su oscuro pubis. El miembro de él se alzó poderoso a su paso, dispuesto a luchar en mil y un batallas más, y Ianire correspondió a su saludo con caricias y lametones que hicieron gritar espuma a su guerrero calvo.

—Ianire... —gimió él, feliz.

—Te espero —prometió ella.

EVA (1)

Madrid, lunes 21 de abril, 1986

—¡Lo siento, pero no! ¡No esperaré ni un día más! ¿Entiendes? ¡No lo soporto! —gritó ella entre lágrimas de desesperación—. ¡Llevamos una semana sin saber nada!

Eva correteaba de un lado a otro del salón, incapaz de quedarse quieta. Su cabello trataba de seguir su ritmo, de alcanzar su cuerpo, regalando al aire dibujos furiosos de fuego. Alberto no pudo evitar asombrarse de su velocidad con tan solo una pierna ni de su belleza: parecía una antorcha humana, roja y encendida, llena de vida y de amor.

—¿Y qué propones? —preguntó Alberto, acercándose a ella y asiéndola de las manos con cariño—. ¿Quieres que vayamos a la policía para denunciar exactamente qué? ¿Que un amigo nuestro, mayor de edad, se fue hace una semana de nuestra casa porque vio con su mente que su madre prostituta estaba en problemas, y que, desde entonces, no hemos vuelto a saber nada?

—¡No seas cínico, joder, Alberto! —se defendió Eva, desasiéndose de él—. No hace falta que contemos todo. Podríamos... podríamos decir que recibió una llamada a casa, que no sabemos quién lo llamaba pero que salió corriendo de aquí como alma que lleva el diablo, desencajado y preocupado. Podemos decir que tememos por él por el estado en que se fue y porque, a pesar de vivir con nosotros, se fue con lo puesto y no ha regresado. Que todas sus cosas están aquí y que no hemos vuelto a saber nada de él. Y que tenemos miedo, sí, porque esto no es propio de nuestro amigo, y que él jamás se iría así, sin avisar. Podemos... podemossss... podem... —y su discurso se agitó dentro de un mar salado de dolor que le inundó los ojos y la voz.

Alberto la rodeó con sus brazos, sintiendo el sufrimiento de su chica como propio, y dejó que las compuertas del dique que abrazaba se abrieran y vaciaran sobre él. Minutos. Horas. Años si hubiera hecho falta. Cuando ella se sintió al fin vacía y seca, se separó de él y le obsequió con una mueca triste.

—¿Qué es lo que sabes? —le espetó ella sin rodeos—. ¿Qué te estás

callando?

Alberto giró el rostro, incómodo, consciente de que no habría escapatoria.

—No sé nada —dijo con una voz rota que lo traicionó—. Sólo juego con suposiciones, cariño, y preferiría no decirlas en voz alta, pues no dejan de ser eso: meras y estúpidas suposiciones.

—Háblame de ellas, por favor —le rogó su chica, buscándolo ahora ella a él—. Por favor.

Alberto se mordió con rabia el labio inferior y negó con fuertes movimientos de cabeza, tratando de espantar aquellos malos pensamientos que revoloteaban como moscas cojoneras.

—Creo que tú lo sabes igual que yo, Eva, pero quieres que sea yo quien lo diga en voz alta por los dos —contestó abatido—. Está bien. Siéntate conmigo en el sofá, anda...

Eva lo siguió obediente y callada, como si no fuera ella, y se sentó junto a él dispuesta a escuchar y a enfrentarse a sus temores.

—¿Crees que, si estuviera en peligro, tú lo notarías? —comenzó Alberto, titubeante y con la vista fija en sus pies.

—Es... posible. A veces he notado cosas, sí, o hemos soñado el uno con el otro. No puedo asegurarlo. Nuestra conexión no es la que solía ser desde que deshice el “juramento de familia” —reconoció ella.

—Bien... ¿Y has notado algo estos días? ¿La noche que se fue de casa, o al día siguiente, o lo has visto en algún sueño?

—No.

—De acuerdo.

—¿Y crees que, si él estuviera en peligro, trataría de contactar contigo?

—Quizá... si pudiera, claro —teorizó Eva, revolviéndose en su sitio.

—Entonces... tenemos que, durante una semana entera, no ha contactado contigo ni tú has notado nada extraño. También podemos asegurar que no se ha ido de casa por propia iniciativa y que una semana sin saber de él es excesivo. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Claro —contestó ella sin saber muy bien adónde trataba de dirigirla él.

—Si Zana puede entrar en tu cabeza (o al menos en una parte), en la mía y en la de cualquiera... ¿Por qué crees que no lo ha hecho todavía? ¿Por qué ya no lo sientes como antes ni él ha vuelto a ti? Dilo, Eva.

—No —rehusó ella, con la cabeza y el ánimo bajos.

—Mi amor... Si no ha contactado con nosotros, tú ya no puedes sentirlo ni él ha vuelto a casa, sólo puede haber un motivo.

—No —repitió ella sintiendo de nuevo el escozor en sus ojos y en el alma—. Puede que esté retenido por la fuerza, que esté herido o incluso amnésico....

—Volvería a ti y lo sabes. Siempre vuelve. Estáis unidos —le dijo él con cautela mientras le acariciaba su pelo de fuego.

—No puede ser... NO.

—Está muerto, mi amor. Zanahorio está muerto y por eso ni tú lo sientes ya ni él ha regresado. Y creo... creo que ha sido obra de los Mayores —reconoció finalmente.

Imposible.

Zana, no puedes estar muerto. No. Te encontraré, lo juro. Desempolvaré mis viejos libros de magia negra y te localizaré. Lo haré. Luego te traeré de vuelta. No importa dónde estés, pero haré que vuelvas a mi mundo, lo juro. No te dejaré marchar. NO.

—Dime algo, Eva —le pidió Alberto al verla sumida en un mutismo absoluto.

Pero ella no reaccionó. Alberto se acuclilló frente a ella buscando su mirada cómplice, pero sólo se encontró con unos ojos llenos de desierto. Asustado, posó sus manos en los hombros de ella y la agitó con delicadeza. Entonces pareció regresar de algún sitio lejano, posó sus enormes ojos negros sobre él, hambrientos de determinación, y dijo:

—Voy a recuperarlo, Alberto. Voy a hacer que vuelva, cueste lo que cueste.

Si tengo que hacer conjuros de sangre para ello, incluso sacrificios, los haré. Por ti, Zanahorio... Y, luego, buscaremos juntos a los Mayores y acabaremos con todos ellos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el otro, lleno de miedo.

—Tienes dos opciones: apoyarme y ayudarme, o quitarte de en medio. Pero impedirme mi propósito no es una de ellas, te lo advierto —dijo Eva con la mirada inyectada de dureza y de esa locura violenta del que sufre demasiado.

“Dios mío, todo se va a cumplir según los designios de los Mayores. La Profecía ha comenzado y te perderé para siempre, mi amor, mi Eva, mi todo...”

YO (3)

Madrid, martes 29 de octubre, 2075

Inspiré con profundidad, como si mis pulmones realmente necesitaran oxígeno, y me planté ante la oscura puerta con nerviosismo. Esta vez había llegado a ella por el modo tradicional (a pata), en lugar de aparecerme en su interior chasqueando los dedos. Llamadme raro, pero me hacía sentirme mal usar el hechizo de teletransporte que me habían regalado un muerto y un puto ladrón de corazones. Así que nada de teletransportarse.

Teletransportarse, caca.

Saqué la pequeña llave dorada del bolsillo de mi cazadora y la introduje en la cerradura. Ésta la recibió como se recibe al amante furtivo: de inmediato y sin reservas. La puerta emitió su crujido de placer y se abrió para mí. Las piernas comenzaron a temblarme, como el día anterior y el anterior... y como cada día que regresaba a la Academia preguntándome si aquella noche sería, por fin, la noche en la que él regresara. Maximiliam el Fugas, Maximiliam el Cabronazo, Maximiliam el Rompecorazones y Despiertamiembros... Maximiliam...

Me adentré en ella y enseguida la noté. Estaba en una de las aulas organizando la decoración, achicharrando a los trabajadores con mil y una indicaciones. Los tenía fritos. Reprimí una risotada nerviosa al ver que varios obreros coincidían en sus pensamientos.

”A ver cuándo se calla la vieja mandona esta”, pensaba uno.

“Me tiene hasta las narices con «Colócalo ahí. No, mejor ahí. Bueno, mejor en el primer sitio». ¡Me cargo a la viejecita!”, pensaba otro.

Pero él, el Fugitivo, no estaba. Y las risas se convirtieron en pedacitos de hielo dentro de mí. Avancé por el pasillo con pasos decepcionados en el mismo ritual de cada maldito día desde que se había marchado:

Acaricié la superficie de la puerta de su despacho y la empujé con suavidad. Casi con devoción, introduje un pie en su santuario, luego el otro y dejé que el olor de su cuerpo, que aún flotaba en el aire, acariciase mi piel. Cerré la puerta enseguida, para que no se escapara ni un solo átomo de él, y

aspiré su olor con lágrimas rebeldes en los ojos.

No vendrá... Tampoco puedo ir a él. Ha roto, no sé cómo, la muesca de rastreo hasta su mente y no me permite viajar a él. ¿Qué hago aquí? ¿Qué demonios hago aquí, dirigiendo una academia de magia para ver a alguien al que no veo y que no quiere estar conmigo? ¡Si mis conocimientos de magia son los mismos que los de la reproducción del escarabajo pelotero en cautividad! Estoy loco...

—¿Otra vez aquí, eh? —preguntó una voz cascada y suave a mi espalda.

Me di la vuelta con una sonrisa tan abierta como fingida.

—¡Núria! ¿Cómo va todo? —me obligué a decir.

—¿A mí con sonrisitas falsas, colmillos? ¿Vas a engañarme tú a mi edad? —me saludó ella torciendo el morro—. Volverá, no te preocupes. Y, entonces, todas tus dudas, todo lo que estás pensando ahora mismo, desaparecerán.

—¿Estás segura de que tú no lees también las mentes? —pregunté, abrazándola y forzando una sonrisa que terminó por resultar real.

—¡Quita, quita! —se quejó falsamente ella, tratando de desembarazarse de mí y de mis achuchones entre risas de complicidad.

Me separé de ella después de un breve ataque de cosquillas y la miré con simpatía. Empezaba a tenerle un gran cariño a aquella humana metomentodo, sarcástica y puñetera, pero dulce y generosa como ella sola.

—Eres el hijo que nunca he tenido, Demonio —me soltó con los ojos sonrientes.

Mi corazón saltó ante sus palabras, entre sangre, dolor y felicidad. Ya me habían llegado, días antes, sus sentimientos de amor maternal, como hebras de plata que se extendían hacia mí, acariciadoras y edificantes. Cada sentimiento, cada pensamiento de ese estilo, llegaba a mí convertido en una caricia para mi alma, en un puñadito de sal sobre mi corazón lleno de agujeros. Escocía, dolía, pero también sanaba.

—¿No dices nada? —se extrañó ella, dolida.

—No pensé que lo fueras a decir en voz alta. Ahora lo has hecho realidad y yo, yo... me doy cuenta de que no estoy aquí sólo por él. Me quedé por él, es cierto, pero si no me largo de este sitio es por ti. Yo también...

Pero no pude continuar. Mi corazón lloraba por dentro al recordar a María, a Eva, a Sergio, a Leo... Todos a quienes una vez amé estaban

muertos o querían verme muerto a mí. ¿Era yo digno de ser amado? ¿De ser llamado hijo, amigo, hermano o novio? ¿Merecía de verdad el amor de esta mujer?

Y, ante la atónita mirada de aquella poderosa sacerdotisa a la que yo importaba, continué y continué llorando entre retazos de recuerdos de otra vida...

—¿Y bien? —me preguntó él, incansable.

—¿Pero de verdad es necesario que aprenda estas mierdas, Leo? — pregunté con exasperación. Odiaba las clases teóricas—. ¡Esto no sirve para nada! ¡No me hace falta estudiar Historia del Vampirismo cuando puedo ver toda la información en las cabezas de los demás! ¡Yo quiero que me enseñes cosas prácticas! Llevo un mes sin pisar la calle y quiero salir de aquí, ¡joder!

Leo se levantó de su asiento, irritado.

—¡A veces te metería dos hostias, de verdad!

—¿Quién es Rodrigo? —pregunté al cazar ese nombre entre la niebla de su enfado.

Él enmudeció y negó con la cabeza repetidas veces.

—¿Sabes que, cuando te cabreas, tus defensas mentales se hacen más débiles y puedo pillar pequeñas palabras e ideas de eso que escondes ahí dentro? —dije con una sonrisa de triunfo en la cara, tratando de irritarle todo lo posible y que me mostrara más información vetada.

—Sí. Y que un crío de veinte años me enfade y toree, a mi edad, dice mucho de mi cansancio —contestó él regresando a su sitio—. Está bien. Dejemos la clase de Historia por hoy. ¿Qué quieres hacer?

—Salir, por favor... Necesito ver la calle, a la gente... ¡Me voy a volver loco aquí! Si yo ni siquiera soy así... No quería molestarte, de verdad, ¡pero me siento como en una cárcel! Sólo te veo a ti, ¡venga a estudiar y a beber jarritas de sangre preparadas por ti! ¡Quiero salir, ver cómo es el mundo ahora bajo estos nuevos ojos! ¡Cazar, vivir!

Ver a Eva...

—No estás preparado y lo sabes. En cuanto pusieras un pie en la calle,

todos esos pensamientos y sentimientos de la gente entrarían en tu cerebro como balas destrozándote. Te matarían en un segundo...

—¿Cómo estás tan seguro?

—¡Ohhh, lo sé! Confía en lo que te digo, por favor. Te prometo que en cuanto te vea listo, saldrás.

—De acuerdo, jooooo —me rendí entre lloriqueos—. ¿No podrías enseñarme cosas chulas y divertidas, por lo menos, mientras dure este encierro?

—¿Por ejemplo? —preguntó él enarcando una ceja entre divertido e incrédulo, pues no se le ocurría nada vampírico que asociara él a la diversión.

—Pues... ¿cuándo vas a enseñarme a volar?

—¿Volar? ¡Cómo no sea con la mente! —se descojonó él.

—¿Cómo? —pregunté, alzando la voz ante la indignación que creía en mi estómago y viajaba hasta mi boca en forma de gritos y palabrotas—. ¿Me estás diciendo que no podemos volar?

—Exactamente. Salvo que seas algún tipo de combinación de demonio con vampiro o cosas así, no. Nada de volar.

—¿Y súperpoderes?

—¿Por ejemplo?

—Súper velocidad, súper fuerza... Ya sabes, la parte que mola de estar muerto.

—Oh... Bueno.... Tenemos... tenemos... súper temperatura —dijo Leo, improvisando.

—¿De qué gaitas hablas? —pedí, que comenzaba a entender el timazo de ser vampiro.

—Pues que nunca tienes frío ni calor.

—Oh... estupendo.

—También somos mucho más fuertes y veloces, eso sí.

—¿Cómo de fuertes y veloces? ¿Podemos doblar un hierro con la mano? —le interrogué, animándome de nuevo.

—Bueno... con las dos igual sí —se encogió de hombros—. Nunca he probado. Pero sí puedes matar a una persona con una sola mano. Lo he hecho, y lo he visto hacer. Puedes partir una columna con sólo dos dedos. También tienes alta resistencia al cansancio, correr durante horas. Y...

—Vaya, esto se pone interesante —canturreé dando palmas al aire.

—Y ver en la oscuridad, oler a alguien o a tu presa a kilómetros, escucharla y sentir los latidos de su corazón —empezó a animarse Leo,

recordando viejas sensaciones y vivencias. Sobre la velocidad, pues puedes alcanzar a una gacela y darle caza si te lo propones, así que supongo que, para un humano, eso es súper velocidad, ¿no?

—¡Joder que sí! ¿Qué más, qué más? —demandé, como un crío pequeño que no se cansa de los cuentos para irse a dormir.

—Creo que por hoy es suficiente, chico —sentenció, cortándome el rollo—. Otro día seguiremos hablando de ello y de todo lo malo que debes saber.

—¿Pero todavía hay más cosas malas y que nos matan? ¡No me jodas! Para ser inmortales sois un poquito delicaditos, ¿no?

“Y verás cuándo sepas lo del deterioro cerebral. Espero llegar a tiempo...”

—¿A tiempo de qué? —pregunté al interceptar su pensamiento—. ¿Qué deterioro? ¿Qué te pasa? ¿No te estarás muriendo, no?

—No, tranquilo. Ya hablaremos de ello más adelante... Tampoco estás preparado para esa lección aún.

“Ni yo para contártelo. ¿Para qué hablar de mi muerte y de la Profecía?”

Madre mía, Leo está chocheando. ¿Le digo que estoy oyendo todo lo que está pensando ahora mismo? Es como callarme que haya salido a la calle en cueros. No sé... Muerte, deterioro cerebral, Profecías... Ahora lo del puente me parece más seductor incluso.

Tú calladito mejor, y cuando puedas, te escapas y te vas a ver a Eva. Ya arreglaremos lo de ser vampiro y eso, coño, que no puede ser tan difícil...

LEO (1)

Estación de tren de París, martes 27 de agosto, 1889

Perfecto. Sólo quedan veinte minutos para tomar el tren a Madrid, pensó Leo mientras consultaba la hora en su reloj de bolsillo dorado. *Tendré que apresurarme bastante para localizar posada allí antes de que amanezca o jamás llegaré a casa.*

Sin prisa, se encaminó al andén con el billete en la mano, maravillado de la actividad frenética que se vivía a esas horas de la noche en la estación londinense. Los últimos meses viviendo en aquella aldea soriana, alejado del bullicio, le habían hecho olvidarse por completo de todo ese ir y venir de gente, de sus olores, sus ruidos y sus risas. Leoladeó la cabeza, embriagado por ese irresistible aroma humano y turbado por un incipiente apetito voraz.

—Dan ganas de comérselos a todos ellos, ¿verdad? —dijo una voz femenina a su lado.

Leo se giró lleno de curiosidad, y el movimiento de su cuerpo quedó congelado en el aire. No podía ser ella. Imposible.

—¿Qué sucede? Parece que esté usted más pálido de lo normal. Y ya es difícil siendo... —dijo ella tocándose discretamente los colmillos.

Leo recuperó la posición y el aplomo, pero no el habla. La miró asustado e incrédulo, sintiendo cómo sus ojos se volvían líquido y las piernas le fallaban.

Estaba preciosa, como era habitual en ella. Aunque ahora llevaba los bucles dorados más cortos, todo lo demás era igual: su cara, su sonrisa, su cuerpo, sus manos... Era ella.

—¿Maite? —balbuceó al fin—. Estás... ¿viva?

—Se equivoca, caballero. No soy Maite ni la conozco —respondió la mujer, debatiéndose entre la intriga y la decepción—. Mi nombre es Adriana —añadió mientras le tendía la mano.

Leo, perdido en un mar de confusión, cogió la mano que aquélla le ofrecía y se la besó con cortesía.

—Encantado...

Eres tú, Maite, eres tú. Hueles igual, eres igual, mi corazón se agita igual. No entiendo qué sucede...

—¿Se encuentra bien, caballero? En serio, tiene un aspecto atroz.

—¿Qué broma es ésta? —acertó a decir él—. ¿Por qué me haces esto después de tanto tiempo sin verte ni besarte, Maite? ¿Por qué estás aquí? —se acercó a ella furioso.

—No sé de qué me está usted hablando, caballero. Me he acercado al notar que usted también es... y consideré que sería agradable conversar un rato hasta la llegada de mi tren. Evidentemente, me he equivocado —dijo ésta, girando su cuerpo para deshacer el camino—. Así aprenderé a no acercarme al primer vampiro atractivo que me tope. ¡Están todos chalados! —exclamó ella indignada.

La diversión había desaparecido de su voz.

—¡Oh, no! ¡No te vas, Maite, Adriana, o como te hagas llamar ahora! —contestó Leo al tiempo que la tomaba del brazo y la hacía girar hacia él.

Sus ojos azules chocaron con los suyos, reconociéndose y midiéndose un instante. Leo aprovechó el desconcierto y la sorpresa iniciales de ella y, con una velocidad digna de un depredador, envolvió la pequeña cintura femenina con su brazo izquierdo y tomó su nuca con la mano derecha, en un movimiento que oscilaba entre la ternura, la violencia y el deseo. Sin darle tiempo a reaccionar, aproximó sus labios a los de ella, haciendo que ambos se encontraran en un choque de trenes que hizo saltar millones de chispas.

Adriana abrió los ojos de par en par en un primer momento cuando aquel extraño la abrazó y se fundió con su boca sin su beneplácito. ¿Qué se creía ese vampiro? Forcejeó ligeramente en un principio, dispuesta a desgarrarle su maldita cara bonita por tratarla como a una buscona, pero entonces percibió la lengua de él atravesando sus labios, llenando de vida su boca muerta, buscándola a ella. Sólo a ella. Arrancando sensaciones en múltiples escondites de su cuerpo, cada vez más y más recónditos, profundos. Y acabó amarrada furiosamente a él, danzando lengua con lengua en un baile de cólera y necesidad.

Maite... Te he extrañado tanto...

Las lenguas jugaban al escondite, a abrazarse y a dejarse mientras se conocían y reconocían una y otra vez. Ella sintió que su cara se empapaba por las lágrimas de él, que corrían libres por sus mejillas. Confundida, se separó con brusquedad y habló llena de tristeza:

—No soy Maite, pero me encantaría haberlo sido.

—Está bien —reconoció el vampiro, limpiándose los restos de la lluvia de su alma sobre el rostro—. Un poco más y nos habrían detenido por escándalo en la vía pública. Observe cómo nos miran... De acuerdo entonces. Yo soy Leo. Encantado de conocerla, señorita vampiresa desconocida —dijo él con una genuflexión teatral mientras le daba tiempo a su corazón para recomponerse.

—¿Qué ha sido todo esto?

—Algunos lo llaman “destino”. Yo lo llamo “amor”.

—¿Usted... me ama? —preguntó ella atónita.

—¿Usted no? —contestó él con naturalidad.

Ella alzó su angelical rostro hacia Leo, conectó su mirada azul con la de él y enseñó sus temibles colmillos en una sonrisa que lo dejó sin aliento. Era como tornar a ser bañado por el sol, pero sin peligro de morir abrasado bajo su luz.

—Creo... que sí. Mis hermanas no van a creerme cuando se lo cuente —dijo ella, todavía luchando con la sensación de irrealidad onírica que estaba experimentando.

—Lo comprendo... A mí me sucedió lo mismo la primera vez —dijo él riendo con ganas.

—¿La primera vez?

—Sí, la primera vez que te encontré. Sólo que ahora saldrá mejor. Te quiero, Adriana.

—Ohhh, vaya... —respondió ella sin saber qué decir.

Definitivamente, cuando llegara a Berlín y les contara esta historia a sus hermanas, no se lo iban a creer. Ella, la más independiente de las tres, la pragmática y fría que se reía de amoríos y estupideces humanas, caía con el primer beso que le robaban. Ya se las imaginaba burlándose de ella, en represalia por tantas veces en que ella lo había hecho. Torció el gesto y pensó que, si así eran todos los besos que ese vampiro desconocido le iba a dar, bien valían las chanzas infantiles de sus hermanas, una tortura o días sin probar bocado.

—Adriana... ¿todo bien?

—Ése de ahí es mi tren para Berlín —sentenció ella.

—No lo tomes, por favor. Ahora que nos hemos encontrado, no puedes volver a irte. Ven conmigo unos días. Amémonos. Permíteme conocerte y amarte. Permítete que te conozca y ame en tu nuevo ser. Sé que todo saldrá bien en esta ocasión —le rogó él tomándole las dos manos.

—No tengo billete... —se excusó ella débilmente mientras su mente ya se preparaba para dar el “sí”.

—No importa. Tengo un compartimento privado nocturno sólo para mí. Los dos estaremos ahí. Pasaremos toda la noche conociéndonos de nuevo.

—Con una condición...

—¿Cuál?

—Que no me compares con ella —lo tuteó al fin—. Ni hables de reencuentros puesto que yo no te conocía hasta hoy. Yo soy Adriana, no esa otra mujer. No me iré contigo a ningún lado si siento que la estoy sustituyendo o me siento comparada con otra, ¿entendido?

—¡Viaaaaajeros al tren! ¡Viajeeeeeeros al tren!

—Ése es mi tren para España. ¡Ven conmigo, te lo ruego! —pidió Leo lleno de miedo.

—¡Prométemelo!

—¡Lo prometo!

Y las manos de ambos se entrelazaron con la misma química y complicidad con que sus lenguas se habían susurrado minutos antes.

LUNA (1)

Bilbao, sábado 21 de enero, 1961

Los ojos de color café la miraban fijamente, esperando una respuesta a sus preguntas.

—¿Y bien? —dijo la voz de pito.

—¡Que me estás hartando, hermanita! ¡Eso es lo que te digo! —exclamó Luna enfadada.

—¡Pues la que estoy harta soy yo! —rebatía ella, levantándose de golpe del sofá con una agilidad y vitalidad que su anterior (y verdadero) cuerpo había perdido hacía demasiado tiempo.

—Vamos a ver, Soledad...

—¡Que no me llames así, leñe! Soy Lidia, tu hermana, no Soledad. ¡Quiero que me dejes de llamar por ese nombre y volver a mi casa! ¡Quiero recuperar mi vida! Quiero... —lloriqueó Lidia mientras contemplaba ese nuevo cuerpo de treintañera al que no se acostumbraba.

—Serénate, por favor. Entiendo que no te hayas acostumbrado aún a ese nombre. No llevas nada dentro de este cuerpo y, cómo no, necesitarás un periodo de adaptación para hacerte a tu nueva identidad, a tu nuevo rostro... No puedo llamarte Lidia porque ambas debemos habituarnos cuanto antes a ese nombre, para que respondas a él en la calle y yo no la caguemos llamándote por tu antiguo nombre.

—¡Pero si estamos en tu casa y aún no me has permitido pisar la calle! —protestó la enfermera.

—Ya... Pero no puedo llamarte una cosa en privado y otra en público o las mezclaremos. Y por supuesto que no puedes salir a la calle aún. Aunque ahora te sientas fuerte, recuerda que has estado muy mal estos días de atrás, tan mal que pensé que no saldrías viva tras el ritual con Alastor.

—Sí. Lo sé, lo sé —concedió ella con un asentimiento de cabeza.

—Tú no te enterabas de nada, hermanita —le dijo Luna con los ojos empañados, tomándola de las manos en un gesto de ternura inusitada—. Pero verte cuatro días enteros temblando y ardiendo de fiebre, delirando entre

recuerdos tuyos y del antiguo ser al que pertenecía tu nuevo cuerpo... ha sido muy duro. Creía que te estaba perdiendo. No me he separado de ti ni un segundo desde que regresamos a Bilbao, ni he podido siquiera contactar con Paula y mis pequeños porque no me atrevía a proyectarme o a comunicarme mentalmente con Paula por si, a mi vuelta, tú ya no...

—Ohhh. Perdóname, Luna. No había pensado en que llevas una semana entera sin saber nada de ellos: si están vivos o muertos, y todo por mí... —dijo ella conmovida, sintiéndose el ser más egoísta y mezquino de la Tierra.

Ahí estaba ella, quejándose por tener un nuevo nombre y por no jugar al dominó con sus amigas cuando su hermana la había salvado de la muerte, aunque fuera por culpa suya.

—Por supuesto, hermanita. ¿Qué creías? Eres mi familia también...

Y un poco tonta. ¿De verdad te crees que voy a arriesgar la vida de mis hijos por ti? Si hubiera dejado de sentirlos un solo momento, ahí te habrías quedado, bonita, echando las tripas tú sola...

—Gracias. Casi que esto convalida que me hayas echado de mi casa y de mi cuerpo —respondió la mañica con una sonrisa forzada.

“No, no lo hace. Pero te conozco, Luna, y tú me ocultas algo. Me escaparé de aquí en cuanto pueda.”

Puedo oler tus mentiras a kilómetros, hermana. Estás planeando irte, pero yo te convenceré de lo contrario con magia o sin ella. Es peligroso para ti y para mis hijos que vuelvas a esa casa.

—¿Entonces? —preguntó la nigromante con gesto sereno.

—¿Entonces qué?

—Si entiendes por qué no puedes salir aún. Prácticamente, no llevas ni dos días en pie y es arriesgado para ti que hagas esfuerzos. Debes recuperar fuerzas, hacerte a ese cuerpo y que él se haga a ti para que no te rechace. Después de todo, sólo eres una humana y puede que no tengas las fuerzas suficientes para seguir en él. Piensa que es como un trasplante de órgano... Los primeros días o semanas son cruciales para comprobar si hay rechazo o no. Luego, pasado el peligro, será tuyo para siempre y podrás hacer cuanto gustes, disfrutar de una segunda vida y juventud.

—¿Quieres decir que, después de todo lo que he pasado, el cuerpo todavía puede rechazarme? ¿Que sigo en peligro de muerte aunque me encuentre ya bien? —resumió Lidia con la voz y la mirada teñidas por el horror.

—Exacto... Lo has comprendido.

Bien. La muy gilipollas se lo ha tragado. Ahora debo asegurarme de que se le quite de la cabeza la idea de regresar a Zaragoza.

—Ohhhh —musitó ella mientras volvía a sentarse en la silla del comedor, que había abandonado con tanta vitalidad hacía un par de minutos. Ahora se sentía vieja, débil y cansada de nuevo.

—Y, Lidia...mírame —añadió la hermana mayor—. Lo que debo decirte es aún más duro para ambas. No podrás volver a tu casa nunca más, ni siquiera a Zaragoza. Alguien podría reconocer a Soledad y estarías en problemas. ¿Qué dirías, qué harías entonces? Y, por otro lado, ¿cómo justificarías entre tus vecinos y conocidos que entraras y vivieras en tu antiguo apartamento con esa nueva apariencia? No puedes...

“Por mi Pilarica que tiene razón. ¡Mi gente no me reconocerá! Los he perdido para siempre...”

Luna asintió complacida al ver un destello de comprensión y dolor brillando en los ojos de la enfermera mientras el remordimiento le mordisqueaba el estómago. Odiaba hacerle daño, pero no quedaba otra. Lucharía por mantener a su familia viva y feliz al completo, y pagaría cualquier precio por ello.

Cualquier precio.

—Me voy a acostar, hermana. De repente siento que me ha caído encima una tonelada de años —dijo Lidia, luchando estérilmente por contener una lluvia de lágrimas.

—De acuerdo, Soled... Lidia. Yo voy a contactar ya mismo con Paula ahora que estás mejor, pero seré breve: cinco o diez minutos a lo sumo para ver a mis pequeños a través de los ojos de ella y regreso, ¿de acuerdo? Mi cuerpo estará aquí mismo si me necesitas.

—No necesito nada, gracias —respondió ésta arrastrando los pies y sus ganas de vivir camino a su dormitorio.

Perdóname, Lidia. Te juro que te compensaré. Te compraré una casa preciosa con jardín para que puedas plantar miles de flores como siempre soñaste. Te presentaré a tíos buenos para que te follen como nunca han hecho, cosa que no será difícil, mi hermanita casta y pura. Haré que tus labios sonrían cada día. Sólo déjame que recupere a mis niños y te dará la vida que siempre te has merecido.

Luna la observó alejarse ahogada en la pena mientras la culpabilidad chirriaba dentro de su cerebro como una puerta gritona mal engrasada. Había

estado a punto de perder a su hermana y todo porque ésta había accedido a ayudarla con sus gemelos. Jamás olvidaría esas angustiosas horas, ese ritual que casi se la lleva al otro barrio...

—¡Rápido, rápido! ¡Tengo que ser rápida! —se animó Luna mientras tumbaba a su hermana en la sala de rituales.

La herida se había ido transformando lentamente durante el trayecto en taxi. Al principio, todo parecía ir bien. Su propia sangre, procedente del corte de su mano, y la pre-invocación de Alastor habían detenido la hemorragia de Lidia en su abdomen por la cuchillada, y la sangre se había quedado suspendida sobre éste formando una gruesa película roja. Pero, sólo una hora después, aquella capa compacta había empezado a tornarse cada vez más fina y débil hasta que, en la última media hora de viaje, la herida volvió a abrirse impudicamente mostrando sus vergüenzas sin vergüenza. Luna pasó esos terribles treinta minutos apretando su mano contra la herida, observando cómo su hermana perdía el color con cada chorro de sangre derramado.

Con Lidia colocada en la mesa de rituales, volvió a abrirse la herida de la palma de su mano izquierda y repitió su invocación mientras la sangre de ambas hermanas fluía libre y alegremente como en una prueba de velocidad:

—¡Alastor^[8], demonio de los siete pecados, ayúdame!

Un relámpago imposible llenó la habitación en signo de protesta. Alastor estaba pronto para acudir a su llamada.

—¡Alastor, una virgen te prometo para que juegues al Teto!

Ahora que ya estamos en mi hogar,
necesito de tu habilidad.

Yo te daré una vida
y, a cambio, ¡regenerarás su herida!

Dos relámpagos brotaron desde puntos opuestos de la habitación y se cruzaron en el centro para unirse violentamente. Se reconocieron, bailaron en una danza de luz y entraron en el cuerpo inconsciente de Lidia. Ésta abrió un segundo los ojos, desorbitados por el dolor y el horror, y los volvió a cerrar

de inmediato.

—¡La has matado, hijo de puta! —bramó Luna, que jamás había presenciado cosa igual.

Entonces, los mismos relámpagos huyeron despavoridos de su boca y murieron al tocar el exterior. Luna se giró con cautela al percibir la presencia del gran demonio tras ella. Tocaba hacer de tripas corazón por culpa de su boca de insulto fácil.

—En mis ochocientos años de vida nunca me habían llamado hijo de puta —rugió una potente voz a su espalda mientras la habitación se llenaba de un insoportable hedor a azufre—. Claro que ella era, en verdad, una gran hija de puta pero...

El demonio miraba a la nigromante vasca con curiosidad y morbo sin dejar de empuñar a *Rebelión*, su espada bastarda de doble filo y 170 centímetros de largo. La señaló con ella y dijo:

—¿Dónde está mi virgen, bruja? Y quizá te salves de mi ansia de sangre si me sacias de otro modo.

—Si quieres el alma prometida de una virgen, puedo darte incluso el doble de lo pactado: dos almas embotelladas solamente para ti a cambio de que la revivas y cures esa herida —habló Luna con prudencia, mirando de reojo el cuerpo inerte de la enfermera mientras agachaba la cabeza ante el colérico demonio.

—¿Por quién me tomas? —alzó Alastor su voz, que cayó sobre ella como una bofetada furiosa—. ¡La diversión es extraerla y divertirme antes con su cuerpo! ¡Tus botellitas de mierda guárdalas para tus conjuros o para los demonios maricas que las coleccionan como si fuesen cromos de fútbol! ¡Yo quiero follar y beberme su alma!^[9] —gritó de nuevo clavando sus ojos de hielo azul en ella.

Luna se temió lo peor al percibir un aura roja a su espalda. Eso sólo podía significar que *Lucifer*, su segunda arma demoníaca, estaba despierta y lista para atacarla. El tiempo de ambas se estaba agotando rápidamente. En cuestión de segundos, el alma de Lidia dejaría ese nuevo envase prestado y la perdería para siempre. Después, ella perdería su vida sin haber tenido siquiera tiempo para llorarla.

Eva, Hugo... Esto no puede acabar así. No puedo morir ahora y dejaros con Paula. Puede que incluso ella muera si yo dejo de existir. ¿Y qué sería de vosotros entonces, mis pequeñas razones para mi existencia? ¡No puedo morir! ¡Me niego a morir!

—Soy Luna, demonio Alastor —dijo ella con la voz preñada de insolencia—. Deberías conocerme ya y no tratarme como a una simple mortal. Soy una poderosa nigromante y cualquier demonio que se precie lo reconoce y se postra ante mí.

Alastor la observó con sus glaciares ojos hechos del miedo y del frío de sus víctimas, se retiró los cabellos plateados que enmarcaban su belleza imposible y mostró amenazante sus afilados colmillos.

Me he pasado, coño. Ahora me matará y ya no habrá más.

—¿Qué has dicho, puta bruja? —preguntó al fin cuando la sorpresa inicial se hubo disipado.

—¿Estamos sordetes, eh? Te lo diré más claro, señor demonio: Si no salvas a mi hermana ahora mismo y me matas, perderás todos los dones de los que puedes sacar partido.

Los dos metros de demonio avanzaron directamente hacia ella, con *Rebelión* en la mano, nerviosa por probar nueva sangre. Pero Luna no se preocupaba por ella, ni siquiera por el propio Alastor, pues sabía que el verdadero peligro, su amenaza real, estaba en su espalda: *Lucifer*^[10].

—Di ahora mismo qué puedes darme y prometo darte una muerte no demasiado lenta —dijo él, sonriente, mientras el aura se volvía cada vez más encarnada.

—¡Salva a mi hermana ya mismo o no tendrás nada y te irás igual que has venido, imbécil! —escupió ella, sabiendo que se la estaba jugando mucho y que aquéllas podían ser sus últimas palabras.

—¿Qué me ofreces? —preguntó de nuevo él con un guiño de interés asomando a sus pupilas.

El aura rojiza perdió intensidad y Luna sintió que el corazón bajaba de su garganta y recuperaba su lugar habitual.

—¡Lo que quieras, lo juro! —exclamó ella—. Pero ahora apresúrate y luego te daré lo que quieras. ¡Lo que quieras!

—¿Lo que yo quiera? De acuerdo entonces —sonrió libidinoso, relamiéndose ante sus pensamientos.

Alastor se acercó al cuerpo y negó con la cabeza. Habían dejado pasar demasiados segundos y el alma ni siquiera correspondía a ese cuerpo. No funcionaría.

—¡Lo que quieras, recuerda! —rogó Luna, desesperada.

El demonio tocó el cuerpo de la enfermera parasitada y cosió con sus propias uñas, negras y afiladas, la enorme herida del abdomen de la mujer.

Dejó que el hilo demoníaco obrara su magia y, unos segundos más tarde, la herida había desaparecido por completo, sin llegar a dibujarse ninguna cicatriz. A continuación, Alastor colocó sus manos sobre la antigua herida y sonrió con satisfacción y orgullo.

Luna observaba el ritual nerviosa. La saliva se había convertido en un cruel estropajo que le rayaba la garganta hasta causarle dolor.

Si la herida está curada, ¿por qué ella no se mueve?

El demonio levantó la testa hacia el techo, lanzó un grito desgarrador que maltrató los tímpanos de la bruja, y volvió nuevamente la cabeza hacia el cadáver expulsando una sustancia roja por la boca. Se acercó al cuerpo con rapidez y la mordió en el hombro con furia. El líquido rojo penetró a través de los desgarros dentales y corrió, expandiéndose por su cuerpo, alegre y veloz como el agua en una acequia.

¡Sangre de demonio! ¡La está activando con sangre de demonio para recuperarla de entre los muertos! Nunca se lo contaré. No me lo perdonaría jamás.

Los ojos de Lidia, o de Soledad, se abrieron con timidez tratando de reconocer, en vano, el lugar en el que se hallaban.

—Hermana. Soy yo. Estoy aquí y estás viva —se acercó Luna, hablándole con dulzura.

—No puede oírte aunque veas que abre los ojos, aunque parezca que reacciona a los estímulos externos. No lo hará —explicó Alastor, adoptando el papel surrealista de doctor.

Luna aceptó aquello y lo miró con ojos interrogadores y ávidos.

—La sangre de demonio en su organismo es muy potente —siguió explicando él—. Puede que la salve o que la mate de nuevo, como un veneno. No lo sabrás hasta dentro de unos días. Sufrirá convulsiones, fiebres altas, delirios... y, tras ellos, la vida o la muerte. Pero eso dependerá de la fortaleza de su cuerpo y de tus cuidados. Y, ahora, bruja... Hablemos de mi pago...

Luna vomitó de nuevo al recordar el pago que Alastor le había exigido a cambio de revivir a su hermana. Sabía que, de no cumplirlo, Alastor vendría a buscarla. Pero era tan alto y doloroso el precio que las

arcadas la acompañaban una y otra vez en cuanto pensaba en cómo y cuándo hacerlo efectivo. Había caído en la trampa de ese asqueroso demonio, que sólo perseguía provocar su dolor. Se enjugó el llanto y la saliva, y contactó con Paula.

—Paula. Estoy aquí...

—¡Vaya, Luna! ¡Estaba preocupada por ti! —exclamó la otra, súbitamente en guardia.

—Sí. Ha sido una semana complicada y no he podido establecer contacto contigo antes —explicó la bruja sin ignorar que la muy zorra tampoco había intentado hablar con ella.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Paula con la voz de Lourdes.

—¡Oh, por supuesto que sí! Ya hablaremos de ello en cuanto solucione un par de detallitos... Pero he recuperado a mi hermana, VIVA —recalcó—, por si te interesa. De hecho, es por ello por lo que he tenido que posponer nuestro encuentro.

—¡Ohhh! ¡Cuánto me alegro! Yo... yo no pretendía causarle mal a tu hermana. Las cosas se torcieron y... —se apresuró a explicar la antigua muñeca diabólica.

—¡Que nos conocemos! —le cortó la otra—. ¡Déjate de monsergas y mierdas, que ya lo hablaremos en persona!

—Bien... —aceptó Paula—. ¿Y cuándo vienes?

—En cuanto pueda. Ahora sólo déjame ver a los niños, muéstramelos. Necesito ver que ambos están bien y no dispongo de mucho tiempo. Hay cosas urgentes de las que debo ocuparme.

—Pues... Estoy en la calle con Eva, así que sólo la puedes ver a ella. Hemos salido para hacerle “la compra” a Hugo, pero te prometo que está DE MIEDO. Mira a tu pequeña...

—¡Dios mío, qué preciosa está! Casi me había olvidado de su carita y de su sonrisa —susurró Luna enternecida—. Volveré a contactar contigo en breve, quizá en persona. Ahora debo irme. Cuídalos como si fueran yo cuando era pequeña, ¿de acuerdo?

—Te lo juro, Luna. Palabra de demonio —respondió Paula de modo solemne.

—¡Hasta luego!

—¡O no! —exclamó Paula mirando a la niña—. Mientras estemos en

el Infierno, no podrás comunicarte conmigo ni encontrarme. Lo siento, Luna, pero me debes unas vacaciones hace muuuucho tiempo. Mira, Eva, ¿qué te parece ese ejemplar morenote y espectacular para tu hermano? Seguro que le dura unos días.

La niña balbuceó mostrando su conformidad, y Paula se acercó al desgraciado contoneando sus caderas con la gracilidad y mortalidad de un áspid.

—¿Podría ayudarme, muchachico? —dijo ella con una sonrisa cautivadora.

—Por supuesto, señorita. ¿Qué se le ofrece? —respondió aquél sin saber que esa oferta entrañaría su muerte unas horas más tarde...

EVA (2)

Madrid, lunes 28 de octubre, 2075

Nerviosa, se plantó ante la puerta sin dejar de dar golpecitos rápidos sobre la carpeta que llevaba bajo el brazo. Ésta contenía toda una vida de recuerdos, pedazos de una existencia anterior a la que ella se aferraba con ferocidad. En ella guardaba no sólo los cuestionarios sobre Alberto que le habían solicitado, concernientes a su físico, personalidad y vivencias, sino decenas de fotografías de ambos, juntos y por separado, cuando aún eran tan tontos como para creer que sus sonrisas y su amor serían eternos.

Mezclado entre esos trocitos de corazón convertidos en papel fotográfico, estaba la fría y hostil documentación que lograría traer de vuelta a Alberto, aunque no fuera del todo humano. La abrió por enésima vez para comprobar que no faltaba ni un solo documento y torció nuevamente la boca ante la idea de que descubriesen la falsedad e ilegalidad de algunos papeles. Consultó la hora en su móvil cada vez más inquieta.

Aún falta un cuarto de hora.

Contempló la negra fachada de las oficinas de “Robots y vida” y volvió a centrarse en aquel papeleo mientras rezaba en su interior para que todo saliera bien y aprobaran la reconstrucción de su amor perdido.

Tengo los permisos de construcción del ayuntamiento, así que nada de ponerse nerviosa. Son auténticos aunque los haya obtenido de manera ilícita. ¿Pero eso qué más da? ¿Hay acaso alguna diferencia entre unas firmas y sellos oficiales plasmados por propia voluntad a unos donde la magia ha ayudado un poquito a que los pongan? ¡En absoluto! Y, entonces, ¿por qué tiemblo y tengo esta pésima sensación?

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a serenarse recordando cuál era su objetivo. No saldría de ese lugar sin un “Sí” y estaba preparada para conseguirlo a cualquier precio.

Ayer hice aquellos sacrificios humanos sólo para aumentar mi poder hoy, para no salir de aquí con las manos vacías. Dominaré su mente y su

corazón si es preciso. Le obligaré a aceptar toda la documentación, a que la dé por válida. El poder de Nebiru^[11], el Espíritu de la Puerta de Marduk, está dentro de mí. No temas, Eva. Todo va a salir bien. Me aceptarán la documentación, verán que soy solvente y empezarán a crearte para mí, seguro.

Alberto, volveremos a estar juntos. Te lo prometí en su día y ahora ha llegado el momento de cumplirlo...

Cerró la carpeta y pulsó el botón que la llevaría a su anhelado cielo en la Tierra. La verja metálica se hizo a un lado y Eva se adentró en el oscuro edificio sintiendo, con cada paso, que se perdía más y más a sí misma. Ignoró aquella estúpida e incómoda sensación, y permitió que esa oscuridad que parecía estar viva y respirar sobre ella la engullese poco a poco, como aquella tarde ochenta y nueve años atrás...

—¡Pshhhh, pshhhh! ¡Zanahorio! ¿Me escuchas? —dijo una voz que trataba de romper la oscuridad.

—¿Qué, qué...? —balbuceé con el sueño aún pegado a los ojos y a los labios.

—¡Soy yo, Eva! ¡Despierta! ¿Cómo puedes dormir a estas horas si son las cinco de la tarde? —replicó la voz con el tono inconfundiblemente mandón de ella.

Salté como un resorte de la cama y la vi entre la oscuridad, lejana en un tubo de nebrura cuya luz apenas daba para iluminar sus cabellos rojizos.

—¡Eres tú, Eva! ¿Cómo me has encontrado? ¿Qué has hecho? —pregunté aterrorizado, en voz baja.

A Leo no le iba a hacer ni pizca de gracia.

—He logrado encontrarte, ¿no te alegras? —replicó ella confusa.

—Eva... Eso es imposible. No puedes contactar conmigo porque estoy...

—Muerto. Lo sé —completó mi frase—. Por eso he tardado tanto en localizarte, ¡pero ya te he encontrado, pazguato! ¡Qué ganas tengo de abrazarte! Te he echado tanto de menos... —dijo su voz risueña viajando desde el final del tubo negro hasta mi habitación.

—Eva, después de mi muerte nuestra conexión mental se rompió. Y yo ya no soy humano, ¿qué demonios has hecho para estar ahora aquí? —pregunté al borde del llanto.

—¿Y qué eres? No he conseguido dar con esa respuesta —continuó ella, experta en ignorar mis preguntas.

—¡Eva! —grité aun sabiendo que podía despertar a Leo de su sueño—. ¿QUÉ HAS HECHO?

—Lo que tú habrías hecho en mi lugar: cualquier cosa para encontrarme —contestó enfadada.

Reconocí a regañadientes esa verdad y volví a intentarlo, suavizando el tono esta vez.

—De acuerdo, Eva... Estoy feliz de verte, mucho. Yo mismo pensaba ir a buscarte en cuanto me fuera posible. Pero, dime, por favor... ¿has vuelto a la magia negra? ¿O estás muerta tú también?

Una risa burlona me llegó a través del tubo negro, correteando y zigzagueando por sus paredes como hormigas hambrientas.

—Eva... —repetí.

—No estoy muerta, tranquilo. Aunque me estaba matando la incertidumbre, la preocupación de no saberte vivo, de no saber qué había sido de ti —su voz se quebró en miles de lamentos y lágrimas.

—Ohhh, Eva... —me ablandé. Sólo quería que se asomara por ese asqueroso tubo oscuro y me abrazara—. ¿Puedes acercarte?

—No, no puedo... O se romperá —sollozó ella—. Pero ahora que sé que sigues aquí...

—No es así. Ahora ya no compartimos el mismo mundo. Me he convertido en otra cosa...

—¿En qué?

—Soy...un vampiro —confesé al final, sintiéndome tan gilipollas como si le hubiera dicho que era un batido de fresa.

—Ohhhh, por eso dormías, claro —dijo ella sin ponerlo en duda.

Ésa es mi chica. Claro que ya sabía que me había transformado en algún tipo de criatura no viva.

—¿Y ahora qué? —dije yo—. ¿Nos veremos siempre así? ¿A diez metros a ambos extremos de un tubo? ¡Ni siquiera puedo verte el rostro!

—No... —respondió lúgubre. Y la escasa luz al otro lado se extinguió repentinamente—. No podré volver a hacer esto otra vez. No seré capaz de...

Pero el tubo suspendido en el aire se replegó sobre sí mismo,

llevándose consigo la imagen y la voz de Eva. ¿Cómo la encontraría de nuevo?

Eva se observó las manos. Sus uñas aún conservaban en la memoria ese antiguo baño de sangre ajena que había abierto el portal que la condujo hasta él.

¡Tanta sangre vertida! Ése fue el primero de muchos, de demasiados baños. Como el de la noche pasada, pensó disgustada sin dejar de mirar esas manos asesinas que ya no reconocía como suyas.

Aquella noche crucé una puerta peligrosa por ver a Zanahorio, y no fui consciente, hasta unos años más tarde, de que algo oscuro regresó conmigo a mi mundo, como un chicle pegado al zapato. Esa cosa aguardó el momento adecuado para alimentarse de mí, cuando perdí a Alberto. Ya es hora de librarme de ti, parásito, y de recuperar mi vida.

—¡Adelante! —dijo la perfecta voz de Adán desde el interior del despacho al sentir la llamada de unos nudillos.

Eva avanzó con paso inseguro y le regaló su sonrisa más cautivadora. El hombre la recibió con otra que no le desmerecía en absoluto y se alzó de su asiento como un perfecto caballero.

—Pasa, Eva. Te estaba esperando...

MAESTRO K (1)

Madrid, martes 29 de octubre, 2075

—Estás muy callado, incluso para ser tú —apuntó su acompañante enarcando una ceja acusatoria.

Maestro K pestañeó un par de veces antes de regresar del todo de sus ensoñaciones y le dirigió una sonrisa sincera.

—Sí. Estoy... preocupado —resumió él, siempre sucinto.

—¿La Academia? —se aventuró el otro—. Porque me gustaría saber qué me voy a encontrar como socio. Estoy algo nervioso, ¿sabes? Los cambios me crisan un poco.

Maestro K negó con la cabeza y se giró todo lo que le permitían los asientos del avión. Observó a su antiguo amigo, ahora nuevo socio y compañero, y se propuso compartir con él toda la información que pudiera.

—Estoy preocupado, Nelman, porque ahora todo es inestable e incierto. Como sabes, esperaba que Maximilian volara con nosotros a España para tomar de nuevo las riendas del negocio. Después de todo, es el único que lo conoce lo suficiente y lleva al frente de él un siglo.

—Lo sé. Y sé también de la agria discusión que tuvisteis anoche por ese tema —apuntó el quinto socio—. Él te había prometido que viajaríamos los tres para la reapertura del negocio y la gran fiesta del centenario. Y no ha sido así.

—No. Está muy deprimido tras la muerte de sus dos grandes amigos, Perséfone y el Profesor. Se culpa de la muerte de ambos, de no salvar a la primera y de que el Profesor se intercambiara por él. La culpabilidad le está destrozando.

—Entiendo, sí. Maximilian siempre ha sido muy de establecer relaciones “humanas”. Sé que la Trinidad era su familia. Pero, ¿no le convenciste de que la mejor manera de superarlo y de rendir tributo a su memoria era cuidar del negocio que tenían en común?

—Y así fue en principio. Parecía incluso que la perspectiva le animara

y estaba ya mentalizado para regresar a Madrid. De verdad que lo estaba...

—¿Entonces? —preguntó el otro.

—Caballeros —interrumpió la azafata de Vamp Airlines^[12] mientras les ofrecía unas nuevas gafas de repuesto de fibramp^[13]—. Prepárense para aterrizar en el Aeropuerto Julio Iglesias- Barajas^[14]. Haremos tierra en exactamente diecisiete minutos, a las 2.05 de la madrugada. ¿Les apetece tomar un sangresco antes de llegar a destino?

—No, gracias —respondieron al unísono las criaturas.

—No sé cómo podéis tomar esas mierdas, te lo juro —dijo Nelman bajando la voz, asqueado al ver la bebida en las manos y bocas de otros pasajeros.

—Joder, tío. Somos vampiros, ¿qué vamos a tomar? Como tú eres... —se cortó él.

Le había costado mucho incluirlo en la lista de vuelo al no ser de los suyos. Pero, con dinero, influencias y unas buenas garantías, a veces se lograban ciertas excepciones con los tripulantes.

—Calla... A ver si nos vamos a meter en un lío —intervino el otro con un guiño de ojo y un golpe en el hombro lleno de camaradería—. Y sígueme contando, por favor... ¿Por qué Maximilian se ha negado a volver?

—Por él... uno de nuestros socios... —respondió al fin Maestro K, escupiendo cada letra con incomodidad manifiesta.

—¿Quién? ¿Al que llamáis Demonio Rojo?

El vampiro asintió desganado mientras espantaba moscas imaginarias en el aire.

—¡Pues bien empezamos si hay estos malos rollos entre socios! —rio Nelman.

—Digamos que es complicado.

—Explícate, coño —dijo el otro en cuanto sus carcajadas se deshicieron.

—Intentamos matarlo en su día...

—¿Qué? —preguntó el otro atónito.

—Un poquito... —matizó el vampiro.

—¡Joder, y luego me llamáis a mí mercenario y asesino cabrón! ¡Habrase visto!

—Yo le traicioné en su día... —siguió confesando.

—¡No me jodas!

—Sí. Nos contrató alguien que, pese a que no mintió del todo sobre

él, sí nos convenció de que era peligroso para la humanidad. Aunque luego resultó que no lo era tanto. De modo que lo envié derechito a la Trinidad para que lo eliminaran.

—¿Y se salvó de ellos? —preguntó incrédulo.

—Tuvo mucha suerte. Se libró de Ametxar, un demonio del sueño que lo perseguía, gracias a una piedra mágica que le regaló el gran Maiu. Y entre que parece tener una flor en el culo, sus poderes mentales, su empatía y que Maximilian se enamoró de él...

—¡Ehhhh, eh! ¡Espera, espera! ¿El gran Demonio Rojo es marica? ¿Y Maximilian? —repitió entre susurros con los ojos desorbitados.

—Nelman, tío. Eres un puto homófobo, ¿lo sabías?

El otro se encogió de hombros como si oyera llover.

—Soy así, ¡qué se le va a hacer! Vosotros tomáis esa guarrada y a mí no me entra en la cabeza que un súper vampiro sea bujarrita.

—¡Qué guantazo tienes, capullo!

—Bueno, retomemos... que me has dejado loco. Así que tenemos al Demonio Rojo posiblemente cabreado y decepcionado con vosotros porque tratasteis de matarlo.

—No del todo —matizó K—. Esa parte me consta que ya está superada por los informes de Núria, la sacerdotisa maga que cierra nuestra sociedad. Ambos trataron de salvar al Profesor y al resto.

—Joder, pero algo de desconfianza le quedará, digo yo... ¡Que lo engañaste para que se lo cargaran!

—Quizá, pero eso ya lo hablaremos en persona, y en cuanto vea mi cabeza y mis razones sinceras, lo comprenderá. Es buen tío, ¿sabes?

—¡Joder, pues menos mal! Si no te llega a caer bien... Avísame cuando te caiga mal yo, por favor —suplicó el otro teatralmente con las manos unidas en un gesto de oración.

—Ya me caes mal —respondió K siguiéndole el rollo.

—Pffff. Bueno. Pues yo lo veo claro... el Demonio Rojo, a pesar de todo, se ha asociado con nosotros. Eso es por algo y ese algo se llama Maximilian, así que eso le hace tener un punto débil. Podemos cargárnoslo, ¿no?

—¡Joder, no has entendido nada! ¡No nos lo vamos a cargar! ¡Lo otro fue un terrible error que debemos enmendar! Trató de salvar al Profesor, y a Maximilian...

—¡Pues... yo qué sé! La cabra tira al monte, hostias...

—¡Todos los cazarrecompensas sois iguales! —le espetó K.

—¡Ehhhh, un respeto! Yo no me meto con vuestra condición de mosquitos y tú no te metes con el noble arte de atrapar y eliminar a los malos malos... —respondió Nelman meneando su cabeza y su larga trenza rizada con fingida dignidad.

—No... qué va. No te metes con nosotros nada de nada. Si no fuera por tus capacidades mágicas y esa habilidad innata para el rastreo y captura de todo bicho viviente o muriente...

—¿Siempre vas a hacer el chiste de “muriente”? Joder, K, cambia de guionista, que tienes un repertorio ya que aburre... Y, sobre lo otro, no he entendido una mierda entonces.

—Sencillo... Maximiliam tiene miedo de todo lo que ha hecho y puede llegar a hacer con él o por él. Por eso no vendrá.

—¿Se ha rajado por eso? ¿Y qué hará entonces la gran Leyenda cuando descubra que es socio en un negocio cuyo único interés para él reside en ver a otro socio al que no va a ver ni de coña?

—Ahí está el tema. Seguro que abandona el barco. Y es una lástima porque no sabes lo poderoso que es. Ni siquiera lo sabe él. Tiene varias puertas cerradas en su cabeza que su Maestro escondió de él. Si un día las abriera... —Maestro K negó con la cabeza.

—¿Qué? —inquirió el cazarrecompensas intrigado.

—Quizá ya no podríamos matarlo y nos arrepintamos de no haber terminado el trabajo que Eva nos encargó.

—¿Y esa Eva... quién es?

—Su mejor amiga de la infancia, tengo entendido.

—¡Coño! Se hace querer el tío, ¿eh? ¿Y qué explicación le habéis dado a ella?

—Ninguna... —contestó el vampiro apretando los labios.

—¿Y eso?

—Es a ella a la que tenemos que matar ahora...

—Pasajeros de Vamp Airlines, esperamos que hayan tenido un vuelo agradable y repitan en breve con nosotros. Abandonen en orden sus asientos y les deseamos que tengan una feliz estancia en Madrid —dijo la voz distorsionada de la megafonía.

El vampiro y el cazarrecompensas se alzaron de las cómodas butacas

e intercambiaron miradas nerviosas.

“Así que ya tengo mi primer encargo”, pensó Nelman con ganas de pasar a la acción.

Lo siento, Eva. Pero eres tú o el Demonio Rojo, y tú no eres mucho mejor. Después de todo, ya has vivido demasiado...

VINCENT (1)

Provence (Francia), jueves 29 de agosto, 1889

En su pequeña celda, el pintor del pelo rojo mojaba la pluma en la tinta una y otra vez. Miraba aquellos pliegos de papel con esperanza desesperanzada y transformaba sus pesares en palabras rotas. Los relejó una segunda vez y pensó en ellos como en los últimos que escribiría...

Querido Leo:

Trataré de ser breve y conciso en esta ocasión. Continúo hospitalizado en el psiquiátrico de Saint-Rémy, en Provence.

Como te comuniqué en mi última misiva, ingresé voluntariamente en él pensando que así me libraría de los ataques de Alouqua, mas todo ha salido al contrario de lo que anhelaba.

Ella me visita día y noche, y gusta de atormentar mi alma con visiones de sangre, sexo y dolor. Prosigue en su asedio como si yo fuera su mejor divertimento. La imagino agazapada en la noche, aguardando a que caiga dormido por efecto de las drogas que me suministran. Entonces, cuando por fin he conciliado el sueño (hecho que, por desgracia, no ocurre siempre), ella se me aparece, intercalando amenazas de muerte y de tormento con groserías sexuales. Se burla de mí y me recuerda constantemente que mi tiempo en la Tierra se está agotando.

Y Rodrigo, ese hijo del demonio al que ya no puedo considerar mío, es todavía peor... ¿Te relaté las atrocidades que me obliga a realizar? Si su madre me ha arrebatado la cordura, él me ha despojado de mi dignidad. Y no lo soporto más.

Te solicité ayuda con él en la anterior epístola. ¿Has logrado algo? Por favor, dime que sí. En efecto, hace ya dos jornadas que no se me aparece, pero tiemblo solamente de pensar que regresará y tornará a forzarme a esos actos impúdicos y deshonorosos que me están destruyendo desde dentro.

No existe acción deleznable que ese bastardo no me haya empujado a cometer cada vez que se introduce en mi mente: desde ingerir mis propios excrementos o la pintura para mis lienzos, hasta atacar e insultar a cuantos tienen la desgracia de encontrarse a mi paso. Su última ocurrencia ha sido la de obligarme a desvestirme en pleno pabellón, delante de todos (pacientes, enfermeros, médicos y familiares visitantes), para hacer que me introdujera diferentes objetos por cada uno de mis orificios corporales mientras cantaba porquerías sexuales y convertía a mi pene en un juguete volador que giraba sobre sí mismo. Aquella noche me obsequiaron con una celda para mí solo y descubrí con horror que se me habían secado las lágrimas.

Me siento solo, vacío, fracasado y sin motivación. La desesperación es ahora mi única compañera. No quiero seguir así. No puedo seguir así. Ni siquiera sé cuánto hay de locura real en mí: si se debe a la privación de sueño, a lo que mi antigua amante y su hijo me hacen o a que, efectivamente, mi mente dejó de funcionar correctamente hace tiempo.

Hace aproximadamente una semana, traté de reunirme con el director del psiquiátrico para solicitar mi salida, pero se negó a reunirse conmigo. Me han denegado la libertad, amigo Leo. ¡Cuán

curiosas son las cosas! Arribé aquí anhelando descanso y paz, y ahora soy prisionero de estas paredes y de mí mismo. Me consideran incapacitado mentalmente, amigo mío. No tengo escapatoria. Ojalá puedas ayudarme con Rodrigo y él me dé descanso. Necesito salir de aquí o cometeré una locura. Ayúdame.

Espero, como es habitual, recibir buenas nuevas de ti, escuchar de tu vida, qué has sabido de Maite, cómo te encuentras...

Te extraño mucho, amigo.

Vincent, el loco de la oreja cortada.

Plegó las hojas en el sobre con pesadumbre y no necesitó girarse para verificar su sensación de estar siendo espiado por una presencia. Era ella quien estaba a su espalda, Alouqua. Pero esta vez su sorpresa no fue a causa de ésta, sino de una lágrima huérfana que resbalaba por su mejilla solitaria. Se la limpió de un plumazo y se giró hacia la vampiresa súcubo deseando que esa noche acabara, por fin, todo.

IANIRE (2)

Madrid, sábado 21 de enero, 1961

—¿Ahora? —preguntó ella, inquieta.

—¿Y por qué no? —sugirió él—. Y más tarde podríamos ir de compras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me comprarías? —preguntó ella entre susurros mientras se sentaba de nuevo a horcajadas sobre su mástil enhiesto y se agitaba en tentadores círculos sobre él.

Las palabras de Arioch murieron en su garganta para resucitar en forma de gemidos y deseo lacerante. La normalidad había regresado a su hogar, como tenía que ser, tras la conversación del día anterior. Desde entonces, Ianire había recuperado la ilusión de vivir al imaginarse madre de nuevo, y él la había recuperado a ella, a su pequeña hechicera insaciable que le exigía más y más a cada rato.

Arioch clavó con furia sus uñas en las caderas femeninas y embistió contra esa carne acogedora que se cerraba sobre él, envolviéndole como una tela de terciopelo.

—Terciopelo, eres terciopelo. Por dentro y por fuera... —gimió él en su lucha contra ella por llevar el ritmo y el control de esa nueva batalla cuerpo a cuerpo.

Ianire se abrió en cientos de risas, tintineantes como campanillas, sin dejar de girar sobre su hombre. Él buscaba imponer su ritmo sin éxito, pues ella lo montaba y dominaba como una experta amazona. Le obligaba a ir al paso cuando éste quería volar sobre ella, y cuando Arioch parecía calmarse, entonces la Viuda Negra le ponía al galope en una cadencia enloquecedora. De ahí regresaba al trote y volvía a empezar, hasta que Arioch la abrazó con fuerza y, de tres embestidas rabiosas, ambos llegaron al final de la carrera, exhaustos y vencedores los dos.

Ella se lo bebió con la mirada, sin permitirle un segundo de reposo y,

jugueteando con las plumas de su poderoso pecho, repitió:

—¿Qué me vas a comprar?

—A tu vientre de alquiler, ¿qué si no? —contestó colmándola de besos y caricias allí donde le había desgarrado con sus temibles uñas.

—¡No pasa nada! No te preocupes, Ari. Con un simple conjuro cicatrizo —intervino ella, restando importancia a los hilos de sangre que descendían sus blancos muslos—. ¿Entonces, ya mismo? —añadió con todas las sonrisas del mundo contenidas en sus ojos.

—¡Claro! ¡No esperemos más! Invoquemos a Baal inmediatamente y salgamos luego a buscarla a ella. Cuando encontremos a aquélla que sea de tu agrado, la fecundaré y listo...

—¡Y, al día siguiente, el bebé será nuestro! —añadió la nigromante haciendo danzar sus manos al viento.

—No del todo... —se detuvo él, precavido—. Al día siguiente, si todo va bien, se trasplantará en mí y ocho días después...

—¡Nuestra hija nacerá! —irrumpió ella.

—Sí, nuestro bebé nacería —matizó el demonio.

—¡Perfecto! —exclamó Ianire radiante, buscando otra vez su cuerpo y su cercanía.

—¡Quieta ahí! —rio él—. Me empiezo a sentir como una vaca lechera, gatita mía.

—¿Y? —se fingió herida.

—¡Que no podré llenar botellas ajenas si me exprimes del todo, mi pequeña e inagotable bruja! Debemos dejar algo para la fecundación, ¿no crees?

—¡Oh, sí, claro! —concordó ella poniéndose en pie—. Si volvemos con las compras hechas hoy mismo, luego lo podríamos celebrar. Hay algo que quiero enseñarte que no has visto aún... —le prometió ella cargada de sensualidad.

El cuerpo del demonio se arqueó involuntariamente de deseo y sus genitales se inflamaron.

—¡Por todos los cuernos! ¿Qué le das de comer a eso? —jugueteó ella.

—A ti.... Pero, Iani, sigue por ese camino y no saldrás jamás de esta habitación —la amenazó él sonriente mientras la atrapaba de una única brazada.

Ambos rieron como locos. Arioch la colocó sobre él, tiernamente esta

vez, como se acuna a un niño pequeño, y derramó una cascada de besos y lluvia sobre el rostro de ella.

—Te he extrañado tanto... —confesó en un arrebato de amor.

—Y yo. Pero ya he vuelto —le aseguró ella—. Vamos, llama a tu colega demonio y que empiece la fiesta, por favor.

Arioch la depositó en el suelo con un brazo, se izó de la cama, desplegó sus poderosas alas y tomó una gran bocanada de aire.

—Ahora vendrá Baal y preparará mi cuerpo para el advenimiento del bebé. ¿Preparada?

—¡Siempre! —contestó ella con un guiño de ojo—. ¡Pero nada de demonios cabrones en nuestro dormitorio, por todos los diablos! Vayamos a la sala de rituales, que os conozco y luego lo dejaréis todo hecho un asco...

—Maruja... —le picó él.

—Y tú tienes más pluma...—replicó ella sacándole la lengua—. ¡Vamos!

En la sala de rituales, Arioch tomó con fuerza la mano de su joven esposa y pronunció las palabras de llamada al Gran Duque del infierno:

—Yo te invoco, Baal. Ven a mí.

ZI KIA KANPA

ZI ANNA KANPA

ZI DINGIR KIA KANPA

ZI DINGIR ANNA KANPA

Óyeme, Baal.

Ven a mí por los Poderes de la Palabra, Baal

¡Y contesta mi oración urgente!

ZI KIA KANPA

ZI ANNA KANPA

¡Espíritu de la Tierra, recuerda!

¡Espíritu del Cielo, recuerda!

ZI DINGIR KIA KANPA

ZI DINGIR ANNA KANPA.

Baal, que no gustaba de hacerse esperar, se apareció de inmediato ante ellos.

—¡Ehhhhhh, tío! —exclamó una de las tres cabezas de Baal al ver a su amigo—. ¿Tu humana hechicera y tú os habéis decidido entonces?

—Sí. Estamos listos... —respondió el demonio de la Venganza mientras intercambiaba una mirada de emoción cómplice con su esposa.

Ella asintió, dando su consentimiento para llegar hasta el final.

—De acuerdo entonces —concluyó la cabeza de sapo.

—¿A qué espera? —susurró Ianire al oído de su marido.

—A mi pago —respondió la cabeza humana de Baal—. Siempre cobro por adelantado, sin excepciones, sin colegas.

—Lo sé, Baal. Las mortales serán tuyas en cuanto las... vaciemos. Sobre las posesiones, aquí tienes las escrituras de mi cabaña demoníaca y aquí... —habló Ariocho, extrayendo una pequeña cajita bajo su ala derecha y entregándosela con pomposidad.

Los dos inclinaron las testas e hicieron una genuflexión ante la visión de la caja tallada en madera. Ianire observó la escena desconcertada.

¿Dos demonios postrándose ante una cajita de mierda? ¿Qué narices habrá dentro?

—¿Qué es eso? —quiso saber ella sin poder contenerse.

—No necesitas saberlo —replicó Ariocho con súbita dureza.

—¡Dime qué hay ahí! —exigió ella, que no se amedrentaba delante de ningún demonio o criatura.

—NOOOOOOO —bramó él, provocando un leve temblor de paredes.

Ianire continuó sin amilanarse y buscó la mirada glacial y furiosa de éste para exigir explicaciones.

—Su mortalidad... —maulló la cabeza de gato de Baal.

—¿QUÉÉÉÉ? —gritó ella, mirando furiosa a su marido.

—¡BAAL! —gritó él, también furioso, girándose hacia el Duque del Infierno.

Las tres cabezas de éste se encogieron de hombros, indiferentes a la cólera que los putos tortolitos le dirigían, y espetó, casi divertido:

—¡Joder, Ariocho! Humana o demonia, ya sabes cómo son las mujeres... No te iba a dejar vivir hasta sonsacarte. Te acabo de ahorrar una lenta agonía de siglos, y encima gratis.

—¡Capullo! —exclamó el matrimonio al unísono.

—¿Empezamos? —sugirió el otro, al que le resbala del todo el odio

con el que ambos lo miraban—. Oíd, que vuestros problemitas conyugales de comunicación me la pelan un rato. ¿Vamos a prepararte ese vientre o me voy a almorzar a mi casa?

—Por favor, Ianire... —le rogó Arioch—. Deja que sigamos. Luego te lo explico todo. No es tan malo como parece...

Ella le dedicó una mirada enrabiada y negó con la cabeza en silencio.

¡Su inmortalidad, ha ofrecido su inmortalidad a cambio!

—Lo daría todo por ti —dijo él suplicante, imaginando las reflexiones de ésta—. Vayamos a por nuestro bebé y lo demás... lo vamos viendo. Adelante, Baal —añadió en voz alta, dirigiéndose al bocazas de su amigo.

—Bien... Comencemos... —tomó la palabra Baal, que avanzó hacia el centro de la estancia con sus enormes y peludas patas de araña—. Esto te va a doler un poco, Arioch...

YO (4)

Madrid, lunes 9 de junio, 1986

Mientras encadenaba bostezo con bostezo, jugaba a encestar bolitas de papel entre los dedos de mis pies. Me había hecho un experto en ello y estaba convencido de que era imbatible en esa modalidad. Nadie en el mundo podría ganarme a ello, aunque dudaba de que tuviera alguna aplicación útil.

Nunca se sabe... ¡Mira si se convierte en deporte olímpico!

Primero moldeaba entre mis manos trocitos de papel, que arrancaba de un cuaderno que cada día lucía más delgado, y luego lanzaba dichas bolas hacia mis dedos pinrelares, a los que obligaba a divorciarse entre ellos para apresar después al papel entre el hueco que se originaba. Las primeras doscientas veces me resultó bastante frustrante porque no pillaba ni uno. Las mil siguientes salieron muchísimo mejor y me empezó a entretener. ¡Me había convertido en una súper máquina encestantora! Lamentablemente, una vez alcanzados los cinco mil tiros, volvió a ser aburrido, mortalmente aburrido. Claro que yo ya estaba muerto...

Cogí con tedio un nuevo cachito de papel y ya empezaba a darle forma cuando llegó el Maestro con una sonrisa esculpida en la cara. El corazón se me aceleró al leer su mente, pero aguardé a que fuera su boca quien me lo comunicara.

—Hoy es el día, prepárate.

Me levanté de un salto de la cama, mandando a la mierda todo mi entrenamiento de las últimas semanas en aquel inexistente deporte, y grité:

—¡Ya estoy listo, Leo!

—¿Vas a salir así? ¡Ni hablar! Aséate un poco y salimos en media hora.

Antes de que el viejo vampiro pudiera finalizar su frase, ya estaba yo en el cuarto de baño abriendo la alcachofa de la ducha. ¡Iba a salir a la calle por fin!

Me enjaboné aprisa bajo la ardiente agua, siempre atento al montón de ropa sucia sobre el suelo, pues los episodios de amenaza de mi propia ropa

se habían ido repitiendo una y otra vez. Tanto... que había comenzado a desarrollar una especie de fobia al agua.

No, no quería morir bajo la ducha. Si me daban a elegir, el olor a chotuno era mucho mejor...

Además, cada vez que le contaba a Leo el último capítulo vivido de “la ropa asesina”, la boca y el cerebro de éste se apagaban de modo inquietante. Veía su cara incómoda y contrariada, sus ojos evitando encontrarse con los míos, y su única respuesta ante aquello era que aún no estaba listo para escuchar según qué cosas.

¿Y para morir, sí? ¿Qué mierda de prioridades eran ésas?

En cuanto pude, me escabullí de la bañera. En esa ocasión había sido afortunado. La ropa se había mantenido inanimada. La recogí con precaución y la lancé al cesto de la colada. El peligro había pasado, había sobrevivido a una nueva ducha...

Abandoné el aseo y cogí del armario algunas de las prendas que Leo me había comprado y que yo me había negado a estrenar sólo para estar en su casa.

¿Quién quiere vestirse con ropa de calle para jugar al lanzamiento de bolas, estudiar y seguir sus lecciones vampíricas, beber sangre cazada por él, ver la tele o leer, todo ello en casa? El menda no...

Me planté unos vaqueros, unas deportivas y una camiseta de algodón naranja chillón y me encontré con Leo en el recibidor, ansioso por ver de nuevo el mundo.

—Estoy preparado... —dije.

—Eso espero... ¿Qué tal la ducha? —preguntó él mirándome esta vez a los ojos.

—Bien... No ha sucedido nada. ¿Ya estoy preparado para saber esa historia también? —aproveché, ya que parecía mi día de suerte.

—Quizá. Ya lo veremos —me contestó con media sonrisa—. Vamos.

Comprobé la hora en mi reloj: las once de la noche. Leo asintió con la cabeza, consciente de que me había convertido en un manojito de nervios, y abrió la puerta.

La crucé tras él.

Mes y medio antes, la había franqueado por primera vez, semi inconsciente y vomitando mi humanidad. Ahora volvía a atravesar ese umbral que separaba el mundo de los vivos del de los muertos, pero lo hacía con ilusión, sintiendo que desaparecían mi apatía y depresión por no haber vuelto

a saber de Eva desde aquella tarde.

—Hoy no iremos por la ciudad —pronunció. Aquellas palabras me abofetearon sin compasión—. Eso lo dejaremos para más adelante.

—¿Entonces? —pregunté lloroso, sin poder ni querer ocultar mi decepción.

—Monta en mi coche, vamos —señaló el vampiro a un cochazo negro con las lunas tintadas y estética de funeraria—. Hoy vas a cazar por primera vez. ¡Verás qué divertido! Seguro que te anima —dijo él con una gran sonrisa que rememoraba antiguas cazas con su amigo el pintor—. Ya va siendo hora de que te caces tu propia comida y que apliques en la práctica toda la teoría estudiada, ¿no crees?

Para mi sorpresa, mi corazón se agitó y mis labios se curvaron hacia arriba llenos de felicidad y emoción.

¡Mi primera caza! ¡Sííííí!

PAULA (2)

Zaragoza, sábado 21 de enero, 1961

El hombre la miró sonriente sobre las sábanas, sin cubrir su desnudez ya flácida y reposada. Ella se alzó de la cama en silencio permitiendo que su nuevo amante enredara sus ojos entre los poros de su terso cuerpo, que exhibía sin pudor.

—Eres una maravilla —dijo él cuando pudo recuperar el aliento.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa enigmática, sin girarse, mientras se contemplaba los pechos y las curvas en el espejo del armario.

Los ojos de ambos se encontraron a través del reflejo de éste y, entonces, ella le sonrió más abiertamente.

—¿Quieres jugar a un juego? —propuso ella, sintiéndose de nuevo excitada.

Él se santiguó de forma inmediata, porque tenía muy interiorizado el refrán que siempre le repetía su madre: “Es de bien nacido ser agradecido”, y se irguió en la cama lleno de expectación.

—¿Más? —acertó a decir.

Ella le respondió con risas juguetonas en lugar de con palabras, se volvió hacia él y regresó a la cama para darle placer con otras partes de su cuerpo que éste, a sus tiernos diecinueve años, jamás había contemplado como sexuales.

—¿Cómo... haces... eeeeeeso.. con laaaaa lengua? —logró preguntar.

—Chissssssss. Es mi regalo por despertarme tras tantos siglos encerrada en esa muñeca... —dijo ella entregada.

“¿Siglos? ¿Encerrada en una muñeca? Era demasiado bueno para ser verdad. Está totalmente chalada y, a lo mejor, hasta es puta...”, pensó él antes de que su cerebro estallara de júbilo junto con su cuerpo.

Paula se incorporó y subió hasta él como un felino.

—¿Entonces... jugamos? —dijo ella.

—¿A qué...? —preguntó el joven con indecisión. Su sexto sentido le decía que saliera pitando de allí.

—Es una sorpresa... ¡Ven! —exclamó ella tirando de su brazo derecho.

—¿Adónde vamos? —preguntó el otro, ya en pie.

—¡Tú ven, que te voy a enseñar algo que jamás has visto, va! —lo animó ella colgándose mimosa de su cuello—. Te prometo que te voy a sorprender.

Paula arrastró al joven a través del apartamento hasta cruzar el salón, donde Eva dormía plácidamente dentro de su cunita. Ambos echaron un vistazo fugaz hacia la cría y luego él interrogó a esa fascinante joven desnuda con la mirada. Ella volvió a reír y agarró la manilla de la puerta exterior sin añadir nada más.

—¿Qué haces? —preguntó él, sorprendido—. ¿No pretenderás que salgamos en cueros del apartamento?

—Tranquilo... No vamos muy lejos —*Sobre todo, tú*—. Lo que voy a enseñarte está aquí al lado. ¿Ves esta llave?

—Sí...

—Es la del apartamento contiguo. Ahí está mi sorpresa para ti, mi juego... ¡Ya verás!

El chico reculó un par de pasos ante un súbito e inexplicable miedo que le secó la boca y le aceleró el corazón. Sin embargo, aquella bella criatura desnuda lo miró con tanta intensidad y deseo que no pudo más que tragarse el ácido sabor del pánico y fingir una entereza que no sentía.

—Ahora... —habló la joven llevándose el dedo índice a esos labios que, un rato antes, le habían hecho aquello...

Él asintió, se dejó tomar de la mano por ella y avanzaron unos cuantos pasos en silencio. Paula introdujo la llave en la cerradura, le dio un rápido beso en la boca acompañado de un guiño de ojos posterior y le dijo:

—Entra, campeón...

—Pero....

—Pero nada —zanjó ella con una palmada en el culo.

El chico puso los pies en el apartamento y enseguida supo que todo andaba mal ahí. Un insoportable olor atravesó sus fosas nasales y sus defensas, poniéndole el estómago del revés.

—Esto... ¿qué es? —le inquirió mientras se cubría la nariz con las manos a modo de mascarilla.

Pero la única respuesta que recibió por parte de ella fue un impactante portazo en su cara que los dejó a ambos separados. Ella, en el pasillo. Él, en

ese apartamento.

—¡No tiene gracia, Paula! ¡Ábreme! ¡No me gusta este sitio! —gritó él, enfadado.

El pobre desgraciado no sabía que, por mucho que gritara -y lo iba a hacer-, nadie le oiría.

Bendita insonorización, se dijo Paula al mismo tiempo que daba varias vueltas de llave a la puerta y se apresuraba a regresar a casa. *Sólo me faltaba que un vecino inoportuno me sorprendiera desnuda en el pasillo o que mi nuevo cuerpo humano se resfriara debido al frío del enero zaragozano.*

El joven aporreó la puerta una y otra vez hasta provocarse moratones en los nudillos mientras se dejaba la voz en estériles gritos de auxilio. Quizás, si hubiera sabido que todo ese ruido sólo lo estaba acercando más rápidamente a su muerte, habría actuado de otro modo, se habría atrincherado en el baño o cualquier otra cosa. En cambio, siguió chillando y golpeando aquella maldita puerta hasta que fue demasiado tarde.

Gritó una vez más, pero el alarido se le quedó atravesado en el pecho al percibir algo tras él. Tembló ligeramente, sintiéndose como un cervatillo acechado por una manada de leonas hambrientas, y se giró tambaleante. Apenas tuvo tiempo de visualizar en el salón, carente de muebles, un extraño armatoste bañado en heces, sangre y fluidos varios, que le recordó a la jaula gigantesca de un zoológico.

Bajó la cabeza ante un inquietante sonido y lo vio. Junto a lo que parecía ser una cabeza humana rodando por el suelo, se movía una pequeña cosa morada indefinida, que lo miraba relamiéndose a través de unos afilados colmillos. Sus grandes ojos azules se achinaron un segundo y entonces curvó los labios en algo que podría confundirse con una sonrisa y, de un salto, se encaramó letalmente a su cuello.

El miedo y el dolor se fundieron dentro de él, en uno solo, cuando notó a la pequeña bestia abriendo su garganta a dentelladas y manotazos ansiosos. Llevaba demasiados días sin alimentarse ni recibir visitas.

—¡Ñaammmm, Hugo! ¡Hugo, ñaaammm! —gimió el escuálido bicho morado.

El muchacho trató de quitarse de encima a la cosa, pero ésta parecía estar pegada a su propio cuerpo. Sintiendo que la vida se le iba y los ojos se le apagaban, quiso expresar su disconformidad y sufrimiento con un último grito, pero de su boca únicamente brotó un chorro de sangre que acudió para

despedirlo. Sus labios y ojos enmudecieron a la vez mientras su cuerpo, ya inerte, caía con gran estrépito junto a la cabeza de su última comida. Hugo dio palmas y volteretas de felicidad sobre el cadáver y, al rato, siguió en su labor de abastecimiento. ¡Quién sabe cuántos días tardarían en alimentarlo la próxima vez!

En el apartamento de al lado, Paula silbaba bajo la ducha, encantada con su nueva vida y recreándose en su inminente viaje a casa de vacaciones.

¡Qué ganas tengo de verlos a todos! ¿Hace cuánto que no piso el Infierno? ¡Demasiado! ¡Pero en un rato estaremos ahí las dos, mi pequeña Evita y yo! ¡Síiii!

Salió de la ducha, se vistió con ropa cómoda y regresó al salón para recoger a la niña y el equipaje.

—¿Estás lista, pequeña? ¡Nos vamos al Infierno!

Se colocó las mochilas en ambos hombros, tomó en brazos a la niña y orbitó de esfera, cambiando esa casa vacía por un espacio poblado de criaturas que las miraron anonadadas al verlas aparecer,

—¿Hola? —saludó ella mientras un demonio se preparaba para lanzarle una bola destructora.

LEO (2)

Almazán (Soria), viernes 30 de agosto, 1889

El bosque, acunado por los ruidos de vida hasta hacía un instante, enmudeció de repente ante los depredadores. Ambos se separaron en silencio. Ella corrió hacia la izquierda; él, hacia la derecha, abriendo un círculo invisible que daría caza a su próxima víctima.

Adriana olfateó el aire y esbozó una sonrisa triunfal que iluminó a esa noche huérfana de luna.

Estaban cerca de ella.

Podía oler su miedo.

Buscó la mirada cómplice de su compañero al otro lado del bosque y conectó con sus ojos castaños. El vampiro asintió. Cerró los ojos un segundo y escuchó aquel latido apresurado del corazón que se sabe amenazado. Se relamió lleno de gozo y apetito. Echaron a correr de nuevo en perfecta sincronía, persiguiendo el frenético aroma del miedo del animal, una joven cierva que se estaba dejando el aliento en su desesperada huida.

¡Ahí está! ¡Vamos, Adriana, es tuya!

La vampiresa agilizó la carrera al captarla. Sus piernas se volvieron veloces como alas de pájaros.

El animal resopló de cansancio y pánico, aunque continuó corriendo hasta la extenuación. Con los reflejos y los sentidos embotados por el miedo, la joven corza decidió girar hacia el lado opuesto, sin percatarse de que estaba yendo directa a la muerte. El corzo apuró sus últimas fuerzas hasta que se topó de frente con él.

Retrocedió unos pasos al verlo, mas la primera ya había acortado distancias. Trató de virar hacia la izquierda, pero la criatura de grandes colmillos de detrás había saltado sobre su cuerpo y le mordía la yugular sin compasión, encaramada a su lomo. Entonces el otro ser, el que parecía haberla mirado un segundo con ojos misericordiosos, se unió al primero y bebió de ella con avidez desde el otro lado de su cuello.

No hubo piedad.

Los ojos del animal se fueron oscureciendo hasta que dejaron de contemplar su amado bosque entre ráfagas de dolor y el olor de las hojas.

Leo y Adriana continuaron sorbiendo unos minutos más, extasiados, hasta que se agotó la sangre en el pequeño cuerpo sin vida. Adriana se incorporó, feliz, limpiándose el hilillo rojo de los colmillos.

—¡Maravilloso! —exclamó ella—. ¡Cuando les cuente a mis hermanas todo esto, no me van a creer! —añadió entre risotadas—. No sé si les costará más aceptar lo de mi enamoramiento o que me haya unido a tu causa animariana. ¡A mi edad!

Leo acarició el cuerpo peludo de su víctima, aún caliente, y musitó un “Lo siento” antes de alzarse a su vez.

—¡Ven! —le pidió sonriente, extendiendo los brazos hacia ella.

—¿Qué? —preguntó Adriana, coqueta, jugueteando con uno de sus mechones de oro.

—Vennnnn —repitió con hambre de ella.

Adriana se aproximó sin premura, retrasando su contacto para que aquello se prolongara todo lo posible. ¡Era tan feliz en ese bosque y en ese momento, con aquel irresistible vampiro que se la bebía con la mirada!

Leo la apresó entre sus brazos y la abrazó con infinita ternura. Los corazones de ambos notaron la proximidad del otro, reconociéndose de inmediato, y los cuerpos se apretaron todavía más para que ellos pudieran tocarse y susurrarse todo lo que se habían echado de menos durante siglos.

Adriana sintió cómo sus ojos se convertían en agua y, temblando de miedo, se separó de él de un salto.

—¿Qué sucede, Adri?

—Yo... —titubeó—. Yo nunca he llorado. O quizá lo hice en su día, pero no lo recuerdo.

—¡Ohhh! Pero estas lágrimas son diferentes. Éstas son de las que te limpian el alma y te llenan los labios de sonrisas —explicó Leo, aproximándose de nuevo a su amada.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque son lágrimas de felicidad, valiosas como estrellas fugaces. De las que no se pueden olvidar porque se almacenan en tu mente. Y, cuando sientas que un día no puedes sonreír, tu cajita de recuerdos se abrirá y curvará tus labios aunque tú no quieras. Se comerán tu dolor y tu tristeza.

—¿Todo eso hacen estas lágrimas? —preguntó la vampira con ojos

soñadores.

—Todo eso —aseguró él, volviéndole a dar su sitio en el mundo: sus brazos.

Ella estalló en sonrisas brillantes y lo abrazó a su vez. Ahí quería estar siempre. Alzó su cabeza buscando los labios de Leo, que ya acariciaban los suyos con su lengua. Entreabrió la boca, anhelante, y su lengua no se hizo esperar. Piel, fuego y humedad bailando al mismo ritmo. Sus lenguas se acariciaron con dulzura primero; luego, con urgencia y pasión.

Y, allí, en un lecho de hojas y sangre, él la desvistió a ella con deleite y sin prisa. La vampira disfrutó del momento entre temblores de deseo, observando el reflejo de su propio cuerpo desnudo en las pupilas de él. Ella aguardó su turno con paciencia. Luego le fue despojando de sus ropas casi con reverencia, con adoración. Ambos se contemplaron las figuras y los ojos, y rieron nerviosos.

Acercaron sus cuerpos desnudos y tímidos, permitiendo que éstos hablaran por ellos y se relataran todo aquello que jamás habían podido. Y así, durante varias horas, las dos criaturas se amaron sin reservas, fundidos el uno en el otro, conociéndose una y otra vez en una noche sin fin.

—Adriana... —la llamó mientras regaba el cabello de ella con besos.

Ésta alzó la cabeza, abandonando momentáneamente el pecho de él, y le dedicó una sonrisa.

—Dime, Leo...

—¡Cásate conmigo! —le propuso él.

Ella enmudeció.

—¿Y ella?

—¿Quién? —replicó él sin entender.

—Maite... TU MAITE —señaló la vampiresa con cierta acritud.

—Está muerta —contestó aquél encogiéndose de hombros—. Pero si me preguntas por mis sentimientos... Están muy claros. Sólo deseo estar a tu lado. Te quiero a ti. ¡Despóstate conmigo, por favor!

La joven giró el rostro un segundo para volver a chocar con sus ojos hechos del color del otoño. Nuevas lágrimas corrieron salvajes por sus pómulos.

—¿Lloras? —preguntó Leo.

—Estoy llenando la cajita de recuerdos felices ahora mismo —replicó ella llena de alegría, limpiando a lengüetazos esas pequeñas gotas saladas de felicidad.

—¿Entonces...?

Adriana terminó de levantarse y se giró hacia él. Aquello debían hablarlo mirándose a los ojos.

—Leo... Yo... No soy una vampiresa solitaria como tú.

—¿Tus hermanas? —preguntó precavido.

—No sólo ellas, pero también. Tanto mis hermanas, Thelma y Dolors, como yo pertenecemos a una congregación de vampiros en Berlín. No puedo abandonarlos.

—¿Y qué propones? —preguntó Leo sintiendo que la desolación le mordisqueaba la felicidad de unos momentos antes.

—Quizá... puedas venir tú conmigo a Berlín. En caso de... —ella se revolvió, incómoda, apartando la mirada de él.

—¿En caso de qué?

—De que te acepten.

*¿Por qué no iban a hacerlo? ¿Acaso no soy tan vampiro como ellos?
¿Qué me oculta?*

LUNA (2)

Bilbao, domingo 22 de enero, 1961

La hechicera observó aquella escena sangrienta sin disfrutarla, sin sentirla suya esa vez. Negó con la cabeza, batallando consigo misma. Sabía que, ni con todas las muertes del mundo, conseguiría eludir el pago a Alastor pero, aun así, debía intentarlo.

¿Cómo no hacerlo? ¿Cómo voy a resignarme simplemente a dárselo? No puedo, no puedo... Tengo que convencerlo de que se lleve otra cosa, ¡otros pagos! Le ofreceré tantas vidas, tantos cuerpos que no podrá negarse...

Pero sus lágrimas eran más sinceras y elocuentes que sus propios razonamientos, y le recordaban lo que ella olvidaba: Alastor no se iría jamás sin su pago pactado, pues éste adoraba el dolor por encima de todas las cosas.

—¿Va todo bien, señora? —preguntó la joven de la camilla en un hilo de voz tan débil como el que la mantenía con vida.

Como en otras ocasiones, había absorbido el alma del feto a través de la boca de la madre que buscaba abortar. Ahora se notaba rejuvenecida, fresca y con la mente clara, y eso le hacía sentirse mejor.

Tendré que empezar a hacerlo más a menudo. La edad no perdona, y el conjuro de amnesia y aquella libación de Paula... me han dejado para el arrastre. Necesito volver a ser yo.

—¿Señora?

Sí, le había extraído al pequeño nonato de su cuerpo, pero esta vez no habría brebaje que detuviera el sangrado de la embarazada ni la mantuviera con vida. Los órganos de la joven empezaban a fragmentarse con pereza dentro de ella ante la absorción mágica; claro que aquélla no era consciente de eso. Sólo notaba una parálisis en gran parte de su cuerpo, cierta somnolencia y una ligera sensación de hormigueo en las extremidades.

—Todo bien, pequeña —le dijo Luna en una sonrisa envenenada para que ésta no se alterara demasiado. *Ya lo hará en un rato...*—. Todo ha terminado.

—¿Ya me has quitado al bebé? —preguntó, escupiendo las palabras

tras una lengua hinchada y abotargada que se negaba a moverse.

La nigromante vasca asintió, contempló un segundo la estampa y se dispuso a invocar al temible demonio de nuevo.

—Señora, tengo frío... —susurró la muchacha una vez más.

De la vagina de la chica brotaba una pequeña cascada roja que caía despreocupada por la camilla en dos o tres meandros hasta desembocar en el suelo. Luna pensó en el desperdicio de aquel cuerpo joven y gritó:

—¡Alastor, demonio de los siete pecados!

Acude sin falta a mi morada,
y te obsequiaré con un regalo
con el que tú no contabas!

El imponente Alastor se apareció frente a ella en una nube de azufre.

—¿Qué tienes para mí? —rugió él.

—A esta joven veinteañera —señaló a la chica, que contemplaba a aquel ser llena de pavor—. Es tuya. Y muchas más, todas las que tú quieras... —explicó Luna con la cabeza inclinada en señal de sumisión.

—¿Y eso? ¿Es el regalo del demonio invisible y no me he enterado? —preguntó el otro sintiendo cómo el calor despertaba en su tatuaje trasero, en su pequeño gran *Lucifer*.

—Había pensado que... quizá... querrías... cambiar el pago. Si meditas sobre ello, saldrías ganando: te llevarás muchas vidas (diez, veinte, treinta., cien... las que desees) en lugar de una nada más —habló ella tratando de ignorar el aura rojiza que comenzaba a rodearlo.

—Los mortales, nigromantes o no, sois gilipollas. No quiero tus treinta ni cien almas servidas en un platito para mí. Me gusta elegir mi propia comida, cazarla y que sea, a ser posible, un buen chuletón, no mortadela barata.

—Pero ella es joven y lozana... —se explicó Luna, retrocediendo instintivamente ante el avance de la luz roja a su espalda.

—¡Yo me nutro del dolor! ¡Me corro con vuestro sufrimiento, mortal!
¡Vuelve a invocarme para esto y dejaré que *Lucifer* te arranque la cabeza y te devoraremos viva!

*¡Puto demonio de los huevos! ¡Yo sí que te cortaba ese cabezón a ti!
Dame un par de abortos más y estaré a pleno rendimiento, serpiente*

bastarda...

—Lo... siento —expresó con fingida humildad—. Pensé que quizá te gustaría y honraría mi propuesta.

—Ya que estoy aquí, me la llevo como aperitivo por no hacer el viaje en balde —afirmó él acercándose a la joven con ojos libidinosos. La chica, ya sin voz, gimió de miedo—. Pero no tienes más a la suerte, bruja. La próxima vez que me invoques y no me traigas lo que prometiste, te llevaré conmigo al Infierno.

—Pero...

—Ya lo sabes, bruja: un trato con el demonio no se rompe jamás. Yo te devolví la vida de un familiar y tú tienes que pagarme con la vida de aquél que más ames. Tu reloj de arena sigue cayendo. Te quedan dieciocho días para darme mi pago. O... Ya lo sabes —dijo dándole la espalda mientras toqueteaba a la muchacha inmovilizada.

El parásito creció en su espalda y se expandió hasta cubrirle el brazo. De él nacieron unas pequeñas dagas cortas que quedaron suspendidas en el aire. El tatuaje en forma de cráneo plateado se tornó rojo de nuevo y entonces las dagas atravesaron el cuerpo de la joven provocando sonidos chisporroteantes que enseguida fueron acallados por el alarido de dolor de ella. Las dagas se introdujeron en ella hasta clavarse en la camilla, desgarrando todo a su paso.

—Por favor... —gimió la chica, aún con vida, extendiendo los brazos hacia ella.

Luna apartó la mirada de la mujer ensartada y se centró en Alastor, que sonreía satisfecho.

—Al final sí que me estoy divirtiendo —manifestó lascivo, con el pene creciendo sobre su cuerpo sin control—. Nos olvidaremos de esta tontería por esta vez. Recuerda, puta bruja, dieciocho días para entregarme a quien más quieres en esta vida. O tú vendrás en su lugar... —la señaló con *Rebelión*, su espada bastarda, mientras con la mano izquierda levantaba a la mujer moribunda y desangrada junto con la camilla.

Luna observó cómo el demonio lamía las heridas de ésta y las mordisqueaba con gula excitada antes de desaparecer de la habitación orbitando.

—¿Qué era eso? —preguntó una voz familiar tras ella.

—¡Ohhh, Soledad! —exclamó Luna inquieta, rezando para que su hermana no hubiera visto demasiado—. Aún no me acostumbro a tu “nueva” voz. Esta mañana te ves radiante, más recuperada...

—No disimules ni trates de engañarme con halagos pueriles, hermanita —replicó Lidia, molesta e intrigada—. ¿Qué era eso? ¿Qué es todo esto? —añadió, apuntando al gran charco de sangre que rodeaba un espacio vacío, antes cubierto por una camilla.

—¿Qué has visto? —preguntó Luna precavida—. Estaba trabajando...

—¿Trabajando? He visto a una joven levitando en el aire sobre una cama y a un enorme bicho comiéndosela viva... ¿Qué cojones de trabajo es ése?

—¡Hermana! ¡Te estoy contagiando esa lengua malhablada! ¡Cuántas palabrotas!

—¿Qué era eso? ¿Qué pasa aquí? ¿QUÉ ME ESTÁS OCULTANDO? —gritó Lidia.

—Yo... vamos al salón. Nos tomaremos un zumito de naranja para desayunar y te lo contaré todo, prometido —contestó la nigromante, derrotada. Ya no tenía fuerzas para seguir mintiendo sobre aquello.

Quizá, si le cuento toda la verdad, entre las dos lleguemos a una solución. Quizá ella vea algo que yo no y pueda salir de esto... ¿Cómo voy a entregarle a mis hijos?

—No, ahora... —exigió la maña, inflexible—. No me moveré de aquí hasta que no me cuentes qué demonios pasa.

—De eso se trata... —susurró la hechicera vasca.

—¿Qué?

—Salgamos de aquí, por favor, y te lo cuento. Necesito escapar de este sitio —confesó la vasca sintiendo que el mundo giraba sobre ella.

—¿Estás bien, hermana? —se apresuró Lidia a cogerla.

—Me estoy muriendo, hermanita. Me quedan dieciocho días de vida...

YO (5)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075
Fiesta de Halloween

—¡Guauuuuu, pibonazo! —exclamé al abrir la puerta y encontrármela de frente.

La vampira rio encantada, enredando sus dedos en los bucles blancos de su peluca de época.

—¡Adulador! —respondió ella, haciendo una reverencia que ocultaba su sonrojo.

—En absoluto, *milady*. Estáis arrebatadora —añadí tomándola del brazo.

—¡Ohhhh, gracias, *milord*! —exclamó mi protegida siguiéndome el juego y el paso—. Vos tampoco os quedáis atrás. Tenéis un porte exquisito.

Yo asentí con la cabeza, ceremonial. No podía estar más de acuerdo. Estábamos los dos que nos salíamos. Con ella enroscada en mi brazo, nos acercamos hasta el gran espejo del recibidor de mi ático.

Increíbles. Guapérrimos. ¡Estamos como quesitos!

Susana se quedó mirando nuestro reflejo en el espejo de pared, asintiendo de satisfacción.

—Jamás me he visto tan bonita como hoy —dijo ella con la voz preñada de emoción.

—Estás deslumbrante, la verdad —le dije mientras la observaba.

Finalmente, ambos habíamos encargado nuestros disfraces de época (*los vampiros no tenemos muchas opciones para disfrazarnos en Halloween y eso es una putada. Lo de hacerlo de nosotros mismos es una gilipollez. No lo veo. Imagínate: «¿De qué vas disfrazado?», «De vampiro», «Pero si ya lo eres», «Sí, pero hoy más.» No, no lo veo. Y ningún vampiro hecho y derecho se disfrazaría de hombre lobo o bruja. En fin, un asco...*)

Decía que habíamos encargado unos trajes a medida en una sastrería vampírica muy famosa en la Castellana, que había sabido diversificar su

negocio en dos líneas: cubrir nuestras necesidades estéticas (*los vampiros somos presumidos y ególatras de cojones, y tenemos que ir siempre vestidos “de la muerte”*) y, por otro lado, satisfacer a la inmensidad de yonquiros y fetichistas pirados del mundo vampírico con todo tipo de ornamentos asociados estúpidamente a nosotros, como capas, camisas con chorreras...

Seguro que Maximilian el Desaparecido se viste ahí, me dijo mi subconsciente cabrón en ese momento. *Maximiammmmm*, lloriqueó mi corazón y, con él, mi cuerpo.

Agité violentamente la cabeza, como si con ello se fuera a ir para siempre de mi mente, y regresé a nuestro reflejo y a una Susana que se observaba emocionada, al borde de las lágrimas.

—Ojalá me hubiera pillado a dieta cuando me convirtió Iulian —dijo sin ápice de broma—. Ahora llevaré estos cinco kilitos de más para toda la eternidad —remató en un suspiro.

—Susana... ¡estás preciosa, en serio! —le dije volviéndome a ella—. Este vestido te queda como un guante y el color violeta es, sin duda, tu color.

—¿Verdad que sí? —preguntó ella con la sonrisa derramándose por su rostro—. Me alegro mucho de haberte hecho caso y de ir de la condesa Elisabeth de Cowland —añadió sin dejar de dar volteretas alegres sobre sí misma, que hicieron que el precioso vestido se convirtiera en mariposa y expandiera sus alas moradas.

—La condesa, según el libro, lo llamaba su vestido “atrapamiradas”— apunté divertido al verla girar de nuevo—, pues decía que nadie era inmune a sus encantos con él puesto.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando se lo pone para tratar de salvar su vida, cuenta que ese vestido de raso violeta provocaba deseo y envidia en los hombres; y admiración y celos en las mujeres.

—¡Vaya! Ahora me siento más bella y sexy aún... Quizá esta noche me ligue a un vampirazo o a un mortal en la fiesta, ¿no? —dijo ella a la vez que guiñaba un ojo.

—¡Estás salida, muchachita! —la reprendí entre risas.

—¿Qué? —dijo haciéndose la ofendida—. ¡Si hace por lo menos un siglo que no me dan un meneo!

—¡Pero si no llevas nada convertida y eres una pipiola! —seguí entre carcajadas.

—Ya.... Pero se hace muy largo, ¿qué quieres que te diga? —

respondió ésta afectando sufrimiento extremo.

—Bueno... ¿Preparada para la gran noche? —le dije, tratando, en realidad, de mentalizarme a mí mismo mientras mi corazón cobarde trataba de huir a través de la boca.

—Sí. ¡Va a ser una noche épica! —dijo radiante a la vez que se atusaba el vestido por partes: primero, el jubón^[15]; luego, las voluminosas faldas de raso superpuestas.

Volví la mirada hacia el espejo, hecho un manojito de nervios, y éste me obsequió con una versión de mí que me encantó.

¡Estoy guapo de narices!

Pese a encontrarme extraño con aquella peluca blanca que ocultaba mis cabellos de fuego, el conjunto me gustaba. Me veía más adulto, como si por fin hubiera logrado pasar de esos veinte años mortales que nunca rebasaría. Me hice una genuflexión ante el cristal, y tampoco yo pude resistirme a dar un par de volteretas como había hecho Susana. Ella se animó de nuevo y me cogió de las manos riendo. Y, ahí, en la entrada de mi hogar, nos pusimos a girar los dos a lo loco imitando a la Winslet y a Di Caprio en *Titanic*, pero nosotros en versión mejorada.

—¡Estás buenísimo! ¿Lo sabías? —apuntó ella mil vueltas después.

—¡Susana! ¡Estás irreconocible!

—Siempre he sido así...

—Lo sé. Recuerda que escucho tus pensamientos. Pero nunca lo decías en voz alta...

—Porque no tenía confianza aún —rio—. Pero es que... uffffff. ¡Qué desperdicio para las féminas! ¡Mírate!

—El traje es una maravilla, sí, señor —reconocí, palpando la combinación de telas y texturas.

Estaba compuesto por una casaca, una chupa y un calzón (lo que ahora se conoce por chaqueta, chaleco y pantalón hasta las rodillas), todo de seda en blanco roto combinado con oro. Una auténtica joya de la moda. Completaban el conjunto una camisola de mangas largas sin cuello, con una abertura sobre el pecho decorada con chorreras y guirindolas^[16], unas medias de seda blancas y unas chinelas^[17] doradas.

—Venga, presumido —me interrumpió ella—. Que he aparcado en doble fila... ¿Nos vamos?

La miré con pánico.

Ha llegado el momento. ¿Veré esta noche a Maximilian?

—Sí. ¡Vamos! —logré decir a través de una saliva densa que no me dejaba vocalizar.

—¿Llevas las máscaras?

—Sí, por supuesto. ¡Es un baile de máscaras! —exclamé comiéndome la ansiedad mientras me agachaba a recoger la bolsa del suelo en la que iban nuestras caretas de animales.

—¿Qué somos? —quiso saber ella toqueteando la bolsa.

—¡Quita! —le dije junto a un manotazo juguetón—. ¡Lo verás cuando lleguemos! ¡Vamos, mi Elisabeth, condesa de Cowland!

—¡Vamos, sir William, conde de Cowland!

—Estás muy callado, Leyenda —apuntó Susana, con las manos al volante y la vista fija en la carretera.

—Sííí... Hoy es... una noche importante —respondí, también sin mirarla—. Empieza una nueva etapa en mi vida...

Mejor que se crea que es por temas laborales, aunque no me importen un bledo ahora mismo. Susana tiene la discreción de un coche de bomberos con la sirena puesta...

—¿Te pone nervioso tener una academia de magia? —preguntó ella, incrédula.

¡Maldito sexto sentido vampírico!

—Sí, claro... —respondí mirando a través de mi ventanilla para que no viera la mentira en mi cara.

¡Qué mal se me da esto de mentir, copón!

—Eres el creador de *Fangbook* y de mil historias más, el dinero se te sale por las orejas, ¿y me estás diciendo que lo que te preocupa es tener una academia en sociedad con más gente? —preguntó la jodida, llena de ironía y alzando la voz.

“El Demonio Rojo oculta algo. Pues yo no paro hasta que me lo diga... Para eso soy su pupila y él, mi Maestro...”

¡Joder esta tía! ¡No se da por vencida!

—¡No soy tu Maestro! —repliqué en su lugar para desviar la atención.

—¡Vaya! Pues, si me estás leyendo la mente, ¡sabrás que no me trago que tengas esa cara de diarreico por eso! —gritó ella mientras yo trataba de aguantar la risa. *¿Diarreico?*—. ¡Y en mi mente te llamo como yo quiera!

—Sí, tienes razón... Pero, si piensas en mí como tu Maestro, puede que algún día se te escape y lo digas en voz alta. Evítalo, por favor. Ya lo hablamos en su día... —le pedí con voz seria—. Y otra cosa...

—¿Qué? —preguntó ella fastidiada.

—¿Diarreico? ¿En serio? ¿Qué se supone que significa eso? —pregunté entre risas.

—¡Pues que te cagas de miedo por algo! —apuntó Susana.

—¡Vaya tontería! —exclamé, diarreico perdido.

¿Cuándo se ha vuelto Susana empática y ha empezado a adivinar lo que me pasa?

Sin previo aviso, la vampiresa de Vallecas pegó un frenazo en seco y, en una maniobra de lo más arriesgada y kamikaze, estacionó en el arcén junto a un quitamiedos que daba más miedo que quitarlo, de puro abandono.

—¿Te has vuelto loca? ¡Podríamos habernos matado! —gruñí.

—¡Bah! Ya estamos muertos —apuntó ella sin dejar de sonreír—. ¿Me vas a contar lo que te pasa o llegamos tarde al baile de máscaras?

—¿Sabes que puedo obligarte a hacer o decir cualquier cosa, verdad? —contrataqué yo a su vez—. Podría borrar (o añadir) de tu cabeza todo lo que quisiera con tan solo pensarlo. Si no lo he hecho ya es por deferencia, pero...

Ambos nos miramos fijamente. Ella, estudiando si dejarme en paz de una vez o arriesgarse a insistir un poco más; yo, a punto de decorarle esa cabecita terca.

—¡Ay, Dios! Esa cara.... —añadió, decantándose por la opción menos sensata—. ¡Que ya sé lo que te pasa!

—No lo digas en voz alta...—le pedí. No quería cacharrear entre sus pensamientos. No con ella.

—¡Tú estás coladito por alguien! —me acusó, apuntándome con el dedo.

Mi cara de sorpresa y de culpabilidad hizo el resto, y Susana se puso a dar saltos de alegría en el asiento del conductor.

—¡He acertado! ¡He acertado! —chilló entre salto y salto, acompañándolos de aplausos—. ¡A ti te mola alguien!

¿Pero cómo demonios...?

—¿Cómo...? —pregunté. Me había quedado sin palabras.

Ella dejó de comportarse como una cría hiperactiva, me miró con dulzura y me soltó:

—Olvidas algo...

—¿Qué?

—Tú serás empático y todo lo que tú quieras, pero...

—¿Pero qué? —le seguí el juego mientras su respuesta se me aparecía por anticipado en su cabeza.

—¡Que yo soy una mujer y mi intuición no falla! Y, cuando se trata de desamores, soy un lince.

—Pffffff, ¡por favor!

—¿Que no? ¡Tengo un máster en corazones rotos y los huelo a distancia! Ya me pasaba siendo mortal, y sabes bien que nuestras cualidades se desarrollan, se multiplican, al vampirizarnos... ¡No estoy bromeando!

Y no lo hacía, no. Decidí dejar virgen su cerebro y confesar. Al fin y al cabo, era mi protegida y amiga.

—De acuerdo —acepté con la cabeza gacha y los hombros derrotados.

—¿Quién es? ¿Quién?

—¿Recuerdas la noche de la lectura del testamento de Iulian?

Ella asintió.

—¿Y lo que te conté sobre los profesores de la Academia?

—Sí, que dos murieron en tu primera clase y el tercero... ¡Ohhhh! ¿Te has pillado del ladrón? ¿Del profesor fugitivo? —me interrogó ella abriendo tanto los ojos que parecían querer engullirme.

—Sí, pero en realidad no me robó nada material... —maticé.

—Entiendo. Te dejó jodido, vamos... —apuntó miss tacto—. ¿Y vas a volver a verlo esta noche?

—Eso espero... Es uno de los socios y se supone que hoy acudiríamos los cinco a la fiesta de reapertura. Y, por si fuera poco, uno de ellos me engañó y casi consigue que me mataran por ello, y al otro ni lo conozco.

—¡Joder, normal que estés nervioso! ¿Y qué vas a hacer?

—Tratar de no hacerme pis encima cuando lo vea y meterme en las mentes de todos todo el tiempo —respondí súper serio.

Ella rompió a reír.

¡Si no bromeo!

—Vale, Rojo, ¡pues cuenta con mi ayuda!

¡No, por favor!

—¡No, Susana, de verdad que no! ¡Déjalo estar! Quiero respetar tu cerebro, pero si tú no respetas mi forma de ser ni mis deseos, yo... —me puse serio de nuevo.

—Tienes razón. Te prometo no hacer nada (ni ponerme a hacer el payaso ni ayudarte) a no ser que me lo pidas, ¿vale? —me dijo apretándome la mano—. Y ahora... —agregó con una nueva sonrisa naciendo de sus labios.

—¿Sí? —pregunté relajado. Sus nuevos pensamientos me indicaban que se lo había tomado en serio y daba el tema por zanjado.

Bien.

—¡Dime qué animales seremos! ¡Enséñame las caretas, por favor!

—Está bien, creo que te lo has ganado —dije tras meditarlo unos segundos—. Mira... —añadí sacando de la bolsa dos magníficas máscaras.

Susana las tomó entre sus manos y las apoyó en sus rodillas sin decir ni mú.

—¿Un zorro y un conejo? —preguntó al final.

—El zorro va en consonancia con la historia del conde de Cowland, por su personalidad y por su gusto por la caza —expliqué.

—Ajá. Se supone que es tu máscara entonces, ¿verdad? ¿Y yo, un conejo? ¿La condesa tiene que ver con un conejo?

—Quizá...—respondí ambiguo, sin muchas ganas de contarle esa historia—. ¡Venga, arranca, que llegamos tarde!

—¡Tienes razón, vamos! ¡Un conejo! —dijo mientras se reincorporaba a la carretera y me permitía que nadara de nuevo entre mis recuerdos...

—¿Un conejo? —le pregunté indeciso.

—Sí, ¿por qué no? —dijo él.

—Jolines, no sé... Son tan adorables que... ¿No es mejor cazar otro bicho más feo? ¿Uno que tenga pinta de malote? —sugerí yo.

Leo se echó a reír con ganas.

“¡Me encanta este chaval!”

—¿Qué crees que has estado bebiendo estos días? —dijo entre risas.

—¿Sangre de conejo? —escupí horrorizado.

—De conejo, de ciervo, de lince... ¡de todo lo que he pillado! Ya sabes que recomiendan una dieta variada y equilibrada —añadió guiñándome un ojo.

—¡Ohhh! Pero matar así, de buenas a primeras, a un conejito... me da cosa. Es como matar a un amigo —el cuerpo se me tensó dolorosamente al pronunciar aquellas palabras—. Yo...

El vampiro Maestro colocó sus manos sobre mis hombros y me dijo, con una sonrisa que carecía de alegría:

—No puedes luchar contra tu propia naturaleza. Alabo tu buen corazón. Me tranquiliza y me hace sentirme muy orgulloso en realidad, pero debes alimentarte. No te estoy pidiendo que te comas a un humano...

Lo miré a través de mis lágrimas.

¡Yo no quería matar a nadie! Lo de Álex fue un accidente, y Roberto y la secta satánica se lo merecían. ¡Pero un pobre conejo! No quiero...

—Está bien —claudicó—. Salgamos ahí fuera y veremos qué sucede, ¿de acuerdo, muchacho? Pero piensa que, si no cazas, esta noche no comes. Y así cada noche de tu larga vida a partir de hoy...

—Vale —susurré desganado mientras apartaba de mí las lágrimas que me cegaban.

Nos apeamos del coche.

Aquél fue mi primer contacto con el mundo y la naturaleza como vampiro... ¡Era tan impresionante! Las lágrimas terminaron de cegarme por la emoción. Leo me miró complacido y soñador, evocando imágenes de una tal Adriana.

—Cuéntame —me animó cogiéndome de la mano como un padre a su hijo.

Lo miré desbordado.

—Yo... —tartamudeé.

—Describeme qué sientes, por favor. Hazme soñar y vivir otra vez —me rogó él con una sinceridad que no conocía el pudor—. Dime...

—Lo veo todo, lo huelo todo, lo escucho todo... Es... —me giré hacia él, bañado en gotas saladas que se derramaban del mar de mis ojos—. ¿Es así de bello el mundo? ¿Es esto lo que me espera?

—No... al contrario —negó con el rostro ensombrecido—. Pero

habla. Más tarde hablaré yo...

—Yo... no necesito apenas prestar atención, ni cerrar los ojos para escuchar cómo se buscan y abrazan, bajo nuestros pies, las raíces de los árboles, uniéndose unas con otras como una gran familia. Escucho a las hojas de los bosques susurrarse sus secretos, respirar a las cortezas de los árboles, despertarse y volverse a dormir, tranquilas y felices.

—¿Qué más? —Leo me escuchaba arrobado, contagiado de la intensidad de mis emociones.

—Leo... Estoy abrumado. No me imaginaba así el mundo... Si escucho un poco más, oigo cantar al viento. Está enamorado de la luna y le recita versos de amor, pero ella no le hace caso.

El Maestro comenzó a llorar en un llanto quedo y silencioso.

—¿Y qué más? —repitió como el niño pequeño que no quiere que acabe jamás su cuento favorito.

—Las estrellas... producen el sonido de un xilófono, una nota cada vez, pero son muchas y el sonido es constante. Cuando una se extingue, deja un rastro, un olor a vela recién apagada que perfuma el cielo.

A estas alturas, los dos nos mirábamos empapados en un sollozo íntimo y profundo, sintiendo cómo ese bosque nos aceptaba y protegía.

—¿Y los animales?

—Ellos... aún son mejores. O peores, no lo sé. ¿Cómo me los voy a poder comer escuchando el latir de sus corazones en mi cabeza? ¿Cómo me voy a beber su sangre si noto como míos sus sentires, si puedo enredarme en sus sueños y ver sus juegos en el río, en la nieve y en las hojas? ¿Si veo cada siesta, cada juego despreocupado y caricia que han sentido? ¿Cómo, Leo? ¿Cómo podéis vosotros?

—Nosotros no podemos ver tanto como tú —confesó él mientras cabeceaba negativamente—. Yo nunca he pasado de sentir su corazón, oler su miedo o escuchar los pequeños sonidos. Nada más. No había conocido, hasta hoy, a uno de nosotros que lo viviera con tanta intensidad. Creo que no vas a poder mezclarte con los humanos de momento, muchacho, o la fealdad de su mundo destruirá tu mente y tu corazón. Necesitamos que domines primero esto, que puedas sobrellevarlo. O no sobrevivirás...

Asentí sin saber qué decir.

—Sé que es duro para ti, pero hoy debes superar la primera prueba. Debes alimentarte. Tienes que hacerlo. A dos kilómetros, tras esos árboles, hay un pequeño conejo agazapado. Sé que lo has presenciado porque escucho

cómo mastica unas briznas y el tamborileo de su corazón. ¡Hazlo! Necesitas superar esta prueba y todas las que vengan antes de que... —enmudeció mientras se sorbía las lágrimas y la agüilla mocosa de la nariz.

“de que me vaya”, me llegó desde su mente antes de que las palabras se deshilaran dentro de él.

—¿Te vas, Maestro? —pregunté, dolido.

¿Para esto me ha convertido, para dejarme solo ante un mundo que no me comprende y que puede matarme con sólo poner un pie en la calle?

El vetusto vampiro se tragó el disgusto por no haber ocultado debidamente esas palabras y me respondió con una sonrisa triste:

—Sé lo que piensas. Tranquilo, no te dejaré hasta que puedas caminar solo por el mundo. Es mi misión... Hasta que no la cumpla, no podré descansar...

—¿Descansar? ¿Estás cansado o enfermo, Leo? —le interrogué, preocupado al recordar aquellas palabras sobre algo que llamó “degeneración mental”.

—Estoy bien, de verdad. Te prometo que no me iré... Ahora, ese conejito te espera. Es tu sustento. ¡Ánimo!

Dirigí la vista hacia él. El animal notó mi presencia y alzó su pequeña cabeza. Nuestros ojos se encontraron temerosos. Él, de mí; yo, también.

—¡No puedo, Leo, no puedo! Esos ojos... son iguales a los de Coca, mi pequeño gran amigo. No podré —negué, rompiendo a llorar desconsoladamente.

Leo pateó frustrado el aire y salió tras él como una lluvia de verano, rápido e inesperado. En menos de un minuto había regresado con el animal. Tenía el cuello partido y los ojos ciegos puestos en un punto infinito.

—¿Quieres? Por esta vez, cazaré para ti. Mañana tendrás que hacerlo por ti mismo —me ofreció él extendiéndome el cuerpo sin vida del pequeño.

¡Se parecía tanto a Coca!

Mi estómago gruñó furioso frente al olor y la visión de la sangre, pero mi cerebro se rebeló y acabé vomitando ante la idea de comérmelo mientras Leo hacía lo que tenía que hacer y se alimentaba.

Aquella noche fue realmente dura. Lágrimas, culpabilidad, pesadillas, un insomnio que te cagas y mucha hambre, mucha. Al día siguiente, cuando desperté, me encontré con un vaso de sangre y una nota de Leo que decía:

TÓMATELA, POR FAVOR.

NO ES SANGRE DE CONEJO (ESTA VEZ). NECESITAS COGER FUERZAS PARA VOLVER A INTENTARLO ESTA NOCHE.

HE SALIDO A HACER UNOS RECADOS Y A COMPRARTE UNOS LIBROS. REGRESO ANTES DE QUE TE DES CUENTA.

LEO.

Tomé el vaso, hambriento y con el pulso tembloroso, y me lo bebí con la avidez de un peregrino que atraviesa el desierto. La sangre corrió dentro de mí, calmando mis temblores. ¡Era una delicia!

Que no sea un conejo, que no sea un conejo... recé mientras me relamía con deleite.

—¿Pero, de verdad, un conejo? ¡Un conejo! —intervino Susana trayéndome de nuevo al coche, que ya estaba aparcado frente a la Academia—. ¿Por qué un conejo?

—Me parecen preciosos —respondí encogiéndome de hombros—. ¿Quién mejor que tú para representarlo? —esgrimí mientras esbozaba mi

sonrisa más encantadora.

—Ainsss, Demonio... ¿Por qué eres marica estando tan bueno y siendo tan irresistible? —canturreó mi pequeña pesadilla vampírica mientras me daba un beso en la mejilla—. ¿Estás preparado?

—Estoy cagado... —contesté.

—¡Genial! ¡Ésa es la actitud! —respondió ella llena de optimismo ignorando mi respuesta, a la vez que salía del coche—. ¡Vamos, Demonio! ¡Que no se diga!

Suspiré y salí del coche con una mezcla de pánico y emoción que me hacía sentir como un funambulista borracho sobre una cuerda a mil metros sobre el suelo.

—Vamos... —dije al fin, introduciendo mi llave en la puerta. Y entramos...

EVA (3)

Madrid, lunes 28 de octubre, 2075

—La estaba esperando, Eva, adelante —repitió el perfecto Adán con su perfecta dicción, izándose galante de su asiento mientras mostraba su perfecta dentadura a través de su sonrisa perfecta.

Es tan guapo y perfecto que me echa para atrás.

—Siéntese —la invitó él.

Aferrada a su carpetita azul, Eva tomó asiento frente a él. Era un despacho casi cálido para estar dentro de ese lóbrego edificio que parecía alimentarse de luz y calor. Quizá era debido al extraño enmoquetado que la cubría en tonos melocotón.

Un escalofrío recorrió su espalda. Eva se tensó y se mantuvo en guardia sobre la silla.

—¿Lo ha traído todo?

Ella asintió al tiempo que alargaba el brazo y deslizaba la carpeta sobre la gran mesa.

—Perfecto... —respondió con otra sonrisa perfectamente encantadora.

Eva aguardó con ansiedad disimulada mientras él analizaba detalladamente la documentación presentada. Tras unos angustiosos minutos, el joven de nórdica belleza imposible levantó sus ojos hechos de trocitos de cielo y los estrelló contra los de ella, hechos de noches oscuras.

—Todo parece en orden —dictaminó con su voz de seda—. Los formularios están correctamente rellenos, las fotos son de calidad, los informes son verdaderamente exhaustivos y la documentación parece en regla. Enhorabuena, Eva. Ha hecho un gran trabajo y me complace informarla de que el proyecto del robot de su vida sigue adelante.

Eva sonrió sin reservas al escucharlo. El peligro había expirado. Los papeles habían pasado por buenos.

Ya nos queda poco para volver a estar juntos, amor mío...

—Sólo... —añadió el trabajador de “Robots y Vida”—, resta comprobar su solvencia económica y unos cuantos datos en nuestros archivos... Una mera formalidad—explicó aireando la mano con despreocupación—, y el proyecto será inmediatamente aprobado.

—De acuerdo —contestó Eva radiante, que se amarraba unos dedos con otros para soportar el júbilo sin montar una escena.

El maldito dinero es lo único que me sobra... ¡Adelante!

Adán abrió sus manos simulando un capullo en flor y de la nada surgió, en ese mismo espacio donde acababan de estar las perfectas manos masculinas, una pantalla octogonal brillante. Eva observó con atención el extraño ordenador y se dijo mentalmente que también ella se compraría uno así.

Lo que le gustaría esto a Zanahorio..., dijo su parte melancólica, la que se había despertado al imaginar a Alberto nuevamente con ella.

¡Deja de pensar en ese bastardo! ¡Dios! ¿Cuándo matarás lo que queda de cariño por él, Eva? ¿Cuándo? ¡Debería estar muerto ya!, se dijo furiosa.

Mientras, el hombre “tecleaba” en el aire sobre aquel holograma octogonal. Eva reparó en que su sonrisa de anuncio de dentífrico se iba curvando hacia el lado erróneo hasta convertirse en una mueca tensa, incluso hostil.

—¿Ocurre algo? —quiso saber ella, llena de inquietud.

—Oh... Es extraño. Su fecha de nacimiento... no coincide con la que tenemos en nuestros archivos... Tiene que ser un error, ¿no? —preguntó él, clavándole la mirada.

—¿Qué pone ahí? —preguntó ella adoptando una pose indolente, despreocupada. Por dentro, rabiaba.

—Según esto, usted habría nacido el cuatro de diciembre de 1960. Es decir, que ahora mismo contaría con casi ciento quince años, ¿correcto? Y yo lo que veo frente a mí es a una jovencita que no aparenta más de ¿veinticinco, treinta años?

Eva dejó que la risa surgiera de sus labios como una caricia.

El inútil éste no me va a separar de Alberto. Piensa, Eva, piensa.

—Evidentemente, tiene que ser un error, pues tengo veintinueve años tal y como muestra mi documentación... —dijo ella con su voz más coqueta mientras trataba de ganar tiempo.

—Por supuesto... —dijo él recuperando su impoluta curvatura de labios—. Lo que sucede es que nuestros archivos no se equivocan. Y eso nos lleva a...

—DESINE. TEMPUS, DESINE NUNC!^[18] —gritó Eva antes de que aquel desgraciado continuara.

Pero Adán la miró con una sonrisa llena de odio perfecto.

—Bienvenida, bruja... —dijo él antes de hacer desaparecer el ordenador de un manotazo.

—CONGELA TE, CONGELA TE^[19] —insistió ella, apuntándole con las manos.

—No funcionará... —explicó, negando con la cabeza mientras se incorporaba con excesiva calma de su silla—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó la chica, cuya mente trabajaba frenética estudiando sus posibilidades.

—Porque no soy humano —respondió con una sonrisa de hiena (de hiena perfecta, eso sí), a la vez que abandonaba ya la mesa del despacho y se aproximaba a ella.

—Imposible —rechazó ella—. Lo habría notado si fueras cualquier otro tipo de criatura.

¿Qué puedo hacer? ¿Trato de borrarle la mente, me presento de nuevo y vuelta a empezar mientras trato de manipular lo que vea en ese ordenador del demonio? No, no funcionaría. Es inmune a los hechizos de congelación. No puedo entrar en su mente.

—No, si no estoy vivo... Soy un producto de “Robots y Vida”. Perfecto en el diseño y ajeno a la magia... blanca o negra, como la tuya, BRUJA.

¿Qué quiere hacer? ¡Mátalo ahora mismo, mátalo, Eva, antes de que él lo haga contigo!

—Yo... ¡Invoco a las nornas para que corten tus hilos! —gritó ella desesperada, con los sentidos embotados por la tensión y el miedo.

—No tengo hilos que cortar —dijo la serpiente de sonrisa perfecta sin dejar de avanzar hacia ella muy muy lentamente—. Recuerda que no soy humano ni natural. Soy una máquina.

—¡Que el viento te lleve y detenga tu avance! —lo amenazó Eva.

—¡Que venga y me detenga! ¡Eso! —repitió el despreciable joven perfecto sin dejar de reír.

—¡Marutukku^[20], Maestro de las Artes de Protección, yo te invoco y

solicito tu auxilio! —gritó la bruja una vez más—. ¡Ayúdame!

—No vendrá —dijo con voz segura, deteniéndose y fingiendo limpiarse las uñas.

—¿Por... qué? —se atrevió a preguntar ésta, asediada por el miedo.

—Este edificio es lo que vosotros, sucios nigromantes, denomináis una “cueva”: un edificio a prueba de brujería y de vuestros chanchullos sangrientos. Me extraña que no lo hayas notado al entrar. Aunque está bastante bien oculto, pero alguien con tu poder... ¡Qué bien nos vas a venir!

—¿A quiénes? ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¿Qué pensáis hacer conmigo? ¿Me vais a denunciar a los Agentes Negros?—preguntó atropelladamente al comprobar que, efectivamente, tampoco podía escapar de aquella habitación teletransportándose a cualquier otro sitio.

—Oh, no... De eso, nada. No trabajamos con esos mercenarios del orden descerebrados —contestó el chico.

Adán dio un par de pasos más entre estruendosas carcajadas mientras extraía del bolsillo de su americana un objeto punzante y brillante. Eva lo contempló con horror. Había oído hablar de ellas, pero hasta entonces sólo las había visto en sus libros de sangre y nigromancia.

—¿Qué es? —preguntó ella sin saber cómo ganar tiempo.

—Tus ojos me dicen que lo has reconocido... Tu pulso, también.

Estoy atrapada. Y me está apuntando con el arma-contenedor... ¡No tengo escapatoria! ¡Me cago en la lechuga! ¡Ianire! Sin mí no podrá comer... ¡y morirá! ¡Perdóname, Madre, perdóname! Aunque... quizá ahora me reúna al fin contigo, Alberto..., pensó resignada con los ojos fijos en el puñal contenedor que se alzaba amenazante ante ella.

—¿Quiénes sois? —repitió una última vez.

—Cazadores, coleccionistas... Llámanos como gustes. Ahora te estarás quietecita, más que nada para que no sufras más de la cuenta mientras te clavo el puñal y extraigo tu alma.

—¿Qué haréis con ella? ¿Y con mi cuerpo? —el terror la había paralizado de forma que sus lágrimas no consiguieron salir del embotellamiento en su garganta.

Mis ojos no volverán a llorar, pensó con una amargura dulce.

—Tu cuerpo lo congelaremos. Es muy bonito para desaprovecharlo y lo reciclaremos hasta que hallemos al huésped idóneo que busque algo especial. Tu alma quedará atrapada en el contenedor hasta que el comprador

decida traspasarte a otro objeto o cuerpo, pero serás suya para siempre: un recipiente activo sujeto a la voluntad de tu amo —le dijo con una sonrisa tan bella como si le estuviera describiendo el amanecer.

Eva retrocedió. Notó en la garganta el sabor familiar de la muerte y entonces Adán le asestó una puñalada feroz en el abdomen. El contenedor se hundió en ella pero, al segundo, la carne se regeneró sobre él y éste desapareció en su interior.

El horror saltó de los ojos de ella a los de él.

—¿Qué eres? —preguntó atónito—. Tú no eres una bruja normal.

—No lo soy —dijo ella, abalanzándose sobre él mientras separaba, con una fuerza inusitada, la cabeza perfecta del tronco perfecto de ese maldito robot.

Adán cayó al suelo a plomo. Eva se miró el abdomen angustiada: el contenedor de su interior trataba de salir de ella provocándole un sufrimiento terrible. Cogió el pomo de la puerta y se dispuso a escapar del edificio cueva cuanto antes. No aguantaría mucho antes de desmayarse...

ARIOCH (1)

Madrid, sábado 21 de enero, 1961

—¡Me cago en Baal y en su puta madre! —bramó el demonio de la Venganza, de rodillas y abrazado al inodoro.

De no ser por la furia y la preocupación que se habían apoderado de ella al descubrir que su marido acababa de regalarle su inmortalidad a otro demonio, habría estallado en risas al verlo de esa guisa. Pero no podía.

—¿Estás bien? —preguntó la nigromante entrando en el cuarto de baño y conteniendo su rabia a base de sangre manando en su lengua.

—BUARRRRGGGGHHHHH —respondió su marido en una nueva conversación con el váter.

—¿Pero qué te ha hecho ese desgraciado? ¿Por qué vomitas tanto? —volvió a preguntar ella, ablandándose ante la escena. Ya dejaría la charlita para otro rato.

Ianire acarició la testa cornuda de Arioch con un súbito ataque de ternura y compasión hacia él. Se recordaba, no hace mucho, en la misma postura que éste sin que él la abandonara ni un solo segundo. Los ojos se le humedecieron al sentir que su corazón volvía a latir, llenándose de amor.

“No, ahora no es el momento para regañarle y obligarle a que me explique qué coño ha hecho y por qué. Ahora sólo debo estar a su lado mientras sufre, pues todo esto lo está haciendo por mí. Es su sacrificio.”

A ver si se preocupa lo suficiente por mí, cuela y me deja un poco en paz. ¡Menos mal que puedo provocarme indefinidamente el vómito sin ningún problema o ahora estaríamos discutiendo por mi puta inmortalidad! ¡De eso, nada! ¡Es mía y se la doy a quien yo quiera! Además, con tiempo y trabajo, podré recuperarla. Pero no me apetece hablar con ella ahora de eso... ¡Joder! La mierda ésta que me ha hecho Baal molesta en el estómago. Sí que ando un poco revuelto, sí...

—BUARRRRGGGGHHHHH —dijo de nuevo entre oleadas negras que pusieron el baño perdido.

—Empiezas a darme asquete... —bromeó la Viuda Negra, preocupada al ver esa sustancia gelatinosa saliendo sin fin de su boca.

—Mira quién habla... —replicó el otro girando el rostro hacia ella en un intento de mantener la complicidad.

—Bueno... Creo que no habrá día de compras hoy. ¿Por qué sois tan flojos los tíos? —contestó ella con una sonrisa forzada.

No se le iba de la cabeza que ahora estaba casada con un demonio mortal, como si eso pudiera existir... Negó inconscientemente y apretó los puños.

—Estás preocupada —dijo él apiadándose de ella—. No te preocupes. No es tan grave...

—¿Ah, no? —preguntó ella con la esperanza danzando en sus ojos.

No podía soportar la idea de estar con un ser mortal. Era como... como... ¡estar con un eyaculador precoz! ¡De eso nada! Necesitaba admirarlo, desearlo... o se aburriría de él.

“Claro que... todo esto lo ha hecho para recuperar a Dearbhail, para traer de vuelta a nuestra pequeña. ¿Cómo no voy a amarlo por eso? ¿Pero será suficiente cuando deje de admirarlo? ¿Perderá sus poderes?”

Arioch leyó en el rostro de la joven bruja sus dudas, sus preguntas internas y se alzó del suelo con esfuerzo. Estaba más débil de lo que él mismo había pensado. Tambaleándose, se reunió junto a ella y le acarició el rostro. Tocaba charla. No había otra.

—Ven... Sentémonos en la cama, que no aguantaré mucho en pie —pidió el demonio—. Y trataré de explicarte qué ha ocurrido en esa ceremonia, qué le he entregado en realidad y cuáles son las consecuencias de ello.

—¿Sí? —susurró ella.

Ahora que él se lo iba a contar todo, por fin, sentía más miedo que sensación de triunfo o enfado. Se dejó llevar por él hacia el lecho, con los nervios a flor de piel y la carne de gallina.

—Sí. Es cruel no contártelo. Y nosotros nos lo contamos todo, ¿no es así? —quiso confirmar él.

—Quizá... —respondió ella con miedo de saber la verdad—. ¿Estás bien para hablar? Quizá es mejor dejarlo para mañana si te vuelven los vómitos... —añadió, abrumada por un extraño sentimiento de cobardía que jamás había experimentado y que la iba a devorando hasta hacerla pequeña pequeña.

—Me siento mejor ahora, Iani —y era verdad. Lo último que había

expulsado le había dado las fuerzas que antes parecían haberlo abandonado —. Aunque tú empiezas a tener mala cara.

—Sí... No sé qué me pasa... pero no me siento yo. Es todo tan confuso... —dijo ella, escuchando su propia voz cada vez más lejana y distorsionada.

“Esto ya no es preocupación o temor por saber la verdad”, pensó ella, “Me está sucediendo algo... ¿Por qué lo veo todo rojo? ¿Por qué?”

Buscó aterrada los ojos de su esposo, pero éstos se habían transformado en dos enormes serpientes que se abalanzaban contra ella. Sin poder vencer el mareo, levantó sus manos frente a la cara para protegerse de aquellos bichos, producto de su imaginación. No llegó a ver nada más. Se desplomó sobre la superficie mullida, perdida en una bruma de inconsciencia.

—¿Ianire? ¿Ianire? —la llamó Ariocho colocándose sobre ella.

Bien, respira... Ahora tengo un par de horas para conseguirlo. Ianire, lo siento. Cuando te despiertes, te dolerá un poco la cabeza, nada más. Pero tenía que hacerlo, tenía que inocularte mi veneno demoníaco y dejarte unas horas fuera de juego. Sólo así podré hacerte madre...

La arrojó bajo las mantas, le dio un beso suave en los labios, sin poder resistirse a meterle mano por todas sus partes corporales favoritas, y desapareció de allí orbitando con una sonrisa expectante.

—¡Volveré con nuestro bebé, cariño! ¡Ya tengo a la madre perfecta!

PAULA (3)

Averno, sábado 21 de enero, 1961

En cuanto puso los pies en ese suelo ardiente, cargada con la cría y sus mochilas infantiles, se sintió feliz de nuevo.

¡Estoy en casa!, celebró en su interior, eufórica.

—¿Hola? —preguntó ante la mirada hostil de una horda de demonios atónitos ante la aparición, en su propio hogar, de una intrusa con forma humana y un bebé mortal.

Un demonio cubierto de escamas gelatinosas moradas preparó una bola destructora y la lanzó contra ella a modo de respuesta. Paula la interceptó con su única mano libre, congelándola en el aire y haciéndola estallar antes de que las alcanzara.

—¿Tú eres gilipollas o qué? —preguntó Paula con un cabreo de tres pares de narices—. Siempre fuiste el primo tonto de la familia, pero esto... ¿No ves que voy con una cría, imbécil?

El demonio de escamas se enderezó para mirarla con la boca tan abierta que parecía un besugo luchando por sobrevivir fuera del agua. Durante un segundo, no supo cómo reaccionar ante el coro de risotadas del resto de demonios, que estaban disfrutando de la escena tanto como para no matar a esa sucia humana de inmediato.

—¿Qué cortesía es ésta, joder? ¡Cogedme a la niña y así podré recuperar mi forma original! —gritó ella, alzándose exigente sobre las risas demoníacas.

—¿Eisheth Zenunim? —preguntaron todos ellos al unísono, incluyendo a la criatura escamosa.

—¡Mucho habéis tardado en reconocerme, capullos! —exclamó ella, molesta.

—¡Prima! ¿Eres tú? —preguntó el escamoso, aún incrédulo.

—No, ¡tu puta madre! —replicó ella.

—¡Es Eisheth, sin duda! —tornaron a corear los siete demonios que estaban ahí en ese instante.

—¡Prima! ¿Pero cómo...? Sabíamos que te habían encarcelado en un recipiente activo, y... —se silenció, prudente, el diablo de escamas.

—Sí, lo sé. Nadie ha escapado nunca de un recipiente. Salvo yo... —sonrió orgullosa—. Y, ahora, cogedme a la niña, que voy a recuperar mis formas. Con este cuerpo de ahora también estoy buena, pero prefiero mis antiguas curvas.

—¡Uohhhhh, sí, sí! ¡Se echaban de menos por aquí! —gritaron los demonios entre silbidos, vítores y choques de rabos, tanto traseros como delanteros.

—¡Y encima nos traes un pisolabis para merendar! ¡La cría tiene una pinta deliciosa! —exclamó uno de ellos babeante mientras se aproximaba para verla de cerca.

—¡Tócale un pelo y eres torrezno de demonio! —rugió Paula—. Esta niña es sagrada para todos y, mientras estemos aquí, la vais a cuidar como si fuera vuestra propia hija. ¡Qué digo “vuestra hija”! ¡Como si fuera vuestra polla! ¿Entendido?

—¡Eisheth Zenunim, no has cambiado nada, eh? —intervino divertido un octavo demonio, que acaba de llegar y de sumarse a la reunión. Era Alastor—. ¡Siempre poniéndonos a todos firmes en todos los sentidos! —rio libidinoso contemplando el cuerpo mortal en el que estaba Paula.

—¡Se intenta! —dijo ella, sonriente, al evocar recuerdos de sexo depravado con él—. Cógeme a la niña un momento, anda, que no veo el momento de recuperar mi antigua apariencia, aunque sea por unos días...

—¿Cómo, prima? ¿No has regresado para quedarte? —intervino el escamoso.

—¡Qué va! ¡No puedo! Sólo he venido a pasar el finde, pero vendré a visitaros de nuevo en cuanto pueda, chicos.

—¿Aún estás bajo el influjo de la bruja, eh? ¿Y debes volver antes de que te eche en falta, como una perrita buena? —intervino otro demonio, un ser enclenque que la observaba con una mirada guasona y desafiante.

Paula volvió la cabeza hacia él, sonrió mientras le pasaba en silencio a Eva a los brazos de Alastor, y le dijo melosa:

—¿Y a ti... te gustaría estar bajo mis sábanas?

La criatura escuchimizada asintió, tragando saliva y deseo a partes iguales, mientras su anatomía se agigantaba.

—Pues ven... —susurró ella.

El pequeño demonio no se hizo esperar y, de un salto, se colocó frente a Paula dispuesto a conocer las legendarias habilidades de sexuales de la meretriz demoníaca. Ésta se inclinó hacia él, acarició su sociable verga desproporcionada y le dio un lametón largo y profundo. Luego entró en su boca, y cuando el demonio ya le estaba correspondiendo a ese húmedo beso, ella frenó el baile de lenguas y dijo, aún dentro de su boca:

—¡Explota de placer, explota!

Y, efectivamente, la pequeña cabeza del diablo explotó de inmediato. El cuerpo sin cabeza trató de apoyarse en ella, pero ésta le dio un puntapié y el tórax cayó al suelo aparatosamente, convertido ya en cadáver.

—¡Bajo el influjo de tu puta madre estoy! —exclamó satisfecha al ver cómo el cuerpo se desintegraba a gran velocidad.

—¡Joder, cómo te pasas! —rio Baal, al que le gustaba más una pelea o una muerte que a un tonto un lápiz.

—¡Ufff, chica, cómo me has puesto! —exclamó Alastor con Eva en los brazos—. ¿Vienes a mi choza y recordamos viejos tiempos?

—Me encantaría... Espera que me cambie... —respondió antes de recitar su conjuro.

El resto de demonios contempló a Alastor con antipatía y envidia por haber sido él el elegido y empezaron a murmurar. Uno de ellos, sabedor de quién era su verdadero favorito, se encargó de que su nombre sonara en alto.

—¿Balban? ¿He oído Balban? —preguntó ella. Nadie la había hecho gritar como él—. ¿Dónde está?

Alastor rugió rabioso. Su tatuaje se volvió candente y liberó a su *Lucifer*, que disparó las dagas hacia la serpiente que había hablado. La sorpresa y el dolor se asomaron a los ojos de éste antes de doblarse hacia delante y derramar la vida por la boca.

—Así aprenderás, capullo.

—¡Eh, basta, joder! ¡Que así no vamos a quedar ni uno de la Hermandad si no dejáis de mataros! —intervino Baal.

—¿Dónde está Balban, Baal? ¡Dime! —exigió Paula.

—Lo hemos... perdido... Creemos que lo mató una puta bruja casada con uno de los nuestros.

¡Arioch y esa zorra de Ianire!, ardió por dentro.

—De acuerdo... ya ajustaré cuentas —se obligó a responder con tranquilidad fingida—. Y ahora...

Para estar en el Averno,
mi antigua presencia quiero.
Guárdame este nuevo envase
hasta que mi estancia aquí pase.

El cuerpo de Lourdicas se deslizó sobre su antiguo “yo” como una sábana de seda, descubriendo a una Eisheth que no había perdido ni un ápice de sensualidad y belleza. Los demonios la contemplaron con adoración divina.

—¡Qué buena estás! —dijeron todos ellos.

Ella rio encantada, tomó del brazo a Alastor y se dirigió a él:

—¿La guardería de demonios continúa en el mismo sitio?

—En el mismo —confirmó excitado.

—Está bien. Dejemos a la pequeña ahí y nos vamos a tu cabaña... No se me van de la mente algunas de las guarradas que me hacías... —se insinuó ella.

—He aprendido más —replicó él con una sonrisa traviesa de medio lado...

—Perfecto, ¡son las vacaciones que necesitaba!

Y ambos se alejaron del resto regalándose caricias eróticas por el camino. Los demás los miraron con rabia y frustración.

—¡Puto suertudo! —exclamó uno.

—Ya ves —corroboraron los demás con el deseo acumulado dolorosamente en sus partes.

YO (6)

Madrid, lunes 17 de agosto, 1987

Ella corría despavorida tratando de huir de mi acoso, sintiendo cómo nuestras distancias se acortaban en una persecución sin tregua y sus últimos instantes de vida se agotaban.

No tienes nada que hacer. No huyas. Está todo perdido.

Sus latidos entraron en mí, como si un nuevo corazón bombeara dentro de mi pecho. El miedo de la criatura llenó mis fosas nasales de olores afrodisíacos, que hicieron crecer aún más mis colmillos y mi ansia. Aceleré mi carrera y salté sobre ella, mi víctima. No tenía escapatoria.

Pobre.

Abrí la boca cuanto pude y clavé mis dientes vampíricos en su cuello con ferocidad y violencia inusitadas. Estaba fuera de control. Ella gimió un segundo y trató de revolverse bajo mi presión, pero, al poco, su cuerpo cesó de bailar bajo el mío hasta quedar laxo y reposado. Ataqué su carótida en un frenesí de sed, sangre y violencia nuevos para mí. Yo la devoré a ella, destrozándola por completo; ellos me devoraron a mí.

—¡Nooooooooooooo! ¡Por Dios! ¿Qué has hecho, maldito seas? ¿Qué has hecho? —gritó Leo a lo lejos—. ¿Por qué?

Seguí bebiendo de ella sin descanso hasta que quedó vacía. Entonces enfoqué la vista hacia el cuerpo que tenía en mis brazos y la observé boquiabierto.

—¿Yoooo? —tartamudeé.

—¡Sí, tú, bastardo de mierda! ¿Qué has hecho? —repitió Leo alcanzándome y zarandeándome con furia.

Volví a mirar el cadáver y negué incrédulo.

—Yo no he podido hacer eso... —musité entre la (in)comprensión de mis hechos y la vergüenza.

—No, claro que no... No lo has hecho tú. Seguro que alguien te ha puesto ese cuerpo entre las manos y toda esa sangre suya para gastarte una broma, ¿verdad? —me increpó Leo, irónico, pero era una ironía tejida de

odio y decepción—. ¡Mírala bien! ¡Mira lo que has hecho!

Mis ojos recorrieron el cuerpo sin vida de la joven hasta que éstos abandonaron su naturaleza sólida y se hicieron llanto. Mi cuerpo convulsionó de horror.

—Leo... —lo miré suplicante, sin comprender—. Yo no quería... yo no sabía. ¿Cómo he podido hacer esto? Lo que le han hecho a esta chica no es humano. Esa cosa no puedo ser yo... yo... —y las lágrimas interceptaron mis palabras, impidiendo que continuara mi discurso a la deriva. El agua de mis ojos vino a rescatarme del naufragio de palabras que no alcanzaban a expresar mi dolor.

¿Cómo te he podido hacer yo esto, pequeña?

El rostro de mi Maestro se suavizó. Colocó una mano en mi hombro y me dio un leve apretón reconfortante. Volví mi cara hacia él, deshecho, y dije una vez más:

—Lo siento, lo siento mucho. No sé qué me ha pasado...

El vampiro abrió los brazos para recibirme, como un padre que ofrece consuelo. Depositó a la joven en el suelo de tierra y hierba quemada mientras me obligaba a mirarla de nuevo, y me arrojé directo hacia ellos aferrándome con todas mis fuerzas, porque sabía que entre ellos no podría perderme otra vez, que todavía entendería algo de este nuevo y absurdo mundo.

—Escucha, muchacho —habló con voz suave y pausada mientras me acariciaba los rizos—. En realidad, ahora veo que esto que te ha pasado es lo normal.

—¿Cómo? —le pregunté, separándome de él rápidamente al sentir el azote de la incredulidad.

—Sí. No es más que lo que vimos de pasada en clase hace un año, en tus primeras lecciones —comenzó Leo con cara de fastidio y cierta culpabilidad—. Cuando nos convertimos en vampiros, la sed de sangre es tan fuerte los primeros años que nos cuesta muchísimo dominarnos. Mucho. De hecho, no sé de ninguno que lo haya logrado. Ni siquiera yo, pues bebí de humanos durante siglos.

—¿Muchos?

—Cientos —me contestó bajando la voz.

—¿En serio? —pregunté, enjugándome el llanto propio y la sangre ajena.

—En serio —aseguró el Maestro—. Los recién convertidos os pasáis los primeros años en un frenesí de sangre y gula imparable. Sois como

adolescentes en celo en un puticlub con barra libre. Incontrolables e insaciables.

La cabeza de Leo me mostró unas escenas horribles de su pasado, precisamente en un local de alterne. Sentí náuseas y asco de nuestra especie. No parecía él y, sin embargo, lo era.

¿Yo seré igual? ¡No quiero!

—¿Y por qué no me habías dicho nada? Me acuerdo de que esos capítulos los saltamos porque me dijiste que no me afectaban.

—Eso creía yo al ser empático —replicó él—. Pensaba que tu empatía te salvaría de esas... “etapas de descontrol” nuestras. Recuerda cómo fueron tus primeras cazas de caóticas y dolorosas para ti; o tu primera salida, en la que te negaste a comer. Recuerda también tus primeros intentos de salir a la calle, cómo debías volver enseguida a casa, incapaz de soportar las miserias, dolores y preocupaciones de la humanidad circundante.

—Sí... —respondí por decir algo. Estaba confuso.

—Me sentía muy orgulloso de ti en ambas situaciones —los ojos de Leo brillaron de satisfacción por un momento—. Primero, cuando vi que desde el principio tu parte empática dominaba a la parte sanguinaria vampírica. Me encantaban tus “remilgos” a la hora de cazar y alimentarte de animales, aunque se me encogía el corazón de ver tus lágrimas durante meses al hacerlo. Y, después, estuve aún más orgulloso cuando vi cómo lo superabas día a día, cómo hacías lo que tenías que hacer, pero siempre con compasión y rapidez, tratando de minimizar el sufrimiento del animal. Y orgulloso cuando te enfrentaste a la calle y conseguiste caminar por ella media hora; y al día siguiente, cuarenta minutos; y al siguiente, cincuenta...

—¿Entonces?

—Entonces lo has superado...

—¿El qué? ¿Mi empatía? —pregunté horrorizado.

Siempre había querido librarme de ella cuando era humano, pero ahora era lo único que me mantenía cuerdo y me hacía seguir siendo yo, aunque no la tuviera a ella. El corazón me pellizcó la garganta.

Eva... ¿Dónde estarás? ¿Por qué no has vuelto a verme en todo este tiempo? ¿Por qué no puedo localizarte? Más de un año sin ti, pero sé que estás viva, lo sé. Lo siento...

—No en realidad —respondió el vampiro, rescatándome de la ausencia de Eva—, pero es evidente que, en un momento dado, tu empatía no ha podido con la sed. Eso te ha enloquecido como a todos nosotros y, aunque

ha durado poco, ha sido suficiente... —remató con un gesto negativo de cabeza.

—¿Me va a volver a suceder, Maestro? —quise saber, realmente aterrado ante su respuesta.

—Me temo que sí si no lo trabajamos —su voz se había tornado ronca de preocupación—. Y podría ser peor ahora que has probado a los humanos... Debemos volver a esa parte del adiestramiento, trabajar en las lecciones sobre el control de la sed, y ver si te pasa más veces y con qué intensidad. Yo no me esperaba esto... Iba todo tan bien, mi joven muchacho...

Lo miré lleno de inquietud. Me estaba ocultando montañas de cosas.

Claro que yo también a él... Si supiera que Eva sabe lo mío o descubriera que le mentado al decirle que no he vuelto a tener más visitas asesinas en forma de ropa sucia en el baño... No, esto no va bien. Demasiados secretos, demasiadas mentiras. Demasiada sangre...

—Maestro, ¿por qué lloras?

—No es nada. Estoy cansado, muy cansado. Volvamos a casa... —dijo él, con el rostro cubierto de pequeñas gotas que absorbían la luz de la luna, mientras echaba un último vistazo al cadáver de aquella chica que nunca volvería a reír ni a enamorarse.

Leo me dio la mano en silencio y ambos regresamos a casa compartiendo lágrimas, mentiras y tristeza.

LEO (3)

Almazán (Soria), domingo 1 de septiembre, 1889

—Leoooooooo, Leoooooooooooo —canturreó la voz de pito del egipcio a través de sus sueños.

—¿Sííí? —bisqueó, todavía adormilado.

—No te levantes o la despertarás... —susurró la voz.

—¿A quién? —preguntó Leo frotándose los ojos y tratando de despojarse de la modorra.

—A tu nueva compañera... ¿Adriana, verdad? —dijo Tutmés con la voz sonriente—. Es asombrosamente bella e idéntica a Maite.

—¿Maite? ¿Sabes algo de ella? ¿Ha pasado algo? —le interrogó preocupado, sacudiéndose las últimas motas de sueño.

—No, tranquilo. Sigue muerta y eso, si es lo que te preocupa. Pero me consta que no está muy contenta allá abajo con tu nueva relación...

—¡Lo que me faltaba por escuchar! —se indignó el arquitecto—. ¿Ahora está celosa? ¡Se negó a verme así por las buenas y no he vuelto a saber nada de ella desde entonces! ¿Y, ahora que rehecho mi vida, también le ofende? ¡Esto es el colmo!

—No es tan sencillo para ella, Leo... Digamos que su amor se mantendrá siempre eterno, como la muerte —respondió el otro, conciliador a la par que enigmático.

—Y sus celos. Y el dolor que me causó, también —atajó el primero—. Oye, si no es por Maite, ¿por qué te me apareces en sueños? ¿Es por mi ahijado? ¿Le ha sucedido algo a él o a mi amigo Vincent?

—Tranquilo, Leo... He venido a comunicarte un par de noticias. Nada grave. Si me aparezco en sueños es para que ella —señaló al cuerpo que dormía a su lado— no nos oiga. Debemos tratar algunos asuntos personales...

—De acuerdo... —respondió el vampiro de Salamanca mientras se

incorporaba en el lecho, presto a escuchar.

—He llegado a un acuerdo con Alouqua. El niño ya no vivirá con ella sino conmigo. Ese crío es el demonio y su crianza conlleva una gran responsabilidad.

—¿Y yo? ¿Y mi misión? —quiso saber Leo, que no alcanzaba a comprender la buena nueva. O, quizá, simplemente no se fiaba de ésta.

—Tu misión la cumplirás más adelante. Según la nueva Profecía, tardarás unos años en hacerte cargo de él. Hoy te hago un presente, Leo, un presente hermoso... —la divinidad egipcia hizo una pausa teatral que adornó de florituras con las manos.

Leo, que empezaba a conocer la naturaleza histriónica y aparatosa del dios vampiro, aguardó con paciencia hilada con desconfianza. Hasta ahora, todos los regalos del egipcio, aunque bien intencionados, habían resultado ser obsequios envenenados.

—¿Sí? —lo animó a avanzar al ver que el otro mantenía la pose congelada y su boca muda.

—La vida... Tendrás años, bastantes años según la concepción mortal —Tutmés se guardó de especificar el número exacto—, para ser feliz y libre, para hacer cuanto quieras ahora que tu cerebro está restaurado y la has encontrado a ella... —sonrió—. Disfrútalos. Te prometo que, si sabes emplearlos bien, podrás ser especialmente dichoso, más de lo que has sido nunca.

—¿Y luego?

—Luego... Todo se esfumará. Por eso debes aprovechar tu tiempo mientras dure y lo sepas gestionar, Leo. Porque, más adelante, dentro de algunos años, volveré a aparecerme ante ti. Ese día tú me relevarás en el tutelaje de Rodrigo, y sólo entonces tu misión comenzará de verdad. Tú recogerás el testigo y todo cambiará para ti y quien te rodee: tu felicidad se marchitará como una rosa bajo el ardiente sol del desierto.

—Yo... No comprendo... ¿Dices que seré libre durante años hasta el día en que aparezcas de nuevo para convertir mi vida en una mierda y destruir lo que haya construido en todo ese tiempo? ¿Es eso?

—Es una buena síntesis, sí... —concordó el otro mientras se encogía de hombros.

—Pero... si para entonces Rodrigo ya es mayor, Vincent no está en el mundo de los vivos y yo no voy a compartir mi eternidad con Maite, ¿por qué debería cumplir mi misión? —reflexionó en voz alta, aunque era más bien

una reflexión interna que lo llevaba a rebelarse.

—Por muchos motivos, Leo: porque diste tu palabra y te comprometiste de por vida con tu amigo a cuidar del niño....

—¡Pero si ya no será un niño! —protestó él interrumpiendo—. ¡No requerirá cuidados!

—De acuerdo, no será para entonces un niño, pero sí serás su padrino de por vida. Y tu misión, Leo, es velar por él y por los desastres que vaya a ocasionar, que serán variados. Es tu destino y no puedes, no debes luchar contra él. La Profecía lo dice. Mi serpiente ha hablado. Tienes que acatarlo, superar las pruebas de dolor y miserias que vivirás cuando llegue el momento para, finalmente, ganarte el reposo, la dicha y la Eternidad en Hades.

—¿Y tú y yo no volveremos a vernos hasta que llegue ese día? —preguntó Leo buscando su confirmación mientras trataba de asimilar la nueva información.

—No, ya no... De modo que sé feliz, Leo. Disfruta hasta que volvamos a vernos las caras, porque todo cambiará para ti ese día. Sé feliz hasta entonces. Yo cuidaré del pequeño, no temas.

—¿Y tampoco podré verlo a él? —quiso saber, sorprendiéndose a sí mismo al notar que su corazón escupía dolor.

Le había cogido más cariño a su ahijado en ese año y pico de vida del que se atrevía a confesar. Después de todo, había experimentado los dolores del parto mientras nacía, le había visto los ojos abiertos nada más salir al mundo, habían conversado casi como adultos, incluso antes de su propio nacimiento... Y había sido testigo de su prodigioso crecimiento hasta su transformación- regresión a su forma original de niño de un año.

Y ahora no voy a verlo... ¿en cuánto? ¿Diez años, veinte años, cincuenta años...? Será un extraño para entonces y mi cariño se habrá disipado como el rocío, con el añadido de que lo veré como a un enemigo que viene a robarme la vida y la alegría... ¿Cómo puede ser esto una profecía?

Tut más dejó que la sonrisa se le cayera del rostro en esta ocasión y lo miró fijamente, con gravedad.

—No, tampoco a él lo verás. No sabrás absolutamente nada de nosotros hasta que llegue el día. Y entiendo que en tu interior haya un torbellino de sentimientos y pensamientos encontrados. Lo entiendo. Pero, mi querido Leo, eso no es todo... —la voz del egipcio casi pareció varonil en ese momento.

Leo se puso en guardia. Si Tutmés se ponía serio es que la cosa pintaba mal, muy mal. ¿Y qué podía haber peor que lo que le acababa de comunicar?

—¿Sí? —se forzó a decir con el miedo inundando su garganta.

—Fracasarás.

—¿Cómo? —balbuceó.

—En tu misión con Rodrigo. Fracasarás. Los dos lo haremos en realidad, pero eso no nos exime de intentarlo con todas nuestras fuerzas.

¡Magnífico! ¡Ahora sí que estoy motivado! Dejaré de verlo durante años hasta que se aparezca ante mi puerta convertido en un extraño para cargarse mi vida... ¡y todo habrá sido inútil! ¡Me niego a creérmelo!

—Lo dice la Profecía, Leo —repitió Tutmés al ver cómo el de Salamanca negaba con la cabeza una y otra vez.

—¡La Profecía, la Profecía! ¡Estoy un poquito harto de la Profecía! —exclamó rabioso mientras se esforzaba por no exaltarse demasiado.

—Así es. Será un fracaso y, entonces, volverás a repetir toooooo el proceso. Otro niño nacerá y tú serás su padrino; desde la distancia primero, en la proximidad después. Y te volverás a esforzar tanto o más como en la anterior ocasión. Sólo tras ello hallarás la paz y el descanso eterno.

—¿Otro niño? ¿Y Rodrigo?

—Eso no es relevante ahora. Pero tienes que mentalizarte. ¿de acuerdo? Cuentas con bastantes años para ello, no te agobies —contestó el egipcio callándose el encuentro con Baal y el encargo que le había realizado.

“Cuanto menos sepa de este asunto, mejor. La sangre de Rodrigo está a buen recaudo y Baal cumplirá su parte llegado el momento.”

—¿Algo más? —inquirió el vampiro, temeroso al intuir que la fiesta de noticias no había concluido aún.

—Una más... —el cuerpo de Tutmés se relajó y una nueva sonrisa floreció en sus labios—. Ella te ama... —añadió señalando con la mirada hacia la vampiresa, que se giraba en ese momento, dormida, y rodeaba a Leo con su brazo.

—Gracias —respondió Leo con el corazón inundado de luz y sonrisas.

Así que la alegría de estos años que tengo por delante serán junto a ella. ¡Merecerá la pena en ese caso!

—Solamente... ten cuidado. Considera lo que voy a decirte ahora un nuevo obsequio: correrás peligro estando con ella y no será fácil, aunque ella

te amaré como nadie lo ha hecho, hasta que... llegue el momento.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

—De muerte... —contestó la divinidad mientras daba una palmada al aire y desaparecía.

—Perfecto... —ironizó Leo en voz alta mirando el vacío que el puñetero egipcio había dejado en la habitación—. Tú y tus regalitos, Tutmés. Muchas gracias. ¡No me hagas más regalos, por favor! —gritó al aire.

—¡Ya me lo agradecerás! —dijo la voz aguda correteando hasta sus oídos—. Recuerda: nos vemos dentro de varios años. ¡Ahhhh, y déjala marchar!

—¿Que la deje marchar? ¿A quién? —preguntó de nuevo, pero nadie le dio respuesta esta vez—. ¡¡¡Gracias, eh!!!

—¿A quién le das las gracias? —preguntó Adriana abriendo los ojos—. ¿Por qué estás despierto tan pronto? Estoy convencida de que aún no ha anochecido.

—Sí, he tenido una visita onírica...

—¿Maite? —preguntó ella sobresaltada.

—No, olvida a Maite. Era una visita de mi destino.

—¿Ah, sí? —sonrió ella—. ¿Y qué te ha dicho tu destino si puede saberse?

—¡Que te voy a hacer el amor ahora mismo! —exclamó él con la firme intención de disfrutar de ella y de la vida cada segundo que le regalaran.

—¡Será si me atrapas! —respondió ella entre risas arrojándole la almohada a la cara.

—¡Pero si no estás huyendo! —replicó él encantado, aproximándose a sus labios.

—¿Ah, no? ¡Qué despiste más tonto! —exclamó la vampiresa abriendo su boca para él.

Leo se fundió en ella.

No, en absoluto. No la dejaré marchar.

PAULA (4)

Averno, sábado 21 de enero, 1961

—Aquí tiene su resguardo —le informó el empleado de la guardería—. ¿Pero estás segura de querer dejarlo aquí?

Paula miró con desdén al demonio que le había formulado la pregunta. Era un demonio inferior, rojizo y retorcido sobre sí mismo, de múltiples protuberancias a lo largo de su cuerpo enclenque. Tan feo que le recordó a Hugo.

Espero que aguantes hasta el lunes sin comer, niño monstruo, y que, por tu bien, hayas aprendido solito a utilizar los grifos. ¡Estaba la cosa como para cambiarte el agua!

—¿Eisheth? —intervino Alastor—. Igual tiene razón el cuernecitos éste. ¿Vas a dejar a la niña en una guardería llena de demonios bebé? Podría suceder cualquier cosa: que la maten, que traten de comérsela...

—¡Por los cuernos de Belcebú! —exclamó Paula irritada—. ¡Para eso la dejo en una guardería!, ¿no? ¡Para que la cuiden como toca, que no la estoy dejando en la barra de un prostíbulo, joder!

El demonio inferior reclinó la cabeza en señal de sumisión, aunque se atrevió a hablar. Sin levantar la mirada, eso sí.

—Estamos un poco faltos de personal. Estoy yo solo y... —se justificó—. No sé si podré asegurar devolvértela igual que la entregaste...

—¡Joder, de eso nada! Ya le falta una pierna, como para que me la devuelvas más tullida... ¡Ni hablar! Además, tampoco tienes tantos cachorros de demonio... —observó Paula tratando de contener su ira.

—No, no son muchos —concordó el otro, que había comenzado a temblar. Estaba ante el gran Alastor y la mítica Eisheth. Si les tocaba mucho los cojones, lo harían desaparecer de un plumazo, y no entraba en sus planes morir en ese momento—. Pero son cinco cachorros letales, de demonios superiores. Podría suceder cualquier cosa y yo...

—¿Tú qué? —preguntó Paula cada vez más impaciente. Había viajado al Infierno a retozar como una perra, no a malgastarlo hablando con un diablo de segunda.

—Si no te importa... podría meter a la niña en uno de éstos —señaló a su espalda una especie de cubículos de cristal con camitas, similares a los de exposición para la venta de mascotas—. Son nuestras incubadoras-nido para los especímenes débiles o los que necesitan algún tipo de reclusión o cuarentena —se apresuró a explicar al ver la duda en los ojos entrecerrados de la mujer demonio.

Paula sonrió satisfecha y el diablo rojo se relajó. Viviría para contarlo.

—Me parece perfecto —dictaminó ella—. Además, sólo vamos a tardar... ¿cuánto? —se dirigió a Alastor intercalando sonrisas y miradas hasta posar sus ojos hambrientos en su miembro incipiente—. ¿Dos horas?

—Que sean tres... —contestó el otro notando cómo su cuerpo crecía y se expandía de forma impúdica.

—Tres horas —repitió ella al empleado—. Ya sabes, métela en esa cuna-nido de cristal hasta mi regreso. Aquí tienes sus cositas y éste es el “bibe” que le he preparado para la siguiente toma. ¿Sabrás darle el biberón a un bebé humano, no?

—Sí, señora —respondió aquél con ganas de que se marchara ya. ¿Con quién se creía que hablaba? ¡Él era un profesional!—. ¿Cuándo es la toma?

—En una hora... No lo olvides —le amonestó antes de depositar en la frente de la pequeña un fugaz beso. No había tiempo que perder ni labios que malgastar ahora que iban a tener tanta faena—. Adiós, pequeña, duerme y sueña mucho. Volveré pronto, te lo prometo.

—¿Vamos, Eisheth? —propuso Alastor, incómodo al ver tanto cachorro. Siempre le daban hambre.

Paula asintió y volvió a colgarse de su cuello mientras se apretaba contra él con fuerza para notar las durezas masculinas clavándose en sus carnes.

—Espérate a que lleguemos, cabrona, o te ensarto aquí mismo —susurró él con la voz quebrada por la lujuria mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Paula abrió los ojos en ese momento, con el sexto sentido activado, y palideció al ver aparecer aquella figura oscura acercándose.

—¿Qué demonios hace aquí? —formuló en voz alta de modo inconsciente.

—¿Quién? —dijo Alastor separándose de ella al notarla tan fría de repente.

—Ehhhh... nadie. Vamos, venga. ¿No querrás que me apague, no? —
siseó ésta con la mano zigzagueante sobre la entrepierna del demonio.

Alastor asintió y se alejaron de allí mientras el oscuro recién llegado y ella intercambiaban un cruce extrañado de miradas.

“Esos ojos... ¿dónde he visto yo esos ojos?”, se preguntó Ariocho al toparse con la mujer que estaba magreando a su compañero Alastor, “¡Joder, es Eisheth! Quizá la salude más tarde, cuando haya conseguido lo que he venido a hacer aquí. Si hay tiempo, claro, porque debo regresar antes de que Ianire se despierte.”

¡Me cago en las plumas del puto demonio éste! ¿Qué hace aquí el marido de Ianire? Se me ha quedado mirando... ¿Me habrá reconocido?

—Eisheth —pronunció Alastor—. Bienvenida a mi morada... aunque... quien se va a poner morada eres tú con toda esta carne —añadió carcajeándose de su propia ocurrencia.

—¡Demonios! ¡Cuánto he echado de menos vuestras sutilezas! Venga, enséñame todo lo que sabes hacer y quizá te deje tocar por una vez el cielo... ¿Te gustaría eso, demonio? ¿Ver el cielo?

Alastor la empujó hacia el interior de su cabaña y dio un portazo como única respuesta. No había tiempo que perder...

EVA (4)

Madrid, lunes 28 de octubre, 2075

Entreabrió los ojos despacio y con esfuerzo. Notaba los párpados pegados. Trató de enfocar la vista, pero todo estaba borroso. Se encontraba desorientada y perdida.

¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

Palpó con ambas manos la superficie sobre la que estaba tumbada y comprendió que estaba en un banco. Los recuerdos empezaron a picotearle el cerebro como pollitos hambrientos. El ataque de Adán, su contraataque y el contenedor dentro de ella, la huida de las instalaciones de “Robots y Vida”, la pérdida de sangre, llegar hasta un parque casi reptando y desplomarse sobre un banco.

He perdido mucha sangre, se dijo a la vez que se palpaba el abdomen hinchado allí donde el contenedor se le había enquistado, hiriéndola desde dentro, matándola poco a poco.

Entre gemidos de dolor y debilidad, logró ponerse en pie. Los ojos comenzaban a responderle y comprobó con horror que la noche cerrada empezaba a disiparse.

Es tarde, muy tarde, y Ianire no ha comido. Debo apresurarme en volver a casa, extraerme esta cosa que me está destrozando el estómago y alimentarla a ella.

Invocó mentalmente a un taxi y, apenas cinco minutos más tarde, éste estaba esperándola a la entrada del parque, con la puerta abierta. Ella se acercó renqueando hacia el hombre, que la miraba confuso.

—Buenas noches, señorita —saludó el taxista, apuesto y de unos cuarenta años—. Te parecerá extraño —le dijo en tono confidencial—, pero juraría que regresaba a mi casa ya y de repente me he visto aquí.

Eva consiguió esbozar una sonrisa que ocultara su sufrimiento y musitó un “Buenas noches” y un “¡Qué cosas!, ¿no?”

—¿Te encuentras bien, joven? ¡Tienes muy mala cara!

—No te preocupes, estoy bien. Llévame a Vallecas Villa, por favor. Cuando entremos, te daré más instrucciones.

—De acuerdo —respondió solícito el conductor—. Pero si te encuentras peor por el camino o necesitas ir al hospital, por favor, dímelo. Se te ve realmente pálida y demacrada...

Eva miró fijamente a los ojos del taxista. Eran buenos ojos. Ojos sinceros y honrados, de los que no engañan, de los que llevan a juego un corazón hermoso y fuerte. Y el recuerdo de Alberto irrumpió como un tornado rebasando su umbral del dolor, cagándose en él. Nuevas lágrimas asomaron a sus ojos, nublándole otra vez la vista.

—Date prisa en llegar, por favor —le rogó ella sin poder contener su sollozo.

El hombre asintió preocupado y le abrió la portezuela para que se acomodara en el interior del vehículo. Luego, ocupó rápidamente su asiento y salió con gran velocidad rumbo a la casa de la joven.

Detrás, una Eva rota por el dolor del apuñalamiento y por la decepción ante una nueva pérdida de su Alberto, miraba su herida preocupada. Debería haber expulsado ese cuerpo extraño hace horas. En cambio, esa cosa se aferraba a ella parasitándola de algún modo, impidiendo que la herida cicatrizase. Un hilo de sangre, suave pero continuo, se derramaba de su abdomen tiñendo su vestido negro de grana.

Alberto... Otra vez te he perdido... Otra vez...

Reparó en sus blancas manos regadas de sangre y la imagen de aquel día sobrevoló su cabeza: la sangre, el abdomen abierto, Alberto...

Metió las manos en aquella cavidad pringosa y extrajo las vísceras con una mezcla de cuidado y repugnancia. La casquería siempre le había puesto enferma. El tacto de los órganos, todavía calientes y vivos, junto al intenso olor de la sangre le revolvió el estómago. Se apresuró a depositarlos en una palangana antes de que su cuerpo la obligara a doblarse hacia delante y vomitar la comida de aquel día.

Adiós a los macarrones con tomate, pensó estúpidamente al verlos flotar en el suelo.

—Por favor... ¿Por qué me haces esto? —gimió la dueña de las asaduras.

Eva se incorporó haciendo un sobreesfuerzo. Se limpió los restos de vómito y saliva de los labios con la mano y ésta, a su vez, la frotó contra las perneras de sus vaqueros. Eva miró a la mujer, ya entrada en años, con los ojos brillando de angustia. Sentía dolor al mirarla y asco de sí misma.

—Lo siento —musitó con los ojos rotos en lágrimas—. Lo siento, de verdad.

—¿Por qué? —repitió la anciana.

—Porque es usted mayor —respondió Eva acompañada de un llanto que sólo servía para ensuciarla, no para limpiarla—. Si tenía que hacer esto otra vez, que al menos fuera alguien que ya ha vivido lo suficiente. Perdóneme, yo... tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque sólo con su sacrificio podré volver a ver a mi amigo. Pero he congelado su cuerpo, como apreciará, para que no sufra.

—¿Me has vaciado? —preguntó ella mientras paseaba sus ojos desde su abdomen, abierto y yermo, hasta la palangana en la que se hallaban sus órganos.

—Sí, era necesario... Lo siento. Yo no quería, pero hace dos años ya que no nos vemos y necesito verlo. Lo necesito —se explicó Eva, mirando con ternura culpable a la anciana, cuyos párpados comenzaban a caer pesadamente—. Eso es... Déjese llevar. Será una muerte indolora y dulce... como si se durmiera entre algodones y rayos de sol acariciándole el rostro. Piense en lo que le digo, imagínese lo y duérmase con una sonrisa en los labios. Con su última sonrisa...

Pero la anciana ya no escuchaba el discurso de su asesina con escrúpulos. Tampoco se fue sonriendo, como le había sugerido ella, sino con un rictus de miedo y tristeza. Ya no vería corretear a sus nietos jamás. Una lágrima solitaria resbaló por los surcos arrugados de su piel hasta morir, segundos más tarde que ella, en su cuello descolgado.

—Lo siento —repitió Eva abrazando el cuerpo inerte de su víctima, regándolo de lágrimas que no deberían existir.

¿Qué he hecho? ¿Qué me has hecho hacer, Zanahorio? ¡Más de dos años sin saber de ti! ¿Por qué no vienes a verme? ¿Por qué me siento incompleta sin ti?

Se despojó de su bata de veterinaria y la arrojó al suelo, sin importarle

que la ropa de calle se le ensuciara de culpa, de la sangre por su crimen. No era digna de llevar esa bata ahora que había arrebatado una nueva vida. Se dejó caer al suelo, junto a los macarrones mal digeridos, y lloró odiándose a sí misma.

—¿Qué he hecho? —repitió en voz alta, sintiendo cada letra como un trozo de cristal que le desgarraba la lengua.

—¿QUÉ HAS HECHO? —preguntó la voz de él a sus espaldas.

¡Ohh, no, mierda!

Eva giró la cabeza hacia aquel sonido y se encontró con los ojos verdes y vidriosos de él. Había horror, decepción y pánico en su mirada.

—¿QUÉ HAS HECHO? —inquirió de nuevo.

—Mi amor, yo... —pero los ojos de Alberto ya no contenían amor.

Retrocedió ante la voz de ella, como si su solo sonido le repugnara o provocara dolor y se quedó apostado, apoyándose en el quicio de la puerta para no caer mientras su corazón se hacía añicos.

—¿Qué has hecho, Eva? ¿Qué has hecho? —susurró, dejando vía libre a las lágrimas.

—Yo... puedo explicártelo. Sólo iba a ser una vez. ¡Es para saber que está bien! —se justificó tratando de convencerse más a sí misma que a él—. ¡Por favor!

—¿Por favor, qué? Eva... Te has convertido en lo que yo he combatido toda mi vida, en aquello contra lo que luchaba en la organización, bajo las instrucciones de los Mayores. Ellos... —se mostró dubitativo un segundo—, ellos tenían razón contigo. ¡Tu camino es el mal y harás de este mundo un sitio peor, lleno de muerte y sangre a tu conveniencia! ¡Debería haberles hecho caso y haberte...! —se detuvo en seco. Pronunciarlo en voz alta le hacía daño.

—¿Matado? —completó ella en un río de lágrimas.

Él le dio la espalda entre movimientos lentos de cabeza y aspavientos al aire, y abandonó la estancia sin regalarle más sonido que un portazo que sabía a despedida y a desamor.

Eva continuó sentada una eternidad en el suelo, derrotada y quebrantada. Había quitado de nuevo la vida a un ser humano y, con ello, sólo había logrado perder a su amor, perderse a ella misma y no encontrarlo a él.

Ya es demasiado tarde para usar las vísceras. No ha servido de nada. De nada. El ritual ya no puede hacerse...

Observó la sangre seca de sus manos, y lloró en esa posición hasta que la noche vino a envolverla con su oscuridad y ella cayó rendida sobre el frío suelo.

—Señorita, señorita... —dijo el taxista mientras la agitaba con suavidad—. Creo que te has desmayado. Estamos en Vallecas, pero no me has dicho la dirección exacta.

Eva abrió los ojos espantada al experimentar ese momento en que las imágenes del sueño vivido y los recuerdos del pasado agolpados en la mente conviven con el presente de modo imposible e insoportable.

Alberto, la sangre, la anciana, Zanahorio... Mi maldición.

—Aquí está bien. Toma. Quédate con el cambio —respondió ella extendiéndole un billete de mil pesetas.

Salió apresuradamente del taxi y corrió como pudo hacia la casa en una carrera mortal contra la constante pérdida de sangre. Alcanzó la puerta, hizo girar la llave y atravesó el umbral preocupada. Demasiadas horas sola para Ianire.

—¿Madre? —preguntó en voz alta, aunque nadie respondió.

Alzó la cabeza hacia las escaleras que la llevarían hasta ella, pero no alcanzó a coronarlas. La atravesó un fuerte aguijonazo estomacal, como si la rociaran desde dentro con gasolina y, acto seguido, la prendieran fuego. Cayó al suelo entre gritos y lágrimas de dolor. De nuevo, perdió la consciencia.

VINCENT (2)

Provence (Francia), jueves 29 de agosto, 1889

Plegó las hojas y las introdujo en el sobre con pesadumbre. Como era ya habitual, lo hizo santiguándose, temiendo que aquélla fuera la última misiva que le escribiría a su amigo Leo.

No. No necesitó girarse para verificar su sensación de estar siendo espiado. Notaba en el erizarse de su piel y en el dolor de su cuerpo que ella estaba a su espalda.

—Alouqua —pronunció él sin volverse mientras lacraba el sobre y lo depositaba sobre la pequeña escribanía junto a la pluma y el tintero.

Tras él, una risa diabólica invadió la celda y sus oídos. Se limpió una lágrima huérfana que resbalaba por su mejilla y, por fin, se giró hacia la vampiresa súcubo deseando que esa noche finalizara todo.

—No te esperaba a estas horas... —logró decir el pintor después de reunir unas migajas de valor—. Quiero decir, fuera de mis sueños... Imagino que será algo importante...

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Así es cómo recibes a tu fiel amante y madre de tu hijo? —respondió la otra despojándose de su lujoso vestido de color granate.

La tela se deslizó a lo largo de su pálida piel como un baño profético de sangre. Van Gogh sintió una suerte confusa de repulsión y fascinación. La saliva se espesó en su boca hasta trocarse en piedras imposibles de tragar.

¿Sexo? ¿Muerte? ¿Ambas?, se preguntó el vampiro incapaz de resistirse a su influjo.

—¿Vienes? —le invitó ella acariciándose el sexo.

Ante su sorpresa, el pobre Van Gogh se vio caminando hacia ella con celeridad. Ésta se había apropiado del viejo camastro de su celda y abría sus piernas para él, dejando nada (o todo) a la imaginación. El holandés siguió avanzando hacia ella como en sueños, con los ojos nublados de deseo y el corazón ciego por el miedo. Sin embargo, continuó en su avance hasta colocarse junto a ella.

—Entra... —le dijo la súcubo mostrándole los colmillos.

—¿Cómo? —preguntó él con las neuronas de acampada en algún otro lugar de su anatomía.

—Ya sabes... A los vampiros hay que invitarlos para que puedan entrar... —bromeó ella.

El cerebro del vampiro emitió una señal de peligro. Alouqua jamás bromeaba, jamás invitaba. Sólo tomaba cuanto deseaba y se iba. Aun así, él se desnudó con la rapidez con la que mueren las gotas de lluvia en el desierto y entró en ella con hambre desmedida y anhelante.

—Síiiii —susurró ella, abandonándose por un momento a los embistes y al ritmo que él imponía—. Tu hijo...

—¿Sí? ¿Mi hijo, qué? —repitió entre jadeos y una respiración entrecortada.

—Ya no lo veremos ninguno de los dos. Lo he... dado en adopción —explicó ella, rodeando con sus piernas el cuerpo de él para obligarlo a entrar una y otra vez, a empujar y ceder.

¿Leo?

—Éste es mi regalo de despedida, Vincent. Me voy de viaje unos meses —prosiguió la vampiresa demonio.

Ella, que nunca daba explicaciones, venía de repente a verlo y le explicaba sus planes.

¿Por qué?

Tal como se esperaba de él, Vincent guardó silencio y aumentó el ritmo en las embestidas, Fuerte, más fuerte, MÁS FUERTE. Alouqua chilló de placer.

—He conocido a un grupo mixto de demonios y me voy con ellos de viaje por Europa. Como no me gustan las cosas mal hechas, no te visitaré por el momento.

No quieres matarme tan rápido, claro. Aún te resulto divertido.

Él la acometió con dureza y violencia, arrancando un nuevo gemido a la súcubo.

—Pero regresaré a verte a mi regreso. Y entonces...

Me matarás.

Nuevas estocadas furiosas, que esta vez robaron alaridos a ambos. Aún se movieron unos segundos más explorando en círculos el sexo del otro. Luego, él quedó inerte sobre ella.

—Te mataré —concluyó ella mirándolo a los ojos un segundo—. Aparta.

Se irguió del camastro mientras él observaba embelesado la majestuosidad de su cuerpo de mármol, con sus largos cabellos color azabache pintando el lienzo de su cuerpo. Sintió unas irrefrenables ganas de llorar. La había perdido de nuevo.

Sus ojos bebieron aquel último instante en el que ella se acomodaba su vestido. Su corazón sabía que únicamente la volvería a ver en una ocasión más: la de su muerte.

Ella se giró hacia él, fría, bella y mortífera.

—Gracias por la... charla.

Y desapareció como desaparecen las cosas buenas, demasiado pronto. Vincent se quedó mirando al vacío que había dejado.

—¿Has oído eso, Sophie? —preguntó una de las enfermeras a su compañera mientras observaba, escandalizada, por el ventanuco de la celda de éste.

—¡Anda que no! ¡Qué gemidos y qué forma de gritar! —rio la otra entre persignaciones—. A este hombre no le hace falta nadie para entretenerse, ¡santo Dios!

—Pobre hombre... —dijo la primera entre cabeceos de derecha a izquierda—. Ahora no sólo tiene visiones, ahora también se acuesta con ellas. Avisa al doctor, Sophie, por favor... Yo me quedo aquí vigilándolo.

LIDIA (1)

Bilbao, lunes 23 de enero, 1961

Las lágrimas hicieron su fuerte dentro y fuera de ella, ahogándole ojos y garganta, empapando aquel papel con complejo de bayeta en el que trataba de escribir esa dolorosa carta. Volvió a enjugarse el llanto e hizo una breve parada para ordenar sus ideas, sentimientos y recuerdos. Y entonces, la conversación del día anterior afloró en su mente como una mala hierba...

—No lo entiendo —replicó ella con el rostro marcado por el dolor, que anunciaba justo lo contrario: lo había entendido todo.

—Estaba desesperada. Tú te ibas a morir y yo me sentía responsable. Porque soy la única responsable, claro. No podía dejar que te murieras sin más —le explicó su hermana mayor, tomándola de las manos con afecto—. Nunca había hecho tratos con ese demonio y jamás pensé que el precio a pagar sería tan alto.

—¿Pero por qué?

—Se alimenta de dolor, hermana. Es un juego para él y, cuando un demonio te convierte en su diversión, date por jodida... No cambiará de opinión así le prometas la luna, salvo si esa Luna soy yo —quiso bromear la bruja.

—¿Y no hay un modo de engañarlo, de librarte de ese pago? ¿Quizás solicitando la ayuda de otra criatura demoníaca? —sugirió Lidia, que se negaba a aceptar la realidad.

—¿Engañar a Alastor? Lo dudo. He revisado los libros de demonología de Padre y otros documentos. Sólo queda pagar. Ningún otro demonio, salvo diablos mercenarios menores (y éstos no lo derrotarían jamás), se prestaría a ayudarme en esto. Los demonios son unos seres muy particulares, hermana. Pueden matarse entre sí y hacerse mil perrerías, pero

en su Hermandad la traición está muy mal vista. Jamás me ayudarán...

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a echarlo a suertes a ver a cuál de tus hijos entregas? —preguntó Lidia horrorizada.

Conocía bien a su hermana, demasiado, para saber que su instinto de supervivencia prevalecería sobre todas las cosas, sobre todas las personas. Luna adivinó sus pensamientos y el rostro se le ensombreció de tristeza y rabia.

¿Eso es lo que he proyectado de mí y ven los demás? ¿Un ser amoral y egoísta? Vale, sí, lo soy, ¡pero también sé amar y se lo demostraré! Si eso es lo que piensa mi hermanita pequeña de mí, verá cuán equivocada estaba. Verá mi gran obra de amor por ellos, por mi familia...

—Luna... —musitó la enfermera, preocupada al ver los ojos lluviosos de su hermana—. Perdona, no quería ponerte en duda. Es sólo que...

—Que te resulta difícil imaginar que le vaya a ofrecer mi vida a Alastor para salvarlos a ellos, pero es así. Después de todo, ¿no soy yo misma a quién más he querido siempre? Pues así debe ser.

—Hermana... —la voz de Lidia se quebró—. ¿Acaso no te das cuenta de que, si haces esto por ellos, es porque ya no eres tú la persona a quien más quieres, sino a ellos? ¿No ves que Alastor rechazará tu ofrenda al sentirse estafado?

—No... Confieso que yo también había pensado eso al inicio y creía que estaba en un callejón sin salida, que tendría que entregar a mis hijos (o a uno de ellos), pero luego lo comprendí... Y, entonces, encontré la solución.

—¿Qué comprendiste? ¿Cuál es la solución? —el pánico impregnó cada una de sus palabras.

La nigromante se levantó del tresillo y empezó a pasear de un lado a otro del salón, como siempre hacía cuando buscaba aclarar su mente o tomar decisiones importantes. Dio un par de vueltas confusas y luego los ojos de ambas chocaron. Ojos de avellana y ojos hechos del cielo de Zaragoza compartiendo sufrimiento en silencio.

—Siempre me ha querido a mí, desde el inicio, y yo he caído en su trampa. Sabe que jamás le daría a los niños. Antes los mato yo con mis propias manos. Soy nigromante, Lidia, y eso está muy cotizado en el Inframundo. No sólo me consigue a mí, sino que sabe que, con ello, me causará un dolor terrible al dejar a mis hijos huérfanos y desamparados en cierto modo. Eso le excita tanto que no querrá nada más que eso: A MÍ.

—Peeee... peerooo... ¿se lo vas a dar? ¿Te vas a entregar? ¡Me

niego! —Lidia se levantó de un salto, incrédula, y fue al encuentro de su hermana mayor.

—No queda otra... Salvo... —la esperanza renació en las pupilas de la hechicera.

—¿Qué?

—Paula... Quizá ella me ayude. ¡Quizá haya un modo de salvarme y vivir con mis pequeños por fin! —gritó entusiasmada.

—Paula, ¿eh? Intuyo que Lourdes ya no... está con ellos —la voz apagada de Lidia contrastó con el ánimo de la otra.

—Lo siento... No estaba planeado así, pero piensa que, si sale bien, viviremos felices los cuatro (mis hijos, tú y yo) y disfrutaremos de una vida nueva... ¿Qué me dices?

—Oh, sí, claro —contestó aquella con una sonrisa fingida y un plan en la cabeza—. Entonces, ¿vas a pedir ayuda a la tal Paula?

—Sí. Si hay alguien que puede ayudarme con un problema de demonios, es ella... —anunció Luna sonriendo por primera vez en el día—. Mañana viajaré hasta allá, sin proyecciones, que no quiero malgastar energía. Tomaré el bus a Zaragoza, visitaré a mis hijos y conversaremos de varios temitas que tenemos pendientes. Estoy convencida de que regresaré con la solución. ¿Estarás bien? ¿Puedo dejarte sola?

—Sí, no te preocupes. Ve... ya me siento bien y no soy ninguna inválida. No me va a pasar nada. Tú vete y haz lo que tengas que hacer —le contestó la maña evitando su mirada. Tenía miedo de que, si la miraba demasiado tiempo a los ojos, pudiera descubrir qué estaba tramando—. Vete.

—Perfecto, hermanita. Prometo estar de regreso el martes. Sólo serán dos días, sólo dos...

“Sólo dos”, repitió Lidia en su cabeza, con el número atravesándole el pecho mientras se fundían en el último abrazo que se darían. Una lloraba, sabiéndolo; la otra sonreía, ignorándolo.

Lidia volvió a repasar aquellas líneas de vida y muerte por última vez mientras agotaba sus últimas lágrimas, sus últimos segundos. Añadió un “Te quiero” final y una firma, dejó la carta visible en el centro de la mesa del

comedor, y asintió con la cabeza a aquel ser terrorífico que la miraba con expresión depravada e inhumana.

—Ven aquí, zorra —dijo el demonio.

Lidia ahogó un grito al sentir que su carne se abría entre las uñas mortíferas de él y desaparecían para siempre de esa casa y del mundo que ella había conocido.

NÚRIA (1)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075

Fiesta de Halloween

—¡Aquí estáis! ¡Y bien guapos además! Guaaaauuuu —silbó la catalana en cuanto nos vio entrar por la puerta—. ¡Qué elegancia de trajes! Veo que hemos escogido la misma sastrería —apuntó sonriente mientras comparaba nuestras vestimentas.

Me agaché hacia ella y le di un par de besos en las mejillas.

—¡Mira quién habla! —exclamé sin soltarla—. Estás radiante con ese vestido y esa peluca... Parece que tengas... por lo menos... ¡treinta años menos!

—¡Adulador! —rio encantada con las mejillas ruborizadas.

—¿Yo? —dije fingiendo sorpresa e indignación mientras me llevaba la mano al pecho y pestañeaba con aire inocente—. En serio, ese vestido es majestuoso. Me has sorprendido. No pensé que escogerías el negro.

—Es un gran color —respondió ella con un guiño de ojos—. Bueno, ¿qué? ¿Me vas a presentar, por fin, a tu amiga Susana? ¿O debo hacerlo yo? —me dijo en tono de regañina.

—Cierto, cierto...

—¡Hombres! —refunfuñó entre dientes regalándole una mirada cómplice a Susana, quien la miraba con creciente interés y admiración.

“Me encanta”, dijo la cabeza de Susana sin dejar de observar a la anciana.

—Susana, vampiresa de reciente conversión, de Vallecas... te presento a Núria, catalana, mi socia en la Academia de magia y poderosa sacerdotisa maga.

—Encantada, Susana. Ya tenía ganas de ponerte cara... —le dijo ella apachurrándola entre sus engañosos brazos de apariencia frágil—. Aunque, dentro de nada, deberemos colocarnos las máscaras, cuando dé comienzo el baile...

—Igualmente, Núria —respondió metida en su papel con una genuflexión—. Es un honor conocerte. Leyenda me ha hablado mucho de ti

y...

—¿De verdad? ¡Todo mentiras, seguro! —bromeó ella.

Los tres arrancamos a reír. Ellas, de verdad; yo, de puros nervios. Núria me escaneó con la mirada y me dedicó una sonrisa triste.

—No ha venido —me dijo sin paños calientes, aunque lo había leído en su mente unas milésimas de segundo antes de que lo dijera en voz alta.

Había visto cómo se formaban, dolorosamente, las palabras en su cabeza y se me clavaban, llenas de espinas, en todos y cada uno de mis sentidos. El equilibrio comenzó a fallarme. Me sentía mareado, aturdido.

“No va a venir.”

Lo siento, se disculpó ella mentalmente, pero tienes que saber que aún no ha venido ninguno. Es probable que estén al caer.

—¿De verdad? —pregunté con ilusión renovada, como el chiquillo que se encuentra con un regalo que ya no esperaba.

—¡Ehhhh! ¡Que estoy aquí! —protestó Susana mientras nos miraba alternativamente—. ¡Dejad de hacer eso, joroba, que no me entero de nada!

—Perdona, Su... —me disculpé—. ¿Entonces, no han llegado aún? ¿Y los alumnos e invitados?

—En el Aula Magna —indicó ella—. ¿Vamos? ¡Mira qué eres guapa, “jodía”! —exclamó mirando a Susana mientras la tomaba del brazo y abría el camino hasta allí.

Yo caminé tras ellas en un discreto segundo plano, con la bolsa de las máscaras en la mano y atento a la actividad de las mentes que se agolpaban en el recinto, buscándolo por si acaso, hallando el vacío entre tantas voces.

—Muchas gracias, señora. La verdad es que me siento preciosa con este vestido —contestó mi amiga vampiresa, que se había hecho súbitamente tímida.

—Porque eres guapa, ¡petarda! Pero llámame “señora” otra vez y verás la furia de una tormenta perfecta cagándose sobre ti —contestó la maga entre risas y advertencias con el dedo.

Susana empezó a reír hasta hacer llorar a sus ojos.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó entre toses y risas—. ¡No más “señoras”!

—Eso es —dijo ella, apretándole todavía más el brazo en señal de cariño—. ¡O te pondré de cara al sol como a los vampiros malos! —siguió bromeando.

Núria abrió la puerta del Aula Magna y me quedé sin palabras ante el

resultado final de la decoración.

—¡Impresionante! —dijo Susana, expresando lo que yo también opinaba.

Núria sonrió, satisfecha y orgullosa, y nos hizo pasar al salón, dividido en tres zonas: al fondo, una hilera de unas cuarenta sillas plegables acompañadas de dos largas mesas, repletas de canapés y bebidas; en el centro, una gran pista de baile que recordaba a las de las películas de época; y, junto a la puerta, el habitual entarimado del aula con la mesa del profesor, donde descansaban un microordenador, un micrófono y un proyector de hologramas, junto a un atril auxiliar.

—Ha quedado espectacular. Hasta parece más grande... —observé, impresionado de veras.

—Lo es —concordó ella mientras me revelaba el secreto con el pensamiento.

—¿Magia? —leí.

—Siempre —rio ella.

—Coño, voy a tener que ponerme las pilas... Me encantaría hacer más grande mi bañera —respondí, entre la broma y el deseo real.

—¡Yo quiero, yo quiero! —exclamó Susana con complejo de canguro, pues no dejaba de dar saltos la mamona.

—¿Qué quieres? —preguntó Núria, interesada.

—¡Apuntarme a la Academia y ser alumna vuestra! ¿Qué, si no? ¡Ahora tengo todo el tiempo y el dinero del mundo, y me encantaría aprender magia, técnicas de defensa y todo eso! —exclamó desbordando entusiasmo.

—¡De eso nada! —exclamé enfadado.

Las dos se giraron hacia mí sin ocultar la sorpresa en sus rostros.

—Apúntate si quieres, ¡pero nada de contar en tus libros lo que vivas, veas y aprendas aquí, o nos pondrías en peligro! —la amonesté.

Susana tenía el sentido del peligro en el culo y no podía permitir que arriesgara nuestras vidas y la de los alumnos de esa forma. Núria le echó una mirada reprobatoria.

—No, hija, no... —remató con una voz tan contundente que se te caerían los colmillos de miedo si la escucharas.

—Perdón... Ha sido un pensamiento loco, espontáneo, pero prometo que lo que vea y ocurra aquí, aquí se quedará. Lo siento... —se disculpó Susana arrastrando la mirada avergonzada por el suelo.

—Aclarado entonces —remató la catalana recobrando su genuina

sonrisa—. Entremos. Estas personas nos aguardan...

Susana se separó de nosotros y se unió al grupo de antiguos y nuevos alumnos, que habían ido silenciándose de modo perceptible al vernos entrar. La habitación olía a expectación e ilusión, a nervios y ganas. Sus ojos se pegaron a nosotros mientras ascendíamos al estrado y Núria tomaba el micrófono y la palabra.

—Queridos alumnos —comenzó, en un discurso que llevaba preparando más de una semana—. Hoy, justo en el día en que la Academia cumple su primer centenario, se abre una nueva etapa. Nuevos objetivos, nuevos profesores...

Se oyó un murmullo de consternación y empatía tras la mención. Todos sabían ya de la muerte de Perséfone y el Profesor. Algunas lágrimas y suspiros acompañaron a las voces de dolor. Núria se detuvo unos segundos antes de proseguir.

—Y nuevas metas. Estamos aquí para abrir nuevos caminos y seguir con la obra de aquéllos que no están hoy con nosotros. En cuanto lleguen los demás socios, haremos un breve discurso inaugural y las presentaciones. Mientras tanto, permitidme invitaros a que sigáis con vuestra charla distendida y toméis cuanto gustéis. No tardarán demasiado.

Núria abandonó el atril y el micrófono bajo la mirada de los estudiantes. Yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando noté la proximidad de dos criaturas. Una era Maestro K; la otra, ni puta idea. Pero no era él, no era Maximilian el Invisible.

“¿Por qué no?”

Bajé tambaleante de la grada y, entre dientes, musité un “disculpádmeme”. Corrí hacia el baño y me encerré en él sintiendo que las paredes se abalanzaban sobre mí, aplastándome hasta reducirme a una lámina. La oscuridad se apoderó de mí y entonces, como siempre, como un puñetazo en el estómago a traición, los recuerdos regresaron anudados a la garganta, comiéndome vivo...

—¡Pazguato! ¡Despierta! —me gritó una voz juvenil—. ¡Ehhhh, dormilón!

—¿Eva? —pregunté al ver de nuevo el tubo a través del cual me había visitado hacía casi dos años—. ¿Estás ahí?

—¡Pues claro, meloncio! ¿Crees que me iba a olvidar de nuestro cumpleaños? —rio la voz al otro lado del tubo.

—Bueno... no sé... Nuestro cumple fue hace quince días, y el año pasado tampoco nos vimos... —contesté confuso—. ¿Por qué no te acercas?

—Esta vez creo que podré —contestó la voz, animada, mientras se acercaban sonidos de pasos desnudos.

Su imagen impactó contra mis retinas por inesperada y aterradora. En esos dos años se había dejado crecer sus cabellos de fuego hasta la cintura y, en ese momento, ondeaban como llamas alrededor de ella. Iba prácticamente desnuda pese al invierno. Descalza, en bragas y camiseta interior, cuya blancura había sido violada, junto a la de su piel, por una capa de sangre que me hizo salivar.

—Eva, aléjate... Yo... no he comido todavía. Y esa sangre... —la avisé, parapetándome en la cama.

—No es mía, no te preocupes —repuso ella avanzando un poco más, de forma que ya podía ver la totalidad de su preciosa cara pecosa sonriéndome de modo extraño, casi ido.

—Eva... —susurré a la vez que me levantaba de la cama y me acercaba a ella para abrazarla, olvidadas ya las ganas de comérmela.

—Zanahorio... —dijo a su vez ella con ceremonia, como si mi apodo fuera una palabra mágica, una oración.

Las lágrimas se escaparon de sus ojos negros y formaron carreteras blancas en su piel allí donde éstas barrían aquella sangre que la cubría por completo.

La abracé. Me abrazó.

—Dios mío. Ya no lo recordaba... —susurré temblando en su oreja.

—¿El qué?

—Lo que se sentía al tenerte cerca. ¿Cómo he podido olvidarlo?

Eva...

—Te he echado mucho de menos. Prométeme que no vas a separarte de mí otra vez. Yo... he hecho cosas terribles, Zana. Terribles para poder verte.

—¿Qué has hecho? ¿De quién es toda esa sangre? —le pregunté mientras, finalmente, mis ojos rompían a llorar sobre su pelo de seda.

—Quería verte y yo... Alberto... —inició un diálogo confuso—. Él se

ha ido y no quiere verme... y yo... otra vez sola y... —prosiguió, regándome con lágrimas que mezclaban la sal de su cuerpo con la sangre ajena.

Mi estómago gruñó ante el olor y la visión de la sangre. Me separé de ella con la excusa de mirarla a la cara y nuestras manos se entrelazaron solas, sin pedir permiso. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo sin ella?

—Alberto... ¿te ha dejado?

Ella respondió un “sí” entre hipos y temblores. Parecía una niña pequeña y desvalida, lo que ella jamás había sido, en lugar de una mujer de veintiocho años.

—Me descubrió haciendo un ritual para poder localizarte. No me habla desde entonces. Se niega a verme. Y, por eso yo, me he visto obligada de nuevo a... —se miró el cuerpo cubierto de sangre.

—Comprendo. Perdóname, Eva. Yo no sabía... Es todo distinto para mí ahora que no estoy vivo. Pero lo arreglaré, lo juro. Voy a hablarlo con mi Maestro y lo arreglaré.

—¿Qué harás? —me preguntó ella.

Sus ojos contenían todo el dolor del mundo y sentí que me rompía ahí mismo, que haría cualquier cosa por reparar el destrozo que había hecho en su vida y en su corazón.

—Todo, Eva... Lo haré todo. Te prometo que volverás con Alberto, que nos veremos a partir de ahora con frecuencia. Te lo prometo... —aseguré con la vista fija en ella, nuestras manos apretadas y nuestros corazones sollozando acompasados—. Déjame entrar en tu cabeza, por favor. Dejaré una muesca de rastreo en el interior por si las cosas se tuercen. Así, al menos, siempre podré viajar hasta ti, mental y físicamente.

—De acuerdo. Entra... Está abierto, ¡pero date prisa, por favor! ¡Ya viene a buscarme!

—¿Quién? —pregunté alterado.

Ahí no había nadie más aparte de nosotros.

—¡Ya viene, corre!

Sin entretenerme un segundo, entré en su cabeza y deposité la marca que nos volvería a conectar otra vez. Justo cuando salía, lo olí. Era un olor rancio y avinagrado, que me trasladó a los callejones sucios en los que mi madre trabajaba: orina, agua estancada y podredumbre.

Agité la cabeza y lo vi, alzándose desde el suelo, apoderándose del tubo, alargando sus tentáculos negros y pegajosos como el petróleo hacia la espalda de Eva.

—¡Cuidado, Eva! —grité con todas mis fuerzas.

Pero, para cuando terminé de pronunciar su nombre, aquella masa negra ya la había engullido del todo. Sobrecogido, observé cómo el tubo y Eva desaparecían ante mí de forma imposiblemente veloz, incluso para mí.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Leyenda, ¿qué demonios te pasa? Nos tienes preocupadas —la voz de Susana atravesó la puerta del baño—. ¿Estás bien?

—Ehhh, sííí —respondí aturdido, con la resaca aún de las viejas memorias chapoteando en los charcos de mi mente—. Dame un minuto y salgo.

—De acuerdo. Además, dos de tus socios acaban de llegar. Te están esperando en una de las aulas.

Cojonudo.

Forcé a mis piernas trémulas a que se levantaran, me refresqué la cara en el lavabo y salí con mi sonrisa de circunstancias. Era hora de enfrentarse a aquel traidor de K...

LUNA (3)

Zaragoza, lunes 23 de enero, 1961

La nigromante se apeó del autobús cagándose en todas sus muelas por no haber cogido ropa de más abrigo. En cuanto posó un pie en el suelo, el cierzo acudió a saludarla y le abofeteó el rostro con familiaridad y descaro. Luna trató de protegerse de él alzándose las solapas del abrigo, deseando que éste se convirtiera en algo tangible y sólido para darle una buena tunda por cómo le estaba dejando la cara.

Con la ansiedad agazapada en su estómago por sorprender a Paula y ver a sus hijos, tomó un taxi y llegó hasta el antiguo domicilio de su hermana. Independientemente de lo que hablase con Paula, de sus excusas o razonamientos, Luna había tomado una gran decisión. Dos, en realidad. Ambas en firme.

Hoy me llevaré a Eva y a Hugo conmigo. Se acabó. Que Paula se encargue de Ianire y de su maldito marido cornudo. Los niños vivirán conmigo hasta el día de mi sacrificio, hasta que me entregue a Alastor. No se me ocurre mejor madre suplente para mis pequeñines que mi hermana. Ahora es joven y fuerte de nuevo, y sé que será una gran madre, la madre que siempre quiso ser. Yo no les veré crecer, pero sé que lo harán protegidos y llenos de amor. Lidia los querrá casi tanto como yo...

Y a Paula... En cuanto se ocupe de esos bastardos, la desconectaré. Se está volviendo peligrosa y traicionera. Por mucho que me quiera, por mucha fidelidad que me deba, algo ha sucedido. Algo está maquinando. Y algo me hizo aquel día en que me libó el cerebro. Es hora de que duermas, Paula, en cuanto cumplas tu misión.

Sacó del bolso el juego de llaves de la casa de Lidia y subió corriendo las escaleras, de tres en tres peldaños, con el corazón desbocado y las ganas asomándose por sus ojos. Hizo girar la llave y entró en el apartamento como un vendaval solitario en busca de compañía.

—¡Paula, Paula! ¡Estoy aquí! —exclamó en voz alta mientras cruzaba la puerta, pero el salón era un desierto de voces y vida.

¡Qué extraño! ¿Las diez de la mañana y no hay nadie? ¿Estarán

durmiendo?

Paseó la vista por el salón y no detectó huellas de una actividad o estancia recientes. La cunita supletoria de Eva estaba desocupada y tampoco se apreciaban rastros de desayuno, pañales ni desorden. Se encaminó al dormitorio y volvió a toparse con un escenario idéntico: orden, pulcritud y... ninguna huella humana. Ni siquiera olores.

Raro, muy raro. Ni siquiera huelo a ellas. ¿Dónde estáis? Hace días que no pisáis la casa, desde luego, pero... ¿por qué?, ¿y cómo?

Dio un par de vueltas inquietas por la casa y, tras revisar armarios y todo lo que consideró oportuno, se convenció de que la traidora de Paula se había llevado a sus hijos consigo. Parte del armario de la niña había sido desvalijado, al igual que el de Lourdes, la joven del cuerpo que habitaba.

¡Se los ha llevado! ¡Sin avisar, sin decirme nada!

La furia creció dentro de ella. Cerró los ojos tratando de calmarse e intentó establecer contacto mental con ella. Sin embargo, al otro lado de la línea no había tono. Era como tratar de telefonar a un muro.

¡Esto es imposible del todo! ¡No puede ser! ¿Dónde os habéis metido? ¿Qué le has hecho a mis hijos, Paula? ¿QUÉ?

Se quitó el péndulo que descansaba sobre sus pechos, y extrajo del bolso un pequeño mapamundi y un par de tubos de sangre. Desplegó el mapamundi sobre la mesa del comedor, regó el colgante con una única gota del primer tubo y dejó que éste comenzara su danza libre sobre el papel. Mas el colgante se quedó insolentemente quieto, como “la fea” a la que nunca invitan a la pista de baile, viéndolas venir, inerte sobre las manos airadas y confusas de la nigromante.

—¡Localiza a mi pequeña, localízala! —le exigió ella al sordo cristal.

No puede ser... ¡No puedes estar muerta! ¿Qué os ha pasado? ¡Ianire, Ianire ha tenido que hacerles algo!

Rebuscó de nuevo en el bolso y sacó un tercer tubito con el nombre de su enemiga adherido a él. Limpió el cristal de rastreo y volvió a verter una pequeña gota en él. En esta ocasión, el colgante realizó su alegre baile hasta señalar la península Ibérica. Dio la vuelta al papel, que contenía esta vez el mapa de España, y repitió el proceso. El cristal localizador se posó sobre Madrid.

—Bien, está en su casa y, desde luego, no tiene a mis hijos, pero... ¿qué importa eso? ¡Ha podido matarlos y regresar a su casa! ¡O que los tenga su puto demonio! ¡Y ahora podrían estar celebrándolo, festejando su muerte!

—habló en voz alta, tratando de alejar de ella, a base de voluntad y palabras, el dolor que la enloquecería—. Porque, ¿qué otra explicación podría haber para que no se mueva? No hay rincón en este planeta donde puedan estar que mi localizador no detecte. Salvo si... no están...

...aquí, concluyó mentalmente sin atreverse a expresarlo en voz alta, En el mundo de los vivos.

La pena le mordió los ojos y estos lloraron lágrimas amargas y confusas.

No puede ser, no puede ser. ¿Cómo lo has permitido, Paula? ¿Acaso tú también has muerto protegiéndolos?

Sí, le contestó su corazón desgarrado, *Por eso no puedes contactar tampoco con ella.*

Luna sintió que su cuerpo se rompía por dentro, que envejecía trescientos años y su alma se llenaba de arrugas. Se dejó caer en la silla entre sollozos desconsolados y su cabeza se derrumbó sobre todo su *atrezzo* mágico, lloviendo sal sobre el mapa, el colgante y los tres tubitos de sangre.

Todo lo que he hecho, todo... No ha servido de nada. No he logrado ser una madre de verdad y vivir junto a ellos, cuidarlos, verlos crecer y hacerme sentir que puedo ser buena, que puedo ser mejor de lo que soy, que puedo amarlos sin reserva.

Todo este dolor... no ha servido para nada. No les he podido proteger y ahora... ahora... moriré en este estúpido sacrificio a Alastor sabiendo que ellos también lo están, que nunca descubrirán lo que es la risa, aprender a caminar, enamorarse, incluso hablar... Se han ido de este mundo con la boca vacía de palabras, los ojos vacíos de recuerdos y el corazón vacío de sonrisas esbozadas sólo para ellos. Nada ha valido la pena.

Alzó la cabeza y observó con curiosidad el segundo tubo.

¿Por qué no?

Trató de recomponerse, espantó de su rostro a unas lágrimas que habían quedado rezagadas y se preparó para un nuevo rastreo. Cogió el tubito, manchó el colgante de la nueva sangre y lo hizo sobrevolar sobre el mapa de España. El cristal se posó con delicadeza sobre Zaragoza. La bruja giró la cabeza hacia el apartamento contiguo, con esperanza y cierta inquietud.

—¿Estás ahí, Hugo? —preguntó en voz alta.

Con los nervios agujijoneándole las yemas de los dedos, guardó todo en el bolso, se puso de nuevo el colgante en el cuello, y abandonó el

apartamento después de cerrarlo con llave, todo en un tiempo récord y con la vista cosida a la puerta de al lado.

¿Estás ahí?

Luna se situó frente al apartamento de Hugo reparando en que no tenía llaves. No obstante, daba igual. Abriría aquella puerta como fuera: con un conjuro, a patadas o con un hacha; pero la abriría.

—Vamos allá —susurró—. PORTAM, APERI TE^[21].

Y la puerta se abrió emitiendo un sonido amenazador. Luna se adentró en el apartamento...

EVA (5)

Madrid, miércoles 30 de octubre, 2075

Un sonido ahogado acunó con mimo sus últimos restos de sueño. Se trataba de un ronroneo lejano, empeñado en sacarla de esa inconsciencia en la que había caído atrapada.

Eva abrió los ojos.

El mundo se veía apagado, descolorido y ajado a través de ellos. Sólo entonces su abdomen protestó de dolor y de abandono hasta hacerla gritar. Se miró la herida. Tenía una pinta horrible y un olor dulzón aún más desalentador, que indicaba sepsis. El corte no había crecido, pero tampoco se había cerrado, y de aquél continuaba saliendo un finísimo hilo de sangre tenaz.

Comprobó horrorizada que estaba tumbada al pie de las escaleras sobre un gran charco de sangre, demasiado grande para que ella siguiera todavía con vida. Se preguntó cuánto tiempo habría estado inconsciente y cuánto le restaba antes de volver a cerrar los ojos, esta vez de forma definitiva.

No le quedaban ya fuerzas.

Con las manos temblorosas, localizó el móvil en su bolsillo con la intención de situarse en el tiempo. El teléfono se cayó de sus manos ante la impresión de ver la fecha y hora marcada, y éste se fue a dar un chapuzón en aquel pequeño lago rojo improvisado.

¡Dos días! ¡He estado inconsciente y desangrándome dos días enteros! ¡No puede ser! ¡Madre!

El ronroneo llegó de nuevo a través de las escaleras y le acarició los oídos. La bruja alzó la cabeza y buscó con la mirada el piso superior, inquieta. Demasiados días sin alimentarse ni hidratarse para que ella siguiera también con vida.

—Ianire, voy... —musitó en un hilo de voz, más fino aún que la sangre empeñada en abandonar su cuerpo.

Se apretó el abdomen con la mano izquierda para contener la huida de

plasma y, haciendo acopio de fuerzas y valor, se arrastró por las escaleras con la derecha hasta llegar al piso de arriba. Tuvo que detenerse un instante al sentir que la casa volvía a girar sobre ella y reprimió las ganas de vomitar el contenido de un estómago más que vacío. Observó con tristeza el inquietante reguero rojo que había dejado tras ella y que señalaba el final de sus días. Negó con la cabeza y continuó, cual babosa, marcando el suelo hasta la improvisada morgue, pues toda la casa hedía a muerte.

La de ambas.

—Madre —repitió al ver a la vieja Viuda Negra postrada en la cama, devorada su piel y su carne por llagas hambrientas.

El ronroneo le llegó esta vez más claro. Era Ianire luchando por ganarle a la vida unas respiraciones más, unos minutos extra.

—Lo lamento —sentenció Eva, sintiéndolo de veras por Ianire y por ella misma.

No era así como se había imaginado el final de ninguna.

—Acércate —solicitó el inminente cadáver de la nigromante, vomitando bilis y vida a través de las sílabas pronunciadas.

Eva se alzó del suelo con cuidado, trastabilló los cuatro pasos que las separaban y se dejó caer en la cama junto al esqueleto apellejado de Ianire.

¿Cómo puede seguir viva? Se diría que no ha muerto por tozudez, por propia voluntad.

—De ningún modo pensaba morirme sola —dictaminó Ianire, como si respondiera al discurrir de los pensamientos de la joven, con su antiguo brillo de juventud en los ojos.

—No lo estás. Me quedo aquí —prometió Eva a sabiendas de que tampoco ella aguantaría mucho más.

—Pensaba... pensaba echarte una bronca que te cagas —trató de bromear entre nuevos esputos—. Pero veo que tú tampoco has tenido un buen día, ¿eh? Corre, escucha antes de que esto se acabe.

—¿Qué quieres que haga?

—Noto... lo noto... Cuando termine de explicarte lo que voy a decirte a continuación, exhalaré mi último aliento. Ya no hay más para mí, pero para ti, sí. Escucha, Eva... En cuanto yo me vaya, no pierdas el tiempo. ¡No lo tienes! Corre al tercer cajón de mi cómoda y saca un estuche de terciopelo rojo. Se trata de uno de los regalos que me hicieron el día de mi boda con ese demonio traidor... —escupió, esta vez voluntariamente, como siempre que recordaba a Arioeh—. Ábrelo sin tardanza. Dentro hay unas

piedras protectoras. Colócalas todas sobre la herida...

—¿Cómo sabes que estoy herida?

—Querida niña... Hueles a ello. No sé cómo te han metido ese contenedor dentro porque deberías estar tú en el interior, no al contrario. En cualquier caso... —la voz de Ianire se apagó y sus ojos se cerraron.

—¿En cualquier caso? ¿Madre, Madre? —las lágrimas amenazaron con asomarse a sus ojos, pero su deshidratación era tal que su organismo no pudo fabricarlas en esa ocasión—. ¡Madre! —gritó, agitándola en el lecho.

El ronroneo reapareció, precedido de más toses y escupitajos. Ianire entreabrió los labios y los ojos con esfuerzo.

—Niña, me habría encantado beber un vaso de agua antes de irme —prosiguió como si nada—. Ya ves... toda la vida llena de lujos y caprichos, y ahora sólo quiero un vaso de agua y alguien que me tome la mano mientras abandono este mundo de mierda...

—Madre... —repitió la joven, llena de culpabilidad por no ser capaz de llorar por ella.

—Decía... ponte las piedras en la herida y lanza al aire un conjuro de extracción. Si el contenedor es muy poderoso, quizá debas repetir el proceso varias veces. Aunque no lo verás aparecer, porque no saldrá realmente.

—¿Entonces?

—Sabrás si ha funcionado cuando las piedras pierdan su color y se vuelvan negras. Eso significará que han deshecho el objeto que te está parasitando. La herida se cerrará y empezarás a encontrarte mejor poco a poco.

—Gracias, Madre —habló Eva con la emoción tropezándose con su lengua.

Se inclinó hacia Ianire y le dio el último beso que ambas darían o recibirían en vida. La Viuda Negra derramó una lágrima final al notar que Eva tomaba su cadavérica mano entre las suyas.

—¿Qué puedo hacer por ti, Madre? ¿Puede que ese vaso de agua? —se ofreció la joven con el corazón encogido. Quizá éste sí estaba llorando dentro de ella, aunque no lo hicieran sus ojos.

—¡No seas estúpida! Moriríamos ambas antes de que llegaras siquiera a sostener el vaso en tu mano —le dijo la bruja desahuciada, tratando de sonar fuerte—. Escucha... Sólo te pido que acabes con él.

—¿Con quién? —inquirió Eva, aunque sabía de sobra la respuesta.

—Acaba con el Demonio Rojo. Cúrate y dame mi venganza. Acaba

con él y con Judith, si es que encuentras a esa perra escurridiza... —subrayó con todo el odio que alcanzó a reunir. Era este sentimiento el que la mantenía unida a la vida aún.

—Madre... ¿Por qué, con tanto odio en tu corazón, me acogiste en su día? —le preguntó.

Por fin, la pregunta que siempre había querido saber y que nunca se había atrevido a formular.

Ianire trató de sonreír y abrió la boca una vez más:

—Luna, tu madre, me enseñó lo que era el amor cuando me salvó del infierno en el que vivía siendo una niña, cuando me acogió bajo sus alas y me introdujo en el mundo de la nigromancia. No obstante, también me enseñó la otra cara de la moneda y me tatuó en la piel lo que era la traición, el dolor y el odio... Todos ellos han sido mis guías y mi constante a lo largo de mi vida. Quise terminarlas todas, agotarlas todas: acogíendote a ti, podría volver a sentir el amor y ser la madre que nunca llegué a ser... Y, acabando con esas ratas asquerosas, podría culminar mi venganza, deshacer todo el daño que me hicieron... Prométeme, Eva, que lo harás.

—Lo prometo, Madre, lo prometo. Acabaré con el Demonio Rojo y con Judith, si es posible.

—¡Cuánta sed tengo! Moriría por un vaso de agua...

La nigromante torció la boca en un proyecto de sonrisa, pero quedó a mitad de camino sin llegar a dibujarse del todo. La cabeza cayó a un lado, como buscando algo que nunca había encontrado en su vida: la paz.

—Descansa, Ianire —se despidió Eva, nadando entre diferentes sentimientos—. Descansa por fin y sé feliz.

Se incorporó del lecho y logró alcanzar la cómoda. Tumbada en el suelo y cada vez más débil, revolvió entre pijamas y bragas de anciana hasta dar con el estuche. Lo abrió expectante y sacó las gemas sin tiempo que perder.

—EXI, CONTINENS, EX MEO CORPORE^[22]; EXI, CONTINENS, EX MEO CORPORE; EXI, CONTINENS, EX MEO CORPORE.

Las gemas comenzaron a palidecer en un primer momento y la sangre detuvo su fluir.

—EXI, CONTINENS, EX MEO CORPORE; EXI, CONTINENS, EX MEO CORPORE; EXI, CONTINENS, EX MEO CORPORE —repitió, esta vez con más fuerza.

Sintió cómo el objeto intruso empequeñecía en su abdomen hasta

desintegrarse y desaparecer. Las piedras se tornaron negras y la abertura se cerró de golpe. Eva observó el proceso sorprendida. Dos segundos más tarde, no quedaba más rastro de la herida que su propia sangre seca.

Se levantó del suelo y cogió a su madre adoptiva en brazos. Pesaba menos que una niña de tres años, consumida como estaba por el hambre, la vejez y las llagas. La miró y por fin las lágrimas acudieron a ella. Con retraso. Como todo en su vida. Como Alberto.

—Has sido lo más próximo a una madre para mí. No te fallaré. Mataré a Zanahorio, lo juro —prometió, sin dejar de observar el cadáver que se descomponía vertiginosamente entre sus brazos.

Corrió con Ianire en brazos hasta la sala de rituales antes de que se convirtiera en polvo y se encerró con él con una nueva idea en su cabeza...

LEO (4)

Almazán (Soria), martes 3 de septiembre, 1889

—¿Y ahora qué? —se preguntó cabizbajo el vampiro al poner un pie en la casa vacía.

Con resignación en la mirada, se adentró en la oscura morada a paso lento, como si arrastrara un cadáver o las ganas de existir. Aún olía a ella. Aspiró melancólico y gritó al aire:

—¿No te cansas de tener siempre razón, maldito Tutmés?

Una súbita brisa surgió de la nada y apagó varios quinqués y algunas velas. Leo corrió a prenderlas de nuevo, pues no soportaba la oscuridad exterior. Ya tenía suficiente con la interior. Iluminó el resto de la casa y se acomodó en su escribanía, preparado para responder a la última misiva de su desdichado amigo Vincent.

Trató de ordenar las ideas que quería plasmar en aquellos pliegos vírgenes, pero en su cabeza reinaba un solo nombre: Adriana; y unos hechos: su despedida...

—¿A quién le das las gracias? —le preguntó Adriana abriendo los ojos—. ¿Por qué estás despierto tan pronto? Estoy convencida de que aún no ha anochecido.

—Sí, he tenido una visita onírica...

—¿Maite? —preguntó ella sobresaltada.

—No, olvida a Maite. Era una visita de mi destino.

—¿Ah, sí? —sonrió ella—. ¿Y qué te ha dicho tu destino si puede saberse?

—¡Que te voy a hacer el amor ahora mismo! —exclamó él, con la firme intención de disfrutar de ella y de la vida cada segundo que le regalaran.

—¡Será si me atrapas! —respondió ella entre risas mientras le arrojaba la almohada a la cara.

—¡Pero si no estás huyendo! —replicó él, encantado, aproximándose a sus labios.

—¿Ah, no? ¡Qué despiste más tonto! —exclamó la vampiresa mientras abría su boca para él.

Leo se fundió en ella en uno de esos besos que habituaban a prodigarse: tan largo y profundo que el amanecer podría, perfectamente, descubrirlos en esa postura sin que ninguno de ellos se percatara hasta hacerlos desaparecer.

No, en absoluto. No la dejaré marchar, Tumés.

—Ohhhhhh —exclamó ella, separándose de repente de él, con el gesto contrariado y la mirada extraviada.

—¿Qué sucede? —inquirió Leo, maldiciendo en su interior al egipcio.

Esto es obra tuya, seguro...

—Debo regresar a Berlín cuanto antes. Mis hermanas y los Vetustos^[23] me reclaman.

—¿Cómo? —preguntó él, aturdido.

—Te comenté que pertenezco a una sociedad muy unida y hermética. Es... harto complicado, Leo. Cuando hay algún problema, nos llamamos los unos a los otros mediante nuestros lazos mentales. Me están invocando ahora mismo —explicó ella cada vez más inquieta, alzándose del lecho que habían estado a punto de compartir.

—Aguarda... Vayamos juntos entonces, ¿no era acaso nuestro plan? —se ofreció rápidamente el vampiro enamorado.

Ella lo contempló con tristeza, sin ni siquiera esforzarse por simular una sonrisa.

—No puedes, no en estas condiciones... —negó la vampiresa.

—¿Por qué? Quizá podría ayudar... Tus hermanas y yo nos conoceríamos por fin. Conocería asimismo a esos Vetustos...

—Te matarían —sentenció ella, cortando de raíz el discurso y la sonrisa que había brotado en el rostro del salmantino.

—No entiendo...

—No puedes venir conmigo en estas condiciones. Para presentarte a

todos ellos hay que seguir cierto protocolo, conseguir que te admitan, o toleren, y para ello debe ser en tiempos de paz.

—¿No lo son? —preguntó el otro con la ingenuidad de un chiquillo que nada sabía de guerras en su especie.

—No, por eso la llamada. Debo apresurarme y regresar con ellos. Luego... cuando las cosas se calmen... —dijo dubitativa.

—¿Qué? ¿Qué se supone que sucederá cuando eso se dé? ¿Cuánto tiempo transcurrirá hasta entonces? ¡Yo no dispongo de tanto tiempo, Adriana! —exclamó, desbordado por el dolor y la decepción—. ¿Me harás llamar como a un can tras... ¿cuánto?... años... hasta que nos volvamos a ver? ¿No decías que me amabas y que nos desposaríamos?

—¡Y te amo! ¡Pero ahora debo marchar! Compréndelo, por favor... Yo... prometo escribirte apenas arribe a Berlín. Tantearé el asunto con ellos y, en cuanto vea que es seguro para ti y para nosotros, te escribiré de nuevo para que te reúnas conmigo. Por favooooor —suplicó ella con la sinceridad amarrada a sus palabras.

Leo sonrió para ella con dulzura y dibujó un sí con un movimiento tímido de cabeza. Era incapaz de negarle nada. Adriana se arrojó a sus brazos, feliz.

—Te quiero, Leo, no lo olvides. Y, en cuanto vengas a Berlín y te acepten, ¿sabes qué haremos? —le dijo ella, jugueteando con sus bucles de pelo negro y arrancándole cosquillas en el pabellón auricular.

—¿Qué?

—¡Seré tu esposa, amado mío! —exclamó llena de dicha.

—¿Y si no? —quiso saber él, desconcertado ante una situación incomprensible para él.

—¿Si no, qué? —respondió ella fingiendo no entender entre un nerviosismo creciente mal disimulado.

No quería responder a esa pregunta que apestaba demasiado a dolor y mortalidad. Adriana se quedó paralizada, bajó la vista, incómoda, y un mohín se instaló sobre sus labios.

—Si no me aceptan... —repitió Leo con sumo cuidado, como si cada palabra pronunciada fuera una cuchilla que podría desgarrarle la lengua ante el mínimo despiste.

—Te aceptarán —aseveró al fin sin demasiado convencimiento—. Vamos, ¡no hay tiempo que perder! Debo conseguir pasajes para esta misma noche...

Observó los papeles, asió la pluma y se dispuso a escribir aquella carta, pospuesta hacía ya demasiadas jornadas. Mas todo era en balde. Adriana invadía cada uno de sus pensamientos y sus manos lloraban entre temblores por temor a no volver a verla.

—¿Cuándo tornaré a ver tus ojos de nuevo y a acariciar tu piel, Adriana? —preguntó Leo en voz alta mientras una nueva brisa jugueteaba con las llamas de las velas, juraría que riéndose de él.

Tutmés, gusano...

La brisa se huracanó en un segundo y le abofeteó la cara sin contemplaciones. Leo se alzó de su asiento y se puso en guardia, presto a combatir.

—¿Divertido, no? —gritó consternado—. ¿No habías dicho que no volvería a saber de ti hasta ese aciago día?

La risa aguda y chillona de la divinidad egipcia llegó hasta él.

—Y así será, pero es que no puedo contigo y con esa pena que me llevas... —rió el viento.

—Comprendo —respondió aquél sin comprender nada.

—Me he compadecido un poco de ti, chupasangres... —susurró el aire—. Todo saldrá bien, Leo, no te atormentes. Las pruebas a las que te someterán para estar con ella serán duras, pero las superarás. TODAS.

—Ohhh —musitó el vampiro oscilando entre el agradecimiento y la desconfianza—. ¿De verdad?

—Sííí —contestó la brisa, revolviendo la futura epístola—. Y, ahora, cumple tu deber, escribe esa misiva a tu amigo y sé feliz mientras. Adriana te escribirá. Volverás a verla, prometido...

—Gracias, de verdad —dijo Leo agachando la cabeza en señal de gratitud.

La brisa volvió a propinarle un par de cachetadas entre risas burlonas y se extinguió. Él se mantuvo en pie unos instantes, por si reaparecía. No obstante, la casa continuó en silencio y soledad. Leo ocupó nuevamente su asiento y se obligó a centrarse en aquellas líneas.

Vincent, querido amigo mío:

Lamento la tardanza en responderte, ¡pero han acaecido tantos sucesos inimaginables! Sin embargo, trataré de ser sucinto y de comenzar por el principio.

Tu hijo se personó en mi casa y, atendiendo a tus peticiones y a mi propia ética, no podía permitir que todo prosiguiera de aquel modo. De forma que, apelando al mínimo cariño que parecía sentir por mí, lo convencí para viajar hasta la guarida de Tutmés. Y, ¿sabes? ¡Funcionó!

La pirámide hizo su trabajo y nos devolvió a un pequeño bebé con la apariencia debida, la de un tierno crío de un año y poco; por lo que imagino que, en ese aspecto, tu vida ahora será más plácida sin sus visitas ni escalofriantes diabluras.

Sin embargo, Alouqua se presentó de improviso allí y tuve que huir de la pirámide. ¡Figúrate! Logré embarcarme hasta París y allí, en la estación de ferrocarriles, la conocí.... Una criatura tan bella e inquietantemente idéntica a Maite que no darías crédito si pudieras verla, Vincent. Mas, en espíritu y carácter, en nada se parecen: Adriana es atrevida, fuerte, luchadora y perseverante. Y así, irremediabilmente, me he enamorado como si fuera la primera vez.

Si te estás preguntando qué ha sido de Maite, compañero, nada. Jamás he vuelto a saber de ella. Nunca más ha querido contactar conmigo y que nos encontráramos en mis sueños como antes. Pese a ello, Tutmés asegura que se lo ha tomado mal. No obstante, ya no me interesa. Es curioso cómo la he llegado a olvidar, como si hubiera sido un sueño efímero.

Mas regresemos a Adriana, mi pequeña isla de felicidad. Ella no se lo pensó al conocerme, amigo mío, y tomó mi mismo tren para España. Y, hasta hace escasos días, hemos convivido juntos, disfrutando de nuestro amor, descubriéndonos por dentro y por fuera... ¡He sido tan dichoso! Y digo "he sido" porque ella ha tenido que tornar a Alemania para solucionar unos conflictos de su estirpe vampírica que no entiendo, e ignoro cuándo volveremos a encontrarnos. Tutmés asegura que lo haremos y que seremos felices estando juntos, ¡pero por todos los colmillos del mundo, que no me fío de él y de su peculiar humor retorcido!

En fin, que ahora vuelvo a estar solo, como antes, aguardando una epístola que me dé alas para reunirme junto a ella. Además, Rodrigo ya no está bajo mi tutela. Pero no te inquietes, tranquilo, no se queda desprotegido. Es más, ahora irá todo mejor. Alouqua ha renunciado a él, por lo que intuyo que también te dejará en paz. ¿No son buenas nuevas? Es posible que ahora puedas salir de ese encierro, volver a ser tú y a disfrutar de la vida.

Pero prosigo... Rodrigo vivirá con Tutmés, ¿no es fascinante? Quizá, si te dieran el alta, podrías viajar para verlo o pasar unos días conmigo en España, o en cualquier otro lugar. ¿Por qué no? ¡Hagámoslo! Estoy convencido de que pronto saldrás de ahí y podríamos vernos, viajar, compartir una buena caza y un buen vino... ¡Tal vez tengamos otra oportunidad para ser felices en medio de esta oscuridad inmensa que nos ciega y aturde!

Ansío leer tu próxima epístola y que me comuniqués buenas noticias. Mereces ser feliz y estoy convencido de que pronto lo serás.

Recibe un afectuoso abrazo hasta entonces y, por favor, no te guardes nada de tus aventuras, desventuras y preocupaciones. Quiero saber de ti.

Leo repasó con la vista los pliegos de papel y asintió satisfecho. No le contaría nada acerca de la Profecía ni de lo que le ocurriría cuando Tutmés se

presentase a su puerta con el muchacho ya crecido.

¿Para qué preocuparle con algo que sucederá cuando él ya no esté aquí? No, no quiero que sufra innecesariamente ni se atormente al sentirse responsable de mi futura desgracia a causa de mi padrinazgo. No, nunca se lo diré. Trataré de que abandone este mundo con la mayor paz y felicidad posible. ¡Pobre Vincent! ¡Pobre!

Dobló las cuartillas y las introdujo en el sobre notando un regusto amargo que se intensificaba en su paladar. Había tratado de ignorarlo desde que ella se había ido, pero empezaba a hacerse insoportable.

Algo va mal... ¿Pero qué es?

—¡Me voy a Berlín! —exclamó en voz alta, aguardando el beneplácito del dios vampiro, pero no obtuvo respuesta en esa ocasión.

Lacró el sobre y se levantó con celeridad. Tenía equipaje que preparar.

YO (7)

Madrid, lunes 19 de diciembre, 1988

—¡Ni hablar del peluquín! —me gritó Leo, mostrándome los colmillos a modo de advertencia.

—Pues no hablemos más entonces, Maestro. La decisión ya está tomada... —respondí yo en actitud desafiante.

Las criaturas del bosque huyeron despavoridas ante el clima de hostilidad y violencia, apenas contenidas, entre ambos. Nos medimos con la mirada y los colmillos hambrientos, dispuestos a convencer al otro con algo más que simples argumentos. Las pupilas de Leo se agrandaron hasta que me sentí devorado por ellas.

—¿De verdad lo harías? —preguntó él, con una calma fingida que desmentía su lenguaje corporal.

—¿El qué? —respondí yo a la gallega, sin bajar la guardia.

—Atacarme, desafiarme, desobedecerme... —explicó mi Maestro con una expresión extraña en el rostro.

—Sí —solté mientras me encogía de hombros.

Él abrió la boca de asombro. Tanto que, en cualquier otra ocasión, habría roto a reír. Sacudió la cabeza unos segundos y se colocó de nuevo en posición de ataque.

—Quiero decir, Leo... —me apresuré a matizar, porque un poquito de cagalera miedosa ya me estaba dando—. No quiero hacer nada de esto, y no lo haría en otras circunstancias, pero...

Su cuerpo se relajó visiblemente, aunque la hostilidad continuaba siendo nuestra pareja de baile.

—¿Pero? —repitió para animarme a hablar.

Un búho ululó sobre nuestras cabezas y el cielo comenzó a llorar sobre nosotros en un llanto tímido y famélico.

—Sólo quiero recuperarla —contesté con una naturalidad que lo desarmó.

Me miró con dolor un instante hasta que un suspiro cansado huyó de

sus labios, que se curvaron cargados de tristeza.

—No puedes. No debes —dijo él, abandonando ya todo vestigio de lucha.

—Sí puedo, Leo. Y, todavía más, sí debo. Se lo debo... He dejado su vida patas arriba. Alberto la ha dejado. Tú no la has visto como yo. Estaba destrozada y perdida. Ha hecho cosas terribles que la están devorando por dentro, cosas innombrables que ha ejecutado sólo para localizarme a mí. ¿Cómo pretendes que ignore eso y que siga con mi vida, si a esto se le puede llamar así? Algo oscuro iba con ella y se la llevó. Tengo que solucionarlo.

Leo alzó la cabeza para recibir la lluvia. Le vi cerrar los ojos y disfrutar con el baño de gotas en su cara mientras buscaba las palabras adecuadas, la respuesta idónea que me forzara a cambiar de opinión. Aún ignoraba que nada lo haría. Bajó la cabeza y nuestros ojos volvieron a batirse en un duelo de pena y dolor. ¡Estábamos tan cerca y tan lejos en ese momento!

—Sé que no ayudar, y más a Eva, viola tu modo de ser. Pero, ¿y si te dijera que aquello oscuro que la ha atrapado es ella misma? ¿Y si te dijera que tú también lo llevas y que, si te acercas demasiado, os engulliré a los dos?

—¿Qué tonterías son éstas? ¡Eva es el mejor ser humano que he conocido nunca! ¡Tiene un corazón noble y generoso, y dedica su vida a curar animales!

El vampiro guardó silencio y mi enojo fue en aumento. Estaba mintiendo sobre mi “hermiga”, como decía Sergio, y no se lo iba a permitir.

—¡Si ha hecho algo indebido ha sido por mi culpa, nada más! ¡Porque se ha visto obligada! —grité bajo la lluvia, que comenzaba a caer con más fuerza.

Leo siguió mirándome impasible, en silencio. Eso me irritó más aún.

—¿No dices nada? ¡Pues te diré yo algo a ti! —volví a gritar, con mis lágrimas vistiéndose de gotas de lluvia, mimetizándose con ellas—. Si nos volvemos a ver, ella ya no tendrá que matar otra vez; y recuperará su vida, su paz y su alma, además de a su amor. Pero eso no sucederá si le doy la espalda y finjo que no existe, ¿no lo ves? Volvería a manchar su corazón y sus manos de sangre de nuevo sólo para un próximo reencuentro, dentro de dos, tres años... Los que fueran. Y, estando tan sola ahora, se perdería para siempre.

—Sí —pronunció él. Dos letras que me llegaron como una caricia—. Pero hay algo que no sabes. Quizás ha llegado el momento de que te cuente

parte de la Profecía...

—¿Y qué más me da a mí esa condenada Profecía? ¿No estamos nosotros condenados ya? ¿Incluso Eva, por haber mancillado su espíritu con la sangre de sus víctimas? ¡Qué más da si ella ya sabe lo que soy, y yo lo que ella ha hecho y podría llegar a hacer! Sólo quiero evitar que empeore y verla. Jamás he entendido por qué me separaste de ella al convertirme...

—Escucha... —comenzó él en un tono que transmitía comprensión y ternura—. Yo, en tu lugar, también lo haría, ¡qué demonios! Recuerdo cuando desobedecí a Tutmés y fui directo a Alemania, donde casi encuentro la muerte... Sé que piensas que estás actuando del mejor modo, pero ¿y si te dijera que la Profecía es clara en una única cosa?

—¿En cuál?

—En que os mantengamos alejados. Puede que no lo creas, pero se ahorrarán muchas muertes y sufrimiento en el futuro simplemente con que no estéis unidos. Si lo hacéis, si unís vuestras oscuridades en una, el monstruo despertará de verdad, se alimentará de vosotros y de cuantos encuentre a vuestro alrededor, crecerá y se desatará un verdadero infierno.

—¡Venga ya! —exclamé tratando, sin éxito, de restar importancia a sus palabras de mal agüero—. Yo voy, Leo. Yo voy. Se lo he prometido.

El vampiro centenario agachó la cabeza, consternado.

—Seguramente me arrepienta de esto en el futuro por no habértelo impedido, por no haberte matado ahora mismo —“Como en el pasado. El egipcio no tiene por qué enterarse esta vez”—. Pero quizá las cosas ahora sean distintas, mejores... ¡Corre a buscarla!

—¡Gracias, Maestro! —suspiré aliviado pese a los pensamientos que acababa de interceptarle. Me arrodillé ante él como prueba de sumisión y reconocimiento.

—No hagas eso. No somos Vetustos... —replicó con evidente incomodidad—. Prométeme una cosa solamente, dos en realidad.

—Dime...

—Pase lo que pase, jamás probarás su sangre, ¿entendido? —me pidió mientras colocaba sus manos amables y comprensivas sobre mis hombros.

La lluvia arreció. Lo miré a través de la espesa capa de agua que nos cegaba.

—¿La Profecía?

Leo asintió con gravedad.

—Sí. Recuerda: no probarás su sangre ni ella la tuya. ¡Júramelo!

—Lo juro, Leo, lo juro —prometí, asustado al ver un terror real escondido en sus ojos—. ¿Y la otra?

—Que te alejes de ella si ocurre cualquiera de estas dos opciones: uno, que Eva recupere su pierna; y dos, que te sientas diferente, hambriento, violento, ajeno... ¡Huye entonces!

—Leo... es sólo mi amiga Eva... —respondí sonriente para calmarlo—. No es una bestia.

“Sí que lo es, pero sólo si se halla unida a ti. Ambos lo sois... Las dos caras de una terrible moneda, una moneda acuñada en maldad y odio. Tutmés... menudo cabrón”.

Pero yo no me entretuve en replicarle. Más tarde le preguntaría sobre aquello. Ahora sólo me importaba verla, abrazarla y recuperar el tiempo perdido.

—Eva, allá voyyyyyyy...

ARIOCH (2)

Averno, sábado 21 de enero, 1961

—Ehhhhhhhhhhh, tío. ¡Ya era hora de que te pasaras por aquí! —celebró Aamón al verlo aparecer—. ¡No te hemos visto los cuernos desde el día de tu boda, bastardo!

Arioch celebró el saludó con un par de eructos amistosos seguidos de un topetazo alegre entre ambos pechos.

—Ya ves, tío. La vida de casado... —bromeó el demonio alado.

La cabeza de reptil del demonio bicéfalo se alzó en el aire y siseó frenética. La segunda cabeza de Aamón, la humana, sonrió con lascivia y apuntó:

—Follarás a todas horas como un súcubo, ¿no? —rio mientras Arioch le devolvía una sonrisa incómoda a su colega—. ¡Con una Viuda Negra ni más ni menos! Anda que no te envidiamos ese día cuando os vimos desaparecer de la fiesta nupcial... Para ser humana, tiene un polvazo...

—No te pases, Aamón, o te arranco esa asquerosa cabeza de reptil y hago que la otra se la trague, ¿estamos? —irrumpió el primero, visiblemente cabreado.

—¡Joder, tío! ¡Era una broma de las nuestras de siempre! ¿Qué te ha pasado? —preguntó la criatura de dos cabezas, también ofendida.

—¡Que estás hablando de mi esposa, cara de lagarto! —exclamó Arioch alejándose de él.

Sentía que la furia iba adueñándose de él, que toda la frustración y dolor acumulados desde la muerte de Dearbhail se unían y emergían de su estómago en forma de ira y hambre de pelea.

Su amigo demonio lo miró un segundo, sus cuatro ojos puestos fijamente en él. Luego, ambas cabezas negaron acompasadas. Una de ellas, la reptiliana, siseó un “Capullo” y se dio la vuelta.

—Perdona, tío —se obligó a decir Arioch—. No te cabrees. Estoy teniendo unos días complicados y, bueno, mi esposa es sagrada, tío...

Aamón se dio la vuelta y le sonrió, borrando de un segundo el

malestar instaurado.

—¿Le gustaron las gemas a tu mujer? —preguntó cambiando de tema.

—Mucho, aunque aún no ha estrenado ninguno de los regalos de boda, me temo. Los guardó y... bueno, digamos que han sido días convulsos y no hemos tenido tiempo de disfrutarlos —se explicó Ariocho—. Pero seguro que en el futuro las usará —añadió con un guiño de ojos.

—Seguro que sí. ¿Qué, te vienes a la cantina de Halrinach a beber unos tequilas o tu mujer te tiene cogido por los huevos? —volvió el otro al ataque, incapaz de mantener a raya su naturaleza guasona e incisiva.

Ariocho llenó su pecho de aire y lo retuvo en su poderoso tórax unos instantes, forzando a sus manos a estarse quietas, mientras le regalaba una mirada letal.

—¿Qué? —pestañeó con inocencia la testa humana—. Ya sabes lo que dicen... La cabra tira al monte.

—Y el cabrón se tira a un montón —remató el otro esbozando una sonrisa que advertía peligro—. Pero recuerda que mi naturaleza es la venganza. No me tientes...

—¡Tío! ¡No sé qué te ocurre, pero tienes hoy el humor en la punta de las alas! —replicó el otro fastidiado—. ¿Me vas a contar lo que te pasa mientras nos pillamos una buena cogorza?

—Buahhh, ya me gustaría, pero he venido por “negocios” y no me puedo entretener demasiado. Eso sí, me tomo una rápida contigo, te cuento y me voy a mis quehaceres. ¿De modo que Halrinach se ocupa ahora de la cantina? —preguntó el demonio plumífero intrigado.

Interesante...

—Sí. Ha habido algunos cambios importantes por aquí.

—¿Ah sí? Cuenta, cuenta... —lo animó éste.

—Pues bien. En primer lugar... —arrancó Aamón, pero Ariocho había dejado de escucharlo al encontrarse de frente con una pareja que no dejaba de meterse mano.

La mujer parecía haber intuido su presencia y alzó repentinamente la cabeza hacia el lugar en que se hallaban ellos. Ariocho reconoció enseguida a su compañero Alastor, aunque era ella quien le intrigaba e interesaba en ese momento. Los dos intercambiaron un cruce extrañado de miradas.

Esos ojos... ¿dónde he visto yo esos ojos? ¡Joder, es Eisheth! Quizá la salude más tarde, cuando haya conseguido lo que he venido a hacer aquí. Si hay tiempo, claro, porque debo regresar antes de que Ianire se despierte.

—Oye, demonio de los cojones, ¿me estás escuchando? —preguntó alegre Aamón al ver que su interlocutor no respondía a su pregunta.

—Ehhh... ohhh, sí, perdona. Tengo que hacerte una pregunta —susurró Arioch con el rostro serio.

Aamón lo miró burlonamente, pensando al inicio que era una chanza, pero enseguida comprobó que su amigo no bromeaba. Ambos se detuvieron en seco frente a la guardería de bebés demonio. Arioch se aproximó a él y, con una lentitud que rayaba en lo ceremonial, le preguntó en voz baja, pegado a su oído:

—¿Sabes si Halrinach sigue rollo monja?

—¿Cómo? —preguntó el bicéfalo completamente desconcertado.

—Sí, eso... Si ha vuelto al mercado y tal... Es que yo...

—¿Me estás diciendo que has venido al Infierno para echar un casquete? ¿Es eso? —dijeron las dos cabezas al unísono, casi chillando.

—¡Cállate, retrasado! Tengo que hacerlo...

Quizá con Eisheth, pero no... Estando con Alastor, imposible. Tendré que buscar a otra...

—Joder, macho... ¡Esa historia bien vale un lingotazo! Vamos a la cantina y me cuentas, ¿sí?

Arioch miraba el vaso vacío con los ojos mientras su compañero de barra apuraba un tercer tequila.

—A ver si he comprendido bien... Le has dicho a tu mujer que preñarás a una humana y se la regalarás a Baal, pero es todo mentira. ¿Voy bien?

—De puta madre —contestó aquél sin alzar la mirada.

—En cambio, a quien quieres cepillarte es a una mujer demonio porque no soportas la idea de que tu futuro bebé sea mitad humano. ¿Lo he entendido?

—Sí.

—¡Pues no lo entiendo!

Arioch levantó sus ojos vidriosos y se chocó con los ojos de lagarto del otro.

—¿Qué no entiendes si acabas de resumir mi problema?

—Pues que estabas dispuesto a tener un crío con una humana, porque tu esposa lo es, y ahora dices que no quieres que tu hijo tenga sangre humana.

—¡Joder, no es lo mismo! —exclamó él mientras daba un puñetazo en la barra de la cantina. Varios demonios se giraron sonrientes a la espera de alguna pelea o baño de sangre—. Ella es nigromante, Viuda Negra, poderosa y la quiero, ¡pero me niego a engendrar un bastardo con sangre mortal!

—Hay algo que no me cuentas...

Arioch torció el gesto, agarró el vaso, nuevamente lleno, y lo destrozó bajo su poderosa presión. Una lluvia de cristales y gotas de tequila cayó sobre ellos. Aamón no se inmutó. Sabía que lo que vendría a continuación era, esta vez, importante.

—Le he dado mi inmortalidad al pedigüeño de Baal (ya sabes lo carero que es), junto a mi casa y el alma de la mujer que dé a luz a nuestro hijo.

—¿Qué has hecho qué? —repitió el otro lleno de incredulidad mientras pedía una nueva ronda con las pezuñas al aire al demonio inferior que regentaba la barra—. ¡No me jodas! ¡Estás de coña, no? Ahora lo pillo... Demasiada mortalidad junta... ¡Vaya birria de demonio te saldría!

—Ya ves...

—Bueno, ¿pero entonces te ha despojado de todas las almas que habías ganado?

—De todas, excepto de Diego. Necesitaba un cuerpo humano para habitar ahí arriba entre mortales.

—¡Qué putada, tío! ¡Y qué cabrón el Baal! Si parece banquero en lugar de demonio, el cabrón... ¡Menos mal que puedes empezar desde cero! ¿Lo sabe ella?

—Lo de mi mortalidad, sí. Aunque todavía no le he contado que es sólo es algo temporal y que, en cuanto consigamos a nuestro vástago, me pondré nuevamente a coleccionar almas.

—Sí. Tienes suerte. En nada volverás a ser inmortal... —respondió con la alegría del que se ha tomado ocho tequilas en un cuarto de hora—. Oye, ¡creo que ya sé quién puede ser tu candidata perfecta!

—¿Sí?

—Sí, tío. ¡Cómo no he caído antes! Ésa no le dice que no a un buen meneo y tampoco le importará cederte a la criatura en cuanto la fecundes. ¡Tiene el instinto de maternal de la escobilla de un váter! —exclamó entre risotadas.

—¡Alouqua! —exclamó Arioch pletórico.

—¡Exacto! —celebró Aamón mientras hacía chocar los vasos de ambos en un último brindis.

—Debo irme. Voy a buscarla ahora mismo —gritó Arioch con los ojos brillantes de emoción mientras abandonaba el local a la carrera.

Había encontrado a la candidata perfecta, a la demonio perfecta. Arioch se frotó las manos de placer y corrió en pos de su destino.

La puerta de la cabaña se abrió al tercer timbrazo. La belleza femenina, mitad súcubo mitad vampiro, sonrió al verlo apostado en el umbral.

—Arioch... —ronroneó ella por la sorpresa.

—Hola —dijo Arioch sin dejar de rascarse la sien, oscilando entre la incomodidad inicial y la lujuria posterior.

Demasiadas vivencias juntos... No sé yo si esto ha sido buena idea...

—¡Vaya! ¿Problemas en el Paraíso con tu bruja? —preguntó ella mientras señalaba con una mirada burlona aquel miembro viril demoníaco que se hinchaba como un globo y se interponía entre ambos.

¿Y si no le explico de qué va la cosa, la fecundo y mañana me llevo el

feto sin decirle nada? No. Lo notaría. ¡Ya está! Se lo diré después de echar el polvo, cuando ya no pueda remediarlo y se sienta incluso aliviada de que le quite al niño de encima.

—Más o menos. Te necesito... —dijo él usando medias verdades y evitando a toda costa herir el ego de la súcubo.

Alouqua lo miró complacida. Dejó caer la bata de satén rojo que cubría sus curvas, tan peligrosas que muchos se habían matado al tomarlas. La suave pieza de tela fue a morir a sus pies después de acariciarle los tobillos. Ariocho observó la caída de ésta con interés mientras, en su mente, se activaban imágenes antiguas de pasión y sexo entre los dos, fotografías en blanco y negro de una vida anterior.

—Siempre has estado buenísima —le dijo él a la vez que acercaba su gigantesco glánde a su piel de harina.

Ella tembló ligeramente. Ambos recorrieron el cuerpo del otro con los ojos, reconociendo cada pliegue, cada centímetro de piel ajena. La vampiresa apartó su abundante y larga cabellera para que él pudiera contemplarla en todo su apogeo. Ariocho se pegó a ella y enredó sus manos plumíferas entre las largas hebras de cabello negro que bañaban sus glúteos. Con una zarpa apresó el pecho níveo de ella, que se alzaba hacia él reclamando su contacto. Los dos gimieron, de pie sobre el umbral de la puerta.

Perdóname, Ianire... perdóname...

—Siempre he confiado en que regresaras —le dijo ella al oído mientras su lengua y sus manos se fundían en él con la avidez de un hambriento.

Ariocho gruñó de placer y remordimientos.

—¿Entras? —le invitó ella separando las piernas con un movimiento felino.

Y él entró al instante en ella, pero sin hacerlo en la vivienda, a la vista de todos y enloquecido por ese olor que emanaba y que no logró reconocer.

ADRIANA (1)

Berlín (Alemania), martes 3 de septiembre, 1889

—¿Has perdido el juicio o qué? —le gritó Dolors, su hermana mayor, la más responsable y sensata de las tres.

Adriana buscó la mirada cómplice de Thelma, la menor de ellas, pero ésta había vuelto la cara hacia algún punto de interés inexistente. Estaba sola.

—Sé lo que parece... ¡Pero tiene más de cuatrocientos años! ¿Por qué no? —preguntó Adriana mientras tomaba las gélidas manos de su hermana y se arrodillaba ante ella con la mirada implorante.

—¡Porque no es uno de los nuestros ni posee linaje conocido! —exclamó ella clavándole sus ojos verdes.

—Fue un conocido arquitecto en su época de mortal y tantos siglos como vampiro deberían ser suficientes para ellos... —reclamó ella entre pucheros.

—¡Tú misma acabas de decirlo! ¿No lo ves, hermana? —argumentó la primera—. ¡Eres una Vetusta! ¡No permitirán que te unas a un vampiro de segunda generación! ¡Fue un mortal antes que vampiro! A saber cómo tiene el cerebro de dañado... —añadió con desdén.

—¿Cuándo te has vuelto tan asquerosamente elitista, hermana? —le espetó Adriana levantándose de golpe del suelo.

Dolors le clavó su verde mirada y le mostró sus colmillos, llenos de furia.

—Desde nuestra cuna, hermana. ¡Las tres! Eres tú quien ha cambiado. ¡Tú, que te reías del amor y de los mortales! ¿Y ahora tornas a casa, enamorada como una simple humana de un comezanahorias, de un chupanabos! —escupió ella con rabia.

—¡Basta! —intervino Thelma con sus grandes ojos grises centelleando entre lágrimas.

—¡No es un chupanabos, retira eso! ¡Es animariano! —gritó Adriana abalanzándose sobre ella con intención de hacerle pagar los insultos acerca de

su prometido.

Thelma se interpuso entre ambas con la rapidez y eficacia de una ráfaga de aire y tornó a vociferar:

—¡Deteneos las dos ahora mismo!

Sus hermanas mayores se congelaron un segundo a causa de la sorpresa. Volvieron la cabeza, intrigadas, hacia ella. Thelma, la dulce, la que jamás discutía ni se alteraba.

—¡Os voy a decir un par de cosas a las dos! —gritó con la furia derramándose en lágrimas—. Tú, Dolors... ¿Te recuerdo tus escarceos amorosos de juventud con todo tipo de criaturas hasta que conociste a tu intachable esposo Vetusto? Y tú, Adriana, ¿de verdad no te das cuenta de que Dolors intenta protegerte, aunque sea de manera errónea —le echó una mirada reprobatoria—, para que no os maten a ambos? ¡Nuestras leyes son sagradas y nunca lo aceptarán, nunca!

—Pero... —musitó Adriana mientras la esperanza se deshilachaba dentro de ella y se asomaba por sus ojos—. Su cerebro es perfecto, lo sé.

—¿Por cuánto tiempo? Lo sabes, hermana... Los vampiros de esa clase siempre acaban degenerando. Sus cerebros se hacen papilla. ¿Y entonces qué? —razonó Thelma mientras acariciaba con dulzura su rostro.

Adriana miró a Dolors, que había abandonado su pose dura y se había unido al llanto con ellas.

—No quiero que te maten como hicieron con esa vampiresa la última vez —confesó Dolors entre sollozos.

—Pero él es distinto —lo intentó ella una vez más—. La pirámide de Tutmés lo reestructuró. Me lo contó él mismo...

—¿Ah sí? —respondió la hermana mayor—. Quizá, en ese caso, podamos consultarlo con el Consejo.

—Sí, por favor... —suplicó ella—. A ti te harán caso. Después de todo, estás casada con uno de ellos, ¿no?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Y, otra cosa... —la mirada de esmeralda de Dolors volvió a endurecerse—. ¿Ya sabes lo que sucederá si rechazan la petición, verdad? No hay vuelta atrás.

—¿Lo matarán? —preguntó Thelma horrorizada.

—Y a ella si desobedece su veredicto —remató Dolors con pena mirando a su joven hermana.

Antes os mato yo a todos o me fugo con él. Vetustos, sólo traéis problemas...

—¿No dices nada, Adri? —preguntó Dolors soltándose el moño dorado en la intimidad del hogar. Suspiró de placer al liberar los cabellos.

—Prefiero aguardar... Ahora nos tenemos que ocupar de ese grupo de vampiros desquiciados, ¿no? Para eso me habéis llamado... —repuso con cara de fastidio. Odiaba matar a los de su especie.

—Exacto, mañana les daremos caza y acabaremos con ellos antes de que destrocen la armonía y nos dejen sin alimento.

—Mañana... —sonrió la dulce Thelma con los colmillos letales prestos para el ataque.

LIDIA (2)

Bilbao, lunes 23 de enero, 1961

—Ven aquí, zorra —dijo la criatura que la observaba desde el otro extremo del salón.

Lidia miró un segundo la carta sobre la mesa dirigida a su hermana y ahogó un grito al sentir que su carne se abría entre las uñas mortíferas de él. Ambos desaparecieron de esa casa y del mundo que ella había conocido.

—¡Cállate, que aún no hemos comenzado! —exigió él.

Lidia sintió más pánico que dolor al percatarse de que se desplazaban hacia algún extraño lugar envueltos en un torbellino de viento que parpadeaba visiblemente, como el aire caliente en verano. Cerró los ojos, llena de angustia y vértigo, y rezó para morir pronto y sin demasiado dolor.

—Abre los ojos o te rajo los párpados —dijo el despreciable demonio con una voz potente y sobrecogedora.

Lidia sintió la orina deslizándose por sus piernas, obligó a sus ojos a abrirse y se topó con la depravada sonrisa de Alastor.

—¿Qué vas a hacerme? —consiguió preguntar la humana tras acumular algunas briznas de valor.

—¿Qué no voy a hacerte? —rio estruendoso el demonio.

El corazón de la mujer se aceleró hasta causarle daño físico, los músculos se le tensaron y agarrotaron dolorosamente, y las lágrimas huyeron de ella antes de que comenzara el espectáculo. El brazo, abierto allí donde la garra del ser demoníaco se había clavado, lloraba sangre en abundancia.

Con suerte, moriré por la pérdida de sangre y caeré inconsciente antes de que me torture, pensó la enfermera.

—Hemos llegado —anunció la criatura, cuya espalda emanaba una extraña e inquietante luz roja.

Ella observó con cautela el sitio en el que habían “aterrizado” y se asombró al verse dentro de una acogedora habitación de madera que le recordó a una cabaña rural. Presidiendo la habitación, de un orden y limpieza impolutos, se hallaba una gran cama con unas sábanas deshechas que

evocaban historias de sexo.

—¿Vas a viol...? —preguntó ella atónita.

El demonio negó divertido, sin dejar de reírse ni de frotarse los genitales.

—Lo habría hecho, sin duda —reconoció sin pudor—. Es parte de mi encanto natural, pero estoy escocido de este fin de semana sin parar de trajinar. Ya me entiendes —se señaló las partes—. De manera que puedes considerarte afortunada, humana. O no... ya que buscaré modos alternativos de diversión hasta que me aburra de ti, despedace tu cuerpo y tu alma, y los engulla —añadió sonriente mientras unas afiladas espadas cortas, casi dagas, brotaban de su espalda y se alzaban en el aire.

—No... —musitó ella al adivinar el dolor que vendría a continuación.

Las espadas se colocaron en formación en el aire, apuntando hacia el cuerpo femenino. Alastor se acercó para alimentarse de la sangre que se derramaría en breve. Se relamió, salivando ante el inminente momento de gozo, y se sintió de nuevo excitado.

Por favor, por favor, Dios... Ayúdame.

—Te presento a *Lucifer*, humana —dijo él sacando pecho.

Alastor prendió las espadas con la mirada y las lanzó a través de ella contra el cuerpo indefenso que Lidia habitaba. Seis dagas atravesaron su cuerpo, destrozando sin piedad todo a su paso. Dos de ellas le desgarraron los brazos con tanta violencia que las armas siguieron su viaje hasta impactar en la pared trasera y quedar clavadas en ella con los brazos de la enfermera como trofeos. La tercera penetró en su estómago y se alojó en él haciendo una escabechina de carne, piel, órganos, sangre y huesos. Una cuarta coqueteó con timidez con su corazón sin atreverse finalmente a presentarse. Las dos últimas armas abrieron sendos agujeros en las piernas, que llevaron a Lidia al suelo en medio de un discreto charco de sangre.

Esta sangre ni siquiera es mía..., pensó, enloquecida de dolor, con una sonrisa huérfana en los labios y un grito mudo en la garganta que la arañaba.

—¿Por qué sonríes, humana? —vociferó el demonio.

Lidia alzó la cabeza hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su sonrisa permanecía inalterable y un súbito arcoíris brilló en su cara. Alastor la observó con perplejidad.

—No es mi cuerpo... —dijo ella en un hilo de voz triunfal que le hizo sentir, por fin, que había valor en ella y en su vida.

—¿Cómo? —bramó el demonio, inmóvil, mientras la sangre de la mortal se desperdiciaba y derramaba a sus pies.

El arcoíris del rostro se apagó y los ojos de ella se volvieron del revés. Alastor, sin comprender, se abalanzó hacia ella para devorarla pero, cuando fue a clavar sus colmillos en el cuerpo ajado, sólo halló cenizas grises y frías. El alma de Lidia voló sobre él y escapó antes de que pudiera atraparla.

—No era mi cuerpo... ¡no era mi cuerpo! —rio ella antes de atravesar la ventana y desaparecer.

Alastor se limpió las fauces manchadas de ceniza y se incorporó de un salto, lleno de rabia. La sangre le hervía, bullía dentro él, pugnando por salir hacia afuera. Su tatuaje parásito le cubrió por vez primera la totalidad del cuerpo, incluyendo el rostro.

—¡Perra! —rugió poderoso Alastor, escupiendo odio—. ¡A Alastor no se le engaña ni se le deja un pago sin saldar! ¡Encontraré tu alma dondequiera que te escondas y te atormentaré durante la Eternidad! ¡Mataré a toda tu estirpe de mierda! ¡A todos! Nadie que lleve tu sangre o tenga relación con ella vivirá... ¡Lo juro, perra mentirosa!

Alastor abandonó su hogar convertido en una tea demoníaca ambulante que destrozaba cuanto encontraba a su paso.

—¿Alastor? —inquirió un demonio que se cruzó con él.

—¡Vete a la mierda! —rugió él.

Mas éste no llegó a oír su respuesta porque lo había carbonizado con el fuego que brotaba de sus manos. Alastor rugió en un alarido que hizo temblar el Averno y se preparó para salir en busca de su venganza.

ALBERTO (1)

Madrid, lunes 19 de diciembre, 1988

Se observó con una mezcla de asco y compasión, apoyado en el sucio lavabo de la pensión, con la que competía en abandono. A través de los chorretes de agua y espuma de afeitar adheridos al espejo, vislumbró su cara decorada por unas enormes bolsas bajo los ojos y una barba de varios días que reclamaba su atención.

—No puedo seguir así —dijo en voz alta para convencerse—. Ha sido una idea pésima la de pedirme unos días de permiso. En el trabajo habría estado mejor. ¿Qué hago en esta mierda de pensión? ¿Por qué no me largo de aquí? ¿De este antro, de Madrid?

Su imagen al otro lado movió la cabeza de izquierda a derecha y respondió:

—Tú elegiste.

Alberto esbozó una sonrisa cansada, acostumbrado como estaba a esos golpes de efecto de los Mayores, y respondió sin alterarse:

—Elegí el amor. Elegí la vida. La elegí a ella.

El espejo reflejó su tristeza interna y se llenó de lágrimas.

—No. Elegiste la Muerte, elegiste que se cumpliera la Profecía —respondió el falso Alberto.

—No es cierto —se defendió él—. La Profecía sólo se cumplirá el día en que recupere su extremidad y ambos se unan. Es lo que habéis dicho siempre, ¿no? ¿Y sabéis qué? —una luz tímida brilló dentro de su cabeza, una luz que olía a esperanza y a futuro—. ¡Que es sin mí cuando se cumplirá! ¡Ahora lo veo! Quizás aún esté a tiempo de recuperarla, de que la oscuridad no se la lleve. ¡Quizás!

—NOOOOOOOOOO —gritó la imagen desde el otro lado.

El espejo se rajó desde el interior, dibujando arañas con multitud de patas nerviosas en la superficie.

—¡Gracias por la charla! —sonrió el Alberto real despidiéndose del espejo roto y de aquella pensión de mierda.

Corrió hacia su habitación, pero detuvo su carrera en seco al ver un sobre en el suelo junto a su puerta. Tenía su olor y su caligrafía. Se agachó tembloroso y cogió el sobre.

Era de ella.

La sonrisa se le asomó inconscientemente a los ojos. Entró en su cuarto con el sobre en la mano derecha y el corazón en la izquierda. Lo rasgó lleno de nervios y se sentó con la carta en la cama.

Mi amado Alberto:

Perdona, perdona, perdona.

Ojalá pudiera decirte que aquello que viste sólo sucedió esa vez, pero sería mentirte, y no es eso lo que quiero hacer en esta carta. Quiero confesar, decirte toda la verdad y que, después de ello, puedas amarme y perdonarme.

Necesito contarte que lo hice una vez anterior, en el pasado, para poder verlo y otra vez más cuando te fuiste de casa. ¡Me daba tanta vergüenza y miedo confesarlo! No sólo a ti, sino a mí misma. Pánico de verbalizar las atrocidades que había cometido.

Pero soy yo, sigo siendo yo. No soy un monstruo. ¿Podría un monstruo entender, sentir que es horroroso quitarle la vida a alguien? Sin embargo, no sé qué me sucede, amor mío. Es como si fuera alcohólica y, después de unos meses de abstinencia, mi cuerpo no pudiera más sin probar mi droga. La mente se me nubla y me guío sólo por mi egoísta y estúpida necesidad de verlo.

Por favor, ayúdame. Ayúdame a no perderme y regresa conmigo. Cada día que vuelvo a casa de la calle

corro a abrir los armarios por si te hubieras llevado tu ropa, tu vida, de mí. Y cada día sonrío al ver que siguen ahí, que, de algún modo, continúas amándome. ¿Es cierto? ¿Es así?

Por favor, vuelve a casa y hablemos. Te prometo no ocultarte nada a partir de ahora. Lo he encontrado, mi amor, he encontrado a Zanahorio. ¡Ahora todo será distinto, verás! Déjame que te cuente, déjame verte antes de que tu olor desaparezca de esta casa que lleva tu nombre en cada rincón.

Te quiero, te adoro, Alberto.

Siempre.

El papel se estremeció entre sus dedos, luchando por protegerse de las lágrimas del soldado y bailando al son del temblor de las manos. Incapaz de reaccionar, se quedó inmóvil unos segundos sobre el camastro, dejando por fin que la pena saliera de él en forma de llanto. Arrugó la carta con rabia y se levantó con la intención de ir a verla de inmediato.

Entonces lo percibió al otro lado de la puerta, cogió su arma y la abrió, preparado para disparar de ser necesario. Observó con cautela al joven, que lo miraba entre la precaución y la alegría.

Ese joven era yo.

Alberto me estudió con detenimiento. Me veía tan capaz de darle un abrazo lleno de cariño como de matarlo sin pestañear. Y, en realidad, tenía razón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alberto sin dejar de apuntarme al corazón.

—He venido a hablar contigo —respondí mostrándole las manos en señal de paz y sumisión—. He estado con Eva. No puede seguir así.

—Entra... —me invitó.

—Gracias —respondí con una sonrisa a mitad de altura que ocultara mis colmillos.

Alberto se hizo a un lado y me adentré en su cuarto. La puerta se

cerró a mi paso.

LUNA (4)

Zaragoza, lunes 23 de enero, 1961

—Vamos allá —susurró—. PORTAM, APERI TE.

La puerta del apartamento contiguo se abrió emitiendo un sonido amenazador. Luna se internó en el piso, deseando ser tan estúpidamente creyente como su hermana y que sus miedos murieran con sólo santiguarse dos o tres veces seguidas.

Pese a estar acostumbrada a la sangre, a las vísceras y fluidos, y a los malos olores en general, la nigromante sintió una arcada creciendo dentro de ella al verse rodeada por aquel ambiente irrespirable. A la falta de ventilación (desde vete a saber cuándo) se le unían los despojos de cuerpos, tanto de animales como humanos, en diferentes estados de descomposición. Las paredes habían sido redecoradas con sangre, excrementos y todo tipo de fluidos, que hacían del apartamento un lugar todavía más lóbrego, hostil e insalubre.

—¿Hijo?, ¿Hugo? —pronunció con timidez mirando de derecha a izquierda.

Avanzó hacia la jaula que tenía delante. La portezuela, desencajada, bailaba desacompasada a causa de un viento que no podía existir. Luna se adentró en la estructura de metal decidida a inspeccionarla mientras observaba con desagrado los restos de un tórax masculino y una cabeza rodante de hombre con las cuencas de los ojos rebañadas. El corazón le golpeó en la garganta.

Cada día que pasa eres más monstruo que humano, Hugo. ¿Dónde estás, hijo mío? Te vienes a casa conmigo ahora mismo...

Nada de lo que allí había se parecía mínimamente a la estancia de un ser humano ni se correspondía con lo que había visto en su anterior visita. De la cama únicamente quedaban restos astillados, fragmentos de muelles y trozos de colchón empapados por donde corrían multitud de cucarachas e insectos. Retrocedió, reprimiendo el vómito, al ver salir a una rata del tórax humano.

Fue entonces cuando apreció una pequeña sombra proyectándose

detrás de ella, a su espalda. El pulso se le aceleró enloquecedoramente y se instaló en sus sienes a golpes.

—¿Hugo? —repitió ella mientras se giraba, demasiado deprisa o demasiado despacio.

La criatura morada siseó llena de hostilidad, mostrando los colmillos.

—¿No me conoces, mi vida? Soy amatxu, tu mamá.

En el suelo, Hugo parpadeó un par de veces y volvió a sisear. Después estiró los brazos hacia ella, sonriente. Su madre se relajó, llena de felicidad, y se inclinó hacia su pequeño monstruo.

Te quiero a pesar de todo, Hugo, y no pararé hasta darte una vida digna...

Las manos de ella ya habían alcanzado la piel fría y morada de su bebé monstruo cuando Luna descubrió horrorizada que en los ojos de Hugo no había reconocimiento, sino hambre. En un acto reflejo de supervivencia, trató de retirar la mano de su bracito, pero éste la atacó con sorprendente rapidez y le clavó sus mortíferos colmillos en el antebrazo.

Ambos gritaron al unísono. Ella, de sorpresa y dolor; él, de regocijo.

—¡Ñammmmm! —exclamó al sentir cómo la carne se abría para él y la sangre llenaba su boca.

Luna comenzó a sentir que todo giraba peligrosamente.

Si pierdo la consciencia, estaré perdida. Perdóname, Hugo, perdóname.

—DESINE, TEMPUS, DESINE NUNC^[24].

El pequeño Hugo quedó congelado, encaramado a su brazo con aquellos afilados colmillos explorando sus tendones y venas. Luna lo observó con una mezcla de culpabilidad, tristeza y repugnancia. Lo retiró con la mano izquierda y lo depositó en el suelo entre lágrimas culpables.

—Perdóname, Hugo... No sabía que esto iba a ser así. Te quedarás aquí congelado hasta que halle el modo de recuperarte.

Sacrifícalo. Dáselo a Alastor y dale a Eva una vida feliz junto a ti, le dijo su cerebro.

¿Por qué no?, contestó su corazón. *No te quedan demasiados días para curarlo y Alastor reclamará su pago. No dejes que viva así. No te sacrifiques tú para que, al final, también muera él y Eva quede huérfana.*

Luna miró su brazo abierto, llena de dolor, y devolvió la mirada hacia su pequeño monstruo. Si él vivía, iba a ser un desgraciado para siempre.

—Esto no es vida para ti —concluyó sin dejar de cabecear de un lado

a otro.

Llena de lágrimas, se sentó junto a él en el pegajoso suelo y le susurró palabras de amor que sólo una madre puede decir mientras bañaba al pequeño con su llanto.

—Te quiero —musitó—, pero no volverás a la vida hasta que la magia intervenga. Es mi voluntad. Ojalá un día puedas perdonarme por sacrificarte y entregarte a ese demonio bastardo. Ojalá un día pueda perdonarme yo...

Le dio un beso en la cabeza deforme de bucles de oro y dejó en él todo el amor que tenía para darle, un amor que podía llenar mil mundos vacíos.

—CONGELA TE —sentenció como condena final en cuanto se levantó del suelo.

Jamás volvería a respirar ni a sufrir si no era a través de un hechizo de descongelación.

Luna se dio la vuelta, ahogada en un océano de lágrimas que dolían más que su brazo, abierto como un plátano, y abandonó el apartamento sin darse cuenta de que, a su espalda, su beso de amor había comenzado a transformar el cuerpo de su hijo monstruo. Para cuando se cerró la puerta, Hugo volvía a ser un bebé humano, hermoso y sano gracias a ese beso. No obstante, Luna no lo sabría hasta que fuera demasiado tarde.

YO (8)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075
Fiesta de Halloween

Cuando abandoné el aseo, se respiraba ya un ambiente festivo. En el Aula Magna, reconvertida en salón de baile para la ocasión, bullían de expectación los ojos de los estudiantes. Querían conocer a los nuevos profesores y hacían cábalas sobre nuestras identidades y habilidades, sobre el tipo de criaturas que seríamos.

—¿Te vas a quedar en la puerta todo el tiempo o subes con nosotros?
—se rio la catalana.

—Subo, subo —ahogué mis palabras entre falsas sonrisas mientras me reunía con ella y le ofrecía mi brazo.

Tantas voces y emociones reunidas en aquella habitación comenzaban a darme jaqueca. Hacía demasiado tiempo que no estaba encerrado con tanta gente. Demasiado. Y mi antigua capacidad para controlar esa marabunta de pensamientos y sentimientos ajenos se había debilitado con los últimos años de reclusión. Me sentía mareado, revuelto, viejo.

Y triste. Él no vendría. Ella, tampoco.

Me inundó una oleada de apatía que se me pegó a las paredes del estómago, a los globos oculares. Cerré los ojos con fuerza para evitar que se saliera la pena por ellos y subí al estrado del brazo de Núria. Más sonrisas forzadas. Ahí estaba el Maestro K, junto al nuevo socio. Éste último inclinó levemente la cabeza a modo de saludo y yo se lo devolví quitándome un sombrero ficticio mientras él me observaba con interés genuino. Parecía buen tipo. A su lado, K evitaba tropezar con mi mirada con una sensación de incomodidad todavía mayor a la mía. Eso me hizo sentirme mejor y una sonrisa se me escapó de la boca.

Ya arreglaremos cuentas cuando estemos a solas...

—Queridísimos alumnos —comenzó Maestro K—. Ha llegado, por

fin, el día con el que soñaban nuestros amados Perséfone y el Profesor —hizo una pausa para aclararse la garganta, enredada entre colgajos de dolor, que me hizo sentir culpable.

Él había perdido a sus amigos y yo... yo quería cantarle las cuarenta por mi asesinato frustrado. No, esa conversación pendiente no sería aquel día. Ambos estábamos demasiado revueltos, demasiado intranquilos.

K continuó hablando, pero sus sentimientos eran más intensos que sus palabras, de modo que dejé de escucharlas. Intrigado, rebusqué en su cabeza para averiguar la fuente de tanto desasosiego y descubrí con asombro que él y el tal Nelman habían decidido matarla. A ella.

Algo dentro de mí protestó. Sí, Eva los había contratado en su día para que me eliminaran. Y casi lo consigue, pero... ¿matarla ellos? ¡De ningún modo! ¡No podían asesinarla! Mi cabeza se llenó de nuevas ideas, absurdas e inamovibles: no permitiría que nadie la matara... salvo yo mismo. Serían mis manos las que acabarían con su vida si es que tenía que ser así, no unas frías manos desconocidas que no la habían amado. O bien, serían las suyas las que acabarían conmigo. Así tenía que ser. Así iba a ser...

El público arrancó en aplausos. Pestañeé, algo desubicado por el sonido, y volví a ellos. K le estaba cediendo el turno de palabra a Núria.

—Como bien ha dicho Maestro K en su presentación, cada uno de nosotros tendrá un rol diferente. En mi caso, yo seré la encargada de enseñaros magia en mayúsculas: transformaciones, telequinesia, teletransportación, dominio del tiempo y un sinfín de conocimientos prácticos —el público cuchicheó, emocionado, mientras la comparaban con el Profesor y buscaban con la mirada a una posible sustituta de Perséfone—. Y, tiempo, amigos míos, es lo que necesitaréis para dominar la magia real. Necesitáis tiempo para...

Y entonces volví a desconectar, casi sin darme cuenta, y viajé yo también hacia otro tiempo.

—Tiempo. Necesitáis tiempo para ser otra vez, para estar juntos, para demostraros lo que sois para el otro —le dije esbozando una sonrisa—. Lo

mismo que ella y yo. Han pasado dos años sin vernos. Ambos hemos cambiado mucho, pasado por mucho. Todos necesitaremos tiempo, pero funcionará. Seguro —rematé convencido mientras le tendía la mano.

Alberto me la estrechó con timidez. Cogí la puerta para irme de allí, pero sus palabras me retuvieron unos momentos.

—Zanahorio... ¿qué eres ahora?

No había amenaza ni miedo en su voz. Solté el pomo y me giré hacia él. Nuestros ojos se evaluaron unos instantes y supe que no tenía intención de hacerme daño.

—Soy un No-muerto, un vampiro —contesté con cierto pudor.

—Un vampiro... —repitió mientras se reponía de la sorpresa—. Tu sangre, su sangre... —balbuceó mientras la habitación secreta de su mente se cerraba de golpe.

—Lo sé. Descuida —dije abriendo la puerta—. Nos vemos, Alberto. Cuando estéis bien, yo lo sabré y volveré. Dile a Eva que la quiero y que la veré pronto. Y tú, cuídala, quiérela, perdónala, ¿sí?

—Sí —respondió con convencimiento—. Pero ven aquí antes de irte, ¡ven! —exigió con una sonrisa mientras me envolvía en un cálido abrazo—. Gracias, Zana... Ahora lo tengo todo más claro. Os cuidaré a los dos y mandaremos a la mierda a la Profecía.

—Y yo a vosotros, prometido —le dije en cuanto deshicimos un abrazo que comenzó con inseguridad y terminó en cariño—. Nos vemos.

Y cambié los brazos de Alberto por los de la fría noche de diciembre. Pero no sabían igual, no abrazaban igual, y yo... esa noche necesitaba unos brazos que me rodearan, unos besos que me llenaran, un corazón que me latiera. No había vuelto a estar con nadie desde Abel y cuatro años eran demasiado tiempo para alguien como yo, con el contador de cariño casi vacío. Era tiempo de llenarlo...

—... tiempo de que nuestro socio Nelman hable —repitió Núria entre nuevos aplausos.

El hombre agitó la cabeza, haciendo que su larga trenza negra dibujara el aire, y se apoderó del atril con soltura. La expectación era máxima. Querían oírlo, saber de él, de sus atributos.

—Mi nombre es Nelman —se presentó con una voz potente que arrancó suspiros a varias féminas. El corazón me pateó el pecho al recordar a Maximilian el Ausente—. Yo soy cazador —más suspiros—. Además de dar caza a los malos —añadió con un guiño de ojos que terminó de revolucionar a más de una—, tengo varias habilidades mágicas que iréis descubriendo en mis clases. Os enseñaré técnicas de defensa y ataque, rastreo, uso de armas y trampas... Espero que saquéis mucho provecho de ellas. ¿Alguna pregunta?

Una joven de cabello azul levantó la mano, ansiosa. Una sonrisa se abrió paso en mis labios al escuchar su cabeza.

—¡Sí, yo, yo! —dijo ella.

—¿Sí? —preguntó él con una sonrisa encantadora.

—¿Cuándo comenzamos?

Los asistentes rompieron en carcajadas alegres, mirándose los unos a los otros, aunque todos ellos estaban realmente anhelantes por iniciar las clases. Todos tenían motivos que justificaban sus ganas. Para algunos de ellos, incluso suponía no cambiar a nuestro bando, el de los muertos. Y uno de nuestros objetivos con los estudiantes era conseguir eso: que no lo cruzaran.

—El lunes daremos comienzo —respondió Nelman, posando sus ojos de chocolate en ella. La joven se derritió en sonrisas—. Y, ahora, doy la palabra a nuestro cuarto socio, ya que nuestro querido Maximilian no podrá estar con nosotros esta noche...

—Oooooohhh —se lamentó el público al confirmar su ausencia.

La chica del pelo azul alzó de nuevo la mano.

—¿Pero va a volver? —preguntó preocupada.

Murmullos de disgusto corroboraron el sentir del resto.

Nelman se giró hacia K para implorarle ayuda con los ojos y éste se reunió junto a él en el atril.

—Bien... por el momento —anunció Maestro K—, las conferencias de Maximilian las asumiremos nosotros hasta que él pueda reincorporarse.

—¿Se sabe cuándo? —preguntó la chica otra vez.

—No, pero estoy convencido de que lo hará en cuanto pueda —resolvió el vampiro del Sáhara entornando sus ojos de aceituna en un gesto ambiguo—. Y ahora, por favor, recibamos con un cariñoso aplauso al Demonio Rojo.

Demonio Rojo, Demonio Rojo... Una patada en el culo te metía... ¿Cómo me presentas así ante un público que no sabe mi historia ni me

conoce? Gilipollas...

Lo apuñalé con la mirada mientras mis labios sonreían, y me aproximé con cierta inseguridad al atril que acababan de abandonar Nelman y K. Casi cien ojos se clavaron en mí mientras se preguntaban dónde estaban mis cuernos y mi rabo, fascinados y temerosos a un tiempo.

—Me llaman Demonio Rojo, o Leyenda Roja —comencé, incómodo — por dos motivos que nada tienen que ver con los demonios. Una razón es el color de mis cabellos, ocultos ahora bajo este pelucón —me señalé mientras crecían nuevos rumores de decepción—, y la otra se debe a mis poderes mentales —rematé, tratando de zanjar la cuestión a través de la ambigüedad—. Sobre mi rol en la Academia, yo...

Núria acudió en mi auxilio al ver mi apuro y se acercó a mí. ¡Yo no tenía ningún rol asignado ni podía enseñar nada a los alumnos! Mis poderes eran intransferibles, de modo que no podía transmitirles ningún conocimiento práctico a excepción de mis inventos para vampiros.

¡Si ni quiera he pasado del primer capítulo de “Hechizos para dummies”! ¿Qué coño les voy a enseñar yo si tengo que apuntarme en el grupo de principiantes para aprender magia? Soy un timo de profesor...

—Nuestra Leyenda —dijo la sacerdotisa después de cogerme el micrófono y apretarme la mano con cariño—, es el inventor de Fangbook, la red social más importante para vampiros, y podrá hablarnos de infinidad de temas, así como ayudarnos en la selección de futuros estudiantes gracias a sus poderes. Él se encargará de reubicar y averiguar las necesidades de cada uno, las clases que más os convienen y necesitáis. Asimismo, os dará interesantes charlas sobre estrategias y relaciones sociales...

¿Estrategias y relaciones sociales, yo? ¿Qué estás diciendo, loca? Eso es como si presentaras a un adolescente americano como el rey de la tortilla española sin que sepa ni qué es eso. ¿Experto en relaciones sociales, yo?

Relaciones, relaciones..., repetí una y otra vez mientras me alejaba rápidamente de la pensión.

La noche era fría y mi corazón estaba harto de no sentir calor, de

manera que aceleré mis pasos decidido a encontrar un local de humanos donde guarecerme y obtener compañía. Porque esa noche, de un modo u otro, la tendría. Una idea terrible se había adueñado de mí, una especie de locura transitoria que marcaría mi vida (y la de otros) de un modo implacable y angustioso.

Dejé que mis pies vagabundearan sin rumbo fijo, buscando una señal. Atravesé calles estrechas y sucias, cuya visión me arañó la mente al recordarme a María. Todos los callejones eran su cuerpo; todas las alcantarillas, sus ojos: todos los charcos, su sangre. Una lágrima traidora resbaló por mi cara y se congeló en ella antes de poder huir de mí.

Supe que era el sitio indicado cuando mis ojos se posaron en la puerta de madera oscura de aquel garito y ésta se abrió por sí sola, invitándome a pasar. Ahí debí haberla ignorado, haber pasado de largo y reunirme de nuevo con Leo, pero no lo hice, y me adentré en aquel tugurio de humo y promesas de sexo para encontrarme de cara con la Profecía y escribir un nuevo destino.

Entré en ese bar siendo uno. Salí de allí siendo dos, bebiendo de él, sin saber que todo estaba a punto de cambiar...

—...Y cambiar esta sosa tribuna por la gran fiesta, que ya es hora. ¡Sacad vuestras máscaras de disfraces y que dé comienzo el baile! —gritó Núria sin dejar de mirarme de reojo—. ¿Estás bien, chiquillo? —me preguntó al oído cuando la música se adueñó de la habitación—. Pareces más ausente que otras veces, y ya es decir mucho...

—Sí, no... no lo sé... A veces acuden a mí olas hechas de pasado y me resulta imposible no zambullirme en ellas. Disculpa —confesé abatido.

—Él vendrá —aseguró ella con una sonrisa bajo la máscara de leona—. De hecho...

No tuve que leerle la mente ni preguntar nada, pues lo pude sentir avanzando a mi espalda, como un depredador. Me giré lentamente, con el corazón vomitando ansiedad, y alcé los ojos hacia aquella máscara de leopardo que parecía a punto de saltar sobre mí...

LEO (5)

Viajando hacia Berlín, jueves 5 de septiembre, 1889

Abrió los ojos pausadamente y observó con aturdimiento e incredulidad el paraje.

¡Cáspita! ¿Otra vez estoy aquí?

Chasqueó la lengua, desconcertado, aunque enseguida se dejó contagiar por la belleza del paisaje. Y es que, efectivamente, era impresionante, inefable, indescriptible. Leo suspiró ante el espectáculo que ofrecía la laguna, oscura y en calma, tan bella como una mujer dormida. El agua absorbía el reflejo de la danza de las teas, encendidas por doquier, y la barquita volvía a estar ahí, aguardándolo, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Impresionante, se repitió Leo.

El vampiro trató de localizar al barquero, mas la oscuridad de la gruta lo dominaba casi todo, pues ni las llamas del centenar de antorchas ancladas en el suelo y las paredes llegaban apenas a amenazar a la negrura reinante. El viento suspiraba entonando una melodía misteriosa y tétrica.

—Colmillitos, ¿de nuevo por aquí, eh? —saludó Caronte al descender de su inseparable barca.

—Sí, bueno. Imagino que estoy en otro sueño. Estoy desconcertado... —reconoció Leo—. Supongo que Selene es así y no se dará por vencida...

—¿Has traído mi moneda de oro? —atajó el otro—. Ya conoces las normas: sin mi estipendio, no trabajo. Nos tomamos muy en serio aquí abajo nuestros derechos laborales.

—Y yo suelo acostarme a dormir ligerito de oro, porque incomoda un poco... —contestó el vampiro.

Caronte se acercó a él entre risotadas.

—¡Bien valen unas risas por un triste viaje! —exclamó el barquero—. ¿Recuerdas cómo sucedió la última vez?

Leo asintió y se palpó el bolsillo izquierdo esperando encontrar el tacto frío del metal como en la última ocasión. Reprimió un gesto de contrariedad al no hallar nada, que se tornó en una mueca de sorpresa al observar al barquero cachondo doblado de risa.

—¡Perdona, perdona! —se disculpó entre lagrimones y en un tono que indicada cualquier cosa excepto arrepentimiento—. ¡Es que me mondo contigo, colmillos! Esta vez también me daré por pagado con unas risas. Como te comenté, el sentido del humor escasea un tanto por estos andurriales. De cualquier modo, recuerda lo que te dije...

—En los sueños todo es posible —se adelantó Leo.

—¡Exacto! —se sorprendió el barquero—. Buena memoria. ¿Bueno, me tendrás preparado algún chascarrillo ocurrente para amenizar el viaje, no?

—Tengo un despertar un poco malo, la verdad, y aún no me he sacudido del todo las legañas.

—¿A qué te lanzo de cabeza a la laguna Estigia? ¡Polizontes que no pagan en mi barca, no!, ¿eh? —le espetó con seriedad Caronte, deteniéndose en seco.

Leo se topó con la mirada dura del barquero, que empuñaba el remo de modo inquietante, antes de reparar en que se hallaban justo en la mitad de la laguna.

—Pufffff —exclamó Leo inconscientemente—. ¡Qué repelús, con todas esas almas nadando en el agua! ¡Y tiene pinta de estar congelada!

El pecho de Caronte se bamboleó de modo exagerado mientras su garganta emitía ruidos guturales de puro entretenimiento.

—Divirtiéndote a mi costa, ¿eh? —observó divertido el arquitecto.

—¡Por supuesto, todo lo que pueda! —respondió el otro sin atisbo de pudor—. Por cierto, cuéntame qué les das, porque lo tuyo no es normal...

—¿Cómo? —preguntó el vampiro sin comprender.

—Sí, hombre... Hace unos meses, la morena espectacular; ahora, esta rubia angelical... Son los colmillos, ¿a que sí? ¡Confiesa! ¡Seguro que las enloquece!

—¿Maite? —murmuró Leo, conmocionado.

El nombre le golpeó en el paladar y le supo a estropajo. ¡Qué sinsentido de vida! Unos meses atrás, se recordaba con la sonrisa en la cara y en el alma al imaginar su reencuentro con ella, su perdón; y, después, esa desilusión amarga al toparse con Selene. Ahora, pensaba que se encontraría con ésta de nuevo, aun sin desearlo; no obstante, quien lo aguardaba era

Maite.

—Oye, Caronte... —susurró Leo, abriéndose paso entre el disgusto y el desconcierto—. ¿Y si nos damos la vuelta o haces que me despierte como la última vez?

—¿Cómo? ¿Rechazas el encuentro con esa señorita? ¡Eso no se le hace a una dama, hombre! —le espetó Caronte.

—¿Sí, verdad? —dudó Leo, siempre galante—. Pero...

—¡Estás asustado, colmillitos!

—Un poco —reconoció el otro bajando la cabeza—. Aunque no de ella, sino de mí...

—Ohhhh, ya comprendo. Si no tuviera que llevar esta barca toda la maldita jornada, nos íbamos a tomar unas absentas a la “Posada de Proserpina^[25]”. Pero, ¡qué se le va a hacer! No veo el día en que contraten a un sustituto... ¡Esclavizado me tienen! —se lamentó Caronte mientras amarraba la barca—. Diez minutos, ¿de acuerdo? Cuando se agoten, volverás al mundo real. Y buena suerte, colmillitos —añadió tendiéndole la mano en señal de despedida.

—Gracias, ¿nos volveremos a ver? —inquirió Leo.

—¡Sólo si conoces a una pelirroja y se muere, galán! —rio el otro.

El vampiro soltó una risotada pese a los nervios que acosaban a su bajo vientre, descendió de la barcaza y echó una última ojeada al barquero guasón. Se guiñaron el ojo recíprocamente con una sonrisa muda en los labios y, a continuación, Leo avanzó tierra adentro siguiendo la estela plateada de una figura, inmóvil y difusa tras la niebla. Sintió, a su pesar, el eco de su marchita humanidad en forma de latido apresurado, como si su corazón pudiera latir.

Asco de ecos humanos, maldijo con la sensación de albergar a un corazón creciente en furia y latidos.

—Maite... —murmuró él, abrumado por la inseguridad, mientras tocaba el brazo de la figura de plata que le daba la espalda.

Ella se dio la vuelta con lentitud extrema, como el sol cuando se despierta e inicia su ascensión al cielo entre bostezos y estiramientos de brazos en forma de rayos. También ella iluminó el escenario. Sus enormes ojos azules se apoderaron de la oscuridad, de la niebla, y eclipsaron la pobre luz de las antorchas circundantes. Leo reprimió un jadeo confundido. Tenía ganas de abrazarla y besarla, pero no a ella en realidad, sino a Adriana.

—¿No te acercas para besar a tu esposa? —le invitó la mujer con una

sonrisa radiante.

—Mi esposa murió, ¿recuerdas? Y creo que la muerte es una buena razón para romper el matrimonio... —replicó Leo tratando de mostrarse firme e indiferente.

—No, si ambos nos amamos... —contestó ella sin desanimarse mientras se acercaba a él y le acariciaba la mano—. Te he echado en falta tanto, Leo... —añadió, clavando sus ojos celestes en él.

—Selene... también me trajo aquí —comenzó Leo, ignorando las reacciones que sus palabras y gestos suscitaban en su organismo—. Ella me dijo que no te encontrabas aquí. Sugirió que te hallarías en otro lugar, rodeada de ángeles. ¿No era así?

—Leo... mírame, soy una vampiresa. Tú me condenaste al convertirme y me he quedado aquí atrapada. Jamás podré ir al sitio que, por derecho, me correspondía —le recriminó con despecho mal disimulado.

¿Trata de chantajearme emocionalmente, como hacía Selene? ¡Pero esto es tan impropio de ella! No puede ser...

—Yo... Lo lamento... —se disculpó él, cabizbajo—. ¿Cómo iba a saber yo todo lo que acaecería después de tu conversión? La idea estar juntos para la Eternidad...

—Y aún podemos. Muérete, Leo, muérete y volvamos a estar juntos —sugirió ella.

El español la miró perplejo.

—¿Bromeas, no?

—En absoluto... —negó ella con la sonrisa congelada en el rostro.

—No pareces tú —señaló él—. ¿Qué te ha sucedido, Maite? Todo esto... traerme hasta aquí, reclamar mi muerte para que regrese contigo después de un año negándote a verme... ¡Es tan de Selene, tan impropio de tu persona! ¿Qué te ha pasado?

—La muerte —replicó seria—. La muerte te cambia. La muerte nos cambia a todos y hace que veas la “vida” de otro modo. Ahora sé lo que quiero y te quiero a ti. Se acabaron mis chiquilladas de mujer despechada.

—No —rechazó él.

—¿No?

—No, Maite. Tú has cambiado, sí, y a peor, por lo que veo. Sin embargo, yo también lo he hecho. Ya no te amo.

—¿Es por ella? ¿Por esa copia de mí que te has echado ahí arriba para entretenerte? ¡No hace falta que sigas con ella! ¡Te he dicho que te amo y que

podemos estar juntos! —exclamó la vampiresa entre la exigencia y la desesperación.

Leo movió la cabeza, asqueado, en sentido horizontal.

—Ella no es ninguna copia, es la verdadera —sentenció—. Y, sobre tu amor, Maite... Si me hubieras amado en verdad, no me habrías dejado de ver durante casi un año...

—¡Me engañaste! —gritó ella, llorosa.

—¡No lo hice! Sólo tuve pensamientos, nada más, ¡pero no los llevé a término! ¿Y qué hiciste tú entonces? ¡Rehusar volver a verme! —gritó él permitiendo que su tranquilidad aparente se rompiera—. ¡No trates de manipularme ni te engañes a ti misma! Si yo no estuviera ahora mismo con ella ni tan feliz, no me habrías invocado, no te habría vuelto a ver.

—¡Ni yo estaría en el Infierno si no te hubiera conocido! —le espetó ella con un odio que no le conocía—. Yo tenía mi vida, ¡una vida entera por delante para disfrutar y tú me la arrebataste con tus palabritas de amor y tus colmillos! Mas, luego, ¿cuánto tardaste en desear yacer con otras mujeres tras mi muerte, pese a verme cada día en tus sueños? ¿Cuánto? ¡Me fallaste, Leo! —las lágrimas corrían por su rostro lívido a su libre albedrío.

—¡No te fallé! Hui de mis instintos y permanecí fiel a ti manteniendo a raya mis debilidades. Sin embargo, Maite, es cierto que estás aquí por mi culpa, no niego la realidad. Yo... ojalá hubiera podido detener a Selene, ojalá me hubiera anticipado a ella. No obstante, no se puede cambiar lo que ya ha acontecido...

—Cierto, pero podemos cambiar el futuro. Amémonos a partir de ahora, abandona esa inútil cruzada, esa misión en la que fracasarás (lo sé) y que solamente te causará pesar. Construyamos nuestro futuro juntos: aquí, ahora...

Maite sonrió con amor, recuperando su gesto angelical y perfecto. Leo le sonrió a su vez ante sus palabras y ella se animó a aproximarse de nuevo a él. Se alzó de puntillas y depositó en su boca un tímido beso que Leo sintió extraño, frío y ajeno. La francesa retrocedió, herida, al notar la dureza en sus labios.

—¿No me correspondes? —inquirió mientras batallaba dolorosamente con la incredulidad.

—No.

—¡Es imposible! Tú me amas y yo te amo. ¡Por eso me hallo aquí! ¡Por eso estamos aquí ambos!

—No se hiere a quien se ama, y tú sabías bien cuánto sufrimiento me estabas causando al rechazarme cada día. No, no me amas. Yo, tampoco. ¿Y sabes otra cosa? No eres mejor que Selene. Ella, al fin y al cabo, todo lo hizo por no perderme. Pero tú... tú sólo querías castigarme, y habría sido así hasta el final de los días si yo no hubiera recuperado la felicidad. ¿Tú parlamentas sobre el amor? —habló Leo por fin, vaciando sobre ella su rabia y dolor almacenados.

—¡Selene me mató! ¡Ella es la culpable! ¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Maite con el rostro, que empezaba a desdibujarse, contraído por el dolor.

—La única culpable de que no estemos juntos eres tú. Por fin lo he comprendido —dijo Leo mientras la enterraba en su mente tras un funeral que se había celebrado meses atrás en su corazón.

Maite se lanzó hacia él como un animal furioso profiriendo un alarido monstruoso e inhumano, con los colmillos hambrientos de sangre. Leo, petrificado, la vio caer sobre él sin dar crédito. Levantó ambas manos para protegerse mientras ella buscaba su carne para desgarrarla.

—No quiero hacerte daño —dijo éste al sentir su cuerpo de ella sobre él.

—Yo, sí —respondió Maite.

No, ya no es Maite. Ya no queda nada de ella, pensó con desasosiego mientras rodaba por el suelo bajo la presión y los arañazos de ella.

La empujó con todas sus fuerzas y ésta cayó a varios cientos de metros en dirección a la laguna. Su rostro había perdido cualquier rasgo de belleza y humanidad. Ahora sólo era una alimaña carroñera que perseguía su dolor y su muerte.

—Lo siento, Maite —musitó, pero ella no alcanzó a escucharlo.

Oyó un chapoteo lejano. Luego, un doloroso fognazo le golpeó con tanta fuerza en la cara que le obligó a cerrar los ojos para no abrasárselos. Notó la piel derritiéndose bajo la luz. El vampiro escondió la cara entre los brazos y el pecho, y aguardó. Unos segundos más tarde percibió cómo la oscuridad y el silencio lo engullían.

Inseguro, levantó los párpados, observó en derredor y comprobó con alegría que se hallaba de nuevo en su coche-cama. Buscó con la mirada y el olfato algún rastro de la vampiresa y, cuando se cercioró de que no aparecería, se dejó caer en la litera y permitió a su cuerpo que llorara todo lo

que fueron una vez y lo que ya nunca serían.

PAULA (5)

Averno, lunes 23 de enero, 1961

Antes de abandonarlo, echó un vistazo a su antiguo hogar a través de unos ojos que comenzaban a teñirse por la nostalgia, sentimiento ajeno a ella hasta entonces. Suspiró, se vistió con el cuerpo de Lourdes y cargó en brazos a la niña.

—Toma, Eisheth —dijo solícito uno de sus demonios admiradores mientras colocaba en sus hombros las dos mochilas que había traído—. Quizá... si vuelves pronto, podría enseñarte yo la próxima vez mi cabaña, que la de Alastor la tienes muy vista —añadió con una sonrisa lasciva.

—La cabaña de Alastor es más grande, lo lamento —dijo ella sin dejar de analizar la anatomía enclenque de la criatura.

—Ohhhh... Pero, a veces, una casa más pequeña es más cómoda, más cálida y te hace estar más a gusto —replicó él sin darse por vencido.

—Ya se verá... —concedió ella—. ¿Y Alastor no está por aquí?

—Ya sabes lo que sucede los lunes. Todos se van a trabajar —le informó el otro—. Creo que tenía una humana que cobrarse. Si es así, volverá en breve con ella para hacer sus juegos, ya sabes...

—Sí —sonrió Paula excitándose de nuevo—. Es un sádico... —añadió con orgullo y deseo—. Lástima que no pueda quedarme. En fin...

—Buen viaje —se despidió el demonio, que se la comía con la mirada.

—¡Hasta la vista! —respondió ella mientras desaparecía en el aire con la niña.

El demonio permaneció de pie observando el punto en el que ésta había desaparecido.

—Joder, ¡qué buena está la cabrona...! —exclamó antes de partir a sus quehaceres.

Mientras orbitaba, Paula trataba de serenarse y centrarse en sus planes como mortal: Luna, Eva, el bebé monstruo... Había que tomar muchas

decisiones y, alguna de ellas, muy arriesgadas. Sin embargo, se percató, con la perplejidad del que ve el mundo por vez primera, de que no se podía sacar a Alastor de la cabeza, de su piel. Todo su cuerpo olía a él.

¿Qué cojones me pasa? Tanto tiempo sin follar y, claro, tras un fin de semana de escándalo, ahora creo que me he enamorado como una vulgar adolescente. ¡Putas endorfinas!

Hizo un gesto de fastidio y se preparó para regresar al mundo de los humanos, pero su caprichosa mente le regaló, tanto si quería como si no, un pedazo del fin de semana que acababa de dejar atrás: su última conversación con él.

—¿Volveremos a vernos, muñeca? —le preguntó el poderoso demonio.

Ella se alzó de la cama y permitió que éste observara sus curvas desnudas mientras se dirigía a la cocina a beber agua. Guardó silencio, aunque su mente era un torbellino ruidoso de ideas y emociones.

Te estás encaprichando de él, so estúpida.

—Eisheth, ¡hostias, di algo! —reclamó Alastor levantándose a su vez tras ella.

Paula quiso girarse para responderle con indiferencia fingida, pero él la rodeó por la espalda con sus imponentes brazos y la tomó por sorpresa en un segundo. Ella sintió su calor extendiéndose por su organismo, derritiéndole el corazón y las ideas.

¡Noooooo!, gritó su cerebro, ¡Despáchalo y vete de ahí antes de que te subnormalices del todo!

Sin embargo, la lengua de Alastor la encantó como la música de una flauta a las cobras y bailó al son que él marcaba, sintiéndose cada vez más rendida a él, permitiendo que le arrancara gemidos musicales.

¡Vete de ahí, vete, ahora que estás a tiempo!, le gritó nuevamente la razón.

La antigua muñeca demoníaca abrió los ojos y tomó una decisión: amputar de inmediato. Su lengua cesó de bailar para él y, en su lugar, mordió la del otro con ganas. El sabor de la sangre inundó ambas bocas.

—¡Joder, fiera, cuidado! —gritó él entre la sorpresa y el desconcierto—. ¡Casi me arrancas la lengua! —añadió a la par que se salía de ella después de notar el corte palpitante en el órgano.

Ella sonrió de forma enigmática y enfiló hacia el dormitorio en silencio. Alastor la siguió con la mirada, perplejo al ver cómo recogía las ropas del suelo y se vestía.

—¿Qué demonios te pasa? —bramó él con el enfado asomándose a sus ojos—. ¡Casi me amputas la lengua, no dices nada al respecto...!, ¿y ahora te vas? Menos mal que no te ha dado la neura cuando estabas en otras zonas, ¡porque te arranco la cabeza!

—Cállate, llorón —respondió ella con desprecio.

—¿Qué cojones has dicho? —rugió él mientras notaba un intenso calor en su espalda. *Lucifer* estaba despertando.

Ella le lanzó una mirada despectiva y siguió vistiéndose con tranquilidad.

—Me voy —dijo al fin cuando alcanzó la puerta.

—¡Joder, tía! ¿Pero qué pasa aquí? —dijo él al ver que realmente se iba—. ¡Todavía es domingo y aún nos quedan unas pocas horas para disfrutar! ¿No te lo estabas pasando bien? ¿A qué viene toda esta mierda?

—Me he cansado...

Alastor corrió hacia ella y apoyó su manaza en el marco de la puerta para impedir su salida.

—No te lo crees ni tú... —replicó el otro con media sonrisa—. No sé qué cojones te pasa, pero sé cómo quitártelo... —añadió, alzándola en el aire y depositándola en la cama de nuevo.

—Yo... —dijo ella, pero no consiguió finalizar su argumento cuando unos dedos y una lengua ilegalmente hábiles exploraron y acariciaron cada pliegue escondido de su anatomía.

Sólo restaba abandonarse al placer y chillar hasta quedar afónica. Horas más tarde, se vistió acompañada de los ronquidos de él y abandonó la cabaña a hurtadillas. Así había finalizado todo...

Sacudió la cabeza para alejar toda esa mierda y se centró en los

grandes ojos de Eva, que la miraban con atención.

—¿Vamos a casa, pequeña? —le dijo un minuto antes de aparecerse en el salón.

Cuando sus pies se posaron en el apartamento, supo que algo había cambiado. Olfateó el aire con preocupación.

—¡Aquí ha estado alguien hace nada! —exclamó sorprendida.

Dejó a la pequeña en la cuna, que se acomodó encantada en el recinto familiar.

—¡Es Luna, tu madre! ¡Acaba de estar aquí!

Eva levantó la cabeza hacia ella y señaló con el índice la pared mientras gorjeaba entusiasmada.

—¿Está ahí? —preguntó la adulta.

Paula se aproximó al tabique que separaba los salones de ambos apartamentos, pegó el oído en la pared y asintió.

—¡Está ahí! —exclamó en voz baja—. ¡Joder! ¿Qué hago? —se preguntó mirando a la niña.

Como respuesta a su pregunta, la niña se hizo caca encima y comenzó a llorar.

—¡Qué respuesta de mierda! —exclamó la otra, irritada—. ¡Chistttt! ¡Calla o nos oirá!

Pero eso jamás ocurriría porque, en el otro apartamento, en ese mismo momento, Luna gritaba de dolor al sentir que la carne de su brazo se abría.

—¿Has oído eso? ¡Creo que alguien ha gritado!

La pequeña irrumpió su llanto, interesada en aquel sonido ahogado que provenía del otro lado, y, en el silencio, lograron escuchar un “ñam” que presagiaba malas noticias. Paula se alejó de la pared al sentir el afrodisíaco olor de la sangre y se mantuvo inmóvil. Entrar en aquel apartamento no formaba parte de sus planes.

Pero Luna...

Al otro lado, una nigromante bañada en sangre y lágrimas cerraba la puerta del apartamento y recorría el pasillo renqueando. Estaba débil y rota. Pasó por delante de la puerta de Lidia, ignorando que Paula y su hija estaban dentro, y abandonó la finca.

—Creo que se ha marchado —susurró Paula con el corazón convertido en un caballo de carreras—. Joder, ¿ahora qué hago? ¡Maldito Hugo! ¡Vas a estar varios días más sin comer, que lo sepas! —estalló de rabia mientras golpeaba la pared.

En el apartamento contiguo, un bebé hermoso y pequeño parpadeaba mirando su entorno.

IANIRE (3)

Madrid, domingo 22 de enero, 1961

—Iani, despierta —murmuró Ariocho mientras la agitaba con suavidad —. Despierta... ¡Deberías haber despertado ya!

La joven nigromante se agitó intranquila en el lecho sin llegar a levantar los párpados. Ariocho observó la escena preocupado.

—¡A estas horas ya deberías estar en pie, Ianire! ¡Fue muy poquito el veneno que te inoculé! ¡Ianire, Ianire, por favor, despierta! —gritó él, agitándola con más intensidad.

Ianire abrió entonces sus ojos de miel, llenos de un odio sereno que inquietó al demonio.

—Eso es lo que quería escuchar... Me has envenenado, ¿eh? A mí, ¡a tu propia esposa! —exclamó ella sin alzar la voz, silbando como una serpiente.

Ariocho evaluó la situación rápidamente y decidió que sólo había dos opciones viables: confesarlo todo y rezar por que ella lo entendiera, o mentir como un cabrón. Escogió la que le hacía juego con los cuernos.

—¡No he tenido más remedio! —se defendió él mientras ganaba tiempo para improvisar.

Maldito hijo de puta...

—Explícate —le exigió ella mientras se levantaba de aquella cama en la que moriría años después—. Te escucho...

—Baal me habló de la posibilidad de hacer que nuestra hija —recalcó el femenino para ablandar la dureza de su esposa—. Me dijo que, ahora que yo era mortal y tú... bueno, al ser humana...

—¿Qué coño te dijo? —interrumpió ella, harta de divagaciones.

—Me dijo que nuestra hija saldría excesivamente débil, ¡y mortal! No podía tolerarlo, no podía. Entonces me propuso algo para cambiar aquello, pero debía actuar con rapidez.

—Aguarda... Mientes. ¿Cuándo te ha dicho nada si no nos hemos separado?

—Por conexión mental, por supuesto —improvisó el otro, aunque la telepatía no se contaba entre sus poderes.

—Ajá... Continúa... —pidió ella con la desconfianza planeando sobre su cabeza.

—Cuando me dijo qué había que hacer, supe que tú te negarías. Habías dejado muy claro que querías elegir a la madre y estar en el “proceso”, pero ésta ya no podía ser una humana. De modo que... —dejó la frase en el aire.

—¿De modo que... QUÉ? —reclamó ella.

—Baal sólo se llevará un alma al final: la de la mujer que alumbre a nuestra pequeña cuando llegue el momento. Ya no habrá alma de la gestante puesto que no tendremos. No habrá gestante.

—¿Cómo que no la habrá? ¿Por? ¿Quieres escupir de una vez? —preguntó ella clavándole una mirada furiosa.

—He conseguido a una donante perfecta, con sangre demoníaca. La he fecundado mientras “dormías” y esta tarde iré a recoger a nuestro bebé, cuando ya haya arraigado. Me podré llevar todo sin problema —explicó mezclando verdades con mentiras.

¡Serás cabrón!

—¿Me estás diciendo que me has drogado, para qué... exactamente? ¿Para tirarte a una mujer demonio? —sintetizó ella con los puños en alto, dirigidos hacia él.

La miel de sus ojos se había convertido en hielo.

—¡Te habrías empeñado en venir, en dar tu aprobación y así no funcionan las cosas por ahí abajo! ¡Ella no habría accedido de estar tú presente! —se excusó él.

—Ajá... Entonces, has convertido un deseo nuestro (la paternidad) en algo donde solamente tú has tomado parte, has decidido y disfrutado. Y, para ello, me has drogado, ¡para acostarte con otra! —la calma de sus palabras y gestos erizó las plumas de Ariocho—. ¿Dónde me deja eso a mí? ¿Qué papel tengo yo? Ni soy la madre ni la he elegido. Lo has hecho todo a mis espaldas...

—Escucha, Ianire, era por nosotros. ¡Tú tampoco querrías a una simple mortal como hija! ¿A que no?

—¡Yo nací mortal, y de simple no tengo nada! —exclamó llena de cólera—. Y, dime, ¿quién es esa perra a la que te has tirado y por qué ha accedido a vaciarse por completo por “nosotros”?

—No la conoces —prosiguió en su retahíla de mentiras—. Pero la escogí porque me debía un par de favores y sabía que accedería a ayudarnos...

—¿Qué clase de mujer, por muy demonio que sea, regala su vientre, a su hijo y todo su interior, imposibilitándole ser madre en el futuro? —preguntó negando con la cabeza.

No te creo, Ariocho, no te creo...

—Una que ya lo fue en su momento, que no quiere repetir la experiencia y que me debía algo...

—¡Mientes!

—Una a la que le salvé la vida una vez y, dándonos esto..., quedábamos en paz.

“No puedo contarte que estuvimos juntos, que ella siente algo por mí y que le voy a arrebatar todo, a la fuerza o con engaños, como sea...”

Ianire analizó el gesto culpable y contrariado de su marido.

—¿Le salvaste la vida? —repitió perpleja.

—Sí. Y Baal me ha condonado el pago de esa alma, así que todo se ha solucionado. Además, traigo una buena noticia... —añadió el otro con prisa para desviarse de una conversación que se tornaba cada vez más peligrosa—. Cuando nazca la niña, podré volver a recolectar almas y a recuperar mi inmortalidad con cada pieza cobrada. ¿No es maravilloso?

Ianire lo miró con una gran sonrisa, pero Ariocho no se dejó engañar. Los ojos de ésta no sonreían.

—¿Ianire?

—¿Qué?

—¿No dices nada? ¿No te alegras?

—Oh, sí... Mucho —respondió ella con la sonrisa cada vez más envenenada—. Me alegro tanto tanto que voy a salir ahora mismito a celebrarlo. Me voy de caza: yo sola.

—Pero...

—Ah, y para cuando regrese a casa, no quiero verte aquí. Hemos terminado. Vas a envenenar a tu puta madre la próxima vez, ¡y encima para acostarte con otra!

Ariocho enmudeció al escucharla.

—Pero era por nosotros, Iani... Para que fueras madre.

—Dejó de ser “nosotros” en cuanto anulaste mi voluntad y corriste a la cama de otra sin mi supervisión. ¡Fuera de mi casa, Ariocho! ¡Largo!

Arioch comprendió que era una batalla perdida tratar de convencerla en ese momento, asintió con pena y abandonó el dormitorio conyugal con el traje de Diego puesto.

—Volveré esta tarde con nuestro bebé. Quizá para entonces podamos hablar... —dijo él al otro lado de la puerta.

—Tu bebé. Tus mentiras. Tu veneno —contestó ella dándole la espalda y reteniendo las lágrimas a fuerza de voluntad.

—Volveré —repitió él.

—Si es para contarme más mierdas, no te molestes —replicó la bruja entre el dolor y el odio.

—Volveré —repitió el demonio y desapareció en el aire.

—¡Hijo de puta! —exclamó Ianire, liberando por fin a los rehenes líquidos de sus ojos.

EVA (6)

Madrid, martes 20 de diciembre, 1988

Un rayo de sol travieso atravesó la persiana entreabierta y voló hasta posarse sobre sus ojos dormidos. Ella gimió entre sueños, se llevó las manos a la cara y notó el calor jugando entre sus dedos. Abrió los ojos con apatía y susurró un “No me quiero levantar, joooooo”.

El sol insistió en darle su calor y la joven acabó por esbozar una media luna tumbada.

—Está bien, mundo, me levantaré y volveré hoy a la clínica veterinaria —dijo echando un vistazo a su viejo despertador—. Tengo una hora. Mi jefe se alegrará de ver que ya no estoy “enferma”. ¡Vamos allá!

Se levantó con más energía que en los días anteriores y se fue derecha al espejo a examinar su reflejo. Sonrió, esta vez de verdad, al ver que el encuentro de la noche pasada con Zanahorio no sólo le había alegrado el corazón, sino el rostro. Tenía menos bolsas en los ojos, y el aspecto cansado y enfermo de los últimos días se había reducido hasta casi recuperar su belleza.

—Hoy va a ser un gran día. Lo presiento —dijo mirándose con satisfacción. Sonrió de nuevo y su imagen sonrió con ella—. ¡Va ser un gran día! —repitió a pleno pulmón.

Y, silbando “Camino a Soria” de Gabinete Caligari, comenzó la mañana del que iba a resultar el mejor día de su vida. Se dio una ducha rápida, se plantó unos vaqueros rotos, unas *Converse* y un jersey dos tallas más grande que ella, desayunó un zumo de naranja con cereales y salió a la calle con ganas de volver a vivir.

Voy a recobrar mi vida y mi felicidad. Ahora lo sé, se dijo con la sonrisa invadiéndole el rostro.

La clínica quedaba a un cuarto de hora de su casa si se caminaba a buen ritmo, de modo que apuró el paso, ansiosa por recuperar las riendas de su vida, por reencontrarse con sus pequeños pacientes peludos y volverse a sentir digna de existir. Se obligó a serenarse, a caminar en lugar de correr.

¡Quería brincar, gritar, saltar, cantar! El sol la acompañaba en su trayecto acariciándole el rostro. La perseguía para llenarla de vida y de dicha. Entonces notó que alguien más la seguía. Se giró de inmediato y la sonrisa se le congeló en el rostro.

—Túúú —logró pronunciar a través de una lengua que se había convertido en trapo.

—Yo —respondió él sonriendo por los dos.

—Ohhhh —contestó ella en un alarde de ingenio y labia.

—He recibido tu carta... y la visita de Zana —se explicó él con los ojos brillantes.

—Ohhh —repitió la pelirroja con la misma verborrea mientras sus ojos llovían bajo el sol.

—¿No dices nada?

—Estás... aquí —sonrió a través de la cortina de lágrimas.

—Y jamás volveré a irme... —dijo él mientras abría sus brazos para acogerla.

Eva se arrojó a ellos y dejó que la envolvieran, empapada en un llanto feliz y silencioso.

—Repítemelo, Alberto, repítemelo... —le rogó ella enterrando su cabeza en aquel pecho que había extrañado tanto y que se había convertido en su almohada preferida.

—No volveré a irme, Eva —repitió el soldado—. Eso sí... —añadió mientras le alzaba la barbilla con la mano y buscaba sus ojos negros—. Tienes que prometerme que nunca más volverás a...

—Nunca más, te lo juro —aseguró ella con solemnidad—. Mis manos no volverán a bañarse de sangre inocente. Nunca más.

—Ven aquí, anda —solicitó él, reclamando otra vez la cercanía de su cuerpo.

Eva se apretó contra él y los brazos de Alberto ejercieron aún más presión, anhelando fundirse con ella. Él reclinó la cabeza e inhaló el aroma de sus cabellos de fuego sintiendo cómo lo abrasaban por completo.

—Alberto... —musitó ella.

Las bocas de ambos se buscaron en un titubeo nervioso, aunque se hallaron enseguida. Se sabían de sobra el camino. Sus labios se abrazaron con la misma fuerza que sus cuerpos y, por fin, sus lenguas se unieron de nuevo en un baile lento y suave que habían bailado mil veces. Y, en ese beso, volvieron a amarse y a hacerse mil y un promesas.

—¿Qué haces? —preguntó nerviosa al ver que él se separaba.

—Yo... —vaciló con las manos temblorosas.

—¿Qué ocurre, Alberto?

—Debería haberte dado esto hace algunos años —dijo al fin cuando logró reunir el valor necesario mientras buscaba algo en su uniforme.

—¿El qué?

—Esto... —le mostró un pequeño estuche cuadrado a la par que se arrodillaba en el suelo.

—¿Pero qué...?

—Ya es hora de que los vecinos dejen de murmurar sobre nosotros y de decir que vivimos en pecado, ¿no crees? —sugirió él con la risa en los ojos, en los labios y en aquellas manos amorosas que abrían la cajita y mostraban un anillo.

—Alberto... —suspiró ella.

—¿Te quieres casar conmigo? —preguntó él desde el suelo.

—¡Sí, quierooooo! —gritó la chica como una loca lanzándose nuevamente a sus brazos.

Alberto, con una rodilla inclinada y la otra apoyada en el suelo, trastabilló al recibir a Eva y ambos cayeron al pavimento rodando entre risas despreocupadas. La gente observó curiosa la escena -con desaprobación, algunos; con envidia sana, otros- pero la joven pareja, ajena a todo y a todos, siguió rodando por el suelo de la acera entre besos, risas y lágrimas.

TUTMÉS (2)

Londres, jueves 5 de septiembre, 1889

—¡Tutmés, Tutmés! —exclamó el pequeño entre risas inquietantes—. Mira lo que hago...

El egipcio abrió los ojos, sobresaltado y fastidiado por la interrupción de su siesta, y posó la mirada incrédula sobre el niño.

—¡Demonio de crío! —exclamó mientras se incorporaba de un salto del banco de piedra en el que se había quedado traspuesto.

Los hilos de sueño que aún cosían sus ojos se desmadejaron al ver a Rodrigo orinando sobre el río que rodeaba a la pirámide. El asombro sustituyó al sueño, y el enfado al asombro. Dio un par de zancadas veloces hasta alcanzarlo y lo alzó en el aire asiéndolo de las axilas.

—¿Qué se supone que haces, hijo de Barrabás? —le recriminó en un esfuerzo divino de contención.

—Regar tu río sagrado, tito. ¿Enfadado? —rio Rodrigo.

—Veo que vuelves a hablar correctamente y a actuar como un niño de más edad. Curioso... la pirámide te garantizaba unos años con los poderes y maldades ligados —le dijo mientras evaluaba la mirada despierta y burlona del niño—. ¿Sabes qué edad tienes, quiénes son tus padres?

El niño esbozó una sonrisa traviesa y volvió a orinar sobre el río y sobre los pies del mismo dios vampírico.

—¡Responde! —le exigió masticando las ganas de abofetearlo.

—Soy Rodrigo, hijo de Alouqua y de un patético pintor mortal que mi madre, súcubo y vampiro desde la cuna, convirtió. Nací el primero de mayo del año 1888, de forma que, si las cuentas no me fallan... —dijo mientras hacía cuentas con los dedos de modo exagerado y burlesco—. ¡Tengo exactamente un año, cuatro meses y cuatro de días de edad! ¿He acertado? ¿Me corresponde algún premio u obsequio por tan excelsa respuesta?

El vampiro observó al niño con el ceño fruncido.

Esto no es posible, ¿qué ha sucedido?

—Oh, yo te explicaré aquello que no comprendas, tito... —respondió el otro con un gesto de superioridad.

—¿De modo que vuelves a leer la mente, eh? Gracias por la información —contestó Tutmés, cada vez más enojado y curioso—. Ya he alzado las murallas mentales que estaban bajadas... ¿Crees de verdad que podrías vencer a un Dios milenario como yo, mocosito traidor? —le espetó mientras lo depositaba en la orilla.

—Tito... —susurró él haciendo pucheros fingidos—. No te pongas así, vamos... Soy lo que soy y ni tu magia podrá pararlo.

—¿Estás amenazándome? —alzó por vez primera su voz contra él.

La voz aguda del egipcio retumbó en las paredes de las estancias cavernosas y se multiplicaron hasta el infinito golpeando los oídos del niño. Rodrigo se los tapó ante el primer síntoma de dolor y levantó su pequeña cabeza hacia él.

—No soy un traidor y, como muestra, te contaré qué ha acontecido a pesar de que habrías llegado enseguida a la solución por ti mismo... —le dijo el pequeño abandonando cualquier rastro de burla.

—El río... —apuntó el adulto.

—Exacto —asintió el otro con satisfacción.

—¿Cómo lo has sabido? —se interesó el egipcio.

—Lo ignoro, tito. Creo que algo en mi cabeza me ordenó que orinara en él, pero no estoy seguro. Fui derecho y, en cuanto el líquido amarillo —apuntó entre risas infantiles—, entró en contacto con las aguas negras de tu gruta, yo...

—Volviste al anterior estado, como si jamás hubieras entrado en la pirámide —completó Tutmés, lleno de intriga—. ¿Y dices que, hasta entonces, no sabías que, contaminando el río sagrado, tus poderes se liberarían?

—No, tito... ¿Qué vas a hacer? —preguntó preocupado el niño al ver el gesto duro del egipcio—. ¡No, tito, no! ¡Me portaré bien, lo prometo! —gimió.

—No te dolerá, te lo garantizo... ¡Pero es necesario! ¡No te resistas o tendré que congelarte! —lo amenazó—. Y, créeme, eso sí te causará dolor cuando despiertes. Mucho.

Rodrigo evaluó el gesto, la mirada y la voz del adulto, y decidió que hablaba en serio.

—Está bien. Termina pronto —respondió altivo abandonando la lucha.

La serpiente se desenroscó con calma y descendió por el brazo del dios, siseó un par de veces agitando la cabeza y la cola y prosiguió su descenso hasta alcanzar el rostro de Rodrigo. Ambas bestias se midieron visualmente unos instantes. El reptil asomó su lengua bífida y le tocó la cara.

—No, tito... —protestó una vez más el crío.

—¡Saca tu lengua ahora mismo! —ordenó Tutmés.

El pequeño mostró la lengua y la serpiente se abalanzó hacia ésta como si fuera una presa. Rodrigo sintió el dolor del mordisco y cómo su cerebro se vaciaba de ideas y emociones.

—Me has engañado... —dijo él con la sorpresa bailando en sus ojos antes de caer inconsciente.

—Por supuesto —contestó el egipcio.

Tomó al niño dormido entre sus brazos y lo depositó con cuidado en el interior de la pirámide.

—No hay metal para ti esta vez, pequeña —susurró mientras acariciaba la superficie dorada de la construcción—. Pero haz tu magia. Empléate a fondo y enséñame lo que puedes conseguir con ese esbirro diabólico.

La puerta se cerró tras él y Tutmés se enfrentó a los ojos amarillos de la pitón. Ésta se acercó a él serpenteando con velocidad anhelante.

—¿Qué tienes para mí? ¿Qué has visto, amiga? —preguntó, acosado por la curiosidad, mientras la recogía amorosamente y se la llevaba hacia su propia lengua.

El animal mordió con delicadeza. Los ojos almendrados del egipcio se transformaron en grandes escarabajos de colores que giraban sobre sí mismos a un ritmo hipnótico. Las imágenes le golpearon la mente, dejándolo aturdido. Comenzó a sentir una asfixia inexplicable y desconocida.

Jamás he experimentado un mareo, se dijo extrañado mientras el mundo giraba y se lanzaba sobre él.

Cogió a su inseparable serpiente, sin ser apenas consciente de sus actos, y le clavó las uñas con fuerza para separarla de él. No lo soportaba más. El animal se soltó, herido, siseó lleno de dolor y asombro, y escapó hacia la oscuridad amiga.

—Lo siento... —susurró Tutmés dejándose caer en la bancada de piedra, demasiado aturdido para realizar cualquier otro acto.

Se frotó las sienes con fuerza y recuperó la claridad mental. La sensación de fragilidad humana que lo había invadido comenzaba a desaparecer como los recuerdos vagos de un sueño que no aciertas a recuperar.

—No lo comprendo... —dijo, al fin, en su empeño de ordenar aquel caos de imágenes perturbadoras que habían estado a punto de acabar con él, clavándose en su mente como afilados trozos de cristal, desgarrándosela—. ¿Seis niños? ¿Seréis seis niños? ¿Y cómo reconocer cuáles son a los que hay que proteger y cuáles a los que hay que exterminar? ¿Cómo pueden ser seis si únicamente existen dos tomas de su sangre: una la tiene Baal para emplearla el día señalado y la otra la custodio yo?

El agua del río se alzó en un murmullo, incapaz de cantar como ataño. El veneno de Rodrigo había hecho su trabajo.

—Ayúdanos, Tutmés —gimotearon las aguas—. Danos tu sangre para limpiarnos y te mostraremos aquello que todavía no puedes ver ...

Tutmés se alzó de la piedra, se acercó al río infectado y se clavó los colmillos en el dedo índice. Tres gotas de sangre cayeron con avidez al agua entre chapoteos alegres. Cientos de burbujas de colores emergieron a la superficie en un ruido similar al de una colmena intranquila. Después, se hizo el silencio y una mancha alquitranada saltó a la orilla como un delfín moribundo.

—Gracias por ayudarnos a expulsar el veneno —dijeron las aguas cantarinas recuperando su melodía.

Tutmés sonrió y agachó la cabeza.

—Mira... —cantaron de nuevo.

En la superficie líquida se formaron seis figuras, tres niñas y tres niños.

—¿Qué es esto? —preguntó atónito.

—La Profecía al completo... Los seis pequeños serán capaces de destruir el mundo. Sin embargo, dos de ellos también podrían salvarlo. Síguelos a todos ellos y decide quién debe morir y quién debe ser protegido. La Profecía no llegará completa a nadie. Todos, incluidos los Mayores, la malinterpretarán al no poseer todos los datos.

—¡Pero yo soy el de las Profecías! ¡Debería haberlo visto por mí mismo! —exclamó Tutmés con su orgullo de Dios herido—. ¿Cómo es posible?

—Ohhh, y lo verás... Deja que tu cerebro se cure de esas heridas.

Observarás por ti mismo a los seis vástagos, todos incompletos de algún modo: ellas, físicamente; ellos, interiormente. Y ese rasgo, justo ese rasgo, significará para unos su condena y para otros, su salvación —corearon las aguas cristalinas antes de enmudecer y abandonarse a su sueño.

—¡Seis malditos niños! —repitió Tutmés—. ¡Que me aspen si comprendo algo!

En ese momento la puerta de la pirámide se entornó iluminando la estancia de oro, y el pequeño y renovado Rodrigo salió de su interior chupándose sonriente el dedo.

—¡Tito! —exclamó el pequeño al verlo, reclamando que lo aupara con sus brazos extendidos al aire.

—¡Ven aquí, pequeño demonio! —habló la divinidad al tiempo que lo acomodaba en su regazo—. ¿Sabes que habrá varios como tú en este mundo? Ahora me toca a mí reparar el error de contribuir a que vinieras al mundo.

El niño rio sin comprender ni una palabra de lo que le decía aquel señor del maquillaje y las ropas egipcias.

—Sí, ahora ríes... Pero no me detendré hasta traer a este mundo a alguien que repare todo el mal que vais a causar. Lo lograré... —sentenció convencido.

YO (9)

Madrid, martes 20 de diciembre, 1988

Mis pies cobraron movimiento por sí solos en cuanto la puerta de madera de ese garito escondido se abrió en un lamento lastimero. Hambriento de cariño y ciego de sensatez, me dejé llevar por ellos y me adentré en aquel tugurio de humo y promesas de sexo.

Las prostitutas, desprovistas de ropas y sonrisas reales, exhibían sus atributos como en los mostradores de las mejores carnicerías. Pero, a diferencia de éstas, en este lugar se permitía palpar, sobetear y lamer el género, aunque ni siquiera al final te lo llevases. No obstante, no eran ellas quienes me interesaban. Barrí con la mirada entre sus clientes. En aquel rincón de vicio, de soledad remendada y penurias habría alguien para mí, alguien que trataba de “matar” su homosexualidad a base de alquileres de tetas y vaginas secas, alguien que me aguardaba a mí tanto como yo a él.

Me acerqué a la barra lleno de expectación atravesando una espesa capa de humo, con los recuerdos de Abel bailándome bajo la piel. Sentí una erección que me causó más melancolía que placer.

Demasiado tiempo sin amar, demasiados años sin ser amado...

—¿Qué va a ser? —me preguntó el camarero tras la barra.

—¿Una cola-cola? —respondí sin saber muy bien qué tomar.

La última cerveza que había bebido me había costado la humanidad. Casi nada...

“Niños de papá que no se encuentran ni la picha al mear...”, pensó el camarero para sus adentros mientras se atusaba su poblado bigote y me dirigía una mirada cargada de desprecio.

Yo le devolví una sonrisa inocente fingiendo ignorancia. Éste cabeceó de izquierda a derecha con un “tontolculo” en su mente dirigido a mí y entonces la curvatura de mis labios se ensanchó hasta que mis colmillos se asomaron.

Vuelve a faltarme al respeto y te los clavo en tu cosita. ¿Te gustaría mear por sonda, bigotes?, le comuniqué dentro de su cabeza.

El camarero palideció y me miró como si el monstruo fuera yo y no

él. Aunque... un poquito de razón también tenía.

Si me entiendes, asiente. Si no, te lo diré de otro modo. Ponme mi coca-cola y déjame en paz...

El hombre tras la barra dibujó un sí con la cabeza y corrió a la cámara a servirme mi refresco.

—Gracias, simpático —le dije en cuanto me colocó la bebida y unos cacahuets que debían de haber sido recogidos por el primer vampiro de la Historia a juzgar por su dureza.

El camarero tragó saliva, asintiendo nuevamente, y se desplazó al lado opuesto de la barra para atender a un cliente inexistente. Sonreí, encantado por mi pequeña travesura, y me llevé la coca-cola a los labios.

Y fue ahí cuando, entre toda aquella marabunta de pensamientos obscenos, de deseos insatisfechos y de necesidades extremas, intercepté un pensamiento interesante:

“Ojalá no fuera un invertido...”

Busqué con la mirada, deseando que el tipo me agradara físicamente (porque yo también tenía mis gustos y mi dosis de superficialidad para esto del sentirse amado, debo reconocerlo) y lo localicé enseguida. Estaba sentado frente a una mesa redonda, algo apartado del resto, fumando un cigarrillo rubio, contemplando el ir y venir de las chicas vacías de ropa y de sueños.

Era mayor que yo, bastante mayor que yo: unos treintaymuchos-cuarenta años. Pero tenía atractivo. Mucho. Y parecía cuidar su cuerpo con mimo, entre atlético y musculado. Desvió la mirada hacia mí al sentirse observado y sonreí con timidez cuando nuestros ojos chocaron mientras yo alzaba mi refresco a modo de saludo. Él correspondió a mi sonrisa y me evaluó con la mirada. Poseía una mirada dura, pero inteligente.

Puede valer, me dije, mandando a la porra todo eso del romanticismo al que yo ya no podía acceder.

Me acerqué a él, tomando la iniciativa por una vez en mi vida, con las piernas temblorosas y el frío de la soledad en el cuerpo.

—¿Se puede? —pregunté señalando la silla vacía que estaba a su lado.

—¿Por qué no? —dijo él.

Me senté de inmediato bajo sus ojos escrutadores, con el cuerpo agarrotado por la expectación. No quería hacer mi “magia” en su cerebro si no era necesario, aunque la decisión ya estaba tomada. Había perdido el juicio y se vendría conmigo, quisiera o no.

—Soy Benjamín —se presentó tendiéndome la mano.

—A mí... puedes llamarme Zana... Es mi mote desde la infancia —expliqué sonriente mientras aceptaba esa mano tendida.

El contacto me provocó miles de descargas eléctricas agradables por todo el cuerpo que me hicieron sonreír más de la cuenta, pero él permaneció impasible.

Debo de estar más necesitado de lo que pensaba.

—Muy bien, Zana —contestó él soltando mi mano—. ¿Tu primera vez? —me preguntó, señalando con la cabeza a las chicas.

—En un sitio así, sí. La primera... —respondí, sonrojado—. ¿Y tú? —le pregunté por cortesía, ya que su mente me había hablado de sus visitas mensuales.

—Alguna que otra vez —me mintió él—. ¿Y ves algo que te guste?

Túúúú, le susurré en su interior.

El hombre dio un respingo en el asiento y me miró aturullado.

—¿Has dicho algo? —tartamudeó.

—No sé a qué te refieres —contesté encogiéndome de hombros.

—¿No has hablado? —repitió el hombre, cada vez más perplejo, mientras miraba su copa con rechazo y pensaba que había bebido suficiente por esa noche.

—No...

—¡Vaya! Creo que es hora de dejar el alcohol —trató de bromear, sin relajarse—. Soy policía, ¿y tú?

—¿Yo? —pregunté sin saber qué decir, porque dudaba de que el vampirismo estuviera reconocido como profesión remunerada.

Yo... puedo ofrecerte lo que buscas, volví a decirle dentro de él.

—¡Me cago en la puta! —espetó dando un nuevo respingo—. ¡¿No me dirás que ahora no has dicho nada?!

—Pero si no he abierto la boca... —me defendí ocultando mi diversión.

Benjamín... silencio, por favor. Soy yo, sí, pero disimula mientras tenemos una conversación intrascendente de cara al público, aunque aquí cada uno vaya a lo suyo. Por si acaso...

—¿Tú? —preguntó él con los ojos abiertos como platos.

—Sí... yo también soy policía —atajé.

Te buscaba, y creo que tú también me buscabas a mí. ¿Sabes de lo que te hablo, verdad?

Él asintió, tragando saliva y nervios, antes de que su boca se seicara del todo.

—¿Entonces tú también eres... poli? —consiguió decir él mientras ordenaba su cabeza y se recuperaba.

—Mucho. Soy muy poli... De siempre —respondí con una sonrisa traviesa.

—Ohhh, ya veo... —contestó él.

Quizá quieras salir de este sitio tan deprimente y venir un rato a mi casa... Te puedo enseñar la placa..., le susurré por dentro con un descaro impropio en mí.

—¿Tu... comisaría... está cerca de aquí? —inquirió con la sonrisa ensanchándose por sus facciones cuadradas.

¡Qué sexy eres!, pensé.

Benjamín se rio mientras se llevaba las manos a sus labios resecos.

¡Mierda, eso no tenías que escucharlo!, me expliqué.

—Sí, a unos quince minutos más o menos —dije arropado por las carcajadas de mi ligue—. ¿Damos un paseo?

“Sólo si luego me dejas jugar con tu porra”, me respondió con el pensamiento, sabiendo que yo lo oiría.

—De acuerdo... Hagámoslo.

Ambos sonreíamos ya sin tapujos, abiertamente, y salimos del local bajo la mirada escrutadora de un camarero con bigotes que me contemplaba con odio y hostilidad.

—¿Cómo haces eso de la mente? —me preguntó él en cuanto nos recibió la oscuridad del callejón.

—Es un don con el que nací —le expliqué sin darle mayor importancia—. Pero tú...

No pude finalizar la oración porque su boca silenció a la mía, buscando mi lengua con hambre y necesidad. Nuestras manos cobraron vida y exploraron con rudeza la anatomía del otro. Había deseo, había ganas acumuladas, había hambre de sentir lo que el cuerpo gritaba bajo las mordazas de la sociedad. Y amparados por las sombras de la noche, unimos nuestros deseos y nuestros cuerpos en aquella calle oscura y sucia que me recordaba a ella, conectados por un sentimiento más sincero que el amor: la desesperación.

—¿Aún quieres ver mi... comisaría? —quise saber mientras nos subíamos los pantalones.

Él calló unos instantes. En su mente se libraba una batalla de argumentos a favor y en contra; luego, de excusas. Estaba a punto de salir perdedor y no podía permitírmelo.

—¿Quieres sentirte libre cada día de tu vida como hace un rato? —mentí como un bellaco, como si yo me sintiera libre—. ¿Dejar de disimular, de dar excusas a todo el mundo por ser un soltero de oro, de agachar los ojos cuando ves alguien que te gusta y reprimirte? —añadí, jugando con las emociones y debilidades que le había encontrado—. Todo eso dejará de existir, de importar, si vienes conmigo...

El policía me miró con suspicacia y se separó unos cuantos pasos de mí.

—¿No hablas únicamente de esta noche, verdad?

—Verdad —asentí, dispuesto a saltar sobre su mente y a dominarla si pretendía escapar.

—¿Qué me estás ofreciendo exactamente? —me interrogó, con la valentía acomodada en sus pupilas.

—La Eternidad, mi compañía, la libertad...

—¿Para hacer qué?

—Para ser tú, para sentir, para estar, para amar... para todo —respondí mostrando todas mis cartas.

—¿Cuál es el precio?

—Ninguno —volví a mentir.

Él negó con la cabeza.

—Siempre hay un precio —me espetó—. ¿Cuál es el de todo esto que me ofreces?

—¿El sol? —respondí sin pensar—. ¿Vivir en la oscuridad? Todo lo demás será tuyo junto a mí.

—¡Estás chalado! —exclamó sin rastro de humor ya.

Recogió su chaqueta del suelo y se preparó para alejarse de mí con un asqueroso “Hasta luego” que en realidad significaba un “Hasta nunca”. Agazapado en su mente, salté como una alimaña y mordisqueé su cerebro. Él se quedó paralizado.

—¿Qué me pasa? —preguntó lleno de pánico.

Su olor me excitó y tuve que contenerme para no convertirlo en comida. No deseaba hacerle daño, no quería. ¡Ya odiaba lo que estaba a punto de hacerle...! Reprimí el asco hacia mí mismo y trasteé en sus emociones, en sus ideas, hasta dejarle en la mente un mensaje que le

convenciera de que se había enamorado de mí: “Amas a este hombre. No te separes de él.”

Se giró hacia mí con las manos confundidas.

“¡Qué extraño todo!”, pensó a la vez que se aproximaba a mí.

—Estaremos siempre juntos si tú quieres... —susurré a su oído, como si el desgraciado tuviera elección.

—Claro... —contestó aquél con la voz ronca y titubeante.

Le acaricié con lujuria la nuca. Su vello se erizó. El mío, también.

—No te muevas —le imploré.

Tomé su cuello con ambas manos, clavé mis colmillos en aquella carne humana y bebí de él hasta alcanzar el orgasmo. Benjamín cayó al suelo, debilitado y mareado por la pérdida de sangre. Me había excedido al alimentarme de él y observé, preocupado, la lividez de su piel. Me arrodillé junto a su cara, que descansaba sobre el sucio pavimento, y acerqué mi cuello a sus labios.

Bebe ahora mismo, le ordené.

Él abrió tímidamente la boca al principio. Luego, sentí sus dientes humanos perforando mi garganta, succionando mi sangre, mientras la alarma en mi cerebro sonaba con urgencia una y otra vez. Ignoré deliberadamente aquella voz que me recordaba las enseñanzas sagradas del vampirismo que Leo me había enseñado, las reglas de oro que jamás se debían violar. Yo había mancillado varias: una) no convertir a nadie en contra de su voluntad, dos) no convertir a nadie si no se tiene la mayoría de edad vampiriana, tres) eliminar a todo “Incompleto” para impedir la existencia de los *Necandi*, esos engendros monstruosos que debían ser exterminados.

Me había vuelto loco de remate, lo sabía.

Aupé el cuerpo de Benjamín y lo cargué sobre mis hombros en dirección a casa con una única y estúpida idea en mente: ser feliz, amar y ser amado.

¿Pero cómo pude ser tan tonto? ¿Cómo? Sabía, dentro de mí, que Leo jamás lo aprobaría (porque no podía, no debía ser), que nuestras vidas estaban a punto de cambiar radicalmente por mi tonta necesidad de amor, por ese arrebatado de locura que me gobernó aquella noche.

Y así, cargando con el cuerpo del hombre que ya había comenzado su transformación, me dirigí hacia el hogar que acabaría convirtiéndose en un matadero.

LIDIA (3)

En el mundo de los vivos, lunes 23 de enero, 1961

Estoy cansadísima. ¡No puedo más, no puedo más!

En un primer momento se había sentido liviana y feliz como una corriente de aire que juguetea con el mar o la arena para contagiarse de vida. Siguiendo sus instintos, ascendió y ascendió hasta toparse con el cielo del mundo que conocía. ¡Lo había logrado! ¡Había salido a la superficie y lejos quedaba el Infierno!

Correteó de un lado a otro, risueña, toqueteándolo todo mientras se habituaba a la sensación de ser etérea, incorpórea. No estaba mal. Nada mal. Rio, voló y dio volteretas en el aire como una niña pequeña. Y volvió a reír, sintiéndose más viva que nunca pese a no tener un cuerpo.

¡Sííí!

Entonces notó el peligro aproximándose tras ella como una certeza absoluta. No necesitaba ver los nubarrones para percibir el olor a lluvia. La tormenta estaba cerca. Había logrado escapar del Averno por los pelos, dejando en el suelo a un Alastor que clamaba venganza, pero éste no tardaría en tratar de apresarla.

Corrió despavorida sin saber adónde dirigirse, dónde esconderse. Ya no poseía pies ni manos, ni siquiera un corazón que latiera y, a pesar de ello, podía sentir la angustia y el miedo pegándose a su esencia, ralentizando su carrera, multiplicando su peso.

¿Adónde ir, dónde esconderme?, se repitió Lidia.

Voló hasta un grupo de gente que caminaba de un lado a otro de la calle con prisas, ajenos a los demás transeúntes. Pidió perdón por el infame acto que estaba a punto de cometer y se introdujo en el cuerpo de una mujer que empujaba un carrito de bebé. Ahí estaría a salvo, escondida de él...

Alastor llegó en ese momento, vestido con su traje invisible ante los humanos, sembrando odio y caos a su paso. Un ejecutivo estampó su coche contra un escaparate después de que éste simplemente lo mirara para rastrear el alma fugitiva. Dos hombres se enzarzaron en una pelea mientras una cascada de cristales los bañaba y alguien quemó un contenedor cercano. A

cada paso que daba el demonio, a cada persona u objeto que tocaba, esparcía kilos de cólera y destrucción. Varias sirenas se escucharon a lo lejos.

La mujer observó la escena con perplejidad y se alejó de ahí a paso rápido en cuanto vio el fuego lamiendo la calle y a un grupo de gente enloquecida asaltando la tienda del escaparate destrozado. Lidia tembló de miedo, agazapada en un rincón del cuerpo anfitrión. No tardaría demasiado en hallarla.

La criatura demoníaca olfateó el aire como una bestia y sonrió al detectar el aroma del miedo. Viró la cabeza hacia una mujer de espaldas que llevaba un posible almuerzo para él dentro de una caja para cachorros humanos.

“Como a mí me gusta... comida casera, recién hecha y envuelta para llevar.”

Se le abrió el apetito y permitió que su boca salivara cual perro rabioso mientras corría hacia ella. La mujer sintió que algo ardiente le rodeaba el cuello y la hacía levitar sobre su propio bebé. El niño rio al ver volar a su madre, con los ojos inyectados en sangre, dolor y pánico.

—¿Qué? —dijo antes de desvanecerse.

Lidia escapó a través de las fosas nasales antes de quedar atrapada en ese cuerpo que agonizaba. Pero esta vez no experimentó júbilo ni ligereza. Ahora estaba exhausta y notaba moratones por todo su ser a causa de los pellizcos y patadas que el alma de la mujer anfitriona le había propinado. Necesitaba con urgencia un nuevo cuerpo y poseerlo o moriría.

Estoy perdida. Yo... no deseo que muera nadie más por mí. Al fin y al cabo, ya he tenido una vida larga. Ocupar otro cuerpo que no me pertenece me convertiría en una asesina. No puedo...

Vio con tristeza culpable cómo la mujer moría carbonizada bajo las ardientes zarpas del demonio y giró la cabeza segundos antes de que éste se inclinara letalmente hacia el pequeño. Cerró los ojos con fuerza, pero no se libró de escuchar el llanto terrible del bebé, y sintió cómo toda ella lloraba, cómo se hacía líquida y desaparecía, para siempre, por la boca sedienta de una alcantarilla.

Lo siento, musitó una vez más convertida en agua de sumidero.

Alastor contempló cómo se filtraba la última gota de agua de aquella mujer sin palabra y celebró su muerte con un eructo con sabor a niño.

—Y, ahora, rastrearé al resto de tu familia y me los cobraré, perra mentirosa —enunció el demonio, orgulloso al ver el paisaje de sirenas,

incendios, muertes, sangre y destrucción que había dejado en su visita a la Tierra.

Asintió con la satisfacción ante el trabajo bien hecho y orbitó de nuevo al Averno.

LEO (6)

Madrid, martes 20 de diciembre, 1988

Parpadeó desorientado. Las aves nocturnas iniciaron su diálogo de anécdotas, vuelos, risas y sueños. Unas hojas secas crujieron bajo la pisada de una alimaña cercana y el olor de la muerte le llegó a las fosas nasales cabalgando en una ola de aire. Parpadeó de nuevo. Alzó la cabeza y varias estrellas le guiñaron el ojo con picardía, prometiéndole silencio ante lo que habían presenciado.

¿Qué sucede aquí? ¿Cuánto tiempo llevo en el monte? Recuerdo que el chico se fue a buscar a su amiga al final, y yo... ¡No me acuerdo de nada más! ¿Qué he hecho después? ¿Por qué está todo tan negro dentro de mí?

Extrañado, se miró las manos empapadas en sangre fresca. Aquello sólo podía significar una cosa: acababa de alimentarse. Sin embargo, ni su estómago ni su cabeza parecían recordar el momento de la caza ni el de la comida. Buscó en derredor con la mirada y se topó, a su espalda, con un zorro abierto en canal.

Ése no es mi método, protestó él.

Se llevó inconscientemente la mano a la boca y se relamió. La lengua revivió al sabor de la sangre. Algo se agitó dentro de él, reclamándole más comida.

¿Qué me ocurre?, se preguntó lleno de inquietud al mirar al pobre animal. Aquello había sido una carnicería, impropio de él. *¿Por qué no puedo acordarme de nada?*

El vampiro se dejó caer al suelo, arrodillado junto al cadáver caliente de su víctima, y permitió que sus ojos hablaran. Cada lágrima vertida era una historia de dolor, una pérdida, una traición, un amor terminado. Hubo lágrimas para todos: Selene, Maite, Vincent, Adriana, Rodrigo, Tutmés... Lágrimas para ellos y para él, porque él también estaba a punto de iniciar un viaje, a punto de partir.

No quiero irme. Ya no. No quiero fracasar esta vez. Creo que ahora podría lograrlo, que esta ocasión es la buena, que lo conseguiré. Por favor,

Tutmés. ¿Dónde estás?

—¡AYÚUUUUUDAME! —gritó en un acceso de cólera y desesperación.

Una bandada de pájaros huyó despavorida ante el alarido que violó la noche y su descanso. Levantó de nuevo la cabeza y vio una nube de plumas y hojas lloviendo sobre él. Se incorporó tembloroso del suelo mientras se palpaba las lágrimas congeladas de la cara, y la noche regresó a su cerebro antes de que comenzara a caminar...

Escuchaba el sonido del agua corriendo bajo sus pies, arrullándolo, meciéndolo para que no despertase. Quizá ésa era la finalidad... Lentamente, levantó los párpados y contuvo el vómito bajo la lengua. Se sentía lleno hasta el hartazgo.

Enfocó la vista. Se encontraba en una callecita estrecha y maltrecha, a la que le faltaba iluminación y le sobraba suciedad.

¡Maldición! ¡Otra vez! ¿Qué hago en esta puñetera calle? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

El agua le bañaba las piernas hasta escurrirse y morir en la alcantarilla junto a la que estaba sentado. Leo siguió con los ojos el transcurso del frío líquido y comprobó, ahogado por el horror, que no sólo era agua lo que mojaba su cuerpo. Sobre sus rodillas, una criatura lo miraba con los ojos y la boca bien abiertos. Ciegos, unos; desencajada, la otra. Miró al muchacho, que estaba entre esa edad indefinida en la que no eres niño pero tampoco adulto. Ahí permanecería para siempre, sin envejecer, sin marchitarse, con la boca y los ojos siempre abiertos, a juego con la garganta. Siempre joven, siempre muerto. Solo. Hasta que el barrendero de la mañana lo encontrara.

Ayúdame, Tutmés, ayúdame. ¡Regresa de tu encierro y vuelve!

Lo apoyó en la pared mugrienta mientras le pedía perdón con los ojos y salió huyendo de allí, por si así escapaba del miedo a morir o bien moría del miedo ahí mismo.

Entró en la casa a hurtadillas y corrió a refugiarse en el baño. Entonces oyó risas masculinas en el dormitorio de al lado.

¡Vaya! Tiene compañía...

Se despojó de las ropas húmedas y dejó que sus lágrimas se fundieran

con el agua caliente de la alcachofa de la ducha. Y el mundo se vistió de luto de nuevo.

ALOUQUA (1)

Averno, domingo 22 de enero, 1961

Voló hacia su casa, enfurecida. ¿Por qué no había matado a ese patético hombre desnudo que le imploraba con la mirada y la polla que lo devorase? ¿Por qué lo había dejado con vida?

—¿Desde cuándo tengo yo compasión con nadie? ¿Desde cuándo? — chilló enloquecida al Universo—. ¡Ni siquiera me apiadé aquel día del padre de mi hijo! ¿Por qué ahora? ¿Por qué?

¿Me estaré haciendo vieja?

Aterrizó ruidosamente junto a la cabaña de su propiedad y entró en la casa dando un portazo. Era hora de visitar a su padrino Tutmés aunque él se negara a recibirla, aunque la hubiera declarado «persona *non grata*» desde aquel tonto incidente con Rodrigo.

¡Picajoso el egipcio!, escupió, Al fin y al cabo, es mi hijo, no suyo. Si alguien tenía derecho a hacer aquello, era yo...

El timbre de la entrada irrumpió sus reflexiones. Acudió con la furia cosida en los ojos, dispuesta a desquitarse y matar al inoportuno que venía a su hogar a tocarle los colmillos. Su cólera se transformó en sorpresa y deseo al abrir la puerta.

—¡Vaya! ¡Has vuelto! —exclamó ella sin ocultar su sonrisa.

—¿Puedo... entrar? —preguntó él, turbado.

—Tú, siempre —respondió está haciéndose a un lado.

Arioch recorrió el pasillo mientras analizada cada detalle de una casa en la que no había llegado a estar.

—¿Dónde se encuentra el salón? —preguntó él con la cabeza ladeada hacia ella, que lo seguía muy de cerca comiéndoselo con sus ojos, de un azul traslúcido que los hacía casi transparentes.

—¿El salón? —titubeó ella—. ¿No quieres decir el dormitorio? ¡No me digas que has venido a tomarte un té con pastitas!

—He venido a tomar otra cosa... —respondió él, visiblemente incómodo.

—Nunca me han gustado los misterios si no los provocho yo. Escupe,

Arioch —dijo ella mientras ambos se sentaban en el sofá de tres plazas de la sala.

—¿Has notado algo extraño en las últimas horas? ¿Algo que se salga de lo habitual en tu rutina o comportamiento? —preguntó sin rodeos el demonio, con el traje de Diego doblado sobre sus voluminosos muslos.

La vampiresa entrecerró los ojos con suspicacia y desconfianza.

—¿Y si así fuera...? —contestó agitando la larga melena negra.

—Si así fuera... yo podría ayudarte.

—Ajá... ¿Cómo? —volvió a preguntar inclinando su cara hacia él.

—Explicándote por qué ha ocurrido y ayudándote a solucionarlo.

—Desembucha... —exigió Alouqua, cada vez más interesada.

—Estás encinta.

—¿Cómoooo? Eso es imposib... —rechazó ella mientras se palpaba el vientre con una mano—. ¡Hijo de puta! ¡Me has preñado!

—Un poco... —reconoció él, preparado para defenderse de un posible ataque.

—¡Aguarda un momento! ¡Tú viniste ayer aquí expresamente a eso! Querías tener un cachorro, ¡y tu mujercita humana no te lo puede dar! ¿No es eso? —bufó ella mostrando sus garras y colmillos, a punto de saltar sobre él.

—Sí, y yo... Ella no puede, es cierto —negó con la testa, abatido—. Pero podría haber escogido a cualquier mujer. No obstante, te elegí a ti... —le dijo meloso, sabedor de su debilidad por él.

La súcubo posó sus ojos en el demonio con frialdad y permaneció inmóvil unos segundos. Arioch le tomó la mano entre las suyas y esperó en silencio para no espantar al pececito antes de que mordiera el anzuelo. Alouqua jugueteó con las manos de él, luego encrespó sus dedos hasta convertirlos en azadas punzantes y le clavó las uñas hasta dejarle surcos de sangre en ellas.

—Además... —se atrevió a decir finalmente el demonio, ignorando la sangre—. Ella me ha echado de casa y, nos reconciliemos o no, esta criatura será siempre nuestro hijo: tuyo y mío, de los dos. Algo que nos unirá para siempre...

Alouqua aún horadó con saña la carne plumífera de Arioch. Él calló mientras ella se llevaba las manos a la boca y lamía la sangre del demonio que teñía sus yemas. Entonces esbozó una sonrisa cruel.

—Un hijo de ambos, ¿eh?

Él asintió y echó su imponente cuerpo sobre ella. Los ojos de Aloqua

brillaron de gozo.

—Ven, sí... —ronroneó ella con los labios y el cuerpo entreabiertos.

Arioch la tumbó en el sofá y ésta, por una vez, se dejó hacer sin poner pegas ni tratar de tomar las riendas, disfrutando con la fantasía de ser amada por él. El demonio entró en ella de una sola estocada y, mientras la vampiresa gemía de placer con sus movimientos, él succionó al feto a través de un beso húmedo y profundo que se llevaría todo de ella. Pero eso... la súcubo no tardaría demasiado en averiguarlo.

Cuando terminaron, él la miró con una sonrisa triunfal y enigmática. La respiración jadeante de ella cesó al verle el rostro. Se acomodó en el sofá y sintió unas ganas desconocidas de llorar. Se encontraba súbitamente extraña, vacía.

—¿Qué me has hecho, cabrón? —preguntó ella aferrándose a su vientre.

—Ahorrarte el parto, la lactancia y una maternidad que siempre has desdeñado —contestó él con una sonrisa despreocupada.

Éste se incorporó del tresillo, incapaz de evitar la curvatura de sus labios. Porque ella ya no podía hacer nada para recuperar al crío. Nada. Nadie. Era suyo, suyo y de nadie más.

“Y de Ianire... Volveré a casa y se lo ofreceré. No podrá decir que no al bebé. Al fin y al cabo, es mi hijo, y ella podrá darle biberones y criarlo como si fuera suyo. ¡Sí! Cuando lo vea, cuando lo sienta... todo volverá a ser igual. Y me perdonará...”

—¿Te has llevado mi útero? —dijo ella con la incredulidad mordiéndole la lengua y los ojos.

Arioch se encogió de hombros mientras musitaba un “Sí”, recogió el cuerpo de Diego y abandonó la estancia con un “Hasta la vista, pequeña”.

Ella observó desde el sofá cómo el amor de su vida se alejaba una vez más, aunque en esta ocasión no sólo se había llevado consigo su corazón y lo más parecido al amor que había sentido nunca. Se lo había arrebatado todo: su ilusión por recuperarlo, sus órganos y el bebé al que ya quería sólo por ser de él.

Se sorprendió al notarse la cara mojada y se desmadejó en el sofá, rota y perdida.

—¡Hijo de puta! ¡Me las pagarás tú y la zorra de tu humana! TE ODIÓ... —vociferó hasta desgañitarse.

No, no es verdad. Te quiero y te recuperaré. A ti y al bebé, pensó

mientras se abrazaba el abdomen.

YO (10)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075
Fiesta de Halloween

Me giré lentamente, con el corazón vomitando ansiedad, y alcé los ojos hacia aquella máscara de leopardo que parecía a punto de saltar sobre mí.

—Hola, chicos —dijo tras la careta, acariciándome el corazón con la voz.

—¡Joder! ¿Cómo has venido tan rápido? —intervino Nelman, escondido en su máscara de lobo.

—Tengo... contactos. Y que estos contactos dispongan de jet privados ayuda un poco —se explicó él con los ojos pegados a los míos.

—Bueno, bueno... —habló Núria, siempre oportuna y rápida, dirigiéndose a Nelman, K y Susana—. ¿Qué tal si nosotros nos mezclamos con los alumnos y vamos al baile, y dejamos a estos dos solos? Bienvenido, Maximilian. Luego te veo... —añadió con un guiño de ojos.

Los tres mostraron su conformidad con asentimientos de cabeza, varios “Claro, claro”, risas, codazos mal disimulados y toses. Nos quedamos a solas. Él, con su sonrisa a medio hacer; yo, con mi miedo a abrir la boca por si escupía por accidente el corazón.

—¿No me dices nada? —preguntó.

Nueva sacudida eléctrica.

Será “joputa” Maximilian el Enchufes...

—Deja de hacer eso y juega limpio. O empezaré yo... —respondí haciéndome el tío duro mientras rezaba por que no reparara en el temblor de mis piernas.

—Ohhh. Esta vez no hago nada... —contestó con aire inocente—. ¿No me das la bienvenida? He venido para quedarme esta vez. No me volveré a marchar, lo prometo...

Una nueva corriente eléctrica me recorrió el interior y se quedó a vivir en mi entrepierna. Eso me cabreó.

¿Quién coño te crees que eres? ¿Te largas y vuelves aquí pensando

que todo será igual que antes, que puedes retomar lo que dejaste en el mismo punto, sin dar explicaciones, sin pedir perdón y sin contar conmigo? ¿Pues sabes qué...? ¡Que es muy probable! ¡Mierda!

—¿No me respondes? —titubeó él.

No las tenía todas consigo y eso me alegró. No iba a arrojarme a sus brazos de buenas a primeras.

Bueno, un poco sí, pero no ahora... ¡joder!

Inspiré profundamente y, haciéndome el súper machote, tendí mi mano hacia él para estrechársela a modo de saludo. Pude ver la sorpresa invadiendo su cabeza y me costó un mundo retener mis labios.

Yo 1- Maximilian el Follable 0.

Extendió la suya a su vez, nervioso, y nuestras manos se unieron en un aparente encuentro formal. La piel de ambos reaccionó ante el contacto del otro. Me llegaron oleadas de sus emociones, de sus inseguridades, de su propio dolor. Y esas olas se unieron a las mías para ahogarme con crueldad, dejándome sin aliento ni respiración. Era insoportable... ¡Tanto sufrimiento, tanta muerte acumulada entre los dos! Podía notar cada gota de sangre de nuestras víctimas, cada una con su propia historia cargada de sonrisas muertas, de sueños podridos, de vida corrupta.

Sangre, sangre..., pensé antes de caer inconsciente.

—Chisssssttt, ¡espera! —le pedí mientras él volvía a beber de mi sangre en un acto que era ya más sexual que de conversión.

—¿Qué? —preguntó Benjamín.

—Algo no va bien. Mi Maestro ha llegado y siento su cabeza... No sé cómo explicarlo —respondí mientras me alzaba de la cama y envolvía mi desnudez con la sábana—. Espérate, por favor. Voy a ver qué sucede y vuelvo en nada, ¿sí?

El policía asintió desde la cama. En media hora no podría tenerse en pie. Le acometerían los vómitos, las fiebres altísimas y los temblores, y yo no se lo había explicado aún...

—¿Leo? —pregunté mientras mis nudillos golpeaban la puerta de su cuarto de baño—. ¿Leo?

Me mantuve de pie junto a la puerta, esperando a que respondiera, pero no lo hizo. No obstante, podía escuchar el extraño rumor de su cerebro, como si éste fuera un enjambre de abejas furiosas. Sentí el terror entrando en mi cuerpo, mordiéndome las tripas, y abrí la puerta sin pedir permiso. Entonces el pánico creció en mí como una bola de fuego que me abrasó las entrañas. El espejo frontal portaba un mensaje escrito en sangre: AYÚDAME. Bajé la cabeza hacia el suelo y vi que sus ropas también estaban empapadas de rojo, el color de la vida. Y de la muerte.

—¿Leo? —pregunté, cada vez con más miedo, mientras tocaba con timidez la cortina de la bañera.

El agua de la ducha seguía sonando como una melodía constante, apenas interrumpida por el movimiento del cuerpo que se hallaba dentro. No contestó. Abrí las cortinas temblando de miedo y lo hallé, desnudo y tiritando bajo el agua, con la mirada extraviada, sin reconocerse mientras bebía de la muñeca que él mismo se estaba desgarrando.

—¿Leo? —repetí.

Sus ojos se posaron en los míos un segundo, pero él no estaba allí conmigo. No estaba. Lloré como un niño mientras él seguía masticando y sorbiendo de su propio cuerpo.

—Leo...

Por fin, dejó de chupar y me mostró sus colmillos, dispuesto a atacarme.

—¡Noooooooo! —grité mientras se abalanzaba sobre mí y caíamos ambos al suelo.

Entré en su cabeza y empecé a unir frases, ideas, sentimientos. Leo, poco a poco, dejó de clavarme las uñas e intentar comerme hasta que detuvo su ataque.

—¿Qué ha pasado? —preguntó lleno de angustia y confusión al verse desnudo, con la muñeca abierta y sentado a horcajadas sobre mí—. ¿Yo... he hecho todo esto?

Asentí. Era demasiado cruel decírselo con palabras, porque hay palabras que duelen cuando las dices, que te cortan por dentro y se te atraviesan en la garganta.

—Ayúdame, por favor —me rogó él.

Era la primera vez que lo sentía así, tan desvalido.

—Por supuesto... ¿Qué hago?

El Maestro se levantó de encima de mí con pudor y cubrió su cuerpo

desnudo. Se miró la muñeca, que ya comenzaba a cerrarse, con una mueca de disgusto y clavó sus ojos desesperados en mí.

—Entra en mi cabeza. Te dejaré todo abierto salvo dos habitaciones...

—me imploró cogiéndome de las manos.

—¿Y qué hago? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Elimina todo lo que veas extraño y ajeno a mí. Todo lo que veas negro y podrido, todo lo que huela mal. Déjame la mente limpia, con pensamientos propios y ordenados. ¡Lobotomízame!

—Yo... ¿Estás seguro?

—¡Claro que sí, chico! ¡Vamos, hazlo! ¡Vamos!

—¡Vamos, despierta! ¡Vamos! —me gritó la voz de Maxi.

Abrí los ojos con el recuerdo de Leo aún unido a mí. Esbocé una sonrisa despreocupada al verlos a todos formando un corro alrededor de mí.

—No os preocupéis, en serio. Estoy bien. Sólo ha sido una sobredosis de empatía.

—¿Estás seguro? ¿Quieres salir a tomar el aire? —se ofreció Susana.

—Si no te importa... —intervino Maximilian el Espabilado—. Me gustaría acompañarlo yo, y dar un paseo.

Nuevas toses, risas, codazos y “Por supuestos”. Le tomé la mano que me ofrecía y a punto estuve de volver a desvanecerme al tocarnos.

—Mejor será que no me roces por el momento... —le dije retirando mi mano de la de él y levantándome por mí mismo.

—De acuerdo... ¿Salimos entonces a dar un paseo? —propuso él.

—Sí, vamos.

Dejamos las máscaras en la zona de guardarropía y salimos a la noche con nuestras extravagantes vestimentas: yo, de conde de Cowland; él, de Béla Lugosi en versión “sexy que te cagas”.

—¿Adónde vamos? —pregunté bajo las estrellas.

—Lejos de aquí —respondió él.

Y seguí sus pasos, uno tras otro, con el cerebro ebrio de recuerdos, sin presentir nada de lo que estaba a punto de ocurrir...

—¡Vaya, parece que Zanahorio y Maximilian van en serio! — exclamó Eva envuelta en sombras—. Mucho mejor así... Cuando vuelvan, se encontrarán mi regalito...

—MUTA ME^[26] —susurró al viento mientras lanzaba una nube de polvos.

Sus ropas se transformaron en un precioso vestido de organza de época. Sonrió al ver su máscara de zorra y se encaminó hacia la fiesta, dispuesta a entrar en la madriguera y comerse a todos sus ratoncitos.

VINCENT (3)

Provence (Francia), viernes 6 de septiembre, 1889

Unos nudillos golpearon la puerta metálica de su celda.

¿Qué diantres querrán ahora?

—Señor Van Gogh, ¿se puede pasar? —dijo la voz aflautada y gris del doctor Arnadeau.

Vincent abandonó el lienzo que estaba apenas naciendo bajo sus manos y se giró hacia la pequeña ventanita enrejada. Los ojos grises del psiquiatra lo miraron con curiosidad, casi sonrientes.

—¿Sí, doctor? ¿Qué se le ofrece? —preguntó él, solícito.

Desde la última visita de Alouqua, todo había mejorado. Levemente, los primeros días; de forma exagerada, los últimos. Escuchó el sonido metálico de las llaves tintineando contra el metal de la puerta.

Metal contra metal. Todo es frío y metálico aquí...

—¿Teníamos consulta hoy, doctor? —preguntó el pintor, con temor a que su cabeza le estuviera jugando otra vez una mala pasada.

—En absoluto... —contestó el médico adentrándose en su habitación—. ¿Puedo? —señaló la cama.

—Desde luego. Acomódese —dijo el pelirrojo sin saber muy bien cómo actuar.

—¿No quiere saber el motivo de mi visita? —preguntó el otro mientras se acomodaba en el lecho.

Vincent volvió a sentarse junto al lienzo y se encogió de hombros.

—¿Es una trampa? —preguntó con timidez.

El doctor rio, pero era una sonrisa tan fría y metálica como la puerta, como las llaves, como el sabor de la comida. Todo era gris, metálico y frío.

—Verá... —comenzó el doctor, posando sus fríos ojos grises en él—. Hemos visto una gran mejoría en usted estos últimos días. Y, dado que su hermano Theo nos ha remitido una carta en la que nos cuenta sus planes de hacerse cargo de su persona, incluidas visitas médicas, lo hemos analizado y

hemos llegado a la conclusión de que no entraña ya ningún peligro para nadie. Quizá para usted mismo, no lo sabemos, pero...

El doctor extrajo de su horrible carpeta metálica unos pliegos de papel, que comenzó a desdoblar con parsimonia, como si estuviera desvistiendo a una virgen: lenta, muy lentamente, para no espantarla ni asustarla. Vincent sintió que su pulso se aceleraba y el estómago se le abría. Aún no le habían traído su dieta especial.

—¿Es...? —logró decir sin decirlo del todo.

—Es —asintió el médico, pasándose las frías manos por los cabellos grises—. Aquí tiene el alta hospitalaria. No se demore mucho en recoger sus pertenencias. Su hermano lo aguarda afuera en su auto.

—¿Esto... es real? —preguntó de nuevo Vincent, incrédulo.

—Diez minutos —le dijo el doctor como respuesta, al tiempo que se erguía y se encaminaba a la puerta—. En diez minutos vendrán dos enfermeras para acompañarle hasta la salida. No se retrase.

—De acuerdo... —contestó el holandés mientras procesaba a marchas forzadas toda la situación.

¿Soy libre? Soy libre... ¡SOYYYYY LIBREEEEE!

—Ah... —añadió el psiquiatra mientras se volteaba para mirarlo una última ocasión—. Compórtese ahí fuera, ¿de acuerdo? No me gustaría verle por aquí en unas semanas, unos meses, o incluso unos años.

—No me verá, prometido —contestó solemne el pintor, ignorando que jamás haría una promesa tan real como ésa.

El doctor abandonó la estancia y Vincent comenzó a guardar su escaso equipaje dentro de la maleta de viaje que dormía bajo su cama entre polvo y telas de araña. Los ojos del celador seguían sus movimientos, adheridos a él, mientras su mano fingía descansar sobre la porra.

Le sobraron siete minutos y diez sonrisas tejidas de nervios.

—¿Está usted listo? —preguntó una enfermera entrada en carnes.

—Nunca lo he estado más... —contestó él, henchido de felicidad.

—Marie... —dijo la primera enfermera a la segunda, que era su antítesis en edad y constitución—. Ponte al otro extremo de él, si haces el favor, y en marcha.

Vincent pudo sentir el disgusto de la vieja enfermera rolliza por estar tan cerca de él. No era sólo incomodidad, no. Le tenía miedo. Él siguió caminando entre ellas, con la cabeza gacha y encogiéndose a cada paso para no rozar a ninguna de ellas. Aun así, sentía la mirada de la enfermera mayor

sobre él, llena de desprecio y temor.

—Perdone... —dijo al fin cuando salieron a los jardines del exterior.

—¿Sííí? —dijo ella, cortante.

—¿Le he hecho alguna vez algo malo? —musitó mirándola a los ojos esta vez.

—¿No lo recuerda, verdad? —dijo ella negando con la cabeza—. Por eso no comprendo por qué le han dado el alta. Usted es un peligro. Está loco y lo estará siempre.

—Pero... ¿qué he hecho?

—Déjelo... Mire... Ahí le espera su familiar —señaló ella deseando perderlo de vista.

—¡Theo! —exclamó abrumado por la felicidad, aunque aún los separaban varios cientos de metros.

—No corra —le advirtió ella.

Recorrieron el espacio entre pasos contenidos. La joven enfermera introdujo las dos llaves en el candado doble y la verja de hierro se abrió en un grito de júbilo.

—¡Theo! —exclamó de nuevo mientras se lanzaba los brazos de su hermano pequeño—. ¡Cuántísimo te he extrañado!

—¡Ohhh, hermano! Por supuesto que lo sé... ¡la mitad que yo!

Y ambos rompieron a reír entre lágrimas descontroladas.

—Están como cabras... los dos... —dijo la enfermera con movimientos rápidos de cabeza—. Marie, cierra la puerta y vamos. Tenemos trabajo.

—Sí... Danielle, ¿puedo saber qué te hizo el pintor sin oreja? —preguntó Marie, la joven y esbelta enfermera.

—¿Prometes que no dirás nada?

—¡Lo prometo!

—Una noche me colé en su celda... —dijo entre susurros.

—¡Danielle!

—¿Qué? Una es mujer y también tiene ciertas apetencias...

—¡Madre del amor hermoso!

—Pero no es lo que tú crees, calla. Quería que me hiciera un retrato desnuda... Y, bueno, yo... en pago, pues... le dejaría catar estas carnes.

—¡Madre mía, pero la loca estás tú! —se santiguó la joven.

—¡Calla, que nos van a oír! Mira, ya se suben al carro...

—Bueno... ¿Y qué pasó? ¡Que me tienes en ascuas!

—Todo iba bien al inicio... De repente comenzó a hablar con alguien inexistente en la ventana. La cara se le transformó, ¿sabes? Hasta ese momento yo le creía excéntrico, algo melancólico y deprimido, pero no peligroso... Me miró con una cara que no era la suya, y...

—¿Y qué?

—Entre risas de loco, ¡se hizo sus necesidades encima y trató de untarme la cara con ellas!

—¡Nooooo!

—Sí, Marie, sí... Salí de ahí como alma que lleva el diablo, cerré su celda y nunca más me he aproximado a él. Hasta hoy. ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿Quéeee? —preguntó la otra, muerta de curiosidad.

—¡Que ni tan siquiera se acuerda de mí o del incidente! ¿Lo has visto ahora, con su cara de inocente, de artista incomprendido y torturado? ¡Por eso sé que está de atar! Ese hombre está loco, Marie. Te lo digo yo... Estoy convencida de ello...

LUNA (5)

Bilbao, martes 24 de enero, 1961

—¡Hermana! ¡Ya estoy aquí! —canturreó al entrar a casa.

No quería que ella la notara abatida y tampoco se decidía a contarle su cambio de planes, por el que entregaría a Hugo a Alastor por el bien de la familia. La conocía demasiado bien. La juzgaría, trataría de convencerla de un modo absurdo con argumentos como “hagamos alguna otra cosa” (que, por supuesto, no propondría), discutirían, y acabarían peleadas y con el mismo problema: el contador continuaba restando días, implacable. El diez de marzo llegaría, quisieran o no.

—¿Hermana? ¿Duermes? —gritó desde la entrada.

Aún son las nueve de la mañana. Quizá esté en la cama remoloneando...

—¿Soledad? ¿Lidia?

Dejó la pequeña bolsa de viaje en el recibidor y corrió hacia la habitación de ésta.

—¡Vaya *déjà vu*! Otra cama vacía y sin deshacer. Otra casa vacía. ¿Lidiaaaaaaa? ¿Estás en el baño? ¡He vuelto de Zaragoza, de tu casa! —gritó mientras recorría cada estancia—. ¡Lidiaaaaa! ¿Dónde carajos estás?

Miró en cada habitación, en cada rincón, incluyendo la sala de rituales, las mazmorras y la pequeña habitación secreta que tenía cerrada a cal y canto. Regresó al salón, desconcertada y sin saber qué hacer.

Entonces decidió contactar con Paula para hacer tiempo mientras su hermana volvía de donde fuera. Se acomodó en el sofá, nerviosa por si no daba tampoco con ella esta vez, y se concentró.

—¡Paula! ¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

No le contaré que he estado en la casa, a ver qué dice...

—¡Ohhhh, Luna! Bueno, hemos estado fuera...

“Ella no sabe que la escuché. No sabe que sé que estuvo aquí ayer. ¿Pero cómo utilizo esta información en mi beneficio?”

—¿Fuera? ¿Dónde fuera exactamente? ¿Y Hugo?

A ver con qué mentiras me sale ahora...

“Mierda... ¿Qué le digo? ¡Está claro que sabe algo! Además, vio la casa vacía y seguro que intentó conectar conmigo... ¡Al carajo! Mezclaré verdades con mentiras y se lo tragará...”

—A Hugo le dejé en su apartamento. Volvió a mutar y no estaba para viajar, la verdad. Pero está bien, tranquila. Llegamos anoche y todo está perfecto. Hicimos un viaje cortito...

—¿ADÓNDE?

—A mi antiguo hogar.

—¿Cómo? ¿Te llevaste a mi hija recién nacida al puto Infierno? ¿Estás loca? ¿Qué clase de niñera eres tú?

—Pues una que toma medidas desesperadas ante situaciones desesperadas.

—¿Y cuáles son esas si puede saberse? —preguntó Luna, cada vez más nerviosa al intuir la mentira, pero sin conseguir descifrarla.

—Ya sabes que tengo muchos contactos ahí abajo de mi antigua vida... Y, bueno, viajé hasta allí para ver si era posible conseguirle a la chiquilla una pierna. Pero no una prótesis, no. Una de verdad, que sea de carne y hueso...

Los ojos de la madre brillaron a su pesar. Su corazón despertó y comenzó un trote alegre.

—Paula...

—Dime...

—¿No me estarás mintiendo? Como me estés mintiendo, te juro que ahora mismo voy a por la niña...

“Ha dicho la niña, sólo la niña. ¿Por qué no menciona al monstruo?”

... y luego te desconecto. ¿Estás hablando en serio? ¿Podrías conseguirlo?

—Por supuesto —improvisó la otra sin mentir del todo. Sabía que, si ella quería, se podía hacer.

—¿Y...?

—Tendré que volver otro día, hacer un segundo viaje... y sin problemas. Puede que, incluso, se pueda hacer algo con el crío. Aunque eso es más difícil, pero no perdemos nada por probar, ¿no?

“Se lo ha tragado. Al final, es una madre. Le hablas de curaciones de sus hijos y se ciega como todas las demás... ¡Qué blanda te has hecho, Luna!”

—Ohhhh, vaya... —musitó Luna.

Suena creíble. Pero, no sé... Fingiré de momento. Sí, eso haré. Si me consigue la pierna para Eva, quizá no la desconecte. Además, los niños estarán más seguros con ella hasta la entrega a Alastor. ¡Ohhhh! ¡Alastor!

—¿Crees que Hugo podría ser algo más humano? Dime la verdad —reclamó.

—Es posible... Con el poder de varios demonios, algo podríamos hacer.

—¿Y tú serías capaz de conseguir todo eso? —inquirió la nigromante con tono escéptico.

—No hay nada que yo no pueda conseguir, pequeña Luna. Y lo sabes...

Tiene razón. Si alguien puede, es ella. Pero entonces, si lo consigue y Hugo muta... Yo... no podría, de ninguna manera, sacrificarlo. ¡Joder! ¡Vuelvo a estar como antes!

—¿Luna?

—Sí. Estoy aquí. Solamente pensaba... Tengo un problema gordo, Paula, y necesito que me ayudes. Mi vida depende de ello.

—¿Síiii? ¡Dime, por favor! —respondió la antigua muñeca, por primera vez sincera en sus emociones e interesada en la conversación.

—Hay un demonio con el que hice un trato. Ahora me demanda un precio tan caro que no puedo pagarlo.

—¿Qué te ha pedido? —preguntó Paula con un mal presentimiento alojado en el estómago.

—Una vida.

—¿Una cualquiera? —siguió ella a pesar de conocer la respuesta.

—No, una... —se interrumpió Luna al reparar en un sobre blanco encima de la mesa del comedor—. Espera un segundo, Paula.

Se levantó del sofá y fue directa a recoger el sobre. Las manos le temblaron al reconocer la caligrafía de su hermana.

—Oye, Paula... Tengo que dejarte ahora mismo. Me ha surgido algo importante. Cuida de los niños y te llamo más tarde. Quizá mañana, ¿de acuerdo?

—¡Nooooo, Luna! ¡Espera! ¡Dime el nombre del demonio, el nombre del demonio! —gritó ella, pero la conexión ya se había interrumpido.

Luna regresó al sofá con la carta en la mano y miles de miedos en la

otra. Rasgó el sobre y comenzó a leer:

Querida hermana:

Nunca te he entendido bien del todo, ni te he creído. Pero siempre te he querido, de eso puedes estar segura. Sé que Padre, por mucho que nos quisiera a Madre y a mí, tenía parte de su corazón puesto en ti. ¿Por qué te digo esto ahora? Porque sé que lo necesitas. Sé que te sentiste abandonada por él cuando formó una nueva familia y que siempre has tenido la sensación de ser menos importante, menos amada por él.

No es cierto. A nosotras nos quería mucho, sí. Pero a ti te adoraba. Siempre nos estaba hablando de ti. ¡Estaba tan orgulloso! Siempre tuviste un sitio de honor en su corazón y te quiso, te quiso mucho.

Y yo también te he querido a pesar de intuir las cosas horribles que has hecho, haces y seguirás haciendo. Te quiero a pesar de todas esas cosas, hermana.

Recuerdo tus visitas, los juegos contigo... Hiciste de mi infancia una época mágica con tus sorpresas, tus apariciones inesperadas y tu halo de misterio. Yo te llamaba "mi hermana, el hada". ¡Qué poco apropiado!, ¿verdad? Pero así vemos las cosas cuando somos niños...

Y, por eso, porque quiero que vean lo mismo tus hijos, que no se pierdan nada de la magia de esta vida y de su madre, y porque sé que los amas con locura, no puedo

permitir que te entregues a ese asqueroso demonio, que ahora mismo me está contemplando relamiéndose mientras te escribo estas últimas líneas.

Perdóname, hermana, pero me entrego yo a él de modo voluntario. Es lo mejor. Es lo adecuado. Y da sentido a mi vida. Sacrificarme por los que amo, ayudarlos a que tengáis un futuro. Yo ya he vivido suficiente y, sinceramente, estoy cansada. No quiero volver a empezar. Mi alma está vieja y no soporta este joven cuerpo ajeno. Mi conciencia no me permite ya dormir ni sonreír. Ocupo el cuerpo de alguien que está muerto por mi causa. No sería una buena cristiana si continuara con esto.

Debo reparar el mal. Y sólo así lo conseguiré.

Te quiero, Luna.

Debo marchar, Alastor me está reclamando. Sed felices por mí. Vivid por mí. Vivid. Vivid. Vivid.

—¿Qué has hecho, Lidia? ¿Qué has hecho? —preguntó aferrándose a la carta.

Una ola de obscena alegría luchó por salir e inundarla. ¡Su familia al completo estaría a salvo ahora y sus niños podrían recuperar sus partes dañadas! Luna contuvo aquella sucia emoción, impidiendo que creciera dentro de ella. En su lugar, dejó que el amor que sentía por su hermana invadiera su cuerpo. Entonces, los recuerdos se le metieron en los ojos hasta hacerle llorar.

—¿Qué has hecho, Lidia? ¿Qué has hecho? —repitió, abandonándose al llanto en el sofá.

SUSANA (2)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075

Fiesta de Halloween

—¿Así que el Demonio Rojo y el otro vampiro...? —le dijo Susana a la sacerdotisa entre risas mientras juntaba sus dos dedos índice.

—¿Maximilian? ¡Ay, eso espero, Susana! —respondió la otra con un pícaro guiño de ojo—. A ver si “casamos” a este vampiro de una vez y deja atrás todo ese triste pasado...

Susana la miró fijamente.

—Eres genial, Núria. Ya entiendo por qué el Rojo te quiere tanto —dijo la vampiresa súbitamente seria.

—¡Ohhhh! ¿Te lo ha dicho? —preguntó ella, sonrojada.

—A su manera, pero sí... —le confirmó la joven.

—¡Vaya! Bueno... tú tampoco te quedas atrás, ¿eh? —contestó la maga catalana—. Me consta que te aprecia mucho, y que se preocupa mucho por tu seguridad y felicidad.

—Es cierto, sí... Gracias a él, soy lo que soy ahora —confesó Susana con una tímida sonrisa.

—Mira, alguno de los dos se ha arrepentido o dejado algo —señaló la anciana al escuchar el timbre de la Academia—. Voy a ver si les echo un poco la bronca... —añadió riendo.

—Deja, voy yo... —se ofreció la joven—. Así puedes atender a tus futuros estudiantes e intimar un poco con los nuevos socios, ¿no?

—Llevas razón, jovencita. Ve a abrirles y no olvides echarles la bronca de mi parte. Yo voy a conocer a Maestro K y a Nelman...

—De acuerdo. Ahora me reúno con vosotros en el baile de máscaras —dijo la vampiresa—. Ah, y otra cosa...

—¿Qué? —preguntó Núria volviéndose de nuevo hacia ella.

—Nada. Olvidaba solamente esto...

Y la chica se agachó con rapidez sobre ella para obsequiarla con un cálido beso en la mejilla.

—¿Y esto? —preguntó la anciana, acariciándose la zona en la que

sentía el beso, latiendo sobre su piel.

—No sé... ¡Me apetecía! —contestó la joven de Vallecas sonriente—. Voy a abrir, ¡que estos pesados se van a dejar los dedos pegados al timbre!

La catalana asintió feliz, sintiendo el cosquilleo de aquel beso espontáneo, y se reunió con sus flamantes socios, que la seguían con la mirada, deseosos de tener un primer contacto con ella.

Susana la observó una vez más y abrió la puerta dispuesta a interpretar su papel de amiga “regañoña”. La mueca de fingido enfado se transformó en una de sorpresa.

—¡Ohhh, hola! —saludó Susana.

—¿Se puede pasar? Quizá llego un poco tarde... —dijo la recién llegada.

—¡Oh, clarooo! —respondió Susana sin saber qué decir—. Eres una estudiante de la Academia, imagino... —supuso al ver el elegante vestido, la peluca blanca de época y su máscara de zorro.

—Imaginas bien... ¿Y tú eres, perdona? —preguntó la joven—. Es que conozco a la mayoría de los profesores y a ti, en cambio...

—Oh, no soy profesora ni nada por el estilo... Soy una amiga nada más de uno de ellos.

“Interesante...”

—¿De Maxi, quizá?

—No, del Demonio Rojo —respondió Susana con naturalidad.

“Más interesante aún...”

—Sí, lo conozco también.

—Ah, ¿sí? Pero, pasa, pasa... —le invitó la vampiresa—. Ya ha finalizado el discurso inaugural, pero estamos en lo mejor: el baile, así que no te has perdido nada.

—Fantástico —añadió Eva poniendo un pie en la Academia.

—Oye, ¿y de qué conoces al Rojo? —le preguntó la primera mientras avanzaban por el pasillo.

—Bueno, ya te he comentado que soy amiga de varios de los profesores... —respondió la nigromante aireando la mano con despreocupación.

Pero el Rojo no es profesor, o no todavía... ¡Qué extraño!

—¡Oh, cierto! —trató de disimular mientras su cuerpo se ponía en alerta ante varias alarmas de peligro que comenzaron a sonar dentro de ella.

Eva notó cómo ésta se iba separando de ella a medida que se

adentraban a la Academia.

“Huelo tu miedo, colmillitas.”

¿Qué hago? ¿Cómo les aviso o pido socorro? Podría suceder cualquier cosa antes de que ellos pudieran actuar o llegar siquiera hasta aquí para ayudarme.

—Por cierto... ¿Maxi está en su despacho? —preguntó la joven bajo su máscara mientras se detenía frente a la puerta y la cogía del brazo con la excusa.

—No, no está... —respondió Susana, que cada vez se sentía más paralizada por el miedo y por una sensación extraña de angustia.

—Bueno, pues, si me permites... ¿le das esto de mi parte cuando lo veas? —prosiguió la pelirroja aferrada a su brazo.

Susana, incapaz de moverse, musitó un “Vale” y alargó la mano para recibir lo que fuera.

Quizá así se largue enseguida. Me estoy mareando. Estoy aturdida y el mundo empieza a girar demasiado aprisa para mí...

—Bien... En realidad, es para ambos —continuó Eva—, para Maximilian y Zanahorio...

¿Zanahorio?

—Dime...

—Les dices que éste es mi primer regalo para ellos —habló la joven buscando algo bajo sus voluminosas faldas—. Pero que habrá más, ¡muchos más!

—¿Y cuál es? —preguntó Susana aterrorizada.

Trató de moverse y de alejarse de ella, pero los pies se le habían pegado al suelo y sólo consiguió una fuerte oleada de dolor al intentar despegarlos para huir de ella.

—¡Eres Eva, la bruja! —exclamó al fin.

—Muy bien, pequeña aprendiz de vampiro —le dijo ella palmeándole la cara—. Ahora, recuerda mi mensaje: diles que he estado aquí y que ésta es mi primera visita, aunque no la última. ¿Lo recordarás?

—Sssssí —tartamudeó Susana, sintiendo que algo la oprimía.

—Perfecto. Toma entonces...

Y extrajo un extraño objeto de plata que Susana no alcanzó a ver con detenimiento hasta que éste no se incrustó en su estómago y le abrió un boquete imposible. El dolor la desquició por completo y gritó hasta arañarse la garganta.

—¡Cállate, chica! ¡Que no es la primera vez que te mueres! — exclamó Eva mientras contemplaba cómo el boquete se expandía como una plaga por su cuerpo—. Eso sí, será la última. Te he clavado algo letal para los vampiros, mi cóctel explosivo...

Susana dejó de gritar, ya apenas sin fuerza. Eva miró hacia el salón en el que se celebraba la fiesta.

—Bueno, no quiero que pienses que soy descortés —le dijo por última vez—. Me gustaría quedarme a ver cómo mueres, pero éstos que vienen por ahí querrán matarme y es un poco molesto. ¡Recuerda mi mensaje, vampirilla!

Y salió huyendo de la Academia al ver a Maestro K, junto a dos individuos más que no reconoció, acercándose a la carrera. Los tres llegaron hasta Susana mientras Eva desaparecía entre las sombras.

—¿Susana? —preguntó Núria con lágrimas en los ojos, arrodillándose junto a una Susana a la que le quedaban escasos segundos de vida—. ¡Puedo curarte con magia! ¡Dame un momento!

—No creo... —dijo ella cerrando los ojos—. Era Eva, quiere que lo sepáis, que volverá...

—¡Puedo curarte! —gritó la sacerdotisa, ignorando que el agujero ya le había alcanzado el esternón.

—No pued... —gimió ella.

Una última lágrima rodó por su cara tratando de finalizar esa frase que nunca sería completada.

—Mataremos a esa zorra —sentenció Nelman.

Los tres se miraron unos segundos y asintieron. La matarían aunque fuera su último acto en el mundo. El cuerpo de Susana acabó devorado por el voraz agujero hasta desaparecer. Sólo sobrevivió la lágrima, que se había precipitado al suelo antes de que el cuerpo se consumiera. Núria la recogió con cuidado con un captador mágico de gotas y la guardó en un tubito.

—Te vengaremos, Susana —prometió la catalana con el corazón destrozado mirando el tubito, mirando lo único que había quedado de la joven.

ADRIANA (2)

Berlín, jueves 5 de septiembre, 1889

La noche era particularmente oscura. No había estrellas ni luna que iluminaran el cielo y, a esas horas, la mayoría de los humanos descansaban ya en sus hogares, acunados por Morfeo.

—Estamos cerca... —susurró Dolors—. Thelma y Adriana, no os separéis de mí hasta que la avanzadilla dé la orden.

—¡Sí, mamá! —contestaron ellas al unísono mientras intercambiaban un guiño de complicidad.

—¡Estamos de caza, así que dejad vuestros juegos infantiles para otro momento, jovencitas! —las amonestó.

—¡Sí, mamá! —repitieron las dos entre risas ahogadas.

Dolors las barrió con la mirada y siguió adelante, presidiendo el grupo de cazadores.

Seguían siempre el mismo método ante una caza masiva. Solían establecer dos grupos, cada uno de ellos con misiones distintas. El primero, la “avanzadilla”, recorría el espacio de un modo disgregado, de forma que cada integrante parecía un individuo solitario e inofensivo. Todos ellos recogían la información pertinente y la compartían con el segundo grupo de Vetustos a través de sus lazos mentales. Este primer grupo jamás atacaba; sólo reconocía el terreno y, como mucho, se defendía ante posibles ataques. El segundo grupo era el llamado “destructor”, formado por Vetustos cuya misión era aniquilar rápida y silenciosamente a los individuos que constituían una amenaza para ellos.

En este segundo grupo iban Adriana y sus dos hermanas, junto a siete vampiros letales más.

—“Escuchad” —sonó en las mentes de los diez cazadores—. “Ahora mismo han terminado de alimentarse. Los sorprenderéis con la guardia baja y los movimientos más lentos tras la comilona. Veréis enseguida los rastros de sangre y los cuerpos. No son nada cuidadosos. Son sólo seis vampiros inferiores. Alguno de ellos aún apesta a humanidad...”

—Impuros... —escupió Dolors en el suelo sin ocultar su desprecio.

Adriana sintió un pellizco en los sentimientos. Si ni su propia hermana tenía una mente más abierta hacia cualquier ser que no fuera un Vetusto, ¿cómo iba el Consejo a aceptar a Leo en su comunidad?

—“En unos minutos llegarán a Kurfürstendamm^[27].”

—“De acuerdo” —respondió Dolors en nombre del segundo grupo—. “En dos minutos estamos allí. Ya hemos dejado atrás los cadáveres. Ya os vemos. ¡Retiraos!”

Los diez destructores se pusieron en formación de ataque, siempre con Dolors a la cabeza. Unieron sus cerebros para actuar como un único miembro, aunque éste poseyera veinte piernas y otros tantos brazos. No tenían escapatoria. Las seis criaturas serían destruidas sin compasión.

—“¡A cenar!” —les conminó.

Cayeron sobre ellos como la lluvia cae sobre el suelo, implacable y mortífera, mojándolo todo a su paso. Los seis vampiros se revolviéron como animales en un matadero, con el miedo encaramado a los ojos, sabedores de que el hedor de la muerte que les asfixiaba era el suyo propio. Apenas hubo gritos (tampoco tuvieron tiempo), sólo pequeños gorjeos, cantos de cisnes agonizantes que iluminaron el sendero unos segundos.

Los diez Vetustos miraron los cuerpos abiertos del grupo de vampiros parásitos que a punto habían estado de amenazar su estabilidad y paz en Berlín con sus repetidos festines. Luego, intercambiaron sonrisas de orgullo y se dispusieron a limpiar los cuerpos. Nada era más importante para ellos que la discreción, y abandonar ahí seis cuerpos de vampiros abiertos en canal dañaba ese principio.

—¡Vaya! ¡Ahí hay otro! —señaló la pequeña y dulce Thelma, con los colmillos preparados y hambrientos—. ¿No dijo la avanzadilla que eran seis? ¡Pues a ése me lo pido!

—¡Déjame a mí! —exclamó Adriana—. ¡Tú te has comido a uno entero y yo apenas he probado bocado!

—Vaaaaale. Llevas razón —terció ella—. ¿Pero podemos cazarlo juntas como hacíamos antes? ¡Será divertido!

—¡La próxima vez! —gritó mientras daba un salto impresionante hacia el individuo que se acercaba al grupo, ignorando su destino.

Adriana cayó sobre él y ambos fueron a dar al suelo.

—¿Pero qué...? —logró pronunciar el hombre encapuchado.

—¿Leo? —preguntó Adriana, incrédula—. ¿Eres tú, Leo?

—¡Por supuesto que soy yo! ¿No le das la bienvenida a tu amado?

Ella rio nerviosa, oscilando entre la felicidad por la sorpresa y la preocupación por su futuro.

Te matarán, Leo, te matarán. El Consejo no va a dar su arcaico y clasista brazo a torcer.

—En serio, ¿qué haces aquí, mi amor?

—No podía vivir sin ti, Adriana...

—¿Qué diantres está haciendo? —preguntó Dolors sin apartar la vista.

—¿Se lo está comiendo, no? —contestó Thelma sin estar muy segura de ello.

—¡Claro que se lo está comiendo! ¡Pero a besos! ¡Será descarada! —espetó la hermana mayor—. ¡Vosotros, quedaos aquí! Esto es familiar... —les dijo a los siete vampiros, que observaban la escena con cierto placer y asombro.

—¡Atento! Se acercan... —susurró al oído a Leo—. Sígueme besando y trata de hablar lo menos posible o puede que mueras esta noche. Déjame hablar por los dos, por favor, y conseguiremos salvar tu vida.

Al menos, por esta noche...

IANIRE (4)

Madrid, lunes 23 de enero, 1961

—¿Qué coño haces aquí? —le espetó ella con dureza al verlo de pie frente a su puerta—. Creí que ayer te había quedado claro que no quería volver a verte, bastardo de mierda.

—Te esperaba, Iani. Necesito enseñarte algo y no quería entrar sin que tú estuvieras en la casa, y por eso me he quedado aquí fuera hasta que vinieras... —se explicó él con un gesto que casi le hacía parecer desvalido.

Ianire lo miró de arriba abajo.

Lo cierto es que así, con el cuerpo de Diego, me pone como una moto. Está irresistible siempre que lo lleva. Y con esa carita de demonio bueno... Bueno, no pierdo nada por escucharlo y siempre me puedo dar el gustazo de mandarlo a la mierda ochocientas veces más.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando en la calle? —preguntó la joven sin modificar el tono ni el gesto.

—Una hora, más o menos —dijo él mirando al suelo—. ¿Puedo preguntar de dónde vienes?

—No, no puedes —repuso ella.

O sí, ¡qué cojones! Que se joda...

—Vengo de comerme a uno... después de tirármelo unas cuantas veces —enfaticó, disfrutando con la mueca contrariada de éste.

Los ojos de Arioch alzaron el vuelo como un ave herida, dando bandazos hasta encontrarse con los ojos de miel de ella, rodeados de espinas sólo para él.

—Te echo de menos —reconoció él, abandonando el juego del fingimiento mientras le tomaba por sorpresa la mano.

—¿No te has ido con tu zorrita demonio para que te consuele? —le escupió ella, pero su piel ya estaba reaccionando ante su cercanía, su olor y el roce de su piel.

Quería perderse en sus brazos y en su pecho hasta encontrarse de nuevo a sí misma. Se sentía perdida. Sólo la furia le resultaba familiar y por eso se aferraba a ella con desesperación.

—No, no he ido. Le he arrebatado el bebé, NUESTRO BEBÉ, y no volveré a verla nunca más, te lo juro. Para mí era sólo un medio para conseguir nuestro fin, nuestra familia —se explicó él.

—¿Y dónde has estado entonces? ¿Dónde has dormido? —se ablandó ella a su pesar—. Que yo sepa, ya no posees la cabaña porque se la diste a Baal, y sólo tienes ahora este cuerpo además del tuyo...

—En la calle. He dormido en la calle —mintió mirándola a los ojos.

“¿Para qué voy a contarle que he pasado la noche en la Hermandad con los chicos? No me ayuda en nada. En cambio, si apelo a sus sentimientos, si consigo que se compadezca...”

—¿En la calle, eh? —contestó ella sin dejar de analizarlo.

—¿Puedo pasar? Será sólo un momento... —pidió él con la versión más edulcorada de sí mismo que pudo encontrar.

—No, no puedes —respondió ella sobreviviendo al calentón de su cuerpo y a la piedad de su corazón—. Enséñame lo que sea aquí mismo y lárgate, Arioch, o Diego, o como te hagas llamar ahora, Demonio Fornicador de los cojones.

—Creo que aquí llamaríamos un poco la atención —respondió el negrazo mirando a ambos lados de la calle.

—¿Qué es? —sucumbió ella, presa de la curiosidad, y con una parte de su cuerpo gritándole que lo retuviera.

—Pues yo te... —Arioch enmudeció de repente y se dobló de dolor, sin fingimiento.

—¿Qué te sucede? —preguntó su todavía mujer, preocupada esta vez. Se aproximó a él y, dejándose guiar por un impulso, le palpó la frente. Estaba ardiendo.

—¡Joder, Arioch! ¿Qué te pasa?

Él abrió la boca para responderle, pero las palabras quedaron ahogadas por un intenso vómito que bañó los pies de ambos.

—¡Arioch! —exclamó ella, cada vez más inquieta.

—Es nuestra hija... No está conforme con esta situación y me lo está haciendo saber... —consiguió decir él finalmente.

—¿Nuestra hija? ¿Está ahora dentro de ti, aquí con nosotros? ¿Es una niña? —preguntó ella con la esperanza brotándole en el pecho, llenándole de flores el alma.

Arioch trató de incorporarse sin éxito, pero levantó la cabeza y se encontró con los ojos de ella, acariciadores. Ya no había espinas en ellos,

sino capullos en flor.

—Sí, nuestra hija —afirmó.

La ira, la frustración, el dolor por la infidelidad, por la traición y el engaño se deshicieron en segundos dentro de ella ante esas dos palabras: “nuestra hija”.

—¿Cuándo? —preguntó ella nerviosa, borrando de un plumazo todo aquello.

—El sábado. Este sábado —dijo él, levantándose—. La niña está más tranquila. Juraría que estaba haciendo una fogata dentro de mí.

—¿Ah, sí? —sonrió ella sin poder evitar un sentimiento extraño de orgullo.

—Sí, parece de armas tomar, como su madre... —añadió él cogiéndole la mano—. Como tú...

—Pasa —le dijo ella con los ojos sonrientes.

Arioch se tragó su sonrisa y entró tras ella. La niña volvía a estar relajada.

—Siéntate y ahora te traigo un vaso de agua. Seguro que lo necesitas —dijo ella dándole la espalda.

—Pues sí. Estar embarazado es un coñazo. Me duelen los riñones, las piernas se me han hinchado, tengo ganas de orinar todo el tiempo y la cría, en cuanto sucede algo que no le gusta, me arma unas aquí dentro... —se explicó él mientras se acariciaba el vientre.

Ianire regresó a él con un vaso lleno hasta los topes. Él lo tomó agradecido y lo apuró de un único trago.

—¿Puedo...? —preguntó ella con la mano temblorosa, señalando con sus ojos el vientre que albergaba a la pequeña.

—Te daré algo más que eso —contestó el demonio—. Es lo que quería enseñarte, si quieres...

—¡Quiero, quiero! —exclamó ella sin pensar.

—Pero tendré que besarte...

—¿Es un truco para llevarme a la cama? —se detuvo ella.

—Un poco —sonrió él, de un modo tan seductor que Ianire apenas contuvo sus ganas de cabalgarlo en ese mismo instante—. Pero no es sólo que busque tus labios. Es que sólo a través de ellos, si te acuerdas de nuestra luna de miel —le guiñó el ojo sin pudor mientras su mirada bajaba a su sexo—, te puedo mostrar a nuestra pequeña. Ella te contará algunas cosas, y quizá quieras compartirlas conmigo luego...

Ianire fingió que se lo pensaba durante un eterno minuto y asintió a continuación.

—Está bien... Pero eso no significa que te haya perdonado —le dijo ella señalándolo con el dedo.

—Lo sé, lo sé —dijo él ocultando una nueva sonrisa de triunfo.

Ella lo había perdonado y no volvería a echarlo de casa, sólo que ésta aún no lo sabía... Se levantó de la pequeña tumbona y la tomó entre sus brazos. La joven bruja se dejó hacer y sus lenguas se enroscaron de nuevo para contarse lo que habían hecho la una sin la otra en esas horas separadas. Ambos se curaron las heridas a lametazos y sus brazos se buscaron para abrazarse con ternura.

Entonces una imagen entró en la nigromante llenándolo todo, hasta hacer desaparecer el beso. Una niña pequeña, de inmensos ojos transparentes y cabellera negra, jugaba en el suelo de espaldas a ella. Ianire se acercó emocionada.

—¿Qué haces?

—Juego, mami —respondió la niña girándose hacia ella.

—Mami... —repitió Ianire con el corazón lleno de lágrimas—. ¿Y con qué juegas?

—Con esto... —señaló mostrando un pequeño animal muerto.

—¿Y qué haces con eso? —preguntó la madre, turbada.

—Juego a escribir en las paredes con sangre. Es lo que hago, mami... —respondió la pequeña con naturalidad, que tenía la apariencia de unos cuatro o cinco años.

—¿Y para qué haces eso?

—Para matar... —rio ella, como si le hubieran preguntado una solemne tontería.

—¿Cómo?

—Sí, mami. Yo escribo tu nombre aquí en la pared y tú mueres... Es lo que hago, mami.

Ianire retrocedió, impresionada y horrorizada a un tiempo.

—Pero no tengas miedo, mami... No voy a escribir tu nombre... —rio ella, y el sonido de su risa era tan perturbador y letal como el de una serpiente de cascabel antes de atacar.

Ianire la miró un poco más, en silencio, tratando de adivinar algún rasgo de Arioeh en ella, pero sin encontrarlo.

Me recuerda a alguien, ¿pero a quién?

—Mami... —la llamó—. Mi nombre es Judith^[28], no lo olvides, ¿vale? Judith. ¿Me das un abrazo, mami? Porque tienes que irte ya. Papá está a punto de finalizar el beso y tú, esta visión.

—¡Oh, claro! —dijo la mujer abriendo los brazos para esa niña inquietante.

Judith se levantó del suelo y se arrebujó entre sus brazos. Ianire sintió el frío de todos los pecados del mundo contenidos en ella. Tiritó de miedo y la abrazó.

—Te quiero, mami...

—Y yo, hija mía —respondió ella de forma mecánica.

—¿Y bien? —preguntó Arioch.

Éste la miraba lleno de expectación y curiosidad, con la sonrisa ondeando en su boca. Ianire se forzó a sonreír y respondió:

—Es perfecta...

El demonio la abrazó lleno de gozo y ella correspondió a medias.

Una asesina llena de poderes demoníacos que desconozco, eso es lo que vamos a traer al mundo... ¿Podré hacerme con ella o sería mejor matarla?

Arioch cayó al suelo de repente.

—¡Joder, qué dolor! ¡Me acaba de pegar una patada bestial! —se quejó él.

—¿En serio? —preguntó ella.

Tendría que tener cuidado...

—Sí, joder... Oye... Tenemos que conseguir a una mujer para el parto, ¿no?

—Cierto. Tú descansa, que te lo has ganado. Yo me voy a hacer unos recados que había olvidado y voy a “reservar” a la futura parturienta para recogerla el viernes, ¿quieres? —dijo ella mientras hacía planes sobre la marcha—. Duerme un poco. Te hace falta.

—Es cierto —concordó Arioch estirándose en el sofá—. Me siento endemoniadamente cansado —trató de bromear.

—Descansa entonces. Volveré en un par de horas... —sentenció ella antes de desaparecer por la puerta principal.

—¿Qué has visto, Ianire, que no me has querido contar? —se

preguntó en voz alta antes de que el sueño le anulara por completo.

LEO (7)

Madrid, martes 20 de diciembre, 1988

Entré en su cabeza como lo hacen los ladrones: de puntillas y sabiendo que me encontraba en un sitio que no me pertenecía.

—“¿Todo bien por ahí?” —me preguntó con el pensamiento.

—“No sé... Esto está un poco oscuro y huele a...” —respondí dentro de su cabeza.

—“¿A qué?” —quiso saber.

—“A... como cuando se te infecta una herida...”

—“No recuerdo ya ese olor.”

—“Ah, ya... Sigo adentrándome. Ahora trata de relajarte y de pensar en cosas bonitas, por favor. A ver si me iluminas un poco el espacio, que no veo ni torta” —le pedí.

Leo me obedeció al instante y me regaló unas imágenes llenas de amor con una vampiresa rubia llamada Adriana. No pude evitar sonreír al verme invadido por su felicidad en aquella época. Estos recuerdos iluminaron su mente y me cosquillearon la piel. Aguantándome las cosquillas de toda esa alegría, aproveché para ir recogiendo las partes negras, que no eran pocas.

—“No, ¡no te pongas triste, por favor!” —le rogué al ver que la luz comenzaba a bajar en intensidad y que su cerebro se oscurecía ante mí.

—“No puedo evitarlo” —se justificó él—. “Pensar en ella me ha puesto triste.”

—“Está bien. Hagamos una cosa. Cuéntame el recuerdo más bonito que te venga a la cabeza, el que sea. Descríbemelo todo: lo que hacías, dónde estabas, con quién, qué sentías...” —le propuse mientras rogaba por no quedarme dentro de esa oscuridad y que su mente se perdiera de nuevo en una bruma.

—“¿Mi mejor recuerdo?” —dijo él, y la cabeza resplandeció de nuevo —. Mi boda con ella...

—“Cuéntamelo, por favor, y no dejes de pensar ni un segundo en ello, como si me estuvieras contando la historia oralmente. Necesito saber que sigues siendo tú, que no te has perdido, además de la luz por aquí dentro.”

—“De acuerdo. Estábamos en plena efervescencia amorosa, ¿sabes?” —comenzó a relatar mientras yo trataba de ser lo más rápido posible eliminando todo aquello—. “Habíamos logrado escaparnos del Consejo de Vetustos por los pelos. Sí. Habíamos estado a punto de perecer bajo sus manos y de perdernos el uno al otro en la huida, pero lo conseguimos. ¡Lo conseguimos! Nos sentíamos eufóricos y, entonces, aquella noche, sin más testigo que la luna llena ataviada con su mejor vestido de estrellas, me casé con ella. Sin anillo, sin invitados. Sólo la luna y nosotros. Ella ofició nuestro enlace y ahí, bajo su blanca luz, nos juramos amor eterno. ¿Y sabes? Yo lo he cumplido...”

—“¿Y ella?” —pregunté con mi boca-buzón.

La luz se deshizo, pero yo había cumplido con mi tarea tan eficientemente que su cerebro volvía a estar reluciente. Vi varias puertas cerrarse a mi alrededor, como en una construcción de fichas de dominó derrumbándose, y a la tristeza cabalgando sobre la nada frente a ellas. Salí de ahí lleno de culpabilidad y le apreté el brazo para mostrarle mi cariño mientras nos mirábamos sin saber cómo actuar.

—Ella... —respondió Leo—. ¡Quién sabe! No he vuelto a verla ni a sentirla desde su muerte. He tratado de invocar a Caronte y que me lleve a verla, por si está ahí...

—¿Caronte, el de la barca? —interrumpí sin pensarlo.

Era algo que siempre me sucedía cuando el Maestro me permitía ver algún retazo de su pasado. Activaba una curiosidad infinita en mí, más allá de la sorpresa, y las preguntas se me acumulaban en los ojos y en los labios de modo incontenible.

—El mismo —confirmó él con una sonrisa gris.

—¡Vaya! ¿Algún día me contarás esa historia? —pregunté, muerto de la curiosidad. ¿O quizá debería decir “vivo” de la curiosidad? Da igual.

Lo dudo mucho..., pensó él.

—Quién sabe —dijo su boca—. Por cierto... Me ha parecido escuchar risas antes, ¿has venido acompañado?

Había realizado tan requeté bien mi “trabajo de poda” que no había previsto esa pregunta en ese instante. Disimulé como pude, que era como el culo (ya me conocéis), y esboqué una sonrisa de perro sorprendido con medio sofá en la boca.

—Sí... He venido con un amigo...

—¿Amigo, eh? —rio Leo—. Y, dime... ¿tu amigo tiene colmillos o

es mortal?

—Oh, no, no. De mortal, nada. Tiene colmillos, muchos colmillos, un montonazo...

—Tranquilo, chaval, no te pongas nervioso. ¿Te creías que no te iba a pillar o qué?

—Ehhhhh... No sé qué decir —dije bajando la vista hacia el suelo.

—¡Hombre, tendría que ser tonto! Hace tiempo que sé que eres homosexual...

—Ah, sí... —“¡Eso!”— ¿Lo sabías, eh? —pregunté disimulando mi terror a que descubriera lo que acababa de hacer.

—Efectivamente, chaval —me respondió mientras me revolvía los rizos con cariño—. ¿Me lo presentas?

“¡Joder, ¿y ahora qué le digo? ¡Me va a pillar, me va a pillar! Si no es hoy, será otro día, pero me descubre hijo...”

—Ehhhh... No está presentable y es sólo un amigo, ya sabes... Quizá mañana o pasado, si no te importa que se quede un par de días con nosotros —dije a la desesperada.

Ahora me daba cuenta de las lagunas que tenía mi plan de hacer un “Incompleto” sin ser descubierto. Me sentí como un niño que trata de esconder un cachorro bajo la cama creyendo que sus padres jamás lo iban a escuchar, ver u oler. Y yo había sido el niño más tonto del barrio. Me iban a pillar con el perrito mucho antes de poder jugar con él.

Leo me miró fijamente. Traté de ver sus pensamientos, pero ya los tenía bloqueados y a resguardo de mi curiosidad. Las piernas me bailaron un poco. Me apoyé disimuladamente en la pared, como haciéndome el interesante, y entonces él sonrió con una sonrisa de las de verdad.

—De acuerdo. Tienes razón. No es un buen momento ahora. Yo debería acostarme y descansar de esta noche de pesadilla, y tú... bueno, pues disfruta ahora que puedes —añadió guiñándome un ojo.

Asentí, incómodo por haberle mentido y por sus alusiones sexuales al ser lo más parecido que había tenido a un padre, y le dije adiós con la mano sin abrir la boca. Leo se alejó mientras trataba de arrojar luz sobre los agujeros negros de esa noche en su memoria, y yo entré en mi habitación.

La transformación del policía había comenzado. Tenía los ojos en blanco y una saliva de perro rabioso muy poco sexy rodeándole los labios.

—Joder. Es imposible que no me pille... —sentencié al ver cómo el antiguo policía comenzaba su baile de temblores y vómitos.

Había comenzado la fiesta...

ALASTOR (1)

Zaragoza, miércoles 25 de enero, 1961

Envuelto en su traje de invisibilidad, palpó la puerta de madera a la que había llegado rastreando a sus víctimas. Olfateó una vez más y sonrió encantado.

La bruja será la última en morir, pero antes lo harán todos los descendientes de esa cochina fugitiva, para que la bruja lo vea y sufra. No quedará nadie con vida. Nadie. Y, cuando la última gota de la sangre de su familia se haya extinguido, las mezclaré con sus lágrimas y su dolor. La mataré muy lentamente. Así aprenderán a romper un pacto con un demonio.

Su plan consistía en llamar al timbre, aprovechar su invisibilidad para colarse en la casa una vez abierta la puerta, y, a partir de ahí, improvisar. Podría mostrarse visible para sembrar el pánico y cargárselos a todos entre gritos y litros de sangre, o bien permanecer invisible y capturar a sus objetivos sin llamar la atención para llevárselos y comérselos más tarde en casa. El mundo era suyo y no se pondría límites. Se dejaría llevar por el momento, y haría lo que el cuerpo (y el estómago) le pidieran.

Alargó la mano para pulsar el timbre, pero la puerta se abrió de improviso antes de que el dedo llegara a su destino. La joven tras la puerta se quedó paralizada en el umbral.

Juraría que me está viendo, que me está mirando. ¡Pero eso no es posible!

Alastor dudó un par de segundos, los que tardó en expulsar de su cabeza a la confusión, y se dispuso a entrar en el apartamento de un modo u otro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

¿Pero qué cojones?

—Alastor, ¿qué haces aquí? —repitió ella, nadando entre las aguas de la felicidad y las de la preocupación—. ¿Has venido por mí o por los niños de Luna?

—¿Eisheth? —inquirió el demonio, cada vez más confuso.

—¡Joder! ¿Pero en serio no me has reconocido, coño? —se indignó ella—. Yo enseguida he visto que eras tú...

—Joder, ¡porque está claro que tú me ves! Pero yo, con ese cuerpo, ¿cómo iba yo a...? —se detuvo—. ¿Qué coño haces tú aquí? La cría que trajiste el otro día, ¿no será la hija de la bruja?

—Pasa, anda —le invitó ella—. Iba a salir para alimentar a su hermano, el bebé monstruo que está en el piso de al lado, pero que se espere. Después de todo, ya comió el sábado un buen ejemplar y seguro que algo le queda... Entra y no hagas demasiado ruido: la pequeña acaba de dormirse.

Alastor se adentró en el apartamento y siguió a la diosa del sexo con una docilidad inusual en él.

—Siéntate, por favor —le pidió la chica—. Y puedes ponerte en modo visible si quieres. Es muy molesto verte como desteñido.

—Ohhh, claro —respondió él obedeciendo a sus indicaciones.

Las rodillas de ambos se rozaron al sentarse en el sofá. Paula reprimió un gemido y el impulso de abalanzarse sobre él. Se miraron largamente, con el gesto duro los dos, examinándose y decidiendo qué hacer, aunque sus ojos sonreían al ver al otro.

—Entonces, ¿eres la niñera de los críos de la puta bruja? —dijo al fin el demonio.

—Sí —contestó con firmeza ella—. Y, antes, fui la puta niñera de ella en su infancia. Su padre, el Brujo, me apresó hace tiempo y me convirtió en recipiente activo junto a otras dos almas: la de una bruja y la de un estúpido mortal.

—¿Quieres que los mate a todos y que te dé la libertad?

Paula calló unos instantes. La oferta que le había hecho era una estupidez, pero los demonios no siempre eran listos. Aun así, la oferta de él anidó en su corazón: se preocupaba por ella, mataría por ella. Pensó, llena de dolor y furia, que no se podía ser más romántico.

—No, Alastor —negó.

—¿Por qué no? Yo hago lo mío y tú te liberas... —resumió él, recorriéndole con los ojos hambrientos su nuevo cuerpo y esos pechos lactantes.

—Porque Luna me reactivó y, pese a los trabajillos que le hice en la cabeza, no estoy segura de poder seguir con vida si ella muere. Estamos unidas en la vida y en la muerte.

“Y la quiero, pero esto no te lo voy a contar a ti.”

—Comprendo...

Alastor se levantó de golpe del sofá, buscando distancia entre los dos. Paula observó cómo su poderosa espalda brillaba y su *Lucifer* se despertaba perezosamente. El demonio se volvió hacia ella con los ojos llameantes de furia.

—Te largaste de mi cama, de mi casa, sin despedirte —bramó de repente—. ¿Y ahora te encuentro conectada a los mortales a los que he venido a matar? ¿Qué se supone que quieres de mí?

—No puedes matarlos, Alastor —replicó ella con tranquilidad mientras abandonaba también el sofá y se aproximaba a él.

—¿Y por qué no? —gritó.

Las paredes temblaron ante el potente sonido.

—Porque son mi familia y sabes qué significa eso para cualquiera de nosotros. Y, porque si la matas a ella, me matarás a mí también —respondió Paula con la cara pegada a la suya.

—¿Y qué saco yo con todo esto?

—¿A mí? —se ofreció como si no se muriera de ganas por entregarse. Los ojos de él brillaron.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Me fui de tu casa porque mi vida ahora es otra. Estoy más cerca de la mortalidad que de mi esencia demoníaca por culpa de este cuerpo humano. Mis emociones son demasiado humanas. Me aturden, me aniquilan, me duelen y destrozan —habló ella con una sinceridad que brotó imparable, sin esperárselo—. Y tú sigues siendo un puto demonio cabrón... Todo muy descompensado, ¿me sigues?

—No, no te sigo... —mintió él.

—Joder, tío... ¡Que me entró el pánico cuando me di cuenta de que sentía algo por ti y no me da la gana! —gritó ella, arrojando al suelo un jarrón cercano que había en la mesa.

Alastor contempló sus ojos llenos de furia y deseo, y esta vez fue él quien se acercó a ella. Le sujetó con firmeza las muñecas, y buscó su boca para callarla y que lo escuchase ahora a él. Ella se dejó besar, él se dejó besar. Ambos hablaron sin hablar.

—Pues todo claro, ¿no? —le espetó él separándose bruscamente de ella.

—¿Pues no! ¿De qué cojones hablas?

—De que yo seré tu “demonio de la guarda” y el de toda tu familia...

—¿Y eso lo vas a hacer a cambio de...? —preguntó escéptica.

—De ti...

—¿Cómo?

—De usarte, quiero decir...

—¿Cómo una prostituta, un alquiler? —preguntó ella sin ofenderse.

Había sido la madre de la prostitución durante siglos y eso la llenaba de orgullo.

—Sí, algo así —contestó ruborizado—. Yo te cuido a ti y a tu familia, y tú me cuidas a mí.

—¿Sabes que eso se parece más a un matrimonio entre humanos que a un alquiler, verdad? —dijo la muñeca conteniendo a sus labios para que no la delataran con una sonrisa de felicidad.

—Sí, algo así... —contestó el otro bajando la mirada—. ¿Qué me dices?

—No sé, no sé... Es que es todo tan romántico... —bromeó ella, ya con la sonrisa coronando su rostro.

—Joder, tía... Es mi manera de decirte que me gustas, que quiero pasar más tiempo entre tus muslos y tus manos, entre tu lengua... ¿Qué me respondes?

—¡Que te voy a hacer que te corras mil veces seguidas! —exclamó ella tirándose a sus brazos.

Eva lloró. Había despertado de su siesta.

—Ven, tengo una idea. Vayamos a un hotel. No quiero arriesgarme a que Luna se teletransporte sin avisar y nos pille aquí fornicando. Y hay algunas partes de nuestro pacto que quiero repasar a fondo, muy a fondo... —susurró ella.

Su voz llevaba la promesa de horas ilimitadas de placer. Alastor la miró con los ojos teñidos de sensaciones inexplicables y asintió tragando saliva.

—Pues cojo a la niña, porque tardaremos demasiado en volver, y nos vamos.

—¿Y el niño monstruo de antes? —preguntó él con ganas de conocerlo.

—Ya comerá mañana. Hoy quiero comer yo... —contestó Paula acariciando el miembro demoníaco, que comenzaba a adquirir dimensiones imposibles—. Como ésta siga creciendo más, se te va a salir del aura de

invisibilidad y te van a descubrir por el pollón —bromeó ella, feliz.

El hinchó el pecho, orgulloso, y respondió:

—Es mi maldición... la talla extragrande en todo. Venga, vamos, ¡que no voy a poder contenerme! —exclamó pellizcándole las nalgas—. Joder, ¡mira que estás buena también en este cuerpo!

—¿Verdad? ¡Y saco leche de mis pechos! ¡Luego te lo enseño!

Cogió a Eva en brazos y dejaron el apartamento aprisa. Alastor, de nuevo invisible, la seguía por las calles de Zaragoza sin dejar de mirar cómo se movía su culo al caminar.

—Te voy a dejar tullida durante días —le susurró al oído.

—Chisssttt, cállate o te oirá la gente. O peor aún: pensarán que estoy loca —contestó ella en voz baja.

—Lo que tú digas, pero no vas a poder salir de la cama en días —prometió él entre risas.

—Ya veremos quién deja a tullido aquí, aficionadillo...

EVA (7)

Madrid, jueves 21 de diciembre, 1988

Eva, tenemos que vernos.

Te necesito. La he cagado y necesito tu ayuda porque me he metido en un marrón muy gordo. Por favor, acude a mi domicilio esta noche en cuanto oscurezca. Pondré alguna excusa a mi Maestro para no salir de caza con él, pero ven, por favor. Es urgente.

PD: Puedes venir con Alberto si quieres, y tráete

Releyó la nota en voz alta por octava vez y buscó la mirada cómplice de su prometido. Él dibujó una tímida sonrisa, que se perdió entre sus labios fruncidos, y le apretó la mano para infundirle valor.

—¿Estás segura? —preguntó Alberto con la vista fija en la puerta.

—Por supuesto. Él nos ha ayudado a los dos, ¿no? Ahora nos toca a nosotros... —respondió ella, con los ojos igualmente adheridos a la imponente puerta.

—¿Y por qué no llamas entonces?

—Porque tengo miedo, mi amor... —dijo ella cerrando los ojos con fuerza.

—¿A qué?

—A lo que podamos encontrarnos ahí dentro, y a lo que me pida...

—¿Te refieres a la magia negra, verdad? —preguntó Alberto, que temía su respuesta.

No se lo permitiría. Ni por Zana ni por nadie. No volvería a perderla. Eva abrió los ojos y asintió. Los tenía llorosos.

—Tranquila, estoy aquí. Contigo —dijo él tratando de parecer sereno—. Veremos qué sucede y luego decidimos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Eva...

—¿Qué?

—¡Llama de una vez, anda! —exclamó él.

La joven alargó el brazo y un “ding dong” les comunicó que ya no había vuelta atrás. Escucharon unos pasos acelerados al otro lado y mi cara, llena de sangre y ansiedad, se asomó tras la puerta que se abría ante ellos.

—¡Ostras, Zana! ¿Qué has hecho? —preguntó ella, arrimándose a Alberto de forma inconsciente.

—¿Es tuya esa sangre? —preguntó él.

—Soy un vampiro... ¿qué creéis? —repuse fastidiado—. Pero no es humana, no os preocupéis. Leo, mi Maestro, es animariano y estaba comiendo algo de nuestra despensa. He tenido que engañarlo para no salir con él. Pero pasad, por favor, pasad...

Eva se abalanzó hacia mis brazos como un torbellino.

—¿Sabes que ésta es la primera vez que nos vemos de verdad en años, con nuestros cuerpos y mentes íntegramente? —me dijo envuelta en lágrimas.

—Síiiii —respondí alegre a pesar del momento.

Le correspondí en un abrazo que duró millones de vidas y, de pronto, me pareció que el mundo ganaba en colorido y fragancia. Abrazado a ella, me resultaba más fácil imaginar que toda la mierda en la que me había metido podría salir bien, que el Incompleto que habitaba en mi cuarto, a punto de finalizar su conversión, se salvaría de mi metedura de colmillo.

Nos separamos sin ganas, con sonrisas nerviosas, y la pareja entró en mi morada mientras echaban miradas rápidas a todo el espacio. Estaban intranquilos. Eva se abrazó al libro de magia que cargaba en la bolsa mientras recorríamos el largo corredor. Sus cabezas imaginaban un montón de barbaridades y yo trataba de buscar, todavía, las palabras adecuadas para contarles lo sucedido.

Me detuve frente a una pequeña salita de visitas cuya virginidad era indiscutible y les hice un gesto con la mano para que entraran en ella. Los dos se miraron un segundo y se adentraron cogidos de la mano. Los miré con envidia.

“¡Eso era lo que yo quería, lo que yo necesitaba, y a lo que no quiero

renunciar!”

Los tres nos sentamos alrededor de una mesa camilla. Sus ojos estaban puestos en mí y mi ansiedad iba creciendo por momentos.

—¿Y bien? —preguntó Alberto tomando las riendas.

—He convertido a un tío que me gustaba... —dije sin paños calientes.

Ellos me observaron sin comprender el significado de mis palabras.

—¿Eso es malo, membrillo? —preguntó ella—. Quiero decir, ya sé que para convertirlo lo has tenido que matar. Y, claro, esa parte es mala, muy mala —subrayó, mirando a Alberto como una alumna que busca la aprobación del profe cuando está diciendo la “lección”—. Pero, ya que está hecho, ¿no se supone que es bueno que dejes de estar tan solo y tengas un compañero? —Su voz comenzó a animarse—. Yo creo que es bueno, ¿no? Desde Abel, que yo sepa, no has vuelto a estar con nadie...

—Déjale que hable —le pidió Alberto con cariño, acariciándole la mano. “¿Eso es un anillo de compromiso?”—. Me temo que ahora viene la parte negativa... ¿No es así?

—Así es... —asentí—. Sólo los vampiros de cien años o más pueden convertir. Está prohibido, en nuestra sociedad, hacerlo antes de la mayoría de edad vampiriana...

—¿Por qué? —inquirieron ambos al unísono.

—Porque creamos criaturas que, aunque en principio no son peligrosas y se parecen físicamente a nosotros, pueden traer al mundo a criaturas terribles y letales. Si uno de ellos, a los que llamamos “Incompletos”, convirtiera a alguien a su vez, el resultado sería algo abominable, sangriento y mortífero para cualquier forma de vida. Los llamamos “Necandi”. Por eso, se castiga con la pena de muerte tanto al convertido como al conversor.

—Tú —susurró Eva.

Asentí de nuevo con la cabeza.

—Está en mi habitación. Ya he hablado con él de ello. Quería huir cuando se lo he dicho, para que no lo mataran, pero le he convencido con un par de retoques mentales, y nos espera a resguardo en mi dormitorio. ¿Qué proponéis?

—Matémoslo —sugirió la voz de Alberto.

Eva y yo lo miramos sorprendidos. Él se encogió de hombros.

—Soy una buena persona y me gusta pensar que protejo a los inocentes de toda la maldad e injusticia que puedo —se explicó—, pero no

soy una Hermanita de la Caridad. Soy un soldado, y los soldados matamos para defendernos si no hay más remedio. Ese chico ya está muerto, no podemos hacer nada más por él. Matémoslo y sálvate tú, Zana.

—Yo quiero salvarlo —negué con la cabeza, con la rotundidad subrayada en mi voz y en los ojos.

—¿Cómo? —intervino Eva.

—No lo sé... —respondí derrotado—. Como se te ocurra, Eva. Desde realizar un hechizo para que Leo no detecte nunca a Benjamín, o para que lo haga invisible antes sus ojos (o los de todos), hasta impedir de algún modo mágico que pueda convertir a nadie. Quizá esto último sería lo idóneo: arrebatarle la posibilidad de convertir a alguien a su vez. Así, puede que Leo lo aprobase...

—Pues le arrancamos los colmillos y punto... —propuso Alberto, cada vez más incómodo con la situación.

—Ya, claro... ¿Y cómo se alimentaría? ¿Con pajita? —contesté—. Alberto, necesito vuestra ayuda de verdad, no que lo convirtáis en mi mascota. Es importante para mí. Ha sido culpa mía y quiero enmendarlo de algún modo, sin matarlo ni humillarlo. Y también porque lo necesito, lo necesito para seguir viviendo. La soledad se me clavaba demasiado en el pecho. Si me quedo solo de nuevo, enloqueceré...

Te ayudaré, Zana, lo juro, me dijo Eva mentalmente.

Alberto mudó la expresión de su rostro y asintió, comprendiendo.

—Está bien, te ayudaremos —sentenció él—. ¿Serás capaz de mantenerlo oculto hasta mañana a esta misma hora?

—¿Por? —pregunté esperanzado.

—¿Has pensado algo, cielo? —intervino Eva.

—Sí. ¿Crees que podrás entonces?

—Lo intentaré... —contesté entre cientos de dudas y temores.

—Perfecto. Tú hazlo y todo saldrá bien —remató Alberto mientras se levantaba del asiento y me guiñaba un ojo—. Tengo un plan que podría salir bien para todos. Volveremos mañana a esta hora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —respondí, aunque estaba total y absolutamente en desacuerdo. ¿Por qué no podía ver su idea en su cabeza?

—Eva, vamos... Tenemos muchas cosas que preparar para mañana —le dijo el soldado.

—Pues nos vemos mañana, chicos... —dije antes de que se alejaran de mi puerta.

—Volveremos, te lo prometo. No te fallaremos —afirmó solemne mi hermita al ver mi expresión de desesperación.

Nos dimos un último abrazo y los observé alejarse de mí, hasta que sus pensamientos me llegaron débiles y dejé de escucharlos.

—¿Qué has pensado, cielo? —preguntó Eva cuando ya se habían distanciado lo suficiente.

—Vamos a necesitar magia, mucha magia, pero en cuanto lleguemos a casa te lo explico... —contestó el otro con una sonrisa de auténtico ganador.

LEO (8)

Berlín, jueves 5 de septiembre, 1889

El cuchicheo de todos ellos creaba un rumor sordo que recordaba al fluir del agua: constante, preciso y lleno de vida, ininterrumpido. Leo, situado en el lugar honorífico del centro, sentía la mirada de cada uno de ellos posándose sobre él.

¡Qué estúpido he sido! Debería haberle hecho caso. Debería haberla escrito antes y no presentarme de improviso...

Adriana, a unos cien metros de él, lo tranquilizaba con una sonrisa fingidamente serena. Leo correspondió a su sonrisa y esbozó otra sólo para ella.

Una puerta lateral en la sala se abrió con desgana, chirriante y amenazadora. El numeroso público enmudeció ante la visión del imponente vampiro con toga y peluca que acababa de hacer entrada. Los vampiros se levantaron de golpe, sincronizados como en una coreografía ensayada mil veces.

Leo empezó a inquietarse aún más y regresó al amparo de los ojos de su amada. Ésta hizo un gesto rápido de colocarse el índice sobre los labios y miró al frente, rompiendo la conexión ocular entre los dos. Él se sintió huérfano de repente y dirigió sus solitarios ojos al mismo punto que ella: el estrado en el que el juez dictaminaría su sentencia.

—Sentaos, damas y caballeros —habló el juez con voz grave y agradable.

La horda de Vetustos recuperó sus asientos y aguardaron en silencio el comienzo del espectáculo.

—Volvemos a reunirnos aquí esta noche para tomar una decisión sobre la joven Adriana, que ha osado traernos a un Impuro a nuestra comunidad, y sobre el propio Impuro —dijo, proyectando su voz hasta los rincones más ocultos de la sala.

El rumor renació entre el público y un vampiro decrepito alzó la mano.

Todos volvieron la vista hacia él, incluyendo los acusados de traición.

El anciano desdentado estaba sentado junto a otros cuatro vampiros, en una grada lateral colocada sobre una tarima, que los elevaba y destacaba sobre el resto.

—¿Sí, Wilhem? —preguntó el juez mientras tomaba posesión de su silla.

—¿Por qué deberíamos juzgar también al Impuro? ¿Desde cuándo hacemos eso? Juzguemos a la joven Adriana y que la suerte de la criatura impura sea la misma que en los casos anteriores...

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Una vampiresa, de rasgos físicos similares a los de Adriana, pero con grandes ojos verdes y mayor en edad que la primera, levantó a su vez el brazo.

—¿Sí, Dolors? —preguntó el juez—. ¿A qué viene esta intervención tan poco protocolaria? Sólo el Consejo, y yo mismo, participamos activamente en el juicio.

—Mal hecho... —repuso ésta, sorprendiendo a todos con una réplica tan insólita en ella como arriesgada.

—Dejemos que hable... —terció un segundo vampiro del Consejo mientras alzaba su mano y exigía silencio con ella.

—Gracias, amado esposo... —contestó ella, adoptando un rol sumiso acompañado de una leve genuflexión—. Vetustos todos... Este caso es diferente y no lo podemos valorar de igual manera que a los otros.

—¡Sí, claro, porque es tu hermana y no quieres verla morir! —exclamó una voz femenina escondida entre la multitud.

—¡Y, como ella es la esposa de uno de los Cinco del Consejo, conseguirá salvarla a ella y al Impuro! —gritó otra voz, en esa ocasión de hombre.

—¡Traición, traición! ¡Hemos visto morir a algunos de nuestros seres queridos por lo mismo y no los salvaron porque nosotros no teníamos contactos carnales con el Consejo! —gritó una nueva voz.

—¡Traición, traición! —corearon algunos.

El murmullo creció hasta apoderarse de la sala, multiplicándose con su acústica y agujoneando los oídos de Leo. Adriana miraba al frente inmóvil. Sólo sus lágrimas delataban vida o movimiento en su cuerpo.

—¡Silencio! —exclamó el juez, acompañando su grito de un mazazo contundente en la mesa de nogal.

Los vampiros silenciaron de nuevo sus voces.

—Habla —pidió el juez—. He accedido a traer al Impuro a esta sala

porque tu esposo me ha confirmado que tienes una información sobre él que podría cambiarlo todo... Es poco ortodoxo que seas tú quien lo explique, y no el Consejo, pero comprendo que, siendo ella tu hermana —señaló a Adriana—, poseas información de primera mano.

—Así es, mi señor... —contestó Dolors con otra reverencia.

—Posees, desde este instante, dos minutos para realizar tu exposición y convencernos de por qué debemos malgastar nuestro tiempo con el Impuro. Aprovechalos. Después, decidiremos su destino y el de Adriana.

Un nuevo corrillo de murmullos sonó de fondo como música de acompañamiento.

—Os lo agradezco —contestó ella mientras se ponía en pie y dedicaba una sonrisa al Consejo y al propio juez—. Mi hermana Adriana es una gran cazadora, lo sabéis: rápida y letal, y muy valiosa como miembro del grupo “Destructor”.

—No estamos aquí para hablar de ella, o no ahora mismo —irrumpió el juez con el ceño fruncido—. Céntrate en él o irá a las Mazmorras del Sol sin más dilación. Olvida los preámbulos...

—Con todo ello pretendía explicar que, como miembro valioso que es para nuestra comunidad, ella misma ha escogido a un compañero que la iguala en valía.

—¡Traición! ¡No es un Vetusto, no tiene valía! —gritó la voz femenina que se había alzado con anterioridad.

—No lo es... Y, por eso mismo, porque es un vampiro Impuro, pero con más de cuatrocientos años y con la mente incorrupta, se hace un miembro valioso para nosotros.

Adriana miró a su hermana sorprendida y su cara se iluminó con una sonrisa de orgullo.

—¡Eso es imposible! —gritó Wilhem.

—No lo es —rechazó ella—. Ha estado en la pirámide de Tutmés y sólo unos pocos entran en su recinto, como sabéis.

Exclamaciones de sorpresa, admiración o incredulidad volvieron a llenar la sala.

—Esto nos llevaría a solucionar algunos de los problemas de consanguinidad que nos han venido persiguiendo los últimos siglos. Necesitamos nueva sangre para mezclarnos y perpetuar nuestra especie.

—¿Salvarla o matarla, querrás decir? —repitió la misma voz combativa—. Si nos mezclamos, nuestros descendientes ya no serán Vetustos

jamás, sino seres impuros.

—¡A las mazmorras! —gritó un anciano.

—¡Y Adriana también! —exclamó otro.

El juez tornó a hacer uso de su mazo.

—¡Silencio! —gritó—. Tu tiempo ha expirado, Dolors. Es muy interesante lo que comentas de la pirámide de Tutmés. Lamentablemente, lo que afirma nuestro pueblo es cierto: permitirle entrar en nuestra comunidad sería matar a nuestra especie, como una plaga que devora desde dentro a la autóctona. Además, no sabemos qué le hizo exactamente ni sus implicaciones.

—¡Podrías preguntárselo al mismo Tutmés! —interrumpió Adriana sin contenerse—. Podrías viajar a Londres y recabar información...

—¡Jovencita! —le reprochó el vampiro—. Las acusadas de traición no hablan, y tu juicio aún está por llegar.

Ella bajó la cabeza. Nuevas lágrimas asomaron bajo sus párpados cerrados.

Estamos perdidos, ¡estamos perdidos! Tutmés, mentiroso... cuando te agarre, verás. ¡Me dijiste que Adriana y yo estaríamos juntos! ¡Cómo no sea en el Infierno!

—De acuerdo... si el Consejo está conforme con mi decisión, éste es mi veredicto... —habló el juez una vez más—. El Impuro será confinado en nuestros calabozos mientras tú, Dolors, irás a Londres a conseguir toda la información pertinente, acompañada de dos de los nuestros. A tu regreso, decidiremos qué hacer.

Dolors aceptó agachando la cabeza.

—Y tú, Adriana... —la señaló—. Correrás la misma suerte que él, sea la que sea. Mientras aguardemos las nuevas de Londres, tú también ocuparás un calabozo. Ya veremos si te exoneramos de la traición o no.

El juez observó al Consejo. Todos ellos le dieron su aprobación con asentimientos de cabeza.

—Entonces, si no hay nueva información, éste es mi veredicto. Levantamos la sesión hasta el regreso de Dolors y sus dos acompañantes. Podéis retiraros... Soldados, custodiad a nuestros nuevos invitados y guiadlos hasta los calabozos.

Cuatro vampiros salieron de la marabunta de no-muertos que ya había comenzado a abandonar el lugar, y se colocaron a ambos lados de Leo y de Adriana.

—Lo siento. Te quiero... —musitó ella cuando se sintieron más próximos.

—Y yo, perdóname —respondió él—. Pero saldremos de ésta, lo verás. Tutmés me lo dijo —dijo, tratando de sonar convencido.

—Andando y chitón —los amenazó uno de los guardas.

—Lo haremos, sí... —repitió ella, tragándose las ganas de girarse y cargarse a esos imbéciles.

Pero no podía, o sus hermanas pagarían caro su osadía. Calló y se limitó a recorrer, junto a su amado, el recorrido impuesto por esos estúpidos vampiros. Ya les haría pagar por aquello... Sus ojos sonrieron.

MAXIMILIAM (1)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075

Fiesta de Halloween

—Entoncesssss... —dijo él, arrastrando una “s” que me acarició la cara y el alma—. ¿Prefieres que demos un paseo, que entremos a un pub cercano o que vayamos a algún sitio más íntimo?

El pulso se me aceleró. Sus ojos azules corrompieron la oscuridad de la noche y mi escasa seguridad. Me concentré en seguir caminando, en no tropezarme con mis propios pies mientras trataba de poner orden y silencio en la jauría de mi cerebro.

—Rojo... —susurró.

Su palabra recorrió mi cuerpo como una corriente eléctrica que lo erizaba y despertaba todo a su paso. No soportaría demasiado así. Su cercanía, su mirada, su contacto, su voz...

—Quizá sea mejor algo intermedio —respondí al fin, deteniéndome en mitad de la acera—. No me parece una buena idea lo del plan “íntimo”, en un pub no podríamos hablar a gusto y, la verdad, tampoco me veo capaz de conversar (o escucharte) y caminar a la vez. Me aturdes demasiado... —reconocí con naturalidad.

Maximiliam el Dulce rio ante mi confesión. Su risa sonó a agua corriendo en un río, a flores abriéndose, a vida... a la que me había quitado y que parecía dispuesto a devolverme.

—¿Entonces? —me preguntó paciente.

—Entremos en ese parque —señalé al otro lado de la calle—. Sentémonos en un banco y hablemos lo que debamos hablar mientras nos miramos a la cara.

Él mostró su conformidad con un ligero movimiento de cabeza.

—Eso sí, Maxi... —le advertí, atreviéndome a tocarle el brazo aun a riesgo de dejarme los colmillos en el suelo—. Nada de modulación de voces, ¿eh? Sólo tú y yo. Yo no entro ahí —señalé su frente—, y tu voz no me hace guarradas, ¿de acuerdo?

—¿Guarradas? —repitió atónito con los ojos sonrientes.

—¡Sí, guarradas! Ya sabes: manosearme, soplarme, acariciarme por dentro hasta que mis neuronas se vayan de acampada a mis tierras bajas y yo me quede sin habla —respondí mientras levantaba mi cabeza en una pose que reclamaba mi dignidad perdida y que hizo que él rompiera a reír escandalosamente.

Lo miré con el ceño fruncido y un mohín en los labios, pero mi boca enseguida se unió a sus risas.

—Está bien, lo prometo... ¡Que me muera ahora mismo si no cumplo...! —bromeó él con lágrimas en los ojos—. No, ya en serio. Nada de modulaciones ni caricias acústicas, palabra de vampiro —añadió colocando su mano sobre el corazón.

—Así me gusta. No voy a negar esta atracción ni la química bestial que sentimos. Sería estúpido hacerlo... —le dije poniéndome serio—. Pero tampoco voy a negar que tu huida me rompió el corazón. Y todos estos días sin saber de ti... Me has hecho daño, Maxi, y no quiero que me vuelva a ocurrir. No quiero. No confío en ti y no sé si voy a poder o querer hacerlo —rematé, por fin como quería yo.

Vaya. Si tú supieras mis razones...

Una ráfaga de viento helado nos envolvió. Las risas de unos jóvenes disfrazados de monstruos nos sorprendieron a ambos. Pasaron ruidosamente junto a nosotros mientras juzgaban nuestros trajes entre ojeadas rápidas y cruzaron la calle hacia el parque para proseguir su particular fiesta de *Halloween* en forma de botellón. Maximilian los miró con la nostalgia anidada en la mirada.

—Parecen tan vivos... —musitó él sin dejar de observarlos.

—Están tan vivos... —corregí yo.

Nuestros ojos se abrazaron en la tristeza y supe que me podría contar la historia más estúpida del mundo, que yo fingiría creérmela sólo por sentirme vivo de nuevo. Junto a él. Por él. Con él.

Nos inclinamos a un mismo tiempo, como solamente ocurre cuando la magia se apodera de todo y se erige directora de orquesta en un concierto de dos para dos. Mis labios rozaron temblorosos los suyos. Tenía miedo de volver a perder el sentido ante su roce, de perder la razón para siempre; de perderme en él y no encontrar después nada que fuera mío, de no reconocerme.

Su boca se entreabrió para mí, donde me aguardaba su lengua, cálida y hogareña, para darme la bienvenida. Mis piernas flojearon ante su avance.

Maximilian me sujetó, poderoso, mientras su pensamiento me suplicaba que no me separara de él, que sólo así podría mostrarse ante mí, compartir sus dolores, sus dudas, sus miedos... y sus sentimientos por mí.

Dolor y placer unidos en un intercambio de lenguas que se buscaban con frenesí, llenas de preguntas que ninguno podía responder. El beso duró lo que dura el amor: segundos o toda una vida. ¡Vete a saber! Pero fue húmedo, dulce y duro como un día de lluvia, que me caló hasta el alma y me dejó vacío y pleno a un tiempo. Un beso- tortura. Eso fue. Un encuentro en el que nuestras tristezas se desnudaron, tímidas, hasta mostrarse del todo y fundirse en una sola.

Me zafé de él, incapaz de tolerar por más tiempo la intensidad dolorosa de aquello. Nos miramos con lágrimas en los ojos.

—¿Es cierto todo lo que he visto? —pregunté estúpidamente. Claro que era cierto.

Él peleó con su propia lengua y consiguió responder:

—Sí.

—¿Y por qué has vuelto entonces? —pregunté otra vez.

—Ya lo sabes...

—No —negué con la cabeza.

—Sí. Te quiero —dijo él.

—Pero... lo que he visto... no puede ser.

—Es mi destino —replicó él con tristeza.

—No quiero que mueras —susurré con la voz agujereada.

—Ya lo estoy.

—Tú ya me entiendes —repliqué.

—Sí —dijo subiendo los hombros—. Pero también lo estaría si no hubiera regresado, ¿no? Prefiero sentir... —respondió con convencimiento.

—¿Cómo ocurrirá? —volví a preguntar.

—No lo sé, pero, oye... Quizá no tenga nada que ver contigo, sino con una posible descomposición de mi cerebro. Ya empiezo a sentir algunos efectos, ¿sabes? Pese a que los ralentizo con hechizos, es imparable...

—Sí, sé de qué me hablas —musité con el nombre de Leo desgarrándome la garganta—. ¿Y Tutmés?

—Ya no hace esos trabajos, me han comentado, desde que algo salió mal. Además, se rumorea que lleva unas décadas algo... —añadió haciendo girar el dedo índice alrededor de su sien—. Supongo que hasta las divinidades acaban enloqueciendo. No es sano existir en este mundo tantos

siglos.

—¿Entonces lo que he visto...?

—Sí, serás tú el que...

—No es posible. Yo... no te mataría —me defendí, aturdido—. ¿Qué me ocultas? ¿Qué hay tras ese altillo cerrado en tu cabeza?

—Algo que yo no debería haber sabido nunca, algo que Eva me mostró y que tú no puedes, no debes ver.

—Ese “algo”... ¿fue por lo que quisisteis matarme? ¿Por lo que Eva te enseñó?

—Sí —contestó Maximilian el Lacónico bajando la mirada.

—¡Pero podría ser una manipulación de ella para conseguir que me mataseis! —exclamé con miedo de mí mismo.

—No lo era. La Profecía... —enmudeció.

“¡Ya estamos con las Profecías!”

—¿De verdad... tú morirás bajo mis manos? —repetí.

—Sí.

—Vete entonces, por favor. Aléjate de mí —le rogué.

—Ya lo hice y no funcionó —repuso él mientras me acariciaba la mano.

—Vuelve a hacerlo —le dije antes de darme la vuelta y alejarme de él.

—¡Pero ésta es mi decisión! —me gritó él cogiéndome del brazo con violencia.

—¡Y ésta es la mía! —le grité yo a su vez, mostrándole mis colmillos llenos de odio—. ¡No morirás por mi culpa! ¡Nadie más morirá por mi culpa!

—¡Eva se sacrificó por ti en su día! —vociferó, haciendo que detuviera mi huida en seco.

—¿Qué has dicho? —dije en un susurro mientras me giraba para encontrarme con sus ojos azules.

No debería haber dicho eso, ¡no debería haber dicho eso!

—Pero lo has dicho... ¡habla! —respondí furioso ante su pensamiento.

—No puedo. Sólo te pido que hagas que su sacrificio haya valido la pena, que sigas conmigo... —me rogó él.

Lo miré unos segundos. No mentía tampoco en esta ocasión. Sentía la furia y el desconcierto bailando dentro de mí. Yo, el empático, el que debería verlo y saberlo todo, no sabía una mierda de lo que pasaba con Eva y la

Profecía, pero todos los demás parecían saberlo.

Negué, lleno de rabia, y chillé:

—¡Aléjate de mí entonces! ¡No quiero más muertes sobre mi conciencia!

Corrí hacia la Academia con el corazón vomitando tristeza. Había decidido renunciar a él para salvarle la vida y no cambiaría de idea.

No.

Maximilian el Veloz aceleró el paso para alcanzarme, pero todo quedó suspendido en cuanto nos aproximamos al edificio. La cólera y el dolor de mis socios se me enredaron en la cabeza mucho antes de atravesar el umbral.

—Susana... —murmuré.

Maximilian cerró los ojos e inspiró. También él había percibido el olor pegajoso de la muerte y escuchaba las voces al otro lado de la pared. Nos miramos, formando equipo de nuevo, y abrimos la puerta a un tiempo.

—Ha sido Eva —escupió Núria a modo de saludo, con el rostro descompuesto.

Asentí. Su olor inconfundible aún flotaba en el aire.

—La mataremos —dijeron al unísono Maestro K y Nelman.

—Lo haré yo —repliqué—. Con o sin Profecía, pero lo haré yo. Lo juro.

YO (11)

Madrid, jueves 21 de diciembre, 1988

—¿Ya me he muerto? —preguntó el policía—. Porque me siento como si lo hubiera hecho cien veces.

—Sí, creo. O deberías, vamos... porque ya has cumplido de sobra las horas de transformación, y llevas un rato sin vomitar ni temblar —respondí observando la vomitera sobre el suelo y la cama, que me recordó a la mía, no hacía tanto tiempo.

—Oye...

—Dime, Benjamín.

—¿Ya no podré ser poli nunca más, verdad? —me preguntó con la mirada triste.

—Lo siento... —me disculpé, con mis ojos evitando a los suyos.

—Mírame —exigió mientras se sentaba en la cama.

Lo hice. Me topé con unos ojos que mendigaban consuelo y unas explicaciones que yo no podía darle al margen de mi enajenación mental, de mi egoísmo al dejarme llevar por la soledad, por el vacío emocional. ¿Cómo le iba a decir todo eso a un hombre que jamás había pedido ser aquello en lo que yo acababa de convertirlo?

—Pero, a cambio, eres inmortal. —*Todos los vampiros decimos constantemente esta mentira.* —Y serás cazador...

—¿Saldremos de caza? —preguntó con el rostro más animado.

—Cada maldita noche de nuestras vidas —respondí con una sonrisa.

—Bueno, no está mal... —reconoció él.

—Y podrás ser libre conmigo, en todos los aspectos que imagines. Ohhh, sí, en eso que estás pensando, también. Podrás hacerlo, podremos hacerlo... —añadí con una sonrisa a la vez que mis mejillas se ruborizaban.

Su cara también enrojeció. Por unos instantes, dejamos de ser unos auténticos extraños y, allí, cogiéndonos con pudor de las manos, nos reconocimos en la sonrisa del otro, en los ojos del otro. Ahí, por un segundo, llegué a amarlo.

—¿Y vamos a ir hoy de caza? —dijo el poli, asesinando la magia del

silencio que nos había acariciado con sus manos invisibles.

—Buenoooo, la idea era traerte a escondidas algo de la alacena. Ya sabes, para que mi Maestro no te vea. Se supone que mañana mis amigos solucionarán este problemilla y podrás salir libremente —me expliqué eligiendo con cuidado cada palabra.

No quería darle demasiada información y que volviera a planear su huida. Empezaba a sentirme como un secuestrador, como un gusano miserable, cada vez que alteraba sus reacciones cerebrales.

—¿Entonces no podemos cazar hoy? —repitió decepcionado.

—¡Joder! ¿Y por qué no? —exclamé—. Quizá es más fácil que no te descubran si estamos fuera en lugar de dentro...

—¡Sííí! —gritó con la emoción de un niño brincando sobre la cama.

—¿Qué es todo este griterío? ¿Y este olor? —interrumpió la voz de Leo, que acababa de abrir la puerta de mi dormitorio y asomaba la cabeza por el umbral.

¡Mierda! ¿Cómo he podido olvidarme de echar el pestillo?

—Hoo... Hola, Leo —tartamudeé.

—¿Qué has hecho? —preguntó, cerrando la puerta tras de sí después de observar a mi convertido y los charcos que lo rodeaban.

¿Por qué has cerrado la puerta, Leo?

—Está enfermo... —mentí en plan patético.

—Los vampiros no enfermamos —respondió él mientras llegaba hasta mí de dos zancadas y me cruzaba la cara.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, con la mano sobre el bofetón que me había llevado por imbécil.

—¿Por qué lo has hecho tú? ¿POR QUÉ? —vociferó él con los ojos inyectados en sangre.

Estaba fuera de sí, colérico y decepcionado conmigo. Pero, en aquel momento, yo era como un adolescente pillado con las manos en la masa: mentiría hasta la muerte, aun con las evidencias ante sus narices.

—Yo no he sido... —repetí cerrando los ojos a la espera de otro sopapo bien merecido.

—¡Chaval! ¿Por qué lo has hecho? —preguntó de nuevo mientras trataba de contener su cólera.

Se lo estoy poniendo muy difícil, pero... ¿qué le voy a decir?, ¿que me sentía solo?

Benjamín observaba la escena inmóvil y en silencio, intuyendo el

peligro pero en guardia.

—Estaba así cuando me lo encontré... —dije mirando al suelo, tratando de esquivar tanto los charcos de vómito como la mirada de Leo.

—¿Cómo? ¿Vampirizado? —preguntó él dibujando en el aire otra futura hostia sobre mi cara.

—Sí... —dije, sobrepasando los niveles de patetismo posibles en este mundo (y en los restantes, seguramente)—. No podía dejarlo ahí, herido, y que se muriera...

Entonces Leo hizo algo impredecible: suspiró, me miró con una sonrisa derrotada, y respondió:

—Está bien... No te preocupes.

Lo miré asombrado. ¡Ni en un millón de años podría haberse tragado todas estas mierdas que le estaba soltando! Traté de meterme en su cabeza para ver qué estaba maquinando, pero ésta estaba fundida en negro. O bien su cabeza volvía a fallar o se estaba protegiendo de mi voyeurismo.

—¿Puedo? —se dirigió en esta ocasión a mi convertido, ignorándome a mí.

Benjamín asintió, cada vez más nervioso, preguntándose si, en caso necesario, podría dar alcance al arma que llevaba en la chaqueta.

Leo se sentó junto a él, siempre sonriente, y alargó las manos hacia su cara con suavidad. Apoyó sus dedos bajo los ojos para inspeccionarle las pupilas y asintió con satisfacción.

—Muy bien, tranquilos. Aún estamos a tiempo —nos dijo mirándonos alternativamente a ambos.

—¿Ah, sí? —pregunté, cada vez más perdido, sin comprender que jamás volvería a ser más estúpido que en aquel momento.

—Sí, aguardad un instante. Ahora regreso con vosotros...

Mi convertido y yo nos miramos con curiosidad mientras Leo abandonaba la estancia.

—¿No decías que ya me había transformado? —preguntó él con un millón de dudas y preguntas en la cabeza, todas juntas en manifestación ruidosa.

—Eso creía yo por lo que me había contado en las clases, pero igual hay un modo de deshacer una metamorfosis vampírica, ¡yo qué sé!

—¿Y si ya me había hecho a la idea de ser vampiro y quedarme contigo? —preguntó tanteando opciones.

—¡Sería maravilloso! —exclamé y mis ojos brillaron—. Le

explicaremos, cuando vuelva, que Eva y Alberto tienen un plan y que no será necesario que... —detuve mi discurso ante la expectación de la puerta abriéndose de nuevo.

—Ya estoy aquí —anunció sin necesidad, escondiendo sus intenciones tras una sonrisa que no supe interpretar.

—Oye, Leo. Mira, que te he mentado un poquito, pero... —confesé ante una inquietud que empezaba a paralizar mis músculos.

—¿Ah, sí? ¿En qué me has mentado? —preguntó él con sus ojos serenos clavados en los míos.

—¡Pues en que no estaba así cuando me lo encontré! En que fue cosa mía, pero se puede arreglar porque Eva y Alb...

Mis palabras murieron en el aire al ver cómo Leo, con una velocidad que reservaba para los momentos de caza, se acercaba al policía y le clavaba una estaca de madera en el corazón. Benjamín abrió los ojos, como queriendo aferrarse al mundo a través de ellos, y posó su mirada moribunda en mí.

—¿Por qué? —balbuceó antes de que su cuerpo se transformara y consumiera en una nube de polvo.

Volví el rostro hacia Leo y repetí las últimas palabras del policía en un intento estéril de controlarme:

—¿Por qué?

—Era un Incompleto y su creación está penalizada, ya lo sabes. Si lo mataba de inmediato, tú no morirías. Y yo estoy aquí para asegurarme de que haces lo correcto, para protegerte y que no te desvíes de tu camino —me dijo él mientras se agachaba para recoger la estaca asesina que yacía en la cama entre los restos mortales.

Observé la estaca hostil entre sus manos. En un extremo de ésta había un curioso grabado con el nombre de Selene. Yo ya había visto ese nombre en su cabeza, en pequeños recuerdos... Me enfrenté a sus ojos de avellana, que me miraban con una confusa mezcla de ternura y desolación, y la rabia se apoderó de mí.

—Lo siento —remató, como si con eso se arreglara todo, mientras se encogía de hombros.

—¡No lo sientes, mentiroso! —grité, con la rabia convertida en lágrimas—. ¡Alberto y Eva iban a arreglarlo para que pudiéramos estar juntos y tú lo has estropeado!

—Eso no puede ser... —se defendió él—. Chaval, yo sólo busco lo mejor para ti.

—¿Lo mejor? —grité una vez más—. ¡Y una mierda! ¡Me has engañado! ¡Has oscurecido tu mente para poder matarlo delante de mis propias narices! ¡Hijo de puta!

Y con la cólera ardiendo en mis colmillos, totalmente descontrolado, me abalancé sobre él y le desgarré el cuello. Él no lo vio venir, o quizá no supo (no quiso) defenderse. Me solté de él, horrorizado, al sentirlo inerte en el suelo, rodeado de un charco de sangre y con aquel enorme agujero en su garganta. El sabor de su plasma me quemó la lengua como si fuera ácido.

—Leo... —susurré.

Pero mi Maestro no respondió.

No se movió.

Su mente continuaba negra.

Mi estómago se rebeló contra mí y a punto estuve de expulsarlo al ver mis manos llenas de la vida de Leo. Tenía que irme de ahí, tenía que marcharme enseguida...

Lo había matado. Había matado a mi Maestro y yo me había convertido en un monstruo. La Profecía se había cumplido. Con los ojos deshechos en lágrimas de vergüenza, escapé de aquella casa que había sido mi hogar y mi escuela, con las palabras de Leo retumbándome en la cabeza: “La Profecía es clara en una única cosa: en que os mantengamos alejados. Se ahorrarán muchas muertes y sufrimiento en el futuro simplemente con que no estéis unidos. Si lo hacéis, si unís vuestras oscuridades en una, el monstruo despertará de verdad, se alimentará de vosotros y de cuantos encuentre a vuestro alrededor, crecerá y se desatará un verdadero infierno.”

Ahora lo veía claro: el monstruo era yo y había abierto las mismas puertas del Infierno. Corrí hacia la casa de Eva en busca de consuelo y paz, aunque supiera que no era digno de ello. Yo... yo había asesinado a mi Maestro.

PAULA (6)

Zaragoza, miércoles 25 de enero, 1961

—¿Y cuándo se lo vas a decir? —le preguntó él, enroscado en las toscas sábanas del hotel.

—Decir, ¿qué? —repuso ella sin comprender.

—¡Joder, Eisheth! Tendrás que decirle a Luna algo sobre nosotros, ¿no?

—¿Pero qué coño me estás contando? ¿En plan presentación de la familia y eso, como una parejita de humanos subnormales? —se carcajeó ella, quitándole la sábana de un tirón para recrearse de nuevo en su anatomía —. ¡Ni por todos los penes del Inframundo!

—¡Eres imposible, tía! Algo tendrás que decirle sobre nosotros... Después de todo, ella tenía una deuda conmigo, ¿no?

—Sí, claro. Pero, como tú bien me has contado, ésta habría quedado ya saldada con la vida de Lidia, la hermana que te has cargado. Tú mismo le permitiste escribir aquella carta y, a estas horas, ya debe de haberla leído. Así que ella únicamente sabrá que su hermana está muerta. Chimpún. Deuda pagada.

—Esa parte es correcta, de acuerdo. ¿Pero cómo vas a justificar que estés viéndote con el demonio que ha matado a su hermana, y que podría habérsela llevado a ella y a sus cachorros?

—De ningún modo... —replicó ella abandonando el cálido lecho.

—¿Cómo?

Alastor abandonó su postura y se incorporó en la cama hasta quedar sentado para poder admirar el nuevo cuerpo desnudo de Eisheth.

—Pues... —comenzó ella revolviendo en el minibar en busca de alcohol—, muy sencillo: no va a saberlo. No me conviene.

Alastor la miró con cierta ternura y condescendencia, como se mira a un niño que ha dicho una mentira tan inverosímil e increíble que ningún adulto la tendría en consideración.

—¿Qué? —preguntó ésta, entre desafiante y exasperada al ver la

mueca del demonio.

—Pues que es una nigromante, hostias, y se dará cuenta de inmediato. Sentirá mi olor en tu piel. Me conoce, me teme, me reconocerá en ti enseguida. Y, entonces, quizá no quiera preguntarte antes de... —arguyó él.

—Interesante... —afirmó Paula mientras se acercaba al catre con dos pequeñas botellas de whisky barato—. ¿Qué sugieres? Te escucho...

A ver qué tienes que decirme, maldito demonio manipulador...

—Díselo, pero díselo sacando partido de ello. Ensálzate delante de ella, asegúrate de quedar como la heroína, de que sienta que te debe algo... —se explicó él a la vez que deslizaba sus garras por el interior de los muslos femeninos.

Paula lo miró llena de admiración y lujuria. Su espalda se arqueó involuntariamente ante su contacto y contrajo los músculos de su vagina, que lloraba su ausencia.

—Ajá... Quieres decir que le cuente que Lidia escapó para que tenga una esperanza de encontrarla y, a su vez, miedo por incumplir el pacto... ¡Maravilloso! —subrayó ella abriendo las piernas ante el avance de sus zarpas.

Alastor observó el espectáculo: la piel de gallina de ella, su sexo humedeciéndose para iniciar un nuevo diálogo con él. Paula se colocó sobre sus caderas ronroneando, tocándose los pechos maternos para él, acariciándose a sí misma como las cuerdas de un guitarra que arrancara acordes sólo para sus oídos. Él sonrió, dejando al descubierto sus colmillos. Ella lo deseó más que nunca: fuerte, poderoso, temible, inteligente y gran follador. Su amante perfecto, su compañero de vida, su todo...

¡Mierda! Esta alegría en el pecho sólo puede ser una cosa. ¡Me he enamorado de verdad!

—Ven aquí, mujerzuela... —gimió él, muriéndose por sentir su humedad caliente—. Eso es...

—Y, cuando Luna crea que está todo perdido... —prosiguió ella en su fantasía mientras iniciaba un paseo tranquilo y profundo sobre él que no llegaba a ser trote—. Le diré que hice un trato contigo, que me he sacrificado por ella y por los pequeños, y que ya no tiene que temer nada.

—Eso es... —gimió Alastor ante el ritmo creciente de ella.

—Y, con la tontería, mis viajes al Averno quedarán más que justificados. No se podrá negar —continuó, cada vez más entusiasmada y rápida en un alegre trote—. Entre mis hipotéticos pagos carnales para

contigo, y tratar de conseguir una pierna para la niña y un nuevo cuerpo para el monstruito... Me perdonará mis posibles incorrecciones pasadas.

—¡Síiiii! —chilló la criatura ante los movimientos pélvicos de ella, que lo arrastraban una y otra vez más allá del placer.

—¡Sííí! —gritó ella imprimiendo más velocidad.

Ahora era una yegua desbocada que corría libre por la pradera, veloz y ligera. El sol le acariciaba la piel hasta convertirla en fuego. Entonces sintió cómo sus entrañas ardían llenas de él y de ella, fundidos en lava.

—Pequeña... —jadeó él—. Eres mejor que cualquiera de mis matanzas más sangrientas. Cuánto placer... —la miró anonadado, reverenciándola.

—No me digas esas cosas tan románticas ni bonitas, jodido... —bromeó ella, disimulando su emoción.

—Me encantas... —remató él con un beso sorprendentemente tierno en la palma de su mano.

Paula se quedó congelada en el sitio. El amor se le quedó cruzado en el pecho hasta dolerle.

No sé si podré soportar esto, si sabré amarlo o ser amada. Quizá debería matarlo, no sé...

—¿Eisheth? —preguntó Alastor mosqueado, haciendo el gesto de salirse de ella ante su dura expresión.

—Per..., perdona... Debo habituarme a este cuerpo humano lleno de hormonas. Es una mierda estar en el cuerpo de una madre con un bebé lactante —se justificó ella.

—Si tú lo dices... Oye, lo de la cría, quizá hablando con la Hermandad, podamos solucionarlo. Al niño me gustaría verlo... ¿Me lo enseñas?

Paula lo desmontó con fingida frialdad y dibujó un “sí” con la cabeza.

—Y tengo que darle de comer al bicho también. ¿Cazamos algo de vuelta a mi casa y se lo llevamos? Así lo podrás verlo mientras come. Tengo entendido que es todo un espectáculo... —rió ella.

—¿No lo has visto?

—No mucho... Suelo dejarle la comida en el umbral de la puerta y me largo. Pero hoy entraremos. ¿Tú podías congelar con las manos, no? —preguntó ella.

—¡Qué va! Yo puedo quemar con ellas, pero eso de congelar... ¡ya me gustaría! —exclamó él.

—Bueno, pues le suelto un hechizo y va que chuta. Venga, vamos a cazar y volvamos rápido. Tengo la impresión de que Luna no tardará demasiado en aparecerse por aquí...

LUNA (6)

Zaragoza, miércoles 25 de enero, 1961

—Volvemos a estar aquí —dijo en voz alta sin poder contener su sonrisa, delante del apartamento de Lidia—. Esta vez, para llevaros conmigo a casa de verdad...

Sacó de nuevo la llave del bolso, tal y como había hecho dos días atrás, y abrió la puerta de un hogar que también lloraba la ausencia de su propietaria.

Nunca te volveré a ver, hermana, lo sé, porque jamás me perdonarías si tratara de recuperarte de entre los muertos...

Los ojos se le empañaron y trastabilló de la emoción.

El día anterior la carta casi le había costado la vida. Después de leerla, el dolor fue abriéndose paso en ella y terminó por inundarlo todo: sus pensamientos, sus sentimientos, su propio ser. Lloró y lloró cada lágrima acumulada a lo largo de su dilatada existencia, pero, del mismo modo que el agua estancada, ésta no sirvió para limpiar su corazón ni su pena. Más bien al contrario, pues era agua maloliente, contaminada, que se le pegó a las paredes del alma hasta debilitarla y dejarla medio muerta. Su propio cerebro había estado a punto de ahogarse ante las sucias y ardientes olas, que quemaban como lava.

Había llorado casi veinticuatro horas.

Seguidas.

Hasta secarse, hasta desfallecer de agotamiento e inanición. Veinticuatro horas sin comer ni beber, sin descansar ni dormir.

Ya no tenía más familia que a sus pequeños y a Paula.

Paula... no sé si eres la solución a mis problemas con Ianire o un problema más..., pensó antes de perder la consciencia.

Segundos, minutos u horas más tarde, abrió los ojos y supo que debía

hacer algo, que ya no podía posponerlo más. Obligaría a Paula a matar a Ianire y luego la desconectaría para siempre. Ya no podía permitirse cometer más errores ni perderse más tiempo de la vida de sus hijos. Se teletransportaría de inmediato a Zaragoza y se los llevaría con ella, como tenía que haber sido desde el inicio.

¡Lo lamento tanto, Lidia!

Se levantó del sofá, pero su cabeza y su cuerpo protestaron de debilidad y cayó al suelo. A rastras y con las rodillas ensangrentadas, logró llegar a la sala de rituales. Se alzó agarrándose a los muebles y estanterías, e ingirió un poderosísimo elixir de vigor y juventud que guardaba como oro en paño para emergencias. Esto lo era.

Sólo entonces el cuerpo volvió a responderle. Sabía que tendría que alimentarse de un feto o un ser joven en breve o su organismo no aguantaría mucho más, pero decidió retrasarlo hasta su regreso a casa con los pequeños. El elixir sería suficiente para ir y volver a Zaragoza.

Cerró los ojos, inspiró y se teletransportó con la facilidad habitual en ella. No comprendía por qué les resultaba tan difícil a otras nigromantes...

Abrió los ojos y sonrió al verse delante de la puerta.

Recorrió el pasillo inquieta. La casa volvía a presentarse solitaria y abandonada, aunque los olores de varios cuerpos todavía invadían el espacio.

Han debido de irse hace un par de horas escasas. Cogeré a Hugo, que me espera congelado mi pobrecito, y nos marcharemos en cuanto llegue Paula con Eva...

Deambuló por el piso para hacer tiempo hasta que el mordisco del miedo en las entrañas detuvo su paseo.

—No puede ser... —musitó.

Olisqueó el aire, prestando más atención esa segunda vez, y sintió que la sangre abandonaba su cerebro. Se dejó caer al suelo, impactada, y negó una y otra vez con la cabeza.

—No puede ser. Alastor, ¡no...! ¡Mi hija! ¡Paula! —gritó.

Nuevas lágrimas negras acudieron a sus ojos, aún no recuperados de un luto que la perseguiría de por vida, y se incorporó, temerosa pero dispuesta a comprobar si ese puto demonio también se había llevado a su Hugo.

¡Te mataré! Ingeriré todas las almas y pociones del mundo hasta fortalecerme y te mataré con mis propias manos, ¡hijo de puta!

Corrió con desesperación al apartamento vecino. Abrió la puerta con el acostumbrado “Aperi te” y el hedor acudió a saludarla sin tardanza.

¿Cómo es posible que huelas aún peor que hace dos días?

Avanzó por el oscuro pasillo sintiendo cómo la pestilencia empezaba a hacerse física y se adhería a sus ojos y fosas nasales. El corazón enloqueció dentro de su pecho, golpeándose como un demente contra las paredes, pero Luna se obligó a seguir aun a riesgo de que éste se quebrara.

Sus pasos se fueron tornando cada vez más cortos y lentos, con esa lentitud del que se sabe perdedor. Se frotó los ojos una vez para liberarse del picor esclavo que sentía en ellos. Se los frotó una segunda, por si éstos se convertían en una lámpara mágica con genio incluido y transformaban aquella terrible visión en una estúpida fantasía. Pero todo fue en balde.

Observó el salón desde la entrada, incapaz de entrar en él. Sus piernas parecían haberse quedado clavadas a la madera. En el suelo, en el mismo punto en el que había dejado a Huguito congelado, yacía un pequeño y hermoso bebé que reconoció como suyo. Forzó a sus piernas de plomo a caminar con ella y se adentró en el salón boquiabierto. El pequeño que había llevado nueve meses en su interior estaba muerto, con evidentes síntomas de malnutrición y deshidratación. Su gesto contraído le susurró un dolor inhumano para aquel niño inocente. Había muerto llorando, hambriento y solo.

Luna se arrodilló junto a él, lo cogió entre sus brazos y lo acunó con amor. Estaba momificado. Apartó la vista, llena de dolor, y lo enterró entre unos pechos que jamás lo habían amamantado. El cerebro crujió dentro de ella, un crujido con el que el mundo había perdido su sentido y la bruja, su cordura.

Volvió a mirar al bebé con una tímida sonrisa, que rápidamente se transformó en carcajadas desquiciadas.

—¡Mi hijo, mi hijo! —gritó entre risas.

Lo dejó caer al suelo y se mesó los cabellos con fuerza hasta arrancárselos. Éstos llovían, empapados en sangre, sobre el cuerpo congelado de Hugo mientras ella bailaba una danza enajenada y delirante.

Volvió a mirarlo y decidió que debía darle su toma. Se arrancó la ropa a tirones hasta quedar completamente desnuda, cogió al niño en brazos sin cesar de reír y de gritar palabras ininteligibles, y reanudó su baile de risas,

palabrotas y movimientos obscenos.

En ello andaba cuando sus ojos se encontraron con la entrada (o salida) del salón. Se aferró con desesperación al cadáver y salió corriendo como una loca del apartamento.

Y así, desnuda, perdida y con el niño en brazos, llegó a la calle...

YO (12)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075

Fiesta de Halloween

—Vayamos a darle caza ahora mismo —sugirió Nelman mientras daba unos toquecitos impacientes a su inseparable mochila.

—Aguarda un momento... —intervino Maestro K.

Todos lo miramos con curiosidad. Un plan comenzaba a formarse dentro de su mente. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—No me gusta —respondí.

Él se encogió de hombros y musitó un despectivo “Tú mismo”.

—¿Podéis decirnos de qué se trata? —preguntó la sacerdotisa.

—Se le ha ocurrido la maravillosa idea de ponerte a ti de cebo, Núria, para que Eva regrese —le dije mirándola a los ojos—. Pero, de ninguna manera, arriesgaré tu vida ni la de nadie más.

Maximilian el Discreto humilló la mirada y me regaló una caricia mental seguida de un “No te preocupes. No nos sucederá nada.”

—Bueno... —dijo ella—. Si lo piensas un poco, quizá no sea tan mala idea. Después de todo, yo sé protegerme muy bien. Y no creo que ella busque tu muerte directa, o ya habría ido a por ti...

—¿Ah, no? —se sorprendió K—. ¿En serio lo crees? Porque fue ella quien nos contrató para eliminarlo, además de a un demonio del sueño.

—Sí, Ametxar... Y casi muero de no ser por la piedra protectora de Maiu —confirmé—. Tanto con el demonio como con los deberes que me pusieron en la Academia, casi acabo siendo “vampirillo a la brasa”... —añadí echándole una mirada asesina al traidor de K.

—No, no... ¡Tiene razón! —exclamó Maxi—. Cuando vino a nosotros, es cierto que nos mostró algo de ti tan relevante como para convencernos de aceptar el encargo, pero, no sé... Siempre he tenido la impresión de que no buscaba tanto tu muerte como tu dolor.

—¿Mi dolor? —repetí, perplejo.

—Piensa que ella y yo ya nos conocíamos de antes y, bueno, en ese

tiempo dejó caer alguna referencia sobre ti...

¡Estos dos han estado liados!, me gritaron los celos, *¡Maximiliam el Multisexual! ¡Será cabrón...!*

—Creo que se estaba preparando para el momento adecuado —prosiguió él, ajeno a mi “ataque de cuernos”.

—¿El momento adecuado, para qué? —intervino Núria, que no resistió a la curiosidad.

—El momento adecuado para arrebatártelo todo —continuó Maximiliam el Observador—, que es de lo que ella te acusaba a ti: de habérselo quitado todo. Creo que quería despojarte de tu sensación de seguridad, de tu paz y de cada una de las personas u objetos por los que mostrases afecto. Ahora estoy convencido de que busca dejarte muerto en vida (si eso es posible para nosotros), que sufras más con tu existencia que con tu muerte hasta que ya no lo soportes.

—¡Quería verme sufrir, no matarme...! —resumí innecesariamente para obligar a mi cerebro a digerir cada una de esas afiladas palabras—. ¡Y por eso ha matado a Susana! ¿Y, aun así, queréis que usemos a Núria de cebo? ¡Por todos los santos colmillos! ¡De ninguna manera! ¿Pero sabéis qué? ¡Le voy a estropear su plan! Seré yo quien la encuentre a ella. Entonces, la obligaré a mirarme a la cara y, antes de matarla, haré que me diga todo aquello que nunca me ha dicho. ¡Eso haré! —exclamé con el corazón lloroso y los ojos secos.

Los demás intercambiaron un cruce de miradas que se asemejaron a una partida de billar y, finalmente, todos ellos acabaron en mí con repetidos asentimientos de cabeza. Yo era la bola negra, la que decidía la partida.

—Está bien. Tú mandas —expresó K, recogiendo el parecer de todos mientras me ofrecía una mano sincera.

Dudé unos segundos y, por fin, se la estreché.

“Gracias”, me dijo con el pensamiento, “Lo lamento de veras. Yo...”

Coloqué mi mano libre sobre nuestro apretón de manos y le sonreí con cariño.

—De acuerdo. Todo olvidado...

—¿Entonces, qué será? ¿Colgantes de rastreo? ¿Búsqueda mental? —preguntó Nelman, ansioso por contribuir a la caza, a la vez que abría su mochila repleta de armas y artilugios de rastreo.

—Eso no será posible... —negó Maximiliam.

—¿Por? —quiso saber Núria.

—Tiene un escudo protector muy poderoso. Ni siquiera el Profesor podía llegar a ella mediante los rastreos mágicos habituales —expliqué yo adelantándome a él. Ya me estaba cansando de que todos explicaran sus teorías y yo fuera el pringado de turno al que todos daban clase...

—¿Magia negra de nivel superior, eh? —preguntó la maga retóricamente.

—Así es... ¡Ni siquiera nos dimos cuenta de ello! —se lamentó K—. Tiene que ser increíblemente poderosa si ninguno lo notamos.

—Eso complica las cosas... —dictaminó ella—. ¿Y tú, Leyenda, no la puedes seguir a través de tus poderes?

—¡Qué va! Hace tiempo que ella cortó nuestro..., no sé cómo llamarlo..., ¿cordón umbilical? No puedo ver sus pensamientos, ni presentirla o seguirla como a otros. Su cabeza es un búnker de alta seguridad para mí —respondí con un bajón de puta madre.

¿Cómo te voy a vengar así, Susana? ¿Cómo podré protegeros a los demás si ella puede venir en cualquier momento y tratar de mataros uno a uno? ¿Cómo les voy a expresar todos estos miedos en voz alta?

—Podemos invocarla... Si la magia negra es su compañera, nada nos dice que no podamos atraerla por la fuerza como a los demonios, obligarla a acudir a nosotros... —sugirió la anciana con una sonrisa de triunfo en los labios.

—¡Buena idea! —exclamaron Maxi y K.

Nelman, ajeno a nosotros, comenzó a extraer varios aparatos extraños de su mochila, cual Mary Poppins, e instaló con ellos un pequeño fuerte sobre la mesa del despacho.

—¿Qué es eso? —preguntamos todos a un tiempo.

—Mi equipo de rastreo —contestó enarcando una ceja y sacudiendo la trenza, como era habitual en él—. No podemos rastrearla a ella, ¿verdad?

—Verdad... —dijimos algunos.

—¡Pues no lo hagamos! ¡Rastremos su hogar y cacémosla ahí mismo! ¡Jamás se lo esperará! —exclamó lleno de júbilo—. Seamos una manada de leones. Te acompañaremos como apoyo, pero sólo tú atacarás, Demonio rojo. ¿Qué opináis? —nos preguntó buscando nuestras miradas.

Los labios de todos nosotros se curvaron con timidez.

—¡Hagámoslo, sí! —exclamó Maximilian el Optimista.

—¡Genial! —añadió Nelman mientras se remangaba los puños y chorreras de la camisa—. Si tuvieras algún objeto relacionado con ella... —

prosiguió, dirigiéndose de nuevo a mí—, sería coser y cantar. En una hora, podríamos estar ya en su casa.

—¿En serio? —preguntó Núria, acercándose al “campamento base” que se había creado sobre la mesa, cada vez más interesada en esas innovadoras técnicas de rastreo.

—¿Leyenda? ¿Tienes algo?

Yo negué con la cabeza, más por incomodidad que como respuesta. No quería desprenderme de ella ni que ellos lo supieran.

—Es importante... —dijo K—. No te juzgaremos...

¡Y una mierda! No lo haréis en voz alta, pero vuestros juicios, dentro de vuestras mentes, me acuchillarán y acosarán... Pero, si no os lo entrego, podríamos tardar horas en dar con Eva. ¡Me cago en todos los crucifijos del mundo!

—Tomad... —dije al fin.

Evitando sus miradas, me desaté de la muñeca la “pulsera de la amistad” que Eva me había hecho en el orfanato. Cerré los ojos, sintiéndome desnudo sin ella, y les di la espalda. Aquello era humillante. Acababan de reparar en que yo no lo había superado, que siempre la querría, aunque fuera muerta...

ARIOCH (3)

Madrid, sábado 28 de enero, 1961

—¡AHHHHHHHHHHHHHHHHH! ¡Me cago en Satanás, Belcebú, Lucifer y en todos mis primos! —gritó el demonio mientras abría sus poderosos muslos plumíferos de manera inconsciente—. ¡Ianire! ¡La niña ya viene! ¡Trae a la mortal ahora mismo! ¡YAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

Arioch se dobló de dolor en la cama, mordiendo con furia las sábanas. Ianire lo observó un segundo con un pellizco de envidia y diversión.

—¡CORREEEEEEE o esta puta cría intentará salir a través de mi pene! AHHHHHHHHHHHHH —aulló de nuevo ante una segunda contracción, más intensa que la anterior—. ¡Y llama a Baal, por todos los demonios!

Ianire se puso en marcha decidiendo que cambiaba su sentimiento de envidia por el de alivio. Su marido, el terrible y guerrero demonio de la Venganza, lloraba como una chiquilla en la cama, así que, quizá, tampoco se perdía gran cosa.

Bajó hasta las mazmorras casi volando y se detuvo ante la visión de la mujer.

—¡Vaya! Te cazamos ayer y mira qué desmejorada estás en solamente un día... —le dijo con una mirada reprobatoria—. Espero que soportes el parto o te desmembraré a pedacitos, muy poco a poco, para hacértelo pagar.

La mujer tembló en la celda y se separó de los barrotes buscando la protección del frío ladrillo de la pared.

—Pero yo... —dijo ella en un hilo de voz apenas audible.

—¿Tú, qué? —quiso saber la viuda Negra mientras abría la celda mágica con el contacto de sus manos.

—No estoy embarazada... —susurró la mujer desnuda, cada vez más nerviosa, mirándose su abdomen liso.

—No te preocupes por eso, mujer. Enseguida lo arreglamos —le explicó Ianire con una sonrisa de víbora.

—¿Qué me vais a hacer? —lloriqueó ella, con la mente aún embotada y confusa.

Se recordaba a sí misma saliendo de la frutería el día anterior. Miró al cielo, donde brillaba un sol débil que apenas llegaba para calentar las sonrisas, y notó una fuerte sensación de peligro chirriando dentro de ella, como cuando hueles el humo aun sin ver el fuego. Se giró y se encontró de frente con una preciosa mujer de cabellos castaños y ojos de miel, y una piel hecha de nieve que contrastaba con la del enorme acompañante negro que iba a su vera.

Mientras pensaba en que nunca había visto a un negro de cerca, al igual que le sucedía con las jirafas o los elefantes, sintió que algo le perforaba el pecho, como un pequeño agujonazo junto al corazón. La vista se le emborrachó en milésimas de segundo y acertó a ver una carrera de manzanas, naranjas y plátanos por el suelo antes de que todo se oscureciera.

Su siguiente recuerdo fue despertarse, unas horas después, temblando de frío y con la lengua convertida en un estropajo seco. Abrió los ojos y, por un segundo, creyó que se había quedado ciega. Entonces reparó en un tímido punto de luz al fondo de la habitación, que no llegaba siquiera a iluminar la oscuridad. Se arrastró por el suelo de cemento hasta golpearse con unos barrotes de hierro.

¡Estaba en una prisión!

Se abrazó a sí misma, tiritando de frío, miedo y hambre, y se percató de que estaba desnuda. Su mente se revolvió ante el pánico y de su boca surgió un alarido desesperado. El punto de luz pronto se convirtió en una rendija, y ésta en una puerta abierta por la que hizo aparición la insólita pareja de la frutería.

El imponente hombre negro iluminó el espacio con varias lámparas de gas y velas. La mujer, al ver las mazmorras, deseó haber seguido en la oscuridad. Deseó que se fueran y la dejaran en paz.

—¿Qué queréis de mí? ¿Vais a violarme? —preguntó ella entre mocos y llantos.

—No —respondió el negrazo.

—Entonces, ¿por qué me habéis quitado la ropa?

—Será más rápido así cuando llegue el momento —volvió a responder él al tiempo que se acariciaba la tripa.

—¿El momento?

—Ya lo entenderás... —intervino la mujer de ojos dulces y sonrisa salvaje—. Toma, come... —añadió mientras le arrojaba a la cara un bocadillo de panceta—. Ahora que tienes suficiente luz, podrás ver un grifo instalado en una de las paredes de tu celda... por si tienes sed. También verás un camastro con mantas. No queremos que te resfríes o enfermes. Aquí hay mucha humedad y tu salud es muy importante para nosotros...

—¿No... vais a matarme? —inquirió ella, dubitativa.

—Hoy no —contestó la mujer de voz suave y fría—. Descansa. Mañana será el gran día.

—Ha llegado el gran día, tu momento... —sonrió la nigromante como un áspid a punto de saltar sobre su víctima mientras entraba en la celda y la apresaba entre sus garras.

—¿Voy a morir? —preguntó la joven.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Ianire a su vez, mirándola a los ojos.

—Encarni —respondió ella con los ojos borrachos de lágrimas.

—Querida Encarni... Hoy vas a realizar el acto más supremo del ser humano: vas a ayudar a traer una vida a este mundo —le explicó Ianire, ya fuera de los calabozos, con dulces palabras envenenadas—. Lamentablemente, para ello tú tendrás que morir. Pero, alégrate, porque tu sacrificio no será en vano: la vida de ella valdrá más que la tuya. Morirás haciendo algo importante: la traerás a ella, a mi pequeña...

—¿Qué? ¿Sois una secta o algo así? —preguntó la mujer incubadora sin poder amarrar su lengua.

Ianire la miró con odio y le abofeteó la cara.

—¡Basta de cháchara! Mi marido nos espera para que lo sustituyas. ¡Andando! —exclamó, con las uñas hundiéndose despiadadas en sus brazos mientras la mujer era arrastrada por las escaleras de acceso a la vivienda.

—¡No! —se revolvió ella, que presentía a la Muerte revoloteando a su

alrededor, dispuesta a invitarla a su danza.

Ianire se giró impaciente y le asestó un puñetazo que la dejó inconsciente. Cargó con ella en brazos y subió como pudo las escaleras hasta el dormitorio, donde Ariocho rabiaba de dolor.

—¿Dónde estabas, cabroOOOOOOONAAAAAAA?

—¡Ya voy! ¡Perdona! Deja que me concentre un segundo, por favor, para invocar al demonio usurero ése que tienes como colega.

—DIOOOOOOOOOSSSSSSSS.

Ianire lo miró con sorpresa. Jamás se habría imaginado a un demonio nombrando a Dios cuando le doliera algo. Claro que tampoco se imaginaba la escena de un futuro marido asediado por las contracciones de un parto inminente...

Cerró los ojos, tomó aire y recitó:

—Yo te invoco, Baal. Ven a mí.

ZI KIA KANPA

ZI ANNA KANPA

ZI DINGIR KIA KANPA

ZI DINGIR ANNA KANPA

Óyeme, Baal.

Ven a mí por los Poderes de la Palabra, Baal

¡Y contesta mi oración urgente!

ZI KIA KANPA

ZI ANNA KANPA

¡Espíritu de la Tierra, recuerda!

¡Espíritu del Cielo, recuerda!

ZI DINGIR KIA KANPA

ZI DINGIR ANNA KANPA

El demonio tricéfalo de patas de araña invadió el espacio. Miró en derredor y sus tres cabezas rieron, maullaron y croaron al unísono.

—¡Este espectáculo es impagable! —se jactó al ver a su amigo al borde del colapso parteril.

—Te matoooooooooooooooooooooo —gritó Ariocho, preparando en su mente una venganza cruenta y despiadada para su amigo.

—Tranquilo, tranquilo... Que ahora hago mi parte. ¡Qué prisas, coño!

Ni que estuvieras de parto...

Ianire y Ariocho lo fulminaron con la mirada mientras el otro paseaba sus patas velludas por el dormitorio, ajeno a todo.

—¿Ésta es la humana que me llevo? —preguntó, interesado en la mujer que yacía en el suelo desnuda—. Parece poca cosa.

—No creas... Es combativa —replicó la nigromante—. Te la despierto y verás —añadió mientras derramaba sobre la cara de aquélla un vaso de agua.

La mujer abrió la boca y los ojos de inmediato, y la protesta murió ahogada ante la visión terrorífica de un monstruo sobre ella, híbrido de varios bichos, que la miraba relamiéndose. El monstruo apoyó una de sus patas peludas de araña en su tripa y otra en la del hombre negro que no dejaba de aullar y retorcerse en la cama como poseído.

—PERMUTATE^[29] —dijo la horrible cosa desde la cabeza humana.

Entonces ella sintió un dolor profundo en el vientre, como si la abrieran con un cuchillo desde dentro, como si la pelaran como un plátano.

“Como un plátano...”, se dijo reparando en la ironía. Iba a morir en breve por su antojo de plátanos.

Ianire y Ariocho, ya recuperado y levantado del lecho, se acercaron a las piernas abiertas de la mujer, nerviosos ante la llegada de su hija.

—¡Empujaaaaa! —gritaron los dos.

Ella obedeció, más por instinto que por la orden. Un llanto infantil alegró los oídos de la pareja. Acogieron a la pequeña que, cubierta de sangre, se lamía las manitas con evidente placer.

—Es preciosa... —señaló Ianire, arrobada—. ¡Y parece tan especial e inteligente!

—Sí —contestó Ariocho, henchido de orgullo—. Observa cómo nos estudia desde esos enormes ojazos abiertos. Es perfecta...

—Lo es —corroboró la nigromante—. Pero le falta un dedo en la mano, ¿no?

—¡Ohhh! ¡Cierto! —exclamó contrariado el otro mientras analizaba la pequeña manita derecha de sólo cuatro dedos—. Pero sigue siendo perfecta...

—Síiii —asintió la nueva mamá.

Acunó a la pequeña en brazos, se miraron con los ojos emocionados y

se fundieron en un beso lleno de ternura.

—¡Joder, qué asco dais! —irrumpió Baal—. Os dejo antes de que os pongáis a vomitar corazoncitos, ¿vale? Me llevo lo mío. ¡Nos vemos, Arioeh! —se despidió el demonio intruso.

El demonio alado le despidió con un movimiento de cabeza y contempló cómo éste apresaba a la mujer tendida en el suelo con varias de sus patas.

—¡Por favor, no! —gimió ella, con los ojos desorbitados por el terror, mientras Baal la alzaba en el aire y desaparecían los dos de este mundo.

El matrimonio observó la escena sonriente.

—¡Demonios! —fingió gruñir Ianire, llena de alegría desbordante.

—Mírala, nuestra hijita... —dijo el padre una vez más.

En un lugar de Londres, en el subsuelo, en un sitio oscuro cercano a un lago cantarín y a una pirámide mágica, una divinidad vampírica maldecía aquel nacimiento.

—La Profecía sigue su camino. Debo contrarrestarla...

PAULA (7)

Zaragoza, miércoles 25 de enero, 1961

—¿Qué vas a hacerme? ¿Qué quieres de mí? —preguntó el muchacho, asustado, tratando de zafarse de una fuerza invisible que lo mantenía sujeto y lo llevaba en volandas tras la chica de ojos castaños.

—Nadie te ve, así que puedes revolverte todo lo que quieras —replicó ella entre risas.

—Pero sí pueden oírlo —advirtió Alastor—. ¿Quieres que le arranque la lengua o algo para que se calle de una puta vez?

—Haz lo que quieras, pero que se calle... —dijo Paula girándose hacia su demonio favorito—. Estamos a punto de entrar en el portal y los vecinos se pasan de cotillas, así que asegúrate de que no arme ningún escándalo...

—No, no... ¡No me arranquéis nada, por favor! ¡No haré más ruido! —imploró con desesperación el joven, envuelto en el aura demoníaca que lo invisibilizaba también a él.

—¿Puedo igualmente, porfi? —rogó el demonio.

—¡No más golosinas por hoy! —replicó la otra con tono de madre cabreada.

—¡Jo, Eisheth! ¡Sólo un poco! —lloriqueó él.

—Pero únicamente si vuelve a abrir la boca, ¿de acuerdo? Si no, le dejaremos el ejemplar entero para que el monstruito vea que está sin “abrir” —explicó ella—. Ahora, chisssttt hasta que entremos en el ascensor.

—¿Qué sucede? —preguntó Alastor dentro del elevador al ver a Paula olfateando el aire con el entrecejo fruncido.

—¿No lo hueles? —le espetó ella.

El demonio dejó de mirar a su presa y puso más atención.

—¡La puta bruja ha estado aquí! —exclamó él.

Ella le lanzó una mirada reprobatoria y habló:

—Sí, hace una hora o más menos... ¿No te dije que vendría? ¡Es tan predecible como el comportamiento del sol! ¡Menos mal que he tenido la prudencia de llevarte a ese hotel...! ¡Y no llames “puta bruja” a Luna, por favor!

—¡Pffffff! —se burló el otro ante lo que consideró un síntoma de debilidad.

—¿Qué? —se encaró Paula.

—Nada, nada... “Tu” Luna se ha ido hace cuarenta minutos, para ser más exactos —dictaminó cambiando de tema. Su experiencia con el género femenino le decía que tenerlas cabreadas no ayudaba demasiado a la hora de tener sexo con ellas, de modo que optó por desviar la atención.

—Buen olfato... —apuntó ella sonriente, que había comprendido la jugada pero prefirió callar: le venía bien no tener que justificar su amor por una humana—. Pero es extraño, no sé. Tengo una mala sensación...

—¿Extraño, por qué?

—La conozco... ¿Por qué iba a teletransportarse hasta aquí para irse luego con las manos vacías? ¡Ni siquiera ha tratado de contactar conmigo! —Paula cabeceó repetidas veces—. No sé, algo no me cuadra. Irse sin intentar ver a Eva ni buscarme...

—Es una humana, ¡vete a saber! —exclamó el otro—. Quizá haya ido de compras para hacer tiempo y vuelva en un rato...

Paula lo miró con desprecio, que poco a poco se fue convirtiendo en asentimiento.

—¡Seguro que es eso! ¡Habrás ido a cazar alguna alma para recuperarse del viaje y poder regresar! —exclamó Paula, cuya voz se vio solapada por la señal acústica del ascensor—. ¡Y tú, calladito! —le amenazó una vez más al joven antes de salir al rellano.

Alastor comenzó a silbar.

—¿Alastor?

—¿Qué?

—¿Qué le has hecho? ¿Por qué no responde?

—Eh... se ha desmayado.

—Sí, ¿pero por qué?

—Buenoooo, me lo he comido un poquito... —reconoció el enorme demonio jugueteando con sus pies en una arena invisible.

Paula negó, incrédula, y se acercó a él.

—Déjame verlo.

—No...

—¡Déjame verlo!

—De acuerdo, ¡pero promete que no te vas a enfadar! —dijo el otro, todavía con sus musculosos brazos rodeando el cuerpo del humano.

—¡Te prometo que te voy a calzar una hostia si no me lo enseñas ahora mismo! —gritó ella, olvidándose por un momento de los vecinos y de sus orejas entrenadas.

—Está bien... —claudicó el demonio.

Éste apartó los brazos, dejando a la vista el cuerpo descabezado del joven.

—¡Alastor! —le reprendió entre divertida y enfadada—. ¿No habíamos quedado en que era una caza para el niño monstruo, no para ti?

—Tienes razón... Pero no he podido contenerme, ¿qué quieres? Lo tenía entre mis brazos, con ese olorcito, y me han dado ganas de morderle un poquito...

—Ya veo —respondió ella—. Si te digo la verdad, a mí me pasa lo mismo con el pan desde que estoy en este cuerpo. Nunca me aguanto las ganas y acabo comiéndome el currusco antes de llegar a casa.

—¡Exacto! ¡Pues yo me he comido el cuscurro, pero el resto de la barra se la damos al crío! —exclamó el demonio mientras salía del ascensor, seguido por Paula.

Ésta, que se había encaminado al apartamento de Lidia para dejar a Eva fuera de peligro, detuvo su avance al sentir una extraña inquietud adhiriéndose a su piel como una lapa. Con lentitud, bajó la mano en la que llevaba las llaves y giró la cabeza hacia la puerta contigua.

¡Mierda! ¡Está abierta!

—Mira, Alastor —consiguió decir en un susurro mientras señalaba la puerta abierta.

—Ya lo veo... ¿Entramos?

—No con la pequeña. ¡Dame un segundo!

Dos minutos de reloj después, ambos estaban frente a una puerta abierta por la que se fugaban insectos y olores pestilentes. Paula, sin atreverse todavía a entrar, cabeceó preocupada y dijo:

—Tenemos... Tengo un problema.

El demonio la miró sin comprenderla y esperó a que ella se explicara.

—Este olor, esta puerta abierta, este desastre... Seguro que los

vecinos han llamado o van a llamar a la policía en breve. ¿Sabes lo que eso significa? —le dijo ella con el semblante cada vez más grave.

—¿Qué el niño monstruo se ha escapado y me puedo comer el resto de la barra de pan? —jugó a adivinar el demonio.

—Eso también... —respondió ella con un gesto cansado con la mano que le daba permiso para comérselo—. Ven, entra conmigo y hablemos ahí dentro... —susurró.

El olor seguía impregnando las paredes a pesar del tiempo de ventilación. Despojos humanos y de animal se mezclaban con heces, orines y charcos de sangre. Paula dio un par de pasos al frente, cerró los ojos y escuchó con atención.

—Parece que, efectivamente, el piso está vacío —determinó.

—Llenito de mierda, querrás decir —le corrigió él, que siempre defendía que ser una criatura monstruosa no estaba reñido con el orden y la pulcritud.

Paula puso los ojos en blanco ante el comentario del otro y le dijo:

—¿Tú ves u oyes algo?

Alastor cerró los ojos y activó su visión cerebral. Barrió la casa con la mente y negó.

—¡Qué va! No hay nadie aquí dentro... —dijo él.

—¡Joder! —exclamó ella—. ¿Qué coño habrá pasado? ¿Por qué Luna no se ha puesto en contacto conmigo?

—Llámala y sal de dudas... —propuso el otro.

—Sí, pero no aquí. Hay que coger a Eva, hacer las maletas y largarse... ¡Corre, ven conmigo!

—¿Por qué tanta prisa?

—Enseguida vendrá la policía y se pondrá a hacer preguntas. Interrogarán a los vecinos, a mí incluida, tirarán del hilo... Sabrán que ambas propietarias están desaparecidas y querrán averiguar quién soy yo, qué hago aquí y de quién es la niña. ¡No puedo quedarme!

—¡Vente conmigo! —exclamó éste con una sonrisa pícara.

—¿Cómo? —escupió ella con el corazón convertido en un caballo de carreras.

—Que cojas a la cría y te vengas conmigo a mi casa... —dijo, de un modo tan natural y sexy que Paula sintió que su vagina se licuaba para él.

¡Te comía entero!, pensó con una sonrisa salivada.

—De acuerdo... —dijo ella titubeante, sorprendida de verse a sí

misma diciendo “sí” a su propuesta de irse a vivir con él.

—¡Genial! Así follaremos cada vez que queramos —celebró él con una risotada.

—¡Estás hecho un romántico, ladrón! —rio ella a su pesar.

Sabía que a Luna le había sucedido algo terrible y no descansaría hasta localizarla...

YO (13)

Madrid, jueves 21 de diciembre, 1988

Quería desaparecer, dejar de existir para siempre.

El frío de la noche congelaba mis lágrimas hasta convertirlas en cuentas transparentes que perlaban mi cara. Seguí corriendo hasta el desfallecimiento, kilómetros enteros, con el llanto dibujando collares sobre mi piel, pero no conseguía huir del dolor ni de mí mismo.

Lo había matado. A él, a mi Maestro. A mi referente. A mi... ¿padre? Sí. Él me había dado una nueva vida, me gustara o no. Me había cuidado, protegido, aconsejado... ¿No le convertía todo aquello en mi padre?

¡Pero ha matado a Benjamín! ¡Lo ha matado sin darle una oportunidad! ¡Sin darte una oportunidad de explicarte! ¡Lo ha matado!, me gritaba la rabia dentro de mí.

Y, entonces, volvía a acelerar el paso tratando de que mi velocidad lograra dejar atrás a la cólera y al dolor. Pero éstos eran pasajeros preferentes dentro de mí, como si fueran un miembro u órgano más. ¿Cómo podría amputarlos?

Serían las seis de la mañana cuando llegué al domicilio de Eva. La puerta del portal volvía a estar abierta. Me adentré en aquel agujero negro y silencioso, y subí los cinco pisos de tres en tres peldaños.

—¡Eva, Eva! —grité mientras aporreaba la puerta, fuera de mí—. ¡Eva!

Al otro lado, tímidos ruidos comenzaron a acompañar mi ruidosa serenata de golpes. La puerta se abrió de golpe y me recibió la cara adormilada (¿y enfadada?) de Alberto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él mientras jugaba a quitarse las legañas de los ojos—. ¿Sabes qué hora es? —volvió a preguntar sin apenas mirarme.

—La hora en la que tengo que resguardarme antes de que amanezca o

moriré —le respondí con la voz rota.

Alberto enmudeció un momento. Empezaba a despejarse y me miró directamente a los ojos tratando de analizarme, pero la oscuridad del pasillo sólo le permitió ver mis ojos de bestia brillando en la negrura.

—Pasa, anda... —me invitó.

La luz del pasillo me envolvió por completo. Alberto me echó una mirada furtiva y, aparentando una calma que no sentía, se detuvo en mitad del corredor y me impidió el avance.

—¿Qué has hecho? ¿Y toda esa sangre? —preguntó con dureza.

Por un segundo, no supe de qué me hablaba. Me miré aturdido las manos y el cuerpo, bañados de la sangre de Leo.

—No lo recordaba... —musité en voz alta.

—¿Perdona? —dijo él.

—No... nada... No era consciente de llevar todo esto encima —dije, con nuevas lágrimas en los ojos—. Lo he matado, Alberto, lo he matado...

—¿A quién?

—¿Zana? —preguntó una adormilada Eva al otro lado del pasillo.

Mis labios sonrieron involuntariamente al recordar todas las veces que ella me había despertado a mí cuando éramos unos niños en el orfanato. Luego, la sonrisa se me agrietó en los labios hasta rasgármelos. Bajé la cabeza y la visión otra vez de la sangre me mareó. No había escapatoria. No podía huir de mí.

—¡No te acerques todavía, Eva! —exclamó Alberto girándose hacia ella.

Me tiene miedo. ¡Alberto me tiene miedo!

—¿A quién has matado? —repitió él, enfatizando cada maldita palabra.

—A mi Maestro... Él mató a mi convertido sin dejarme explicarle nada. ¡Lo mato con una estaca delante de mí! Y yo... no sé qué me pasó... Perdí el control y le desgarré la garganta.

Alberto relajó la tensión de sus músculos y le hizo un gesto a Eva para que se aproximara a nosotros.

—Entiendo... Pero tu Maestro era un vampiro, ¿no? —concluyó él.

Yo lo miré con gesto de extrañeza. ¿A qué venía eso?

—¡Ohhhhh! —exclamé al escuchar sus pensamientos—. No te preocupes por eso: no he matado a ningún humano “vivo” ni pienso hacerlo. ¡Caray con la Profecía!

—Bueno, ya lo has hecho con tu convertido, ¿no? —me soltó el otro.

—¡Alberto! —le reprendió Eva ante el golpe bajo mientras me sonreía con tristeza—. Ya lo habíamos hablado. Estuvo mal pero ya no se puede cambiar, como lo que hice yo... Además, sus motivos eran honestos en cierto modo.

—Sí, tienes razón —concedió él, incómodo—. Perdóname, Zana. Pero mira qué horas son... Te apareces en nuestra casa a las seis de la mañana aporreando nuestra puerta como un demente y lleno de sangre. ¡Por la Virgen del Pilar! ¿Qué esperabas?

—Bueno, pues todo solucionado, ¿no? —intervino Eva, que me miraba de soslayo sin atreverse a abrazarme—. Es una faena, sí, pero la Profecía no decía nada de matar “no-muertos”, y no creo que por ello vayamos a acabar en el lado oscuro, ¿no? —argumentó ella con la mirada puesta en Alberto, tratando de convencerlo.

—No... claro que no... —respondió al fin con una sonrisa.

—Pero no lo comprendéis... —dije entonces yo—. ¡He matado a mi Maestro! ¡No hay acto más traicionero y repugnante para los de mi especie! Si lo descubren, me lo harán pagar con la muerte. No sólo había creado a un Incompleto, sino que he asesinado al que me creó a mí, a quien me instruía en mi proceso de aprendizaje... ¡No hay acto más terrible que ése! —grité con un torrente de lágrimas fluyendo de mi interior.

Eva no lo soportó más y corrió hacia mí para abrazarme pese a la desaprobación de Alberto, cuyos temores se iban haciendo cada vez más grandes.

“¡Te pedí que jamás entraras en contacto con su sangre!”

—No es mi sangre... —protesté sin aguantarme.

Alberto cabeceó y me respondió mentalmente:

—“Tú no lo sabes, Zana, pero yo sí: no debéis tocaros cuando haya sangre de por medio. Ni ajena, ni propia. Eva lo sabe. Ahora, tú también lo sabes... Suéltala, finge cierta alegría para no hacerla sufrir, báñate y mañana hablaremos de todo ello. ¿De acuerdo?”

Asentí en silencio mientras Eva me reconfortaba con uno de sus mágicos abrazos. Forcé una sonrisa y me separé de ella.

—¡Mira qué sucio estoy, Eva! Te he manchado el pijama —me disculpé con torpeza—. Lo mejor será que me preparéis un sitio seguro para darme una ducha y dormir antes de que amanezca.

Eva nos miró a ambos con un gesto suspicaz.

—¿Qué? ¿Ya le has soltado lo de la sangre, no? —le espetó ella.

—Era lo suyo... —replicó él sin tratar de justificarse.

—Eres... ¡Pensaba contárselo yo, pero con más tacto! —dijo enfadada.

—Por favor —interrumpí—, no os peleéis por mi culpa... Además, el sol está a punto de salir y no me queda mucho tiempo, por favor...

Alberto y Eva se mostraron conformes entre sonrisas incómodas y me guiaron hasta mi antiguo dormitorio. Me hicieron aguardar en el exterior hasta asegurarse de que no hubiera ninguna rendija de luz y, cuando comprobaron que no había peligro, me dejaron solo en mi reencuentro con aquellas paredes que no había vuelto a visitar desde la muerte de mi madre.

Me despojé de la ropa teñida de Leo y me metí en la ducha para sentir cómo me deshacía bajo ella. Mis lágrimas se fundieron con el agua y aquel día, más que nunca, deseé que esa ropa, que se alzaba de nuevo tras la cortina con un puñal amenazador, cumpliera su advertencia y acabase conmigo. Sin embargo, y como ya era habitual, ésta se desplomó antes de que el puñal llegara a tocar mi piel.

Esa noche no lloré por mí. Lloré por Leo. Había traicionado y matado al que me lo había dado todo...

LEO (9)

Berlín, viernes 6 de septiembre, 1889

—Adri, ¿estás bien? —susurró el vampiro.

Si algo odiaba Leo en este mundo era la oscuridad, por mucha visión vampírica que poseyera. Le hacía sentirse abandonado y pequeño. Y, ahí, se veía forzado a convivir con esa deprimente negrura y con un molesto e incesante goteo que se filtraba tanto en su cerebro como en las paredes.

—¿Adri? —repitió.

La vampiresa aún necesitó unos segundos para entrar en movimiento dentro de la celda situada frente a él. Se revolvió en el suelo y se giró hacia su voz. Luego, se arrimó a los barrotes de su prisión buscando su proximidad. Leo, a su vez, persiguió con desesperación los ojos azules de ella. Sus miradas se conectaron y la sonrisa regresó a los labios de la pareja.

—Aquí estoy... ¿Cuánto he dormido? —preguntó ella.

—No lo sé. Yo acabo de despertar y juraría que aún es de día. ¿Pero cómo saberlo entre tanta oscuridad?

—Mucho mejor así, hazme caso... —dijo ella en un tono apagado—. No te habrían gustado demasiado las Mazmorras del Sol.

—¿Cómo te encuentras, mi amada? —preguntó él cambiando de tema, mucho más preocupado por las amenazantes ojeras que le devoraban el rostro.

—Tengo hambre... —confesó ella.

Leo la miró extrañado.

—No han pasado tantas horas sin alimentarnos —apuntó él, consciente de que aquello tenía más importancia de la aparente—. ¿Qué me ocultas, Adriana?

La vampiresa de ojos celestes bajó la mirada al suelo y la oscuridad regresó para Leo.

—Adri... Habla.

—No van a alimentarnos hasta que mi hermana regrese de Londres y se celebre una nueva vista —susurró—. Y eso, en caso de que nos absuelvan...

—Sería un total de dos días entonces —respondió él con una sonrisa forzada—. Dos días enteros sin alimento es duro, pero, si dosificamos nuestras fuerzas y tratamos de no movernos en exceso... Tu hermana tornará mañana y, si todo sale bien, comeremos por la noche.

—Soy una Vetusta... —dijo ella, como si aquello lo explicara todo.

—No comprendo, amor mío —replicó Leo con una sensación angustiosa creciendo dentro de él.

—Los Vetustos necesitamos ingerir sangre cada día o nuestro organismo empieza a colapsar —le explicó Adriana alzando de nuevo sus ojos, que venían acompañados esta vez de ríos de lágrimas—. Somos distintos a vosotros... Si bien nosotros no nos vemos afectados por el deterioro cerebral a través de los siglos y poseemos ciertas ventajas (como la conexión mental), somos más débiles en este punto que los híbridos. Es imposible que sobreviva a dos días o más sin alimento. Mi cuerpo se irá replegando sobre sí mismo hasta que únicamente resten mis huesos. No aguantaré, Leo, no aguantaré...

—No comprendo... —dijo el vampiro mientras sacudía la cabeza—. ¿Por qué habría accedido entonces tu hermana a realizar un viaje de ida y vuelta tan largo para ayudarnos si es como afirmas?

—Porque nos han engañado, mi amor, a mis hermanas y a nosotros. Lo supe en cuanto nos dirigieron a estas celdas. Di por hecho que nos llevarían a las de nivel 1, donde los presos reciben cuidados y alimentos hasta la resolución. Mas todo ha sido una pantomima. ¡Qué estúpida he sido! —dijo alzando la voz—. Moriremos aquí.

—¡No puede ser!

—Lo es... —contestó con una voz tan lóbrega que la oscuridad se tornó aún más densa—. Aunque no nos hallemos en los Calabozos del Sol, nos han conducido al nivel 3. ¿Sabes qué significa eso?

Leo guardó silencio. Adriana lo miró un segundo mientras negaba con la cabeza y se apartaba las lágrimas, y continuó:

—Nadie ha salido jamás del nivel 3. Nadie. Se asegurarán de demorar lo suficiente el regreso de Dolors y el juicio para que no quede nada de nosotros cuando vengan a buscarnos. Es lo que han hecho siempre.

—¿Por qué? —musitó Leo al tiempo que se sentaba en el suelo,

cabizbajo.

—Porque no les convenía una rebelión. Piotr, el marido de Dolors, estaba de nuestra parte, y también a él habían de engañarlo. Por no mencionar a las cuadrillas Destructoras. Yo soy una de ellos. Se habrían levantado ante la idea de mi muerte.

—Comprendo... Y se han asegurado de tener a Dolors alejada en una misión inútil, y a Thelma y al resto de tus simpatizantes creyéndonos en el nivel 1.

—Exacto —sentenció la vampiresa con la voz cada vez más opaca—. De este modo, nadie sabrá nunca de la verdadera causa de nuestra muerte. A ojos de todos, sus manos estarán limpias de nuestra sangre.

—No obstante, tus hermanas y compañeros se preguntarán, se cuestionarán nuestras muertes. ¿Cómo va a justificar el Consejo que ambos hayamos muerto? ¡Es inconcebible!

—Ohhhh, lo harán, claro que sí, pero en sus cabezas y en la intimidad de sus hogares. Acusar de un asesinato sin juicio al Consejo está considerado como alta traición. Nadie osará cuestionar la versión oficial.

—¿Y cuál será ésa?

—Lo que quieran decir: que me atacaste, que el portador de alimentos se despistó y no cumplió su tarea... Cualquier cosa. ¡Cómo me gustaría arrancarles sus colmillos sagrados y metérselos por el culo! —gritó ella al aire mientras daba puñetazos a la odiosa penumbra.

Todo esto no puede ser verdad. Tutmés, me dijiste que lo lograríamos, que estaríamos juntos. ¿No te referirías a esto, egipcio tramposo? ¡Porque no tiene nada de divertido que nos veamos morir el uno frente al otro, sin siquiera poder tocarnos ni abrazarnos!

“Confíaaaaaa”, corearon las gotas de agua de las paredes, “Confíiaaaa.”

—¿Tutmés? —preguntó Leo con la esperanza renaciendo en él.

Las gotas rieron alegres.

Adriana se alzó del suelo y se puso en guardia ante las risas que los envolvieron.

—¿Qué es todo esto? —preguntó ella.

—Adriana, te presento a Tutmés... O a una de sus curiosas variantes.

—¡En... encantada! —exclamó con la desconfianza todavía instalada en sus uñas y colmillos.

“Chissssstttt. Ya vieeeeeeeeeeeeeene...”, canturrearon las frías

gotas.

—¿Quién? —preguntaron los enamorados al unísono, pero nadie respondió.

Adriana y Leo se interrogaron con las miradas, desconcertados, hasta que un ruido les hizo volverse a la izquierda, hacia el pasillo que habían recorrido el día anterior antes de que los enjaularan hasta su muerte.

—Adri... —susurró una voz.

—¿Thelma? —preguntó Adriana.

—Sí, soy yo... —dijo la voz, que sonaba cada vez más cercana, junto a unos pasos apresurados que recorrieron la galería empedrada.

Los ojos grises de la hermana pequeña de Adriana asomaron entre las tinieblas, deshaciéndolas a su paso.

—¡Thelma! —exclamó Adriana con la voz llena nuevamente de vida.

—Chissstttt, calla —le rogó ésta.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó la primera.

Leo observó en silencio el diálogo de las dos mientras la inesperada visita extraía de sus ropajes una llave dorada y liberaba a Adriana de su encarcelamiento. Las dos hermanas se fundieron en un abrazo y se besaron las lágrimas.

—¿Cómo? Me preocupé al ver la sonrisa de reptil de Wilhem —comenzó a explicarse la joven atropelladamente—. Entonces, anoche, cuando a punto estaba de amanecer, me arriesgué a haceros una visita. ¡Imagina mi sorpresa al no veros en el nivel 1!

Adriana cogió la llave dorada de las manos de Thelma y corrió a liberar a Leo, que aguardaba impaciente en la puerta de su prisión.

—¡Continúa! —le animó la hermana mayor.

—Comprendí de inmediato que algo estaba ocurriendo. Traté de conectarme mentalmente contigo, aunque sabía de sobra que, en estas celdas, la conexión no es posible. Entonces hablé con Piotr... Me dijo cómo “robarle” su llave. ¡Y aquí estoy! Aún duermen todos ellos, pero está a punto de anochecer. ¡Es vuestra única oportunidad! Tenéis que salir de aquí antes de que se levanten.

—¿Pero... y el sol? —preguntó Leo, no muy satisfecho del plan.

—¡Hay que intentarlo, Leo! —exclamó Adriana, arrojándose a sus brazos en cuanto éste salió de la jaula.

¡Por fin podían tocarse!

—Tienes razón —concordó él—. Permanecer aquí conllevaría una

muerte segura. Casi prefiero morir al sol... —sentenció, ignorando que aquellas palabras serían proféticas unos siglos después.

—¡Mucha suerte a los dos! —exclamó Thelma en un último abrazo a tres—. ¡Te quiero mucho, hermana! ¡Cuídate y corre, apresuraos!

—¡Te quiero, hermana! —respondió Adriana a lo lejos mientras se alejaba a la carrera de la mano de su impuro—. ¡Te quiero! ¡Nos veremos pronto!

Thelma se quedó parada, rodeada de esa oscuridad ruidosa, sin dejar de contemplar el pasillo que se llevaría para siempre a su hermana. Sorbió sus lágrimas y negó con la cabeza.

—No lo creo, hermana. Tu libertad tenía un coste.

Cerró de nuevo las celdas, escondió la llave bajo sus faldas (como si aquello fuera a salvarle la vida) y recorrió silenciosa la galería como un animal en un matadero.

—Te quiero, hermana... —musitó una vez más antes de enfrentarse al Consejo.

LUNA (7)

Zaragoza, miércoles 25 de enero, 1961

Desnuda y con Hugo aún en los brazos, alcanzó la calle, una de las más transitadas de la capital aragonesa. Era mediodía de un día especialmente gélido y el débil sol que iluminaba la jornada apenas llegaba para calentarse las manos. Luna posó sus pies descalzos en el suelo de baldosas, y avanzó a través de ellas ignorando el trasiego de repartidores y mujeres que empujaban cochecitos o carros.

—¡Mira, mamá, esa señora va sin ropa...! —apuntó una pequeña, agarrada a la mano de su madre.

—¡Por la Pilarica! ¡No mires, alma de cántaro! —exclamó ella cubriéndole los ojos a la niña.

Luna giró la cabeza en todas las direcciones, en busca de algo que ni ella sabía, y recorrió la calzada a paso veloz entre alaridos, brincos y movimientos de un baile frenético cuya melodía únicamente escuchaba ella.

—¡Mi bebé! ¡Mi bebé! —chilló a la vez que mostraba el cadáver momificado a los transeúntes, que, horrorizados, retrocedieron ante la espantosa visión del niño muerto, agitado en el aire por esa enloquecida mujer en cueros.

—¡Llamen a la policía, llamen a la policía! —gritaron a su vez algunas mujeres, que se aferraron a sus hijos como si pudieran ponerlos a salvo sólo con su abrazo.

—¿Qué miráis, hijas de puta! ¡Soy una poderosa bruja y voy a devolver la vida a mi bebé! —gritó dirigiéndose a éstas—. ¡Tú, voy a arrancarle el alma a tu hija y se lo daré a mi niño para que resucite! ¡Yo soy la gran levantadora de muertos! —volvió a gritar entre risotadas de demente, cada vez más cerca de ellas.

La nigromante corrió hacia ellas a una velocidad inusitada, cargando con Hugo como un periódico bajo el brazo. Las mujeres la miraron inmóviles, paralizadas por el miedo, aunque aún tuvieron tiempo de dar la voz de alarma entre los chillidos y llantos de sus propios hijos. Luna saltó

como un depredador sobre ellas, pero su salto quedó irrumpido en el aire por el placaje de un panadero y su ayudante, que habían abandonado el local ante el griterío.

Los dos cayeron sobre ella y la cara de Luna se estampó contra el suelo violentamente, partiéndole la nariz.

—¡Cabroneeeees! ¡Me habéis roto la nariz! Quítate de encima, gordo seboso —chilló ella, sin dejar de revolverse bajo kilos y kilos de hombre—. ¡Quítate o te quito yo de encima con mis poderes! ¡Tengo una muñeca mágica diabólica que despedazaría tus cien kilos de grasa en un santiamén, so cerdo!

El panadero se dirigió a su joven ayudante mientras se mantenía sobre ella haciendo fuerza:

—Manolo, entra y llama a la policía ahora mismo, si es que no lo han hecho ya. ¡Corre!

—Pero... —respondió preocupado el joven, cuya voz se perdía a intervalos entre los insultos y chillidos de la mujer exhibicionista—. ¿Podrás tú solo con ella?

—No te preocupes. Es pan comido... —bromeó el gordo panadero con el que ya era su chiste habitual—. Desde hoy, mi mujer se va a tener que tragar sus palabricas de que mi obesidad sólo me servía para dar problemas —añadió con una risa orgullosa, señalando con la mirada a sus generosos michelines.

—Está bien, jefe. Voy —contestó el joven ayudante antes de desaparecer por la puerta de la panadería.

—¡Voy a llamar a los demonios para que te arranquen la cabeza, mamón! —gritó la otra con la cara pegada al suelo—. ¡Estás aplastando a mi bebé, tío cerdo!

El panadero continuó ejerciendo presión sobre ella mientras sujetaba sus brazos, que se movían como cobras dispuestas a atacarle y morderle la cara. El esfuerzo comenzaba a pasarle factura, pues la mujer no cesaba de agitarse bajo él como una posesa, y enormes gotas de sudor brotaron para adornar su frente.

Luna trataba de ver a su bebé, al que notaba incrustado en sus costillas, pero la presión del hombre gordo la mantenía pegada al suelo.

—¡Lo estás asfixiando! —chilló de nuevo—. ¡Y me has quitado la ropa! ¡Socorro, socorro! ¡Este pervertido quiere violarnos a mí bebé y a mí! —añadió con desesperación.

Pero el corrillo de gente que los miraba, incomprensiblemente, no hacían otra cosa que no fuera eso: mirar.

—¡Cabrones! ¿Vosotros también queréis verme el chochito, eh? —se dirigió a ellos, escupiendo las palabras entre sangre y piezas dentales—. ¡Está ahogando a mi pequeño, me ha partido la nariz, y no hacéis nada, malparidos! ¡Os deseo una muerte lenta y dolorosa, hijos de perra!

Varias mujeres se alejaron entonces de ahí, con sus pequeños colgados de ellas entre llantos y temores.

—¡No os vayáis, putas! ¡Ya os encontraré! —gritó Luna antes de volver a besar el suelo por el manotazo del panadero.

—¿Te vas a estar quietecita de una vez? —le preguntó el otro desde arriba.

—Tranquilo, ya nos ocupamos nosotros... —intervino una nueva voz. El panadero alzó la vista y sonrió al ver a una pareja de policías.

—¡Menos mal, señores agentes! Estaba ya perdiendo fuerza —comentó el otro—. Tengan cuidado cuando me levante. Es más fuerte de lo que parece. Es como si estuviera endemoniada... —añadió.

—No se preocupe. Nos hacemos cargo —respondió el agente—. Francisco... ¿Tienes listas las esposas?

Su compañero asintió.

—No se levante hasta que le digamos, ¿de acuerdo? —continuó el policía con sus instrucciones.

—De acuerdo.

—¿Y ahora policías? —gritó Luna, desesperada y arrinconada—. ¿Queréis detenerme por brujería, verdad? ¡Pues los levantamientos de cadáveres deberían ser convalidados por mis asesinatos, así que no es justo que vaya a la cárcel! Además, a todos los que maté no valían un “cagao”...

Los dos agentes se miraron, incrédulos. El de las esposas se señaló su propia sien con el índice y lo hizo girar en círculos. El primero asintió y susurró un “Espósala”.

—¡No me toquéis, asquerosos! ¡Os mataré! En cuanto ingiera un alma y me recupere, os mataré y me haré una bufanda con vuestros intestinos por quitarme la ropa, ¡maricas travestidos!

—Está como una chota... —apuntó el panadero en cuanto el agente se hizo con ella y la inmovilizó a base de metal.

—Gracias por su ayuda, caballero. Mi compañero le tomará declaración ahora mismo como testigo. Y a ustedes, por supuesto... —añadió

el policía mirando a los pocos curiosos que aún quedaban.

Levantaron a Luna del suelo entre ambos, dejando a la vista al pequeño Hugo. Los curiosos intercambiaron interjecciones y gritos de espanto. Incluso los dos agentes cruzaron una mirada ante la horrorosa escena.

—¿Ese niño es suyo, señora? —le preguntó el primer poli buscando sus ojos.

Hace frío, joder, pensó Luna en su mundo, mirando sin ver al policía, *Lidia me estará esperando en casa. Tendré que irme ya...*

—Señora, ¡señora! —la llamó el policía, sacudiéndola sin contemplaciones.

Los ojos de la mujer volvieron a reaccionar y a llenarse de vida.

—¿Qué quiere, agente? —le preguntó ella con una amable sonrisa.

—¿Ese niño es suyo? ¿Lo ha matado usted?

—¿Qué niño? —contestó ella con la sorpresa apoderándose de su cara.

—Ése... —señaló él tratando de no mirar demasiado.

Su visión le alteraba el estómago y los ojos. Y no era muy profesional vomitar o llorar delante de los ciudadanos de a pie...

—No lo había visto en mi vida, agente —negó ella con la cabeza—. ¿Era suyo y lo había perdido?

—¿Entonces, ahora afirma que no es suyo? —le tomó el relevo el segundo agente.

—¿Mío? ¡Pero si tengo ciento dos años, por el amor de Satán! —exclamó con naturalidad.

Nuevos murmullos, exclamaciones ahogadas de sorpresa y decenas de persignaciones llenaron aquel rincón de la calle.

—Fernando... La ambulancia ya ha llegado —dijo el segundo agente.

—Estupendo. ¡Se han apresurado esta vez!

—¿Adónde me lleváis, cabrones? ¡Yo no tengo la culpa de que se os pierdan los bebés! ¡No es mi culpa! —gritó Luna, moviéndose desesperada mientras trataba de librarse de sus esposas.

—Te vas a al “Nuestra Señora del Pilar”^[30], so pirada —le dijo el segundo agente, perdiendo los papeles al contemplar al bebé aplastado contra el suelo.

—¡Con la Virgen que se vaya tu puta madre! —gritó la otra en nuevo brote de locura.

—¡Andando! —exclamó el primero mientras la empujaba sin reparos hacia la ambulancia, deseando librarse de ella y del niño—. ¿Os hacéis cargo de ambos, no? Del bebé muerto y de ella, ¿no? —le dijo al personal sanitario.

Luna entonces volvió a desconectar del mundo real y creó uno mejor en sus fantasías, uno en el que era feliz y querida.

—¡Eva, Hugo! ¡Corred, que llegamos tarde al cole! ¡Corred, corred! —exclamó con una enorme sonrisa.

Lágrimas de felicidad bañaron su cara mientras era sujeta con correas en la ambulancia. No obstante, ella estaba muy lejos de ahí para ser consciente.

Lejos, muy lejos.

YO (14)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075
Fiesta de Halloween

—¿Vallecas? —pregunté sorprendido.

—Es lo que dice el equipo de rastreo —me contestó Nelman—. ¿Por qué?

—Susana vivía en Vallecas —expliqué con la vista fija en la dirección—. Incluso mi propio domicilio no está demasiado lejos de ese distrito. Saber que todo este tiempo hemos estado tan cerca el uno del otro y que ni siquiera la he intuido..., me asombra e inquieta.

—¿Nos ponemos en marcha entonces? —sugirió Maestro K con una sonrisa que invitaba a la acción.

Nelman y Núria intercambiaron un par de miradas sospechosas, y se giraron en sincronía hacia nosotros con cara de circunstancias.

—¡Ehhhhhh, un momento! —protesté al ver los pensamientos gemelos en sus cabezas—. ¡Eso no es lo que habíamos acordado!

—¿De qué habláis? —preguntó Maximilian.

—Estos dos... —dije apuntándolos con el dedo—, pretenden ir ahora mismo a casa de Eva, ¡pero sin nosotros!

—¿Cómo? —preguntó ahora el vampiro sanador, mostrando los colmillos en señal de desacuerdo.

—¡Mirad qué hora es! —argumentó Nelman—. No podemos arriesgarnos a ir todos hasta allí y que el sol os encuentre antes de regresar a la seguridad de vuestras casas. ¡Los vampiros no venís!

—¡Pero no habíamos quedado en eso! ¡No podéis matarla vosotros solos y dejarnos a nosotros en la camita como unos niños buenos! —protestó Maximilian el Enfadica.

Todos lo miraron como si se hubiera vuelto loco y yo simulé unas tosecitas sutiles para ocultar una inoportuna risa. Venga, vaaaaale...

¡Confieso! Eran mis palabras, recién sembradas en su mente para que él las dijera.

Maximiliam me fundió con la mirada por verse obligado a decir una frase que, ni en mil años vampirianos, él habría dicho. Aunque no había colado. Todos me miraron raro: sabían que había sido cosa mía...

—¿Qué? —me defendí, alzando la barbilla hacia el techo, todo digno—. ¡Nos estáis discriminando por ser vampiros!

—¡Ahhhh! ¡Haberos pedido ser otra cosa en lugar de vampiros! —bromeó el cazarrecompensas con un guiño cómplice de ojos que pretendía destensar el ambiente.

Lo contemplé durante un instante sin saber qué contestar a eso o si meterle un par de guantazos, pero el otro no se amilanó ante mi gesto ceñudo, que oscilaba entre la seriedad y la incredulidad, y continuó esbozando una sonrisa bobalicona. Maximiliam buscó mis ojos y cruzamos una mirada interrogante. Éste asintió levemente con la cabeza mientras se echaba a reír. Entonces yo también estallé en una cadena de carcajadas nerviosas. Núria, Maestro K y Nelman se nos unieron. Reímos y reímos hasta que las lágrimas asomaron. Supongo que era su forma de liberar la tensión que sentían. Para mí era distinto; era mi manera de llorar por Susana en público hasta que pudiera hacerlo a solas, en la privacidad de mi casa.

—A ver, a ver, chicos... —tomó la palabra Núria en cuanto las risas murieron en nuestras gargantas—. No tenemos intención de matar a nadie hoy. Sólo pretendemos realizar un reconocimiento del lugar, ver si tiene algún sistema de protección mágico y averiguar cómo violarlo en caso de que así sea. Y mañana, con toda la información a nuestro favor, regresaremos todos juntos a hacer lo que hay que hacer: matarla.

Los cuatro se mostraron conformes, pero yo no podía ignorar la intranquilidad creciendo dentro de mí. Ellos no la conocían como yo. No sabían de lo que podía ser capaz ni de lo letal y peligrosa que era si se lo proponía. Negué y apreté los puños. Me inquietaba que volviesen heridos o, peor aún, que no volviesen siquiera.

—Tendremos cuidado, jovencito —apuntó la anciana al intuir mis temores.

—De acuerdo —accedí finalmente al ver que estaban decididos del todo—. Pero prometedme que, por nada del mundo, entraréis en esa casa sin nosotros tres.

—Lo prometemos —dijeron ambos a un tiempo, dispuestos a salir ya

a la aventura.

—Una cosa más... —añadí, con la vergüenza planeando sobre la lengua y las mejillas.

—¿Sí? —dijo Núria, intrigada ante mi nerviosismo.

—Si hoy conseguís reunir suficiente información, ¿os importaría si dejáramos nuestra incursión a la casa y a la caza de Eva para pasado mañana? —inquirí con timidez.

Sabía que les iba a resultar incomprensible lo que estaba a punto de pedirles.

—Supongo que, cuanto más tardemos en ir en su busca, más difícil será sorprenderla y acabar con ella —respondió Maxi, que me miraba intrigado mientras se preguntaba qué demonios tenía yo en la cabeza.

—Sí, ya sé que el efecto sorpresa sería lo mejor —argumenté, cada vez más incómodo—. Y que lo idóneo sería atacarla esta misma noche antes de que se prepare. Pero, si ya no puede ser hoy, ¿qué importa esperar una noche más? ¿Cambiaría eso algo?

Los cuatro pares de ojos se posaron en mí.

—Imagino que no pasaría nada. Tienes razón —contestó la maga acercándose a mí y tomándome de las manos—. Pero, ¿por qué esperarlos? ¿Qué es lo que te preocupa, Leyenda?

—Susana... —la voz se me quebró—. Susana habría querido un funeral.

—¿Cómo? ¿Un vampiro con un funeral? —intervino K.

—Me refiero a una especie de acto simbólico, como si fuera una misa... algo así. Susana era católica y una recién convertida, de modo que aún estaba aferrada a sus creencias y a su mortalidad. Creo que le gustaría mucho que celebrásemos una misa en su honor mañana.

—No lo entiendo —respondió Nelman—. ¡Si ella no se va a enterar ni a verlo!

—Ya, pero yo sí. Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Sé que le encantaría que celebráramos una especie de misa en su honor, como despedida...

Las caras de todos ellos fueron cambiando según asimilaban mis palabras y la visión de unas lágrimas traidoras que rodaron por mi piel, huyendo del recuerdo de Susana.

—Está bien. Me parece estupendo... —dijo Núria, mirándome con ojos tiernos sin dejar de dibujar círculos en mis manos con sus dedos

arrugados y suaves—. ¿Y vosotros, estáis de acuerdo?

—Ohhhh, nada que objetar —dijo K—. Como sabéis, soy sanador musical y, por muy vampiro que sea, creo en los beneficios de la sanación espiritual y en la importancia de ciertos rituales para curar todo tipo de heridas y problemas. Así que cuenta conmigo, Rojo, para despedir a Susana como se merece. Parecía muy buena vampiresa...

—Gracias —musité.

—Bueno, yo... —dijo Maximilian el Comprensivo—. No comprendo muy bien todo este tema tan lejano para mí, pero lo respeto. Sé que es importante y es tu forma de decirle, aunque no sea a ella, que te importa, que lo sientes y que la quieres, ¿no? ¡Pues hagamos esa fiesta humana! Cuenta conmigo...

Sus dos últimas palabras me las lanzó moduladas, convertidas en una lengua húmeda y suave que me bañó de dentro hacia fuera y me hizo perder el equilibrio.

“Eso por lo de antes. Sí, no me mires así. Si tú pones palabras en mi cabeza, yo empezaré a usar mi voz de nuevo contigo”, me comunicó mentalmente a la vez que me regalaba una sonrisa cálida.

Asentí y me giré hacia Nelman, que permanecía con el semblante serio y en silencio.

—¿Y tú? —le pregunté al quinto socio.

—Creo que os equivocáis. Que aquí la rapidez y cogerla desprevenida son nuestra mejor baza. Después de todo, tu amiga ya está muerta... Si le hacemos la “misa” un par de días más tarde, ella no lo va a saber, y la honraríamos más si lo hiciéramos con su asesina aniquilada. No sé. No estoy de acuerdo con esto... —contestó Nelman.

Accedí a su cerebro y vi cierta incomodidad por si me dañaba con sus palabras, pero había elegido ser franco y sincero conmigo pese a todo. Me gustó. Era honesto y honrado, un buen tipo. Le sonreí y le dije:

—Gracias por tus palabras, en serio. No te preocupes, no me has ofendido y seguramente tengas razón, pero siempre he sido más Quijote que Sancho...

Él se encogió de hombros, terminó de recoger la mesa “de operaciones” y cerró el maletín.

—¿Listo? —preguntó la sacerdotisa—. Yo ya llevo lo mío... —añadió señalándose la cabeza.

—¡Listo! —respondió Nelman.

—Tened cuidado, por favor. Nos vemos mañana a las once de la noche para la despedida de Susana, ¿vale? —dije una vez más, con los ojos suplicantes.

—Estaremos —prometió la dulce anciana—. Pero, vosotros tres deberíais poneros en marcha de inmediato. Aseguraos de que no queda nadie en el baile de máscaras, cerrad la Academia e id a dormir. En dos horas amanecerá y os quiero a todos de una pieza, ¿eh?

Maxi, K y yo asentimos como niños regañados y castigados sin fiesta de cumpleaños, y observamos alejarse a la extraña pareja formada por esa pequeña anciana de aspecto frágil y el altísimo cazador de almas condenadas, cuya trenza era más larga que su acompañante.

—¡Me dan una envidia! —exclamó K cuando cerraron la puerta.

Y así fue cómo los tres vampiros quedamos desterrados. ¡Aquello era el mundo al revés! ¡Una anciana protegiendo a tres vampiros hechos y derechos! La angustia volvió a darme coces en el estómago, como un potro salvaje, avisándome de algo que era incapaz de ver pero que sabía que estaba ahí, en alguna esquina de mi cerebro...

¿Pero qué coño era?

IANIRE (5)

Madrid, domingo 29 de enero, 1961

—¿Qué haces, Iani? —preguntó Ariocho acercándose a sus dos mujercitas.

La pequeña Judith dormía en un canastillo junto a la nigromante mientras ésta consultaba libros de magia, que tenía extendidos sobre la enorme mesa circular de los hechizos.

—Estoy haciendo unas consultillas... —replicó ella, sin levantar la vista de aquellos tomos que tomaba una y otra vez para volver a dejarlos a la misma velocidad.

Ariocho cogió una silla y se sentó al lado de su mujer. ¡Estaba tan preciosa cuando se la veía así, tan concentrada y en paz! Atrás empezaban a quedar los días amargos de las plantaciones fracasadas de bebés. Todo eso se olvidaría con la llegada de su hija. Sonrió mirándolas a ambas, sintiéndose el demonio más afortunado del Infierno.

—¿Y qué consultas? —quiso saber él.

—Me preocupa que le falte el dedo meñique, ¿sabes? —contestó ella alzando por fin sus ojos de miel.

Ariocho arrugó el entrecejo.

—No comprendo...

—Claro, porque eres un demonio —le respondió ella medio en broma—. Vosotros no os planteáis si es normal que les falte o sobre algo de su cuerpo, pero que tenga cinco dedos en la mano derecha y cuatro en la izquierda...

—Pues hacen nueve. Es un buen número, ¿no?

—¿Ves? Ni puta idea de lo que dices... —le recriminó ella antes de darle un beso rápido en los labios—. Estoy buscando si hay algún modo de devolverle ese dedo, porque he tratado de usar diferentes conjuros para ello y no ha funcionado. Estoy extrañada.

—Quizá nuestra hija sólo deba tener esos dedos y, ni con toda la magia negra del mundo, podrías añadirle ese meñique que dices —teorizó el demonio por seguirle la corriente, ya que lo encontraba tan importante como el color de la ropa interior de sus víctimas.

—¿Quieres decir que puede haber una razón concreta por la que le falte? —preguntó ella con el rostro iluminado.

—Ehhh, exacto —dijo Arioich, que no tenía ni puta idea de lo que le estaba hablando.

Para él, que un bebé hijo de dos demonios no tuviera todos los apéndices típicos de un bebé mortal no significaba nada. Podría haber tenido cuernos, escamas o seis patas y seguiría siendo perfecta.

—¡Eso es! —chilló eufórica—. Llevo un par de horas consultando tratados de nigromancia y no había caído en ello. ¡Eres un puto genio, maridito!

Arioich sintió crecer su ego junto a su miembro viril ante la mirada de admiración de ella. Ambos se relamieron.

—¿Quieres que te enseñe algo más? —preguntó él con gestos ostentosos.

Ianire rio de felicidad, aunque negó con la cabeza.

—¿No vas a preguntarme qué acabo de descubrir?

“Pufffff. Si no hay más remedio...”

—Sí, claro, claro. Dime, Iani.

—Hay ciertos libros antiguos que hablan de niños “mágicos”, en el amplio sentido de la palabra, que podrían ser angelicales o demoníacos...

—Sigue... —pidió él, que empezaba a interesarse por el discurso de su mujer.

—Pues bien, estos niños podrían destruir el mundo existente, razas enteras, o bien crear nuevos mundos.

—Interesante...

—Lo es —concordó ella—. Se les reconoce por ciertos atributos físicos. Uno de ellos es la falta de alguna parte de su cuerpo. Podría ser una oreja, una pierna, la lengua... ¡cualquier cosa!

—¿O un dedo meñique? —intervino Arioich, cuyo interés se había acrecentado tanto como sus genitales, y comenzaba a palmear, nervioso, la mesa al imaginarse siendo el padre de un ser especial.

—Exacto... Hay veces que estos seres deben conseguir completar ese miembro para desatar todos sus poderes.

—¿Cómo?

—Se supone que, cuando el niño ha hecho méritos para que así suceda (bien a través de sus actos o de la brujería, pero sólo por sus propias acciones), el miembro le es restituido junto con un poder absoluto. En otros casos, en lugar de faltarle un miembro, tiene ciertas características físicas, como sabrás: la marca en la piel de los tres seises o de un querubín, el pelo rojo, o ciertos poderes que se manifiestan desde el mismo nacimiento.

—Bueno, nuestra pequeña tiene el cabello negro y sólo la he visto dormir y cagar. Muy especial no parece... —reflexionó el padre.

—¡Joder, que nació hace unas horas y tiene los ojos más abiertos e inteligentes que la mitad de tu familia de demonios tarados! —se indignó ella.

—Es cierto, jajajajaja —celebró él entre risas—. De todos modos, no creo que ni todos los bebés pelirrojos o con partes corporales ausentes sean mágicos. ¡Joder! ¿Cómo lo comprobamos?

—¿Qué te parece si hacemos que se sienta en peligro a ver cómo responde? —sugirió Ianire, con una idea arriesgada en mente.

—¿Qué estás pensando?

—Lánzale un cuchillo... —le dijo ella en un susurro—. Que crea que está en peligro y que se le va a clavar en la cara. A ver qué sucede...

—¡Joder! ¿Y si fallo y no consigo detenerlo antes de que la toque? ¡Yo estoy habituado a lanzar y aniquilar sin fallos, no a fingir ataques! —exclamó revolviéndose en el asiento.

—No sé entonces... ¿Y si vuelas con ella y la lanzas al suelo desde arriba? Yo podría detener el impacto, antes de que se estrellara, sólo con un movimiento rápido de manos que la congelara.

Arioch se quedó pensativo. Miró a la pequeña, que dormía como una maldita, y cabeceó nervioso un par de veces.

—¿Qué piensas? —preguntó mimosa mientras se acurrucaba en él.

—Que no nos van a nominar para los padres del año —trató de bromear—. ¿Estás segura de que podrás pararla, no?

—Palabra de bruja —aseguró ella, tocándose el camafeo del cuello en el que portaba a sus padres.

—De acuerdo.

Arioch cogió a la pequeña entre sus brazos y levantó el vuelo. Dio un par de vueltas pequeñas sobre la habitación, sin dejar de observar el buen dormir de su primogénita, y susurró:

—Prepárate, Iani. Una, dos... ¡tres!

La soltó y la cría cayó a plomo hacia el suelo. Judith abrió sus ojos de agua y profirió un alarido espantoso impropio de un bebé. Segundos antes de alcanzar el suelo, una burbuja de fuego rodeó su cuerpo y la dejó levitando a escasos centímetros. Arioch se reunió con ellas.

—¿Estás viendo eso, no? —inquirió la bruja en una amalgama de sensaciones tan contradictorias como el orgullo, la incredulidad y el miedo.

—¡Por Satán que sí! ¡Es increíble! —exclamó el otro.

Ianire se aventuró a coger a la pequeña. En ese instante, el fuego se extinguió como los restos de un sueño en una mente que se despierta y Judith volvió a dormirse tranquilamente en los brazos femeninos.

—¡Es perfecta! —dijo él.

Es el demonio de los demonios, pensó ella.

LEO (10)

Madrid, jueves 21 de diciembre, 1988

La oscuridad rebotó en sus oídos incluso antes de que se despertara. Abrió los ojos con desidia y apuñaló con ellos a la negrura que lo envolvía. Trató de alzar la cabeza del suelo helado, pero un latigazo en el cuello le advirtió de que era una pésima idea. Se llevó una mano a la zona y comprobó la magnitud de las heridas: aunque un gran boquete decoraba su cuello, mostrando sin pudor todo su interior, éste comenzaba a cerrarse.

Es lo bueno de ser vampiro, se dijo, tratando de animarse a sí mismo.

Ignorando nuevas ráfagas de dolor, que se extendían desde el cuello hacia todos los rincones de su cuerpo, se incorporó y prendió el interruptor de la luz. La visión de la habitación con los restos de sangre y vómito le devolvió a la mente los últimos momentos vividos antes de perder la consciencia. Buscó con la mirada alguna señal del chico, alguna nota, algo... pero, en su lugar, solamente encontró el polvo del Incompleto alrededor de la vieja estaca de Selene. En un esfuerzo titánico, se agachó a recogerla mientras apretaba los dientes ante un nuevo latigazo. Esbozó una sonrisa a media asta y acarició con las yemas de los dedos el grabado en recuerdo de ella.

Después bajó los párpados un segundo para serenarse y tratar de conectar con su pupilo.

Tengo que hablar con él, tengo que encontrarlo... Aunque me haya traicionado, atacado y casi matado, debo localizarlo.

El chico debía saber que él seguía vivo, que alguien se había tomado muchas molestias para hacerle creer lo contrario. Tenía, tenía que contarle muchas cosas. Había llegado el momento...

Trató de llegar a él varias veces, pero la conexión entre Maestro y pupilo había sido interrumpida. Finalmente, abrió los ojos, preocupado y derrotado.

—Muchacho, ¿ya no me sientes? ¿No me oyes llamándote?

Sólo entonces se giró hacia el enorme espejo del armario, con la estaca en la mano, para enfrentarse a su reflejo.

—He vuelto a perder —pronunció con dolor mirándose a los ojos.

Agachó la cabeza y se topó de nuevo con ella entre sus manos. La observó con curiosidad.

¿Cuántos de mi especie habrán muerto gracias a ella?

Levantó la estaca a la altura del pecho y coqueteó con ella, situándola amenazadoramente sobre su corazón mientras observaba la escena en el espejo como si fuera un mero espectador y no el protagonista de todo aquello.

Sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—No, aún no... —pronunció en voz alta y firme frente al reflejo de su rostro—. Aún hay cosas que debo hacer, que debo decir... ¡Tutmás, pedazo de cabrón! ¿Por qué no vuelves de tu retiro y me ayudas? ¡Te necesito! ¡Te necesitamos!

Desvió los ojos de su imagen y apartó la estaca de su corazón con un gesto de incredulidad. Había estado a punto de clavársela ahí mismo.

Es... como si alguien me lo hubiera dictado. Esto no puede continuar así. Tengo que hablar con el chico y confesarle todo, mostrarle las puertas cerradas de mi cabeza, y las suyas propias quizá. Tengo que dar con él.

Arrojó la estaca a la cama y se dio media vuelta. Una sustancia negra comenzó a apoderarse del espejo desde el interior hasta derramarse fuera de él. Leo no alcanzó a ver cómo esta película viscosa se arrastraba por el suelo como una babosa hiperveloz hasta adherirse a su cuerpo.

—¿Qué diantres...?! —profirió al notar una leve succión en la espalda.

Desorbitó los ojos durante un instante y el mundo volvió a girar sin él. En sus labios se dibujó una sonrisa siniestra y negra. Apagó la inútil luz de la habitación (¿Para qué querría él luz siendo vampiro?), y abandonó el cuarto y la casa con un pensamiento: “Era hora de comer”.

Alcanzó la calle de cuatro zancadas y su sonrisa se ensanchó. A pesar de que había poca gente transitando por las calles a esas horas, todos ellos eran Selene. Lo celebró con una cruel risotada y jugó al “Pito pito, gorgorito” con ellos.

—¡Qué hambre! —exclamó antes de saltar sobre el primer plato...

PAULA (8)

Averno, jueves 26 de enero, 1961

—¿En serio es necesario que lo hagas ya? —preguntó él enarcando una ceja junto a una sonrisa traviesa—. Puedes esperar un par de días más, hasta que te instales del todo...

Ella sonrió mientras se colocaba el cuerpo de Lourdicas, y dijo:

—Alastor, tenemos que hablar...

El demonio más feroz del Infierno conoció entonces el verdadero miedo y, por un momento, se apiadó de sus víctimas al sentir el olor de la caquita inundando sus fosas nasales.

—¿Me vas a dejar? —silabeó él a la que se acomodaba en su butacón.

Ella corrió hacia él y se arrodilló en el suelo junto a sus piernas buscando su mirada.

—Ohhh, no, de eso nada. No voy a dejarte, pero sí pretendo irme.

—¿Por? ¡No llevas ni un puto día aquí!

—Lo sé, pero... Oye, mírame, y te explico —pidió ella, cogiéndolo de la barbilla para que sus ojos pudieran acariciarse—. Hay dos cosas que debo hacer, aunque tú no lo comprendas. Una es volver ahí arriba y localizar a Luna. Tengo que encontrarla, aunque sea por egoísmo...

Sí, con este discurso lo comprenderá. Dejaré a un lado mi cariño y mi fidelidad por ella. Con este argumento no sabrá negarse ni tratará de convencerme...

—¿Egoísmo? —repitió él.

—Sí, joder... Ya sabes que, si muriese el humano que me activó, yo también moriría con él. Y, en mi caso, ese humano es Luna. Debo encontrarla, saber dónde está, cómo está y asegurarme de que está bien y lo seguirá estando.

—Ajá...

—Además... —prosiguió la mujer—, si ayudo a que todo esté bien,

no tendré que ocuparme más de la niña. Ella misma se hará cargo de su hija y yo quedaría libre. Me haría algún encargo, pero sería libre —repitió ella, mezclando mentiras con verdades entre sonrisas.

—¡Haberlo dicho antes! ¿Quieres que te ayude a encontrarla? Soy un hacha rastreando y lo haríamos en menos de lo que muere un gallo...

—Te lo agradezco, pero esta vez quiero ir yo sola. No sé qué voy a encontrarme y necesito que te quedes con la cría.

—¡No me jodas, hombre! —protestó él.

—Eso irá después... —respondió ella con una sonrisa prometedor—. Pero sólo a mi regreso, cuando vea que has cumplido y las ha cuidado bien.

—¡Pero yo no entiendo de cachorros humanos!

—Sólo necesitas saber un par de cosas: una, que no te la puedes comer; y dos, que si llora es porque necesita cambio de pañal, le duele algo o tiene hambre. Si eso ocurre, abre esta hoja y sigue las instrucciones al pie de la letra. Los pañales, los bibes y todo lo necesario están en esas dos mochilitas.

—¿Estás de coña, no?

—No, Alastor. No me falles y, cuando vuelva te echaré el mejor polvo de tu vida. Palabra de Eisheth —prometió.

—Ya me puedes compensar por esto... No me jodas... —repitió, arrepentido de su espontáneo ofrecimiento para que las dos vivieran en su cabaña.

—Lo haré —contestó ella acariciándose los pechos y la vagina para él—. Conocerás la mítica “lengua de fuego” de Eisheth...

—¡Está bien, está bien! Prometo que estará entera y viva para cuando regreses. ¿Cuánto crees que te llevará?

—Pfffff, ¡yo qué sé! Pero trataré de ser rápida, eso te lo aseguro. Venga, me voy...

—Eisheth... —la llamó el demonio poniéndose de pie antes de que desapareciera.

—¿Sí? —dijo ella volviéndose hacia él.

—Has dicho que había dos cosas que debías hacer. Una era localizar a tu bruja. ¿Cuál es la segunda?

—Ohhhh, eso... —respondió mientras maldecía por lo bajo—. Lo hablaremos después de la “lengua de fuego”, si es que puedes hablar tras ello —rió, esperando despistarlo.

—Está bien —aceptó el otro.

“Esta se va a pirar de aquí. Lo sé yo...”

¿Cómo le digo que el Infierno no es un sitio adecuado para que crezca una niña humana si Luna no puede cuidarla?

Vestida de Lourdes, orbitó sin más al mundo de los mortales. Alastor suspiró de resignación y la pequeña Eva gorjeó para llamar su atención.

El demonio se acercó a su cunita y la miró con curiosidad:

—¿Y tú... para que sirves además de para comerte?

Ella rio ante la pregunta y alzó las manos hacia él.

—¡Bahhh! ¿Por qué no? —se dijo mientras la cogía en brazos—. Menos mal que ya he comido. Hueles tan bien, cachorrita de humano...

La pequeña volvió a reír. A su pesar, él también sonrió y se la llevó al butacón, donde la meció entre sus brazos mientras le contaba historias sobre sus víctimas y mil y un hazañas demoníacas hasta que el sueño los venció a ambos y se quedaron dormidos.

DOLORS (1)

Londres, viernes 6 de septiembre, 1889

—¡Apresuraos! —les gritó ella a sus dos acompañantes—. ¿Y vosotros dos sois destructores? ¡Con esa velocidad no atraparíais ni a una tortuga coja!

Los dos vampiros intercambiaron una mirada feroz y agilizaron el paso tras ella al sentirse ofendidos.

—¡Así está mejor! Parece que no tuvierais prisa por llegar, y os recuerdo que Tutmés no nos dejará hacer noche en su morada... —añadió ella.

—Tranquila, tenemos reserva en la pensión de los Shelley —le informó uno de ellos, el de apariencia más fornida.

—¿Ah, sí? ¡Nadie me había informado de ello! Pensaba que regresaríamos esta misma noche a casa...

—Imposible... —contestó el otro, de aspecto cadavérico y pálido—. No llegaríamos a tomar el tren nocturno.

Ella se giró para arrojarles una mirada suspicaz.

—¿Y no habéis considerado necesario contármelo mientras me veíais corriendo?

Aquí hay colmillo encerrado... ¿Desde cuándo unos simples acompañantes tienen más información que la encargada de llevar a cabo una misión?

Dolors se acercó a ellos velozmente. Tanto, que apenas alcanzaron a vislumbrarla cuando ésta ya estaba detrás del vampiro fornido, inmovilizándolo desde su propia espalda.

—Y, ahora, me vas a decir qué rayos está pasando aquí... —le amenazó la vampiresa mientras le clavaba las mortíferas garras en el cuello y hacía brotar su sangre.

—No puedo... —gimió él—. Son órdenes del Consejo.

—¡Quieto ahí tú o acabaré con los dos en un abrir y cerrar de ojos! Y lo sabéis: me habéis visto en acción... —advirtió al vampiro paliducho, que había tratado de aproximarse a ella por la retaguardia.

—¡No digas nada, Herbert! —dijo el paliducho al tiempo que se detenía.

—¡Escupe o será tu sangre la que escupas! —repitió Dolors ejerciendo más presión en la carne, que se abrió ante las afiladas uñas.

—¡No digas nada! —gritó de nuevo el otro.

Dolors miró a los ojos de éste y supo que no iban a confesar el plan. Podría extraerles la información a base de torturarlos, sí, pero amanecería en apenas escasas horas y no podía malgastarlas de esa manera.

—De acuerdo entonces —respondió ella con una sonrisa.

Cerró sus ojos de esmeralda y hundió sus colmillos en él en un movimiento letal que le desgarró el pescuezo. Mientras el cuerpo inerte del vampiro corpulento descendía sin delicadeza a encontrarse con la tierra, Dolors sacó una estaca de su casaca y se la clavó al segundo vampiro, que había saltado sobre ella para atacarla.

Éste se trocó en polvo espolvoreado sobre ella. Fastidiada, se sacudió las ropas y los cabellos, y miró los restos del primer cadáver.

—¡Lástima! Odio viajar sola... —se lamentó.

Y reemprendió el camino a toda velocidad hasta Fear Street, emplazamiento de la morada del egipcio. Ella sólo había escuchado leyendas sobre éste y su lugar mágico, por lo que le sorprendió toparse con una calle de aspecto desagradable y poco amistoso. La basura se apilaba por doquier, ofreciendo un panorama triste, fétido y de abandono absoluto.

Siguiendo las instrucciones del Consejo, se lamió el dedo índice y dibujó una puerta imaginaria en la fachada del edificio 25 con su saliva, mientras pronunciaba las palabras clave: “Muéstrame el camino.” El trazo de saliva, apenas visible, brilló convertido en llamas ardientes de un fuego ficticio que no abrasaba. Dolors, fascinada ante esa claridad sin dolor ni calor, acarició las lenguas de fuego con curiosidad infantil.

¡Vaya, que me aspen!

Su propósito parecía ser el de iluminar una aldaba, hasta ese momento invisible a sus ojos. Atravesó el fuego para golpear la aldaba. Una pequeña ventana enrejada se dibujó sobre aquélla. Tras la ventana, aparecieron unos ojos inusualmente grandes y negros, como cucarachas.

—Adelante —dijo la voz ronca y profunda de Abraham, el portero—.

Tutmés aguarda tu visita.

La U de fuego invertida se apagó y un enorme portón chirrió en su apertura. La puerta desapareció de nuevo en cuanto ella puso los pies en el interior de la gruta. El espacio estaba dominado por una humedad asfixiante. Hilillos de agua recorrían las paredes y se podía escuchar el murmullo de un río cantando bajo sus pies. Grandes antorchas decoraban las paredes cavernosas causando un efecto aterrador donde luces y sombras bailaban y se agitaban sin descanso. El viento ululaba a lo lejos.

Dolors siguió al gigantesco portero por los diferentes pasadizos hasta acceder a una pequeña sala creada por cuentas de colores que brillaban y resplandecían creando melodías inexistentes. Un hombre de atuendos egipcios, lleno de oro, lapislázuli y maquillaje, aguardaba en el centro de la estancia en una pose artificial y estudiada.

Ella lo miró, controlando la risa, y se sorprendió al ver su turbante cobrar vida en forma de enorme serpiente, que se había desenroscado para olfatearla.

—Dolors, empezaba a impacientarme... ¿Y tus acompañantes? —dijo él, con una voz inesperadamente aguda.

Ella se mantuvo inmóvil, lejos de él, puesto que no se llevaba demasiado bien con los bichos. Abraham se retiró sin provocar ruido y ella se decidió permanecer junto a la entrada de la habitación de los mil colores.

—Muertos —respondió, incómoda.

—Acércate... —pidió él extendiendo un brazo con languidez femenina—. No te voy a morder... ni ella tampoco —añadió entre risas de pito.

Ella se aproximó al centro de la habitación con desgana. Tutmés la envolvió entonces con una sonrisa cálida y los nervios de la vampiresa se disiparon. Dolors le entregó la mano que él reclamaba en el aire.

—Ohhh, ya veo... Rápida y mortífera —apuntó con satisfacción al ver dentro de ella.

A continuación, le soltó la mano y negó con la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, asediada por la inquietud.

—A estas alturas, ya sabrás que tu “misión” era un modo de tenerte alejada, ¿verdad? —comenzó él.

Ella tragó saliva y asintió, sintiendo cómo el monstruo de los temores le mordía el pecho.

—Sin embargo, no contaban con que Thelma actuara...

—¿Qué ha ocurrido? —repitió ella, obligándose a no alzar la voz.

Los cristales de colores detuvieron su concierto de música y luz, se oscurecieron y el viento se apoderó del sonido profiriendo lamentos desgarradores. Tutmés tornó a tomarle la mano y susurró:

—Tranquila. Mira hacia la pared...

Las cuentas de colores de luto proyectaron unas imágenes en las que se veía al Consejo ideando el plan. Le sucedieron luego otras donde se veía a su hermana pequeña entrando en las celdas.

—¡Thelma, no! —exclamó, como si pudiera detenerla—. ¿Esto está ocurriendo ahora mismo? —le preguntó a la divinidad egipcia.

—Ha ocurrido hace unas horas, me temo... —dijo él, incómodo.

—¿Qué más ha pasado? ¡Muéstramelo! —le rogó ella.

—No creo que... —dudó el dios egipcio.

—¡Por favor! —suplicó de nuevo con lágrimas desbordando sus ojos.

El vampiro alzó la mano y nuevas imágenes aparecieron sobre las mil cuentas de la pared: Thelma encontrando a Adriana y a Leo, Thelma liberándolos, abrazos y lágrimas de los tres, la pareja huyendo de las celdas, y Thelma subiendo las escaleras como un condenado a muerte. Después, todo se volvió oscuro.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué les ha ocurrido a todos ellos?

—Ohhh, mi querida niña... Eso debes descubrirlo por ti misma —dijo enigmático el hombre semidesnudo.

—¿Cómo?

Mas, en lugar de responderle, éste la abrazó en silencio. A continuación, susurró a su oído:

—Lo lamento mucho, querida. ¡Ve!

Ella fue a replicarle, cansada de tanto histrionismo y de respuestas a medias, pero se encontró con que ya no se hallaba en la habitación de los cristales. Ni siquiera seguía con Tutmés, ni en Londres. Asombrada, miró la puerta de madera ante ella y entró sin llamar.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó él, sobresaltado, enjugándose las lágrimas.

—No lo sé... ¿Magia? ¿Por qué lloras? —quiso saber ella.

—Tu hermana...

Ambos esposos se abrazaron, rotos de dolor. Acaba de iniciarse una guerra y ellos tenían las de perder.

VINCENT (4)

Provence (Francia), sábado 7 de septiembre, 1889

Colocó con ceremonia los pliegos de papel sobre la escribanía, acarició la pluma y llevó ésta al tintero con la misma delicadeza con la que acariciaría el cuerpo de una mujer. Alzó la cabeza ante el sonido de la lluvia repiqueteando sobre los cristales y sonrió. La lluvia le hacía sentirse vivo, parte aún del mundo, al contrario que con el sol.

Suspiró con tristeza mientras se inclinaba sobre los pliegos y comenzó esta epístola:

Estimado Leo,

Te escribo rebosante de felicidad. Hace unos días me dieron el alta médica, sin más. Ignoro si vuestra intervención, la tuya y la de Tutmés, ha tenido algo que ver con ello. Si es así, gracias de corazón. GRACIAS.

Alouqua volvió a visitarme una vez más y hasta yacimos juntos. ¿No es extraño? Fue su retorcida forma de decirme “hasta luego”. De Rodrigo tampoco he vuelto a recibir ninguna de sus desagradables visitas y me inquieta el desconocimiento. Intuyo que Tutmés será el responsable de ese silencio por algo curioso que me ha acontecido. Te relato:

Ayer, en mi primer día como ciudadano libre y “sano”, soñé con él, mi buen amigo. Sí, soñé con mi hijo, pero ya no era un muchachito de siete u ocho años, no. Era el bebé que siempre debía haber sido: precioso, risueño, ¡y tan parecido a mí en el físico! Jugaba sobre las rodillas de Tutmés, y el egipcio entonaba un cántico ancestral que hacía reír a mi pequeño. ¿Es eso real o solamente un sueño acaso? ¿Vive con Tutmés y tiene los poderes ligados? No hay nada que me alegrase más. Sé que el compromiso de padrinazgo que asumiste con mi pequeño Rodrigo es de gran envergadura y, si puedes solazarte un tiempo sin esa responsabilidad, me sentiré aliviado.

Sobre mí, creo que todo lo mencionado ha propiciado que recupere algo de mi paz de espíritu perdida. Ahora ya puedo dormir sin pesadillas que me atormenten y hasta me siento más rejuvenecido.

Sólo me pesa no saber de ti, pues hace ya tiempo que no recibo una línea tuya. Es posible que nuestras cartas se hayan cruzado o que alguna misiva tuya haya llegado al hospital psiquiátrico en el que estaba internado. Como comprenderás, no me atrevo a volver a poner un pie en ese lugar... por si no puedo, luego, volver a salir. De modo que tenlo en cuenta, por favor, y escíbeme en cuanto puedas para que yo sepa que estás bien. Ésta es mi nueva dirección provisional, ya que aún desconozco si me quedaré una temporada con mi hermano Theo o si tornaré a alquilar una pequeña casa con su estudio

que me ayuden a sacar los demonios que habitan en mí.

Ahora mismo el cielo se ha sincronizado con mi alma y mis ojos, y todos ellos lloramos. El cielo y yo. ¿Debería estar feliz? Seguramente. Mas, dentro de mí, siento que estoy viviendo un tiempo prestado, un tiempo que ya no me pertenece, y que el reloj continúa moviendo las manecillas ajeno a mí y a mi pesar.

Pienso en tu felicidad y en aquellos días en París, y en nuestras cazas por los bosques de España juntos, y me pregunto si será posible vernos una vez más. Escíbeme pronto, amigo. El tiempo apremia y es mi mayor enemigo...

Siempre tuyo,

Tu gran amigo, el loco del pelo rojo...

—Hermano... —dijo una voz que asomaba tras la puerta que se abría.

—¿Sí, Theo? —respondió Van Gogh mientras se giraba hacia él.

—Sé que aún es oficialmente de día, pero llueve y el día es oscuro y gris. ¿Querías dar un paseo conmigo por el campo? —propuso el hermano pequeño—. Seguro que te viene bien salir, caminar, airearte, y un poco de conversación y risas fraternales.

Al pintor se le iluminó la cara.

—¡Me parece una excelente idea! —exclamó enérgico—. Eso sí, debo hacerte una advertencia...

—¿Cuál?

—Tendré que cazar y creo que no te agrada demasiado...

—¿Aún continúas con la historia de que eres un vampiro? —inquirió el hermano frunciendo los labios y el ceño.

—Hasta el día que me muera... —contestó él, que notaba la fría caricia de la Muerte sobre su nuca—. Vamos...

YO (15)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075
Fiesta de Halloween

—¿No queda nadie en la sala de baile? —preguntó K.

Maximiliam negó con la cabeza, callado. Maestro K, que de tonto no tenía un colmillo, se dio cuenta de que sobraba un poco en aquella despedida y se disculpó con alguna excusa tonta, como tener que lavarse los dientes, antes de desaparecer por la puerta.

—Pues ya sólo quedamos nosotros dossssss —dijo Maximilliam la Serpiente, silbando (o silabeando) dentro de mí.

Vampiro travieso...

Quise enfadarme con él, pero me entró la risa tonta.

—Ya vale, ¿no? —pregunté con los labios serios y los ojos sonrientes.

—Te la debía... —contestó él forzando una sonrisa dentro de su tristeza.

Aquello estaba siendo difícil también para él. Hacía muy poco tiempo, en realidad, que habíamos estado en ese mismo lugar llorando las muertes de sus compañeros, Perséfone y el Profesor. Y la noche de hoy, con una nueva muerte, se parecía demasiado a aquella primera. Escuché cómo sus heridas lloraban.

Me moría por abrazarlo, por besarlo...

—Es duro, ¿verdad? —le pregunté desde la distancia para evitar cualquier roce.

—Sí... —reconoció—. Oye...

Sus pensamientos me acariciaron mucho antes que sus palabras. Contuve la respiración (es un decir) y la lengua.

—Quizá podamos volver a pasar la noche juntos como la última vez... —me dijo con la mirada suplicante y los nervios enroscados en sus palabras.

Ufffff. Si es que te quitaría esos pantalones de vampiro dieciochesco cachondo... Me muero por estar contigo y saber qué se siente después de

tanto tiempo. Pero no puedo, Maxi, no puedo...

—Ohhhh, ya veo... —contestó con una puñalada de dolor ante mi silencio.

—Lo siento —le dije al fin. Y por todos los sangrescos del mundo que lo sentía... ¡Cada poro de mi piel lo hacía!— No puedo...

—¿Porque me fui? —preguntó él acercándose peligrosamente a mí.

—También hay un poco de eso, pero no...

—Dime... —me pidió, con una voz tan modulada y perfecta que sentí crecer la electricidad dentro de mí.

Maximilian el Explorador cogió mi mano y la electricidad se multiplicó por mis venas de modo orgásmico. Mis piernas comenzaban a declararse en huelga y mi cerebro se estaba convirtiendo en un pueblo fantasma sin vida inteligente cuando lo vi.

Lo vi.

Vi, como si fuera a través de un espejo, cómo lo asesinaba con mis propios colmillos. Asustado, retiré de inmediato mi mano de la dulce cárcel de la suya, y retrocedí con el horror bailando sobre mis pupilas.

—¿Qué has visto? —preguntó, inquieto.

—A mí matándote... —respondí con la voz helada—. Será mejor que nos mantengamos rodeados siempre de gente.

—Ohhhh —musitó dando un par de pasos hacia atrás.

—Y no estaría de más que no volviéramos a estar a solas los dos, ¿no crees? —dije, con el corazón protestando contra mi lengua y volviéndose loco por no ser escuchado.

—Ehhhh,... vale. Cuídate entonces —me dijo con la voz más triste que había oído jamás mientras me daba la espalda y se giraba hacia la puerta exterior.

—Maxi... —lo llamé antes de que desapareciera de nuevo de mi mundo.

—¿Sííí? —preguntó con la esperanza brillando en sus labios y en su cabeza.

—Me alegra mucho que hayas vuelto, de verdad —le dije con un amago de sonrisa mientras mis manos peleaban por soltarse y por aferrarse a sí mismas para que no corrieran tras él.

Maximilian, eres la luz y yo, una polilla. Pero una polilla asesina. Vete mejor, vete... No quiero hacerte daño.

—¿Gracias? —contestó él sin ocultar su decepción—. Nos vemos

mañana en el funeral entonces... —añadió, abriendo la puerta y saliendo a la calle mientras su voz acariciaba a alguna estrella afortunada del cielo enlutado en lugar de a mis oídos.

—Hasta mañana... —dije cuando ya no había nadie para escucharme.

Cerré con llave la escuela y salí al frío de la noche con mi disfraz de conde de Cowland. Comprobé la hora en mi móvil. Aún quedaba hora y media para el amanecer, y mis ganas de regresar a la soledad de mi apartamento eran las mismas que de comerme unas ristras de ajo, de modo que opté por algo igual de suicida: salir al campo a cazar. ¡Hacía tanto tiempo de aquello!

—MEI PEDES, VOLATE^[31] —grité, sin varita en esta ocasión.

—¡Síííí! —exclamé entusiasmado al ver cómo mis pies se convertían en cohetes supersónicos.

Llegué a la Pedriza en tres minutos y medio. La noche era estrellada y los animales nocturnos lo celebraban con su festival de sonidos. Cerré los ojos e inspiré con profundidad: ¡cuánto había extrañado todos aquellos olores y esa emoción de la caza!

¡Cuánto te extraño, Leo!

—¿Leo? —pregunté.

—¿Qué sucede? —dijo Eva—. Te has puesto pálido...

—Es extraño... —les dije a los dos, que me miraban con curiosidad genuina—. Por un momento, me ha parecido sentir a Leo llamándome.

—¿De verdad? —preguntó Alberto esperanzado, experto en detectar situaciones provechosas y que le quitaran el marrón de encima.

—Alberto, sé que os vais a casar... —le dije—. Tranquilo, que no voy a quedarme de huésped ladilla mucho tiempo. Sólo necesito... —pero el dolor no me dejó continuar.

Eva le echó una mirada de psicópata asesina.

—¡Serás...! —exclamó ella.

—¡Ehhhh, que yo no he dicho nada! —protestó el otro, indignado.

—¡Ya, membrillo, pero lo has pensado! —le recriminó ella en un toco algo más suave.

—¡Joder! ¿Y qué culpa tengo yo de que me lea el pensamiento? —se defendió él—. ¡Entenderás que ésa sea una de las razones que me incomodan! Otra es el asuntillo de la Profecía, y que viváis juntos multiplica los peligros. Y, por si no hubiera suficientes razones de peso con ésas, ¡nos vamos a casar! Te aprecio mucho, Zana —volvió la cabeza hacia mí—, pero entenderás que desee estar a solas con ella y formar una familia...

—Oh, por supuesto. Lo entiendo de sobra —y lo entendía.

—Sí, pero no hagas caso al soldado antipático éste —intervino mi dulce Eva sacándole la lengua a su prometido—. Te irás cuando debas irte, que será cuando tú quieras y estés preparado. De verdad. Éste es tu hogar... —añadió mientras le daba una patada a Alberto por debajo de la mesa.

—Sí, eso es —dijo él, cagándose mentalmente en el zapato de punta extra fina de Eva—. Aunque todo lo que acabo de exponer es cierto, y los tres lo sabemos —subrayó—, también es cierto que no te dejaría irte ahora tal como estás. Debes recuperarte primero... Y, ahora que lo estamos debatiendo, creo que debemos plantearnos volver a tu antigua casa.

—¿A la de Leo? —pregunté, asustado al recordar las últimas imágenes en aquella casa, con Leo inerte y abierto en un charco de sangre.

—Sí. Quizá hoy sea pronto, pero deberíamos ir mañana... —apuntó él, convencido.

—No sé... —dudé, lleno de miedo y rechazo ante la propuesta.

Mi cerebro se colapsaba ante la sola idea de verme de nuevo allí, de enfrentarme al cadáver de mi Maestro, al recuerdo del policía asesinado y a todos mis errores por los que yo no me merecía seguir existiendo. El nombre de Leo se me metió en los ojos y les hizo llorar.

—¡Joder, Alberto! —le espetó ella—. ¿No ves que no está preparado?

—Está bien... Mañana volvemos a hablar del tema —contestó, oscilando entre la comprensión y el disgusto—. Pero es importante que vayamos, créeme.

—¿Por qué? —se me adelantó Eva.

—Mi instinto me dice que hay que hacerlo y, hasta ahora, nunca me ha fallado —contestó encogiéndose de hombros.

—Está bien —claudiqué al ver la verdad dentro de él—. Mañana mismo vamos. Supongo que algún día tendré que enfrentarme a lo que he hecho... —dije sorbiéndome los mocos.

—Oye, ¿y qué es eso de has creído sentir a Leo? —preguntó Eva con curiosidad.

Me levanté de la mesa en la que estábamos, incapaz de aguantar más tiempo sin moverme, y paseé por el salón tratando de ordenar mis ideas.

—No sé, ha sido muy raro. Ha durado menos de un segundo, pero me parecía que estaba gritando mi nombre.

—¿Por qué no pruebas a concentrarte a ver si lo sientes de nuevo? —propuso Alberto—. ¡Imagínate, por un momento, que estuviera vivo!

—No, imposible —negué—. Tú no viste su cuerpo. Le agujereé de un modo espantoso el cuello y su cerebro no tenía actividad. Estaba muerto —me reafirmé—. Yo lo he matado...

—¡Prueba otra vez! —me animó Eva.

—Está bien... —tercié.

Cerré los ojos y lo busqué. Nada. Me concentré aún más, siguiendo nuestro hilo conector, nuestro nexo de creador y creado, pero al otro extremo del cordel ya no había nadie esperando. Había sido cortado.

—No... Nada... Nadie... —gemí—. Perdonad...

Y, antes de que pudiesen reaccionar, había agarrado la puerta y me había ido de allí corriendo.

Quería chillar, decirle al mundo la escoria que era. Quería buscarlo y pedirle perdón, pero ya no había nadie a quien pedírselo.

Las lágrimas me cegaron. Mis manos limpiaron inconscientemente mis ojos y, al abrirlos de nuevo, la sorpresa me paralizó por completo. Los carteles, los anuncios y los transeúntes que poblaban la calle a aquella hora... todos poseían un mismo rostro, el de una vampiresa joven, morena y de apariencia exótica.

—¿Selene? —me chivó un rincón de mi cerebro—. ¿La Selene de Leo?

El estómago rugió con fuerza y hambre ante el nombre y el olor de la sangre palpitando en esos frágiles y cálidos cuellos. Sin saber muy bien lo que hacía, me fui mezclando entre ellos, eligiéndolos. La mente se me nubló antes de que saltara sobre la primera víctima...

ARIOCH (4)

En algún punto indefinido, domingo 29 de enero, 1961.

Dejando con la palabra en la boca a Ianire, desapareció del hogar y orbitó hasta el punto en el que había sido invocado. Arioich se relamió de impaciencia. La llamada de invocación era poderosa, y prometía grandes satisfacciones y pagos.

¡Ya era hora! ¡Me moría por un poco de acción! Lo de menos es el sueldo ahora mismo... ¡Con el alma y el cuerpo que me lleve hoy, ya estaré más cerca de volver a ser inmortal!

La llamada lo había llevado a famosa isla maldita de Bla Jungfrun^[32] y eso sólo podía significar una cosa: un festín. Las brujas que allí se congregaban no solían invocarlo a él, el Demonio de la Venganza, sino al cabrón de Satanás o Belcebú, que se las llevaban de calle.

Le inquietaba lo de tener que copular con ellas después de la pequeña infidelidad con Alouqua, pero, ¿quién no tiene que hacer cosas en su trabajo que le desagradan en extremo? Pues eso...

Planeó sobre el Blokula^[33], un maravilloso prado verde que cruza la isla de norte a sur, y se extrañó al no verlas allí en su aquelarre. Sobrevoló entonces todo el Blokula hasta dejarlo a un lado y alcanzar el laberinto de piedras mágicas.



—¡Ahí están! —exclamó.

Aterrizó frente a ellas, mostrando las alas desplegadas e hinchando el pecho para provocar su admiración, y se asombró de lo viejas y feas que eran todas.

No se parecen en nada a Ianire. Anda, que como tenga meter la serpiente en esas cuevas secas..., pensó haciendo de tripas corazón.

Las siete brujas pegaron sus miradas en él, como babosas.

—Soy Arioich, el Demonio de la Venganza. ¿Para qué he sido reclamado? —exigió saber con la voz más potente que logró encontrar mientras metía tripa y se cuadraba ante ellas.

—Y yo soy Circe^[34] —respondió la más fea y vieja de la reunión de brujas—. Te hemos hecho llamar porque buscamos venganza...

Las viejas hechiceras asintieron con murmullos de aprobación.

—Hablad —dijo él mostrándose parco en palabras, porque sabía que eso acojonaba más que nada en el mundo.

—¿Sabes algo de este lugar mágico, de nuestro laberinto? —preguntó ella.

—Te escucho —contestó el demonio después de negar con la cabeza.

—Este inmenso laberinto de piedras... —comenzó la bruja señalando a su alrededor— está compuesto por quince círculos cuyo significado sólo conocemos en nuestra comunidad: las Brujas del Blokula. Cada vez que una de estas piedras es robada por los estúpidos mortales, el equilibrio se rompe y nuestro poder se debilita.

Circe miró a la compañera de la derecha y asintió para cederle el turno de palabra. Arioich saltó a los ojos de la segunda, impacientándose por momentos.

He venido a cargarme a alguien, copón, no a escuchar lecciones de Historia.

La segunda bruja sonrió y continuó el relato:

—Hasta entonces, habíamos solventado los escasos robos de piedras con maldiciones hacia los ladrones, y funcionaba. De hecho, el gobierno de Oskarshamn, la ciudad a la que pertenece administrativamente la isla, recibe cada año piedras que nos fueron sustraídas, junto a algunas cartas de los familiares, en las que piden perdón por el robo y explican las desgracias que sufrieron los “ladrones”.

—Vaya, interesante... —señaló el demonio, que se moría por saber los detalles de las maldiciones y sus consecuencias—. ¿Qué les pasaba?

—Ohhh, lo típico —intervino la más joven de las tres, que rondaría

los doscientos años, década arriba o abajo—. Accidentes mortales, amputaciones, muertes cercanas, cegueras... esas cositas.

—Me gusta... —dijo él, animándose—. ¿Y decís que ya no funciona?

—Más o menos —respondió la segunda—. Como te he explicado, nos están devolviendo bastantes piedras robadas... antiguas. Pero los humanos cada vez son más intrépidos y estúpidos. Algunos han dejado de creer en la brujería y en las maldiciones.

—¡Como si por no creer en ellas, ellas no creyeran en ti! ¡Panda de gilipollas! —escupió una nigromante desdentada y verrugosa.

Arioch reprimió una mueca de asco-risa y continuó mirando a la segunda bruja al mando del aquelarre.

—Ahora la moda es demostrar la virilidad desembarcando en la isla y robando una piedra de nuestro entramado laberíntico, sin creerse que serán perseguidos por la maldición hasta que mueran o devuelvan la piedra sagrada a su lugar. Eso sí, esos comemierdas no hacen noche aquí. No se atreven. Y hacen bien...

—El mundo ya no es como antaño... —se lamentó Circe cabeceando de izquierda a derecha.

—Somos siete brujas y demasiados ladrones. Mantener las maldiciones vivas, además de otros rituales y nuestros quehaceres mágicos, empieza a ser un desgaste que no podemos asumir.

Es que sois muy vieeeejas, pensó él.

—Lo somos —corroboró Circe con su sonrisa de hiena—. Pero siempre seremos siete, y sólo se añade una nueva hechicera cuando una de nosotras ha muerto.

Arioch enrojeció un poco. Le molestaban las brujas que leían los pensamientos ajenos.

Si Ianire pudiera hacer eso, jamás me habría casado con ella...

—Yendo al grano... —retomó la segunda mientras las brujas restantes se acercaban al demonio plumífero—. Con la velocidad a la que nos roban y la lentitud con la que nos las devuelven, nuestra magia y fortaleza se está resintiendo.

Arioch las miró con interés. Todo esto le encantaría a su pequeña Viuda Negra.

—Sí —apuntó una hechicera de atuendos africanos y del color de la noche—. Ni siquiera podemos hacer ya viajes extra-corporales ni los ancestrales vuelos en escoba. Estamos tan cansadas que debemos recurrir a

trucos de novatas, como agujeros con agujas en la pared para llegar hasta aquí, o untarnos los pies de aceites especiales para caminar sobre el agua y arribar la isla.

—Indignante... —volvió a escupir la desdentada.

—Necesitamos que te encargues de ellos, que los rastrees, los localices y nos devuelvas las piedras.

—¿Cuántas echáis en falta ahora mismo? —preguntó él.

—Treinta y nueve —apuntó Circe.

Arioch se relamió por dentro. ¡Treinta y nueve almas era un gran número para recuperarse! Y, aunque fueran simples mortales, sería muy divertido darles caza.

—¿Mi pago?

Circe sonrió y alzó la mano al aire en un gesto brusco. Las seis brujas se levantaron las enaguas y mostraron un espectáculo que incluso a Arioch le pareció esperpéntico. Las brujas, tal como había escuchado contar alguna vez en la cantina de Halrinach, sostenían con sus vaginas unas velas prendidas. El círculo en el que se hallaban se iluminó con su fuego y apareció ante él una jaula, hasta el momento invisible, con un varón y una joven desnudos.

—Tuyos son... —dijo la asistente de Circe—. Por cada piedra que recuperes, tendrás tres almas: la del ladrón y las dos que te entreguemos nosotras como pago. ¿Hay pacto?

Arioch estudió a los dos pimpollines encerrados, que temblaban como una hoja sacudida por el viento al verlo, y pensó cuánto le gustaría a su bruja que apareciera con alguno de esos dos cuerpos puestos.

Esta noche llegaré a casa vestido de alguno de ellos y mojado seguro..., se dijo con una amplia sonrisa que no se molestó en ocultar.

—Soy vuestro demonio perfecto. Hay pacto —dijo él.

—¡Perfecto! —celebró Circe mientras las brujas aplaudían y brincaban de emoción.

¿Cómo harán para que no se les caiga la vela del chichi o no les queme? ¡Qué cosas! ¡Nunca ha vivido uno lo suficiente...!

Las brujas entonaron en su honor y agradecimiento un cántico fúnebre que puso a Arioch tierno, pues sólo lo pronunciaban una única vez al año: la Noche de Walpurgis^[35] y únicamente para el que consideraban su Señor de la Oscuridad.

Arioch se aclaró la garganta, emocionado, y pronunció un trémulo “Gracias”. ¡Adoraba su trabajo!

Las brujas hicieron desaparecer la enorme jaula que contenía a los prisioneros y éste desenvainó su larga espada, ensartándolos a ambos de una sola estocada. Ellas murmuraron un “Que aproveche” mientras él se daba un festín. Había que coger fuerzas y almas cuanto antes...

LEO (11)

Berlín, viernes 6 de septiembre, 1889

La pareja abandonó los pasadizos, túneles y celdas a la velocidad máxima que sus pies les permitían. A lo lejos se escuchaba ya el despertar de la sociedad Vetusta, cuyos tímidos sonidos pendían sobre sus cabezas como una daga amenazadora. Debían alcanzar la puerta antes de que el edificio despertara del todo.

Con el frío sudor del miedo bañándoles la piel, llegaron al portón exterior. Leo colocó su mano en el tirador de la puerta con la intención de empujarla y salir a la calle, pero Adriana lo detuvo.

—¿Qué sucede? —susurró él.

—Aún no se ha escondido el sol del todo... —le contestó ella al oído.

—¿Qué hacemos? Los ruidos se acercan. Pronto saldrán de sus habitaciones y nos descubrirán aquí... —resumió él.

—¡Lo ignoro! —exclamó con desesperación la vampiresa—. Mas, si ponemos ahora mismo un pie en el exterior, moriremos carbonizados —profetizó.

—Y, si aguardamos aquí hasta que el sol se oculte, nos atraparán... —finalizó el arquitecto.

—¡Mierda! —exclamó Adriana—. ¿Los oyes? ¡Ya se acercan! ¿Qué hacemos?

¡Tutmés, ayúdanos!

Leo esperó un instante por si la voz de Tutmés se aparecía, pero, en su lugar, la cabeza de la enorme pitón del egipcio se proyectó sobre ellos.

—¿Qué diabl...? —profirió el de Salamanca mientras protegía a Adriana con su abrazo.

La frase expiró en el interior de la gigantesca cabeza de la serpiente, que los había engullido a ambos. Después, ésta golpeó la puerta con la testa y abandonó el edificio con ellos dentro. Cerró la puerta a su paso con un golpe de cola y se desplazó serpenteando hacia el bosque.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Adriana, atónita.

—¡Que me aspen si sé explicártelo! —replicó él, lleno de asombro, mientras acariciaba el suave interior de la pitón.

—Inténtalo —pidió ella.

—Es, creo, la serpiente de Tutmés en versión gigantesca —contestó mi Maestro encogiéndose de hombros. ¿Qué más podía decir?—. ¿Te has fijado en esto?

Adriana contempló el interior de la serpiente. Era extrañamente traslúcida, de muchos colores y de ninguno al mismo tiempo. Su compañera tampoco pudo resistirse y la acarició con cautela. La enorme serpiente tembló como si le hiciera cosquillas y continuó avanzando hacia la espesura.

—¡Ohhhh! —gimió ella con el rostro contraído.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

La vampiresa alargó el brazo hacia el frente y señaló sin pronunciar palabra. Leo siguió sus gestos con la mirada y observó hacia el lugar en que apuntaba su dedo. Abrió la boca de sorpresa en un primer momento, mas este gesto pronto se convirtió en sonrisa.

¡Cuánto lo había echado de menos!

—¿Es...? —dijo ella, tropezándose con las palabras.

—Sí —asintió él, feliz—. Es el sol. ¿No es hermoso?

—Lo es... —respondió ella fascinada, siguiéndolo con la mirada empañada por las lágrimas.

—Cierto... Los Vetustos ya nacisteis siendo vampiros... —apuntó Leo, que por primera vez se compadecía de su raza elitista.

—¡Se está yendo! —se lamentó ella.

Leo la miró enternecido y la cogió de las manos, pero Adriana tenía los ojos tan llenos de sol que ya no lo veía a él. En sus lágrimas había encerrado la luz de aquél e infinidad de arcoíris resbalaron por su cara. Él se aproximó a ella y bebió cada una de esas lágrimas de felicidad para llevarlas siempre consigo, para no olvidar el momento en que ella vio, por primera y última vez, al astro rey.

Luego, éste desapareció y el cielo se vistió de oscuro. La serpiente abrió su boca y ellos siguieron el camino hacia el exterior.

—Gracias, Tutmés, o serpiente... —le dijo Leo sin saber cómo dirigirse a ella.

El animal recuperó su tamaño real, alzó la cabeza del suelo, extrajo su lengua bífida sin dejar de silbar (como diciéndoles “Ahí os quedáis”) y desapareció. La pareja se miró sin salir de su asombro antes de examinar los

alrededores.

—¿Cómo podemos hallarnos en el bosque de Grunewald? —se asombró Adriana al reparar en el paisaje—. ¡Si apenas habremos estado un cuarto de hora dentro de ella!

—¡Supongo que es lo que tiene viajar dentro de una serpiente gigante que aparece y desaparece en el aire! —bromeó Leo mientras daba mentalmente las gracias al egipcio—. Dejando a un lado las chanzas, mi amada Adriana, creo que se ha asegurado de alejarnos lo suficiente para que no nos den caza.

—¡Cierto! —concordó ella—. Es probable que ya hayan descubierto nuestra fuga y salgan en nuestra busca. ¡Debemos darnos prisa!

—¿Y tu hermana... estará bien? —preguntó éste con inquietud.

—¡Sí, seguro! ¡Es una Vetusta Destructor con familia en el Consejo! ¡No le acontecerá nada malo! —exclamó ella con una sonrisa de seguridad.

Y tú también, Adri, y te iban a matar..., pensó Leo sin atreverse a pronunciarlo en alta voz.

—Escucha... debemos irnos, ¿pero adónde? —dijo aquélla.

—¡Volvamos a mi casa! —propuso él, que deseaba con toda su alma regresar a su hogar y leer las epístolas de su buen amigo Vincent.

Adriana sopesó el ofrecimiento unos segundos y terminó por asentir.

—¿Por qué no?

Y ella le cogió de la mano como una chiquilla traviesa que había cometido su mayor trastada y echó a correr por el bosque. Leo la siguió, unido a su mano, hasta que detuvo en seco su carrera.

—¡Aguarda! —le pidió él.

Adriana se giró hacia su amado y le ofreció una mirada interrogante.

—¡Casémonos! —le dijo, sin rodillas hincadas en el suelo ni anillos de diamantes.

—¿Aquí, ahora? ¿A solas? —preguntó ella en un cascabeleo de risas que enamoró aún más al vampiro.

—¡Sí! ¡Aquí, ahora! Con la luna como testigo de nuestro enlace... ¿Qué me respondes?

—¡Que síiiii!

Y en ese lugar se esposaron, felices y enamorados, sin reparar en que los bordes de la luna se iban tiñendo de rojo.

—Adriana, te tomo por esposa...

—Leo, te tomo por esposo...

Él se acercó a ella, le rodeó la cintura con su brazo mientras ambos se miraban, sonrientes y excitados, y le dio su primer beso como marido. Casto y dulce al inicio, apasionado y enloquecido después. ¡Habían logrado escapar de una muerte segura y ahora están desposados!

La luna se tiñó por completo de sangre mientras los enamorados yacían sobre un lecho de hojas y hierba fresca. Sólo ella lloró por Thelma, su pequeña y dulce hermana.

NELMAN (1)

Madrid, jueves 31 de octubre, 2075

Se aproximaron con sigilo a la casa, uno al lado del otro, sincronizando miradas y pasos. La gran sacerdotisa se llevó el índice a los labios y acercó la otra mano a la puerta. Miró a Nelman e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿No? —preguntó él en un susurro casi inaudible.

—No. Nadie —respondió ésta en un tono normal—. Ha estado aquí hace un rato, pero se ha ido... ¡Mierda!

—O no... —sonrió Nelman—. Entremos...

—¡Les hemos prometido que no lo haríamos! —protestó ella sin mucho énfasis.

También ella ardía en deseos de ver la guarida de la bruja.

—¡No se van a enterar y la nigromante no está! ¡No hay peligro! —exclamó él con la sonrisa del triunfo amarrada a los labios.

—Está bien, pero al menos reconozcamos antes el perímetro para ver si tiene protectores de entrada o salida, o incluso alguna trampa...

—Me parece una gran idea. ¿Quién hará los honores?

—Si no te importa, yo misma... Tú rastrearás de miedo, pero la magia oculta es lo mío —respondió ella con la voz llena de orgullo.

—Adelante, pues, señora... —contestó el rastreador con una reverencia extravagante.

—Señorita —le corrigió con un guiño gracioso que aún conservaba la picardía de una juventud perdida.

Núria rodeó la casa lentamente. Cada cinco o seis pasos, se detenía y palpaba la pared con los ojos cerrados. Sonreía, volvía a abrirlos y reanudaba su camino. Nelman observó el proceso con evidente interés. Iba a aprender mucho de aquella maga. Cuando ésta apareció a su espalda, después de haber rodeado por completo la casa, le dijo:

—No hay peligro, y es lo que más me escama. Esta casa ha estado muy protegida desde su misma construcción. Y ahora está así: sin un triste hechizo. ¡Es como si se hubiera dejado la puerta abierta! Me inquieta...

—¿Crees que es una trampa? —preguntó el cazarrecompensas tras olfatear el ambiente y no hallar nada anómalo.

—No sé... —titubeó ella.

—Entro yo primero, por supuesto —atajó él mientras sacaba de su Poppins-mochila un arco de poleas fabricado con carbono.

—¿Un arco? —se sorprendió la anciana.

—Un arco compuesto —le corrigió él esta vez—. Dispara flechas especiales que neutralizan cualquier tipo de magia. No sólo paraliza a las personas que estén usando la brujería, sino a todo lo que esté hechizado, sea persona, animal o cosa.

—Maravilloso... ¡Cuánto voy a aprender de ti! —exclamó—. ¿Por qué sonrías?

—Hace unos minutos, yo he pensado lo mismo al verte en acción —respondió el hombre agitando su trenza.

Núria le devolvió la sonrisa y señaló la entrada de la casa con la cabeza. Ambos estaban listos para entrar.

—Detrás de mí, señorita —le indicó Nelman con retintín.

Núria se colocó a su espalda mientras ordenaba un “Aperi te” y la puerta se abrió tan silenciosa como un fantasma. Los dos se adentraron, pegados el uno al otro, sin dejar de mirar a cada lado buscando indicios de movimientos agazapados en la oscuridad.

—Puedes guardar tu arma —dijo con tranquilidad Núria—. Aquí no hay nada. Eva se ha ido. Ha desactivado todas las protecciones dentro y fuera de la casa.

—¿Estás segura?

—Sí.

La catalana encendió el interruptor de la luz y tocó una mesita junto al recibidor. Cabeceó y se volvió hacia Nelman.

—La pájara ha abandonado el nido. Ha hecho una maleta con pócimas, conjuros, libros y algo de ropa, y se ha largado. No piensa regresar... —dictaminó ella.

—¡Joder! —profirió el cazador—. ¿Y sabes adónde?

—No funciona así, me temo...

—¿Ah, no? ¿Y cómo?

—Los muebles, los objetos... tienen unas capacidades y una memoria muy limitada. Me devuelven las últimas imágenes con actividad que han “recogido”. Salvo que Eva llevara grabado el destino en la frente, esta mesita

no sabría decirme adónde ha ido...

—Lo pillo, lo pillo —dijo él entre risas—. Bueno, ahora que estamos seguros de que no hay nadie, ni lo habrá... ¿Cotilleamos un poco?

—¿Acaso lo dudabas? —preguntó ella con una seriedad que malescondía su sonrisa—. Además, es nuestro deber: tenemos que encontrar cualquier indicio que nos conduzca a su escondite o que nos diga cómo encontrarla.

—Cierto... El Rojo se va a llevar un disgustazo cuando volvamos con las manos vacías y con la noticia de que se nos ha escapado.

—Bueno... —intervino la maga haciendo una pausa efectista—. Quizá con objetos suyos personales no sea tan imposible localizarla...

—¡Genial! Pues deberíamos separarnos para ser más rápidos y llevarnos todo lo que veamos interesante.

—Me parece bien —señaló la catalana—. Yo me quedo con el piso superior si no te importa. Tú, la planta baja, y ya veremos si hay ático o sótano. ¿Nos vemos aquí en un rato?

—Es una cita, baby —bromeó el otro, imaginándose ya haciendo una de las cosas con las que más disfrutaba en el mundo: cotillear.

De hecho, que pudiera convertir su afición favorita en una profesión remunerada había sido su lotería particular.

Se despidió de Núria con un gesto rápido y corrió en busca del tesoro escondido con la ilusión de un pirata pobre.

El salón, que conectaba directamente con la puerta de acceso a la casa, era una fusión extraña del ambiente exótico de *Las mil y una noches* y el guardarropa de Blade. Sedas, satén y futones de colores se mezclaban con elementos fríos y agresivos como el cuero, fustas, látigos, esposas... Servían de nexo de unión varias plantas de interior, dos sofás de cuero y un mueble-librería lleno de libros, objetos decorativos, velas y perfumadores de incienso y, rompiendo el misticismo, un equipo musical y una televisión. En la parte izquierda encontrabas una amplia zona de comedor, vestida con una mesa de caoba de seis plazas con sus correspondientes sillas. Luego, en el exterior, existía un pequeño jardín al que se accedía a través de las puertas francesas del salón. Nelman tiritó ante una sensación desagradable al ver el jardincito.

Una segunda salita aparecía en la siguiente habitación: de aspecto más íntimo y hogareño, con un único sofá, una mesa camilla y un mueble-bar con figuritas, botellas y otro televisor. Junto a esta salita, un cuarto de baño de dos piezas de gran simplicidad. Y, enfrente de ella, la cocina: amplia y

funcional, rematada con una despensa y un cuarto de la colada.

Puajjjj, aquí no hay nada interesante. Núria se ha pillado la mejor parte, iba pensando mientras abandonaba la cocina y accedía a la última puerta de la planta baja.

En cuanto la abrió, supo que estaba en un sitio mágico y poderoso. Se olía, se notaba. El cazador sonrió al encontrar el premio gordo. ¡Había dado con la sala de rituales de la hechicera! Pero la sonrisa se le congeló en el rostro cuando pulsó el interruptor y la luz bañó la estancia.

Sobre la mesa principal de rituales yacía un cadáver embalsamado al modo egipcio. Nelman se acercó con sigilo a la momia sin dejar de acariciar su daga atrapadora, oculta tras la casaca.

—Es una mujer —se dijo al percatarse de las curvas femeninas.

Nelman giró la cabeza hacia la puerta y lanzó un grito:

—¡Núuuuuuuria!

La voz de la anciana le respondió tras unos instantes:

—¿Quéééé?

—¡Baja aquí! He encontrado algo muy interesante...

—¿Qué es? —gritó ella.

—¿No es mejor que bajes antes que seguir a grito “pelao”? ¡Te va a encantar! ¡Ven!

—Está bien... —se oyó desde arriba—. Dame cinco minutos y bajo, que he descubierto una biblioteca maravillosa...

—¡No tardeeeeees! —le dijo él.

El cazarrecompensas se giró nuevamente hacia la momia y, sin poder contener la curiosidad, acarició sus vendas. Eran recientes, muy recientes. El entusiasmo por el descubrimiento y la curiosidad crecieron en él como un torrente de agua salvaje. Cogió su daga y aplicó unos pequeños cortes en el muslo derecho para abrir sus vendas.

—¡Joder! —exclamó sorprendido—. ¡Es sangre! ¡No puede ser!

Siguiendo un instinto, se inclinó hacia ella y colocó su oído sobre la boca. Le pareció escuchar un ruido sordo bajo aquellos vendajes.

—¿Qué cojones? —dijo, cada vez más intrigado.

Palpó entonces la zona de los labios y dio unos golpecitos sobre ellos. Posó de nuevo la oreja sobre la cabeza de la momia y comprobó asombrado que el ruido había aumentado, como si fuera un enjambre enfurecido.

—¡Núriaaaaaa! ¡Baja ya! ¡Tienes que ver esto! —gritó, aún agachado sobre el cuerpo, sin percatarse de que los ojos de la momia se

habían abierto en traidor silencio.

Estaba a punto de incorporarse para esperar a su compañera en la puerta cuando la momia movió rápidamente los brazos y, con una fuerza bestial, lo inmovilizó.

—¿Quéeee? —llegó a decir, aplastado por la presión imposible de esos dos brazos de acero.

Las telas de la momia se rasgaron a la altura de la boca, y una lengua larga y morada se pegó a sus labios. Nelman luchó contra aquella succión, pateando mientras sus brazos se partían como palillos mondadientes ante la implacable compresión, hasta que las piernas dejaron de moverse y el cazador cayó al suelo como un muñeco roto.

Unos segundos más tarde, la momia se deshizo en una nube de polvo, vendas e insectos. La sacerdotisa cruzó en ese momento el umbral de la puerta y se quedó petrificada al ver la escena: vendas, polvo e insectos revoloteaban por el cuarto como una plaga y, bajo todo aquello, el cuerpo inmóvil de su compañero.

—¡Mierda! ¿Qué ha pasado? —gritó ella arrodillándose junto a él.

Nelman no respondió y Núria tuvo un mal presentimiento. Esa habitación apestaba a hechicería reciente.

—¡Nelman! —lo llamó mientras le acariciaba la cara—. ¡Nelman!

Colocó sus manos sobre el corazón y sonrió de felicidad esperanzada al sentir el latido de su corazón.

—¡Nelman! —volvió a llamarlo, agitándolo esta vez.

Éste abrió los ojos con parsimonia, como si la cosa no fuera con él, sonrió con timidez y musitó:

—Agua...

—Ohhhh, voy —dijo la maga con presteza mientras le colocaba la cabeza fuera de sus rodillas y se levantaba del suelo—. Voy a traerte un vaso y no tardo, ¿de acuerdo? Y ahora me cuentas qué ha pasado en esta habitación...

—Sí... —dijo él, mirando desorientado a todos los lados.

Núria salió apurada de la habitación y Nelman esbozó una extraña sonrisa. Reprimiendo un grito de dolor, movió el brazo derecho y recolocó el izquierdo en un movimiento acompañado de un crujido espantoso. A continuación, y con el brazo izquierdo ya encajado, repitió el proceso con el brazo derecho, con idéntico crujido y resultado. Movié ambos brazos con precaución y sonrió al ver que funcionaban.

—¡Toma, Nelman! ¡Tu agua! —exclamó la maga, que venía jadeando a causa de la carrera, mientras se inclinaba sobre él y le ofrecía el vaso.

—Gracias —dijo él.

—¿Estás... bien? —se interesó ella—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien, sí. Había algo por aquí, en esa mesa —señaló a su espalda sin darse la vuelta—. Pero ya no... —negó con la cabeza.

—¿Puedes levantarte? ¿Te ayudo? —se ofreció Núria.

—Creo que puedo, gracias —respondió él, todavía desubicado—. ¿Nos vamos de aquí, por favor? Creo que he pasado demasiado tiempo en esta casa y en esta habitación. Necesito tomar el aire.

—Claro, dame un segundo, que recojo la bolsa de libros y otras cosas útiles que podrían ayudarnos a encontrar el paradero de la bruja, y ya.

—De acuerdo, pero te espero fuera si no te importa. Esta habitación me da repelús... —dijo él sin mirarla a la cara mientras salía de la habitación.

Núria lo miró preocupada. Luego cabeceó y corrió a recoger su botín.

“¡Qué raro!”, pensó cuando estaba a punto de abandonar la casa, “Nelman se ha dejado aquí su inseparable mochila...”

Se la colgó al hombro y salió con todo ello a la noche, donde la aguardaba Nelman con aspecto cansado.

—¿Estás bien? ¡No tienes buen aspecto! —señaló ella al comprobar que la frente de su socio estaba ardiendo.

—Necesito comer y dormir, nada más —sonrió él.

—Toma. Te lo has dejado ahí dentro, así que sí que tienes que estar jodido, sí... —bromeó ella.

Él tomó la mochila que ella le ofrecía y musitó un “gracias” sin seguirle la broma.

—Tú no estás bien. Vamos, que te llevo a tu hotel—. ¡Taxi!

—De acuerdo... —dijo, cada vez más parco en palabras, mientras el coche se detenía ante ellos.

Núria se situó en el asiento del copiloto para dejar a su compañero descansar en la parte trasera e inició un diálogo intrascendente con el taxista sobre meteorología, que seguía siendo el tema de conversación favorito entre desconocidos por muchos siglos que pasaran.

Detrás, Nelman se reclinó en los asientos y se dejó mecer por el movimiento del coche.

¡Libre, soy libre!, gritó con euforia en su interior.

Una sonrisa se apoderó de su nueva cara. Había vuelto...

PAULA (9)

Zaragoza, jueves 26 de enero, 1961

De acuerdo... Así que sigues en Zaragoza, se dijo Paula sobrevolando el frío cielo maño, Veamos dónde estás.

Siguió el rastro de su pequeña Luna y se sorprendió al toparse con aquel edificio.

—¿Sanatorio Psiquiátrico «Nuestra Señora del Pilar»? —leyó en voz alta—. Luna, Lunita... ¿de verdad estás aquí?

Posó sus pies sobre el pavimento y se hizo visible antes de atravesar la verja de bienvenida que acotaba el terreno. Pese a ser una institución mental, era de aspecto agradable, con zonas ajardinadas y de un tamaño reducido que daba al edificio un aspecto acogedor y familiar. Se miró el cuerpo de Lourdes que llevaba puesto, por si estaba arrugado en alguna zona, y atravesó la puerta con una sonrisa encantadora.

—Perdone... —se dirigió a la recepcionista de la zona de “Información”—. Vengo buscando a una mujer que podría ser familiar mío.

—¿Fecha de ingreso? —preguntó ella abriendo la carpeta de entradas de pacientes.

—No estoy muy segura, pero puede que fuera entre ayer y hoy. La familia la hemos buscado por todas las partes y estamos desesperados.

—Entiendo... —dijo la mujer alzando la vista hacia ella—. ¿Nadie les ha informado entonces?

—No...

—¿Nombre?

—Luna, Luna Flores.

—No nos consta, pero ayer nos entró una mujer de nombre desconocido en Fernando el Católico. ¿Puede ser? —preguntó la administrativa enarcando una ceja.

—¡Sí, tiene que ser ella! —exclamó Paula con emoción auténtica.

—Muy bien. Espere a que llame a ver si puede recibir visitas... —respondió la otra con la calidez de un estropajo mientras marcaba el número

de teléfono—. Siéntese ahí, por favor —le indicó con la mano.

Paula asintió, tragándose las ganas de estamparle el teléfono en la cara a esa humana impertinente, y se sentó con una sonrisa en la incómoda silla de plástico barato.

La muy imbécil se tapa los labios con la mano. Como si con eso no pudiera escuchar tu conversación, so estúpida. Pero ya tengo su habitación y entraré de todos modos, aunque sea por las malas...

—¿Señorita? —le dijo la recepcionista en cuanto colgó el teléfono.

Paula se levantó como un resorte de su asiento y corrió hacia el mostrador conteniendo su sonrisa. Había buenas noticias.

—El doctor me ha comunicado que tuvieron que sedarla anoche —le explicó la mujer—. Estaba muy alterada. Pero, aunque no esté en condiciones de recibir visita, nos sería muy útil si nos ayudara a identificarla. Los casos de personas sin identificación son siempre problemáticos...

—No hay problema, por supuesto. No podría irme de aquí sin verificar si es ella o no... —respondió Paula sin mentir en esa ocasión.

—Puri, por favor —llamó la mujer a una enfermera—. Acompañe a la señorita a la habitación 17.

La enfermera asintió con una sonrisa forzada y le indicó un “Sígueme por aquí, por favor” a Paula mientras ésta contenía la risa al ver el odio que ambas se tenían.

Me encanta...

Recorrieron el pasillo en silencio con la melodía de la locura de fondo hasta que la enfermera se detuvo frente a una puerta.

—El doctor estará con nosotras en unos segundos —le informó ella a modo de justificación.

—Está bien —respondió Paula, que disimulaba a duras penas su impaciencia y sus ganas de abrir esa maldita puerta de una vez.

—Mire, ahí viene... —señaló solícita la enfermera,

Un segundo más mirando esta puta puerta y la echo abajo a patadas.

—Buenos días... —saludó el doctor, un hombre entrado en años y en canas que se comía con la mirada a Paula.

Tú mira, mira... doctor pervertido...

—¿Entramos, doctor? —preguntó Puri, incómoda, irrumpiendo la visita del médico por el escote de Paula.

El médico movió la cabeza en sentido afirmativo y dejó que las mujeres entraran primero para poder observar a placer la retaguardia de

ambas. Paula sentía cómo crecía la incomodidad de la enfermera ante la situación y contoneó sus caderas de forma felina para provocar más miradas. ¡Era taaaan divertido!

Entonces la curva de sus labios se convirtió en una línea recta al verla en la cama llena de calvas, sedada, atada y ajada. Parecía haber envejecido diez años de golpe. Las palabras le salieron convertidas en líquido ocular, que se derramó en silencio.

—¿Es su familiar? —preguntó el médico salido.

Ella asintió, incapaz de vocalizar, mientras se acercaba a la cama en la que Luna dormía, sujeta por varias correas, con un rictus de dolor en la cara que no la abandonaría ni en sueños.

—Luna... —susurró en su oído, inclinada sobre ella.

Luna esbozó una ligera sonrisa, gimió entre sueños y siguió ajena a todo.

—Los sedantes que le hemos administrado son muy potentes —le explicó la enfermera Puri, empatizando con los sentimientos de la mujer visitante.

—¿Cuándo despertará? —preguntó Paula girándose hacia ella.

—En unas horas —intervino el doctor—. Esta noche ya estará despierta y veremos qué nos cuenta. Quizá tuvo un brote... ¿Sabía que fue hallada desnuda en la calle con un bebé prácticamente disecado?

—¿De verdad? —preguntó Paula, sorprendida del todo ante aquella información—. ¿Un bebé... humano? —quiso asegurarse.

—¡Qué iba a ser si no! —le espetó el médico, cuyos ojos volvían a balancearse sobre sus pechos maternos—. ¿Está diciendo que su familiar no tenía hijos?

Paula fulminó al doctor con la mirada.

¿Qué cojones le importa a éste?

—¿Hijos? ¿Luna? ¡En absoluto! —mintió con descaro mientras pensaba que era hora de salir de allí y volver a visitar a Luna “por libre”.

Más tarde...

—¡Extraño caso éste! —exclamó el doctor—. ¿Sabe de quién podría ser ese pequeño momificado? Y, dígame, ¿qué es la paciente de usted?

—Mi prima... Sus pobres padres murieron hace tanto... —explicó ella con cara compungida, sin falsear ni una palabra en esa ocasión.

—Enfermera... —la llamó el médico con los ojos paseándose sobre el uniforme.

Puri dio un respingo y, asqueada, se acercó a él con una sonrisa profesional.

—¿Sí, doctor?

—Tome las señas de esta joven tan amable y que le ayude a rellenar los datos de la ficha de la paciente —ordenó el doctor sin mirarla a la cara, echando un último vistazo a los cuerpos de éstas antes de salir por la puerta.

—Gilipollassss —susurró inconscientemente la enfermera.

Paula rio encantada y la chica enrojeció de vergüenza al darse cuenta de su metedura de pata.

—Tranquila, no se preocupe —respondió Paula con un guiño de camaradería—. No voy a chivarme. Además, es un auténtico gilipollas.

La enfermera echó a reír en un primer momento y después dejó escapar un suspiro de alivio. Se atusó el uniforme y cogió la ficha de la paciente, que había dejado a un lado en un mueble supletorio.

—Sólo serán unos minutos... —dijo Puri.

Pero, cuando se giró con la ficha en la mano, descubrió con asombro que la joven había desaparecido de la habitación.

—*Volveré mañana, Luna, te lo prometo. Tengo que pensar qué hacemos y ver si estás bien* —le dijo con la mente mientras la enfermera hablaba sola.

Paula se había invisibilizado a los ojos de los mortales, de modo que no correría peligro si se quedaba un ratito más allí. Quería estar a solas con ella.

Observó a la enfermera mirar a todos los lados, con esa cara de pánfila que se les quedan a los humanos cuando les sucede algo que no comprenden. Finalmente, la mujer salió del cuarto entre cabeceos de sorpresa y murmuraciones.

—Ohhhh, Luna... Mírate —dijo Paula conmovida, acariciando esa piel seca—. A ese ritmo, sin consumir almas ni hechizos, morirás en menos de una semana. ¡No puedo permitirlo!

Le acarició con tristeza los cuatro mechones de cabello que le quedaban. Su pelo negro, largo y sedoso siempre había sido motivo de orgullo de la nigromante. Ahora eran apenas finas hebras quebradizas del color de la ceniza. Paula apretó los dientes para no llorar y le juró venganza.

—Te curaré, lo prometo. No puedo dejar que te mueras y hacerlo yo contigo. ¡Vuelvo mañana, mi pequeña Luna! —y le dio un beso en la frente, como aquella mañana en que la salvó de morir quemada en el incendio.

El corazón le mordió con algo parecido al dolor y supo que no la dejaría marchar. Orbitó hasta el Averno con una idea en la cabeza...

LEO (12)

Madrid, viernes 22 de diciembre, 1988

Abrió los ojos con una espantosa sensación de resaca. La boca le sabía a sangre y dolor. Estaba de nuevo en un callejón mugriento. Sin alzarse del suelo, observó con desesperación que las carnicerías comenzaban a hacerse costumbre, y cada vez con más virulencia. Tres cuerpos desmadejados lo rodeaban, ya sin vida y totalmente desangrados. Se miró las manos, lleno de preguntas, y las respuestas acudieron en forma de manchas de sangre fresca.

Ya no soy dueño de mí mismo, ni siquiera con la limpieza que me hizo el chico. ¿Y tres cuerpos humanos en una noche? ¿Desde cuándo? ¡Ni Selene en sus peores noches hacía eso! ¿Cómo he podido cometer yo esta sangría?

En alguna zona de su mente, un recuerdo se chocaba con la oscuridad luchando por salir a la luz.

¿Qué es lo que debo recordar? ¿Qué?

Se levantó del suelo y contempló las miradas vacías de los cadáveres en busca de consuelo y respuestas. El último cadáver, el de un joven con uniforme de butanero, le llamó la atención. Sonreía sarcásticamente.

¿Dónde he visto yo esa cara, esa sonrisa burlona? ¿Rodrigo? ¡Pero él está muerto!

Se fijó en las marcas de colmillos sobre su cuello y descubrió estupefacto que aquéllas no eran las suyas. Esa mordida no le pertenecía.

No es mía, no.

Entonces, como por arte de magia, la imagen cautiva en su cerebro se liberó y se vio a sí mismo saltando sobre las tres víctimas...

Sin embargo, no estaba solo. Dentro de él había alguien más, alguien poderoso que le había impulsado a hacer aquello.

¿Pero quién? ¡Y el chico! ¡El chico estaba junto a mí en el primer ataque, conectado conmigo! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Nos alimentamos juntos! ¡Santo plasma!

Leo se debatió entre arrojarse al suelo y dejarse vencer por aquella

acuciante sensación de derrota, o regresar aprisa a su casa antes de que el sol saliese o la criatura volviera a poseerlo. Dedicó una última mirada de arrepentimiento a los tres humanos, con la certeza de que jamás volvería a matar a nadie, y voló hacia su domicilio.

Tenía un plan que ejecutar y no tenía demasiado tiempo.

Atravesó corriendo el pasillo hasta llegar a su dormitorio y sonrió al contemplar a su vieja compañera al fondo, restaurada. Se acercó a ella, y la acarició con lágrimas en los ojos y en los recuerdos.

Aquí leí y escribí la última epístola de Vincent. Y aquí escribiré yo también mi última carta...

Se acomodó frente a la antigua escribanía con las manos impacientes mientras desempolvaba un legajo de papeles de la cajonera. Seleccionó aquéllos que no habían sido utilizados nunca y volvió a depositar el resto en la oscuridad de los cajones para que durmieran el sueño eterno.

—Va a ser una carta muy larga —dijo en voz alta mientras miraba los folios en blanco, antes de que la tinta, su sangre y sus lágrimas los dotaran de vida.

Paseó las yemas de los dedos por las ocho páginas, releyó aquellos párrafos que la tristeza de sus ojos había emborronado y se preguntó si dispondría de tiempo suficiente para reescribirlos, pero el cruel reloj había avanzado sin él, ajeno a sus necesidades.

Pronto amanecerá. No queda nada...

Dibujó una mueca de disgusto y dobló los papeles para introducirlos en el sobre, que aguardaba pacientemente junto a ellos. Consultó la hora por enésima vez y calculó unos veinte minutos para el amanecer.

Lo conseguiré.

Sin volver la cabeza, salió apresuradamente de aquella casa que había sido su hogar durante sus últimos años de existencia. Se negaba a llorar de nuevo. Y lo habría hecho de girarse y echar un vistazo final a aquellas paredes y muebles. En esa casa había sido feliz, razonablemente feliz, aun sin Adriana.

Pronto me reuniré contigo, Adri...

Lleno de ansiedad, alzó la cabeza en cuanto sus pies besaron la

calzada. El cielo se había vestido de tonos rosados y azules para él, y la piel comenzaba a dolerle. No tardaría en asomarse el sol.

El taxi que había reservado por teléfono lo esperaba ya con la puerta abierta. Se caló la gorra para protegerse de la luz y se arrebujó en el coche mientras susurraba al taxista la dirección, consciente de que aquélla sería su última conversación.

El taxi lo dejó frente al viejo edificio. Sacó el sobre arrugado del bolsillo de sus vaqueros y se adentró en el portal. Un segundo más tarde, la carta que contenía su vida y explicaba su muerte descansaba en el buzón a la espera de que una mano la acogiera y resucitara. Disfrutó otro par de segundos de aquel lugar oscuro y tranquilo, y se preparó para recibir al dolor.

Cinco minutos. Diez a lo sumo..., pensó mientras volvía al exterior y contemplaba la puntita de un rayo de sol que anunciaba su llegada.

Sonrió al recordar a Adriana y sus ojos convertidos en oro, aprisionando al sol en ellos. Corrió hacia el parque situado a su derecha y se sentó en el primer banco que halló, con las manos inquietas, casi sudorosas. Siempre había querido hacerlo. Ni en su época de mortal ni en sus primeros siglos como vampiro se lo había planteado pero, cuando llegó el siglo XX, con sus televisiones e inventos, se descubrió ansiando sentarse en un parque al sol, con la sonrisa columpiándose en los labios, mientras sus hijos jugaban y correteaban de un lado a otro.

Unos hijos que jamás tendré...

Observó los columpios vacíos y forzó una sonrisa mientras su piel gritaba de sufrimiento. Luego se obligó a mirarlo a la cara.

Demasiados siglos sin ti...

Era de justicia que él fuera su última imagen en vida.

No imaginaba que pudieras doler tanto, pensó, reprimiendo un grito, a medida que el sol iniciaba su implacable ascenso por la bóveda celeste.

Las lágrimas corrieron por su cara antes de morir deshidratadas sobre la carne chamuscada. Retorciéndose de dolor, cayó al suelo entre vómitos. Aquello no tenía nada de poético. No se parecía a cuanto había imaginado. Más bien, se parecía a ser bañado, una y otra vez, en aceite hirviendo mientras le clavaban espadas por todo el cuerpo.

La carne, ennegrecida, se desprendió de su cara y manos, y, finalmente, lanzó al aire un alarido estremecedor, pero que apenas alcanzaba a informar al mundo del infierno que estaba viviendo. Rodó por el suelo un instante para apagar el humo que brotaba de él, aunque era tarde: el fuego ya estaba ardiendo en su interior. Su cuerpo quedó inmóvil boca arriba, con los ojos siempre puestos en el sol, hasta que todo él se convirtió en una tea ardiente y las llamas lo apartaron para siempre de aquella estrella tan brillante como hostil.

Sin lágrimas, sin sonrisas... el fuego lo consumió todo. Incluso su último deseo.

He fracasado, pensó una última vez antes de convertirse en ceniza.

THELMA (1)

Berlín, viernes 6 de septiembre, 1889

Deshicieron su abrazo, temerosos y con desgana. Él la miró a los ojos lleno de tristeza. Sabía lo que ella estaba a punto de pedirle.

—Muéstramelo, Piotr —rogó al momento Dolors.

Su marido asintió con los ojos alicaídos y conectó su mente con la de ella...

—¡Te quiero, hermana! —respondió Adriana a lo lejos mientras se alejaba a la carrera de la mano de su impuro—. ¡Te quiero! ¡Nos veremos pronto!

Thelma se quedó parada, rodeada por esa oscuridad ruidosa, sin dejar de contemplar el pasillo que la estaba alejando para siempre de ella. Sorbió sus lágrimas y negó con la cabeza.

—No lo creo, hermana. Tu libertad tenía un coste —susurró.

Cerró de nuevo las celdas en las que habían estado encarcelados, escondió la llave bajo sus faldas como si aquello fuera a salvarle la vida, y recorrió silenciosa la galería del mismo modo que un animal en un matadero.

—Te quiero, hermana... —musitó una vez más antes de subir las escaleras y enfrentarse al Consejo.

Mas Thelma suspiró aliviada al llegar a la planta superior y comprobar que en la Casa Roja aún no se percibía movimiento. Apenas comenzaban a despertar los Vetustos. Sonrió y se escabulló con sigilo hacia su dormitorio con la frágil esperanza de librarse del castigo.

¿Por qué no?, se dijo sonriente mientras penetraba en la oscuridad amistosa de la estancia.

—¿Qué te parece, por ejemplo, esta razón? —dijo la voz de Wilhem, oculto entre las sombras, mientras se señalaba a sí mismo.

La sonrisa de Adriana se deshizo de inmediato. La habitación se tornó más oscura, a modo de presagio. ¿Qué hacía ese viejo asqueroso del Consejo en su dormitorio?

—¿Qué haces aquí en mis aposentos? —preguntó ella con una voz cortante que trataba de ocultar su miedo.

—Aguardar tu regreso —rio con una voz cascada.

—¿Por qué? —continuó ella—. ¿Sabes que esto está prohibido, verdad? ¿Que es delito entrar en las habitaciones ajenas? —prosiguió, imprimiendo dureza y valentía a su voz.

—¡No te atrevas, insolente, a hablar de delitos! —exclamó él con furia contenida—. Sabía que harías algo para liberarlos cuando te he visto salir a hurtadillas de tu cuarto. Y he decidido esperarte aquí.

Adriana lo miró sin comprender.

—¿Y por qué habrías de hacer tal cosa? ¿No se supone que la función del Consejo consiste en evitar que se cometan delitos y en castigar a quienes incumplen las leyes o son cómplices? ¿Por qué no has informado al resto en lugar de permitir que los prisioneros huyeran?

Wilhem se acercó a ella con sonrisa de depredador. Adriana se preparó para saltar sobre él.

—No harás tal cosa —le dijo él con tranquilidad, aproximándose todavía más—. O tu hermana y su esposo morirán.

—¿Por qué iban a morir? —le espetó ella con inseguridad.

—Sé cómo has conseguido la llave. Piotr es un traidor...

—No lo comprendo... Si tan seguro estás de ello, ¿por qué no lo has denunciado por traición? —le preguntó ella mientras su mente trabajaba con rapidez para hallar una salida.

El viejo vampiro esbozó una sonrisa maligna y depravada. Adriana comenzó a entender.

—¡Querías que ocurriera todo esto! —lo acusó con el dedo—. ¡Querías que ellos escaparan, descubrirme con los colmillos en el cuello y acusar a toda mi familia! ¡Hijo de impura!

—Tócame y todos moriréis... —señaló el otro, retrocediendo un par de pasos tímidos.

Ella se detuvo, aunque le mostró los colmillos a modo de advertencia. No moriría sin luchar y él sólo era un viejo de mierda.

—Si me matas, todos sabrán que fuiste tú... ¿Qué futuro les aguardaría a Dolors y Piotr?

Thelma dejó caer los brazos, derrotados, y se enfrentó de nuevo a esa amarillenta mirada de reptil.

—¿Qué es lo que quieres, Wilhem?

—Por fin nos entendemos... —escupió en una risotada—. Acusa a Piotr de haberte engañado para liberarlos. Yo respaldaré tu acusación y todos creerán que te amenazó, chantajeó o engañó para que los liberaras.

—¡No te creerán! Piotr es un hombre íntegro, el vampiro más honesto del Consejo. ¡Nadie te creerá!

—Por supuesto que lo harán, querida. Recuerda que yo también soy del Consejo y que somos dos contra uno. Además, crearé falsas imágenes en tu cabeza para que las vean cuando conecten contigo. Creerán que es cierto. Al fin y al cabo, Piotr sería capaz de muchas cosas por tu hermana Dolors...

—¿Entonces... me estás ofreciendo que salve mi vida a cambio de la de mi cuñado? —recapituló ella para ganar tiempo.

—Así es, y mi oferta caduca en cinco minutos, conque decídete.

—¿Por qué haces esto, Wilhem? Piotr es tu compañero y te estima... —arguyó ella apelando a una humanidad que no existía en él.

—Teníais demasiado poder en tu familia. Demasiado. No puedo consentir que el Consejo esté tan descompensado, y Piotr se estaba volviendo un blando, un vulgar enamorado... Tu hermana Adriana jamás podrá regresar a nuestra comunidad, de modo que ya no supone un peligro. Y, si tú valoras en algo tu vida y accedes, tú y tu hermana mayor tampoco lo seréis. En cuanto Piotr muera, el Consejo volverá a ser nuestro y la estabilidad quedará garantizada —explicó él con orgullo patriótico.

Ella reprimió un gesto de asco y se obligó a sonreír.

—¿De modo que mis hermanas y yo estaremos a salvo?

—Eso es, querida: la vida de tus hermanitas y la tuya por la de tu cuñado. Es una oferta más que generosa, ¿no crees?

—Cierto —corroboró ella mientras le tendía la mano con la que sellarían el pacto.

—Vampiresa lista... —contestó aquél en una sonrisa que pronto se convirtió en una mueca de dolor y sorpresa.

Adriana había tironeado de su mano con fuerza y su nuca acabó bajo la presión de sus colmillos, abierta en canal.

—¡Vete al Infierno! —rugió ella antes de acabar con él.

—No sabes lo que... has hecho... —gimió entre palabras entrecortadas mientras establecía contacto con los otros miembros del

Consejo y les mostraba qué estaba sucediendo.

—¡No nos vendemos ni somos unos traidores! —le gritó ella.

—Y ahora moriréis todos, ¡estúpida! —exclamó antes de que un borbotón de sangre ahogara sus palabras y su mirada.

—¿Y luego...? —preguntó Dolors con desesperación.

—Luego acudimos a la llamada de Wilhem hasta el dormitorio de Thelma. Nos conectamos con ella para paragonar las imágenes de él con las de tu hermana.

—¿Y? —la ansiedad se apoderó de ella.

—Decidieron ejecutarla de inmediato por traidora.

—¿Cómo? ¡Muéstramelo! —rogó ella con la cara bañada en sal.

Piotr negó con la cabeza.

—Será mejor que no lo escuches. La arrojaron fuera de la Casa, bajo el sol. Aún resuenan sus gritos en mis tímpanos, su olor a carne quemada en mis fosas nasales. Créeme: no quieres vivir eso. Luchó hasta el final.

—Comprendo... —musitó con el corazón quebrándose en guijarros de piedra que se le clavaban en el pecho. Le habían arrebatado a sus dos hermanas pequeñas—. ¡Hijos de puta!

—Escucha, mi amor —le dijo el esposo mientras agarraba sus manos suaves y femeninas, y las colmaba de besos y caricias—. Me han acusado de traición. Y, dado que ambas (prisionera y traidora) eran tus hermanas, tú también serás castigada.

—¿Y nuestro juicio? —preguntó ella alzándose del lecho.

—Será una caricatura, una parodia de juicio “expres”... Lo vi en sus mentes cuando todos los miembros del Consejo nos conectamos. Buscan en nosotros una muerte ejemplarizante. No van a permitir que el pueblo llegue a la conclusión de que puede incumplir las leyes y escapar de ello como lo han hecho Adriana y su impuro. No lo permitirán...

—¿Las Mazmorras del Sol? —preguntó en un temblor involuntario.

Él afirmó con la cabeza, tratando de sonreír. Dolors se abrazó a él y le susurró al oído:

—¡Lucharemos!

—Es inútil... —dijo él—. Ya vienen...

Y, dándole la razón, la puerta del dormitorio se abrió emitiendo un quejido lastimero. Tres sombras alargadas se proyectaron sobre ellos. Dolors alzó los puños, dispuesta a clavar sus garras en cualquiera de ellos...

IANIRE (6)

Madrid, lunes 30 de enero, 1961

Su pequeña tragona agotó el contenido del biberón con apetito voraz. Ianire sonrió al imaginarla como un tiburoncito de paseo en el mar, capaz de comerse a todos los peces a su alrededor. Siempre que la miraba o pensaba en ella, sentía esa extraña mezcla de orgullo y temor por las cualidades que manifestaba: su tremenda voracidad, el círculo de fuego protector que se activaba en cuanto la cría se sentía en peligro, el miembro que le faltaba, y, sobre todo, esos ojos que parecían tener la capacidad de decidir la vida o la muerte de cualquiera sólo con pestañear...

Y no tienes ni cuarenta y ocho horas de vida... ¡Esto va a ser muy interesante! O inquietante...

La niña eructó y cerró los ojos con absoluto desinterés, preparada para una nueva siesta. Su madre la miró arrobada.

—Sueña con maldades, mi pequeña granujilla endemoniada —susurró sobre ella mientras depositaba un beso en su piel de seda.

—Vaya, vaya... —dijo una voz femenina a su espalda.

Ianire se dio la vuelta súbitamente, con el pánico cabalgando sobre ella.

—¿Quién cojones eres? —le preguntó a la vez que se colocaba frente a la cunita para proteger a Judith.

La mujer, joven y bastante atractiva, contempló la escena entre risas y movimientos de cabeza.

—¡Responde! —exigió Ianire. *Estoy demasiado lejos de mis pócimas, pero puedo congelarla, incluso tratar de destruirla con un conjuro...*—. Esta casa está protegida. ¿Cómo has podido entrar aquí?

La nigromante apuntó hacia ella con las manos cuando ésta, lejos de amilanarse, se aproximó entre carcajadas despreocupadas.

¡Quiere llevarse a mi bebé!, le gritó su corazón.

—¡Quieta o te mataré, so cerda! —gritó ella, maldiciendo en su interior por llevar apenas una bata de casa y encontrarse en el cuarto de la niña.

—Iani, anda... —dijo la mujer.

La sorpresa paralizó a Ianire, que abrió la boca en una mueca de incredulidad.

—¿Arioch? —preguntó al fin.

—¡Claro, mujer! —rio el demonio dentro del cuerpo femenino—. ¿Quién si no? ¡En esta casa no puede entrar ni un ratón con tanta protección! —exclamó mientras corría hacia ella y le palmeaba el culo con lujuria.

—¡Coño! ¿Por eso te fuiste anoche dejándome con la palabra en la boca? —preguntó ella, toqueteando a su vez las curvas de aquel cuerpo desconocido.

—¡Ya ves! ¡Me ha tocado la lotería, Iani! ¡Me llamaron las Brujas del Blokula y tengo un súper encargo que me devolverá parte de mi fortaleza e inmortalidad, aunque las almas sean de simples mortales!

—¡Ohhh, las Brujas del Blokula! —exclamó la nigromante, impresionada—. Me muero de ganas de ver sus rituales...

—Pues si vieras lo que hacen con unas velas... —respondió él entre risas sin dejar de mover la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Y qué tal el encargo? ¡Cuenta! —pidió ella, animándose, mientras metía sus manos bajo la blusa del nuevo cuerpo y acariciaba sus pechos.

—Veo que te gusta mi sexy cuerpazo, ¿eh? —rio Arioch mientras sentía cómo se le endurecían los pezones ante el contacto de ella.

—Sííí —ronroneó ella cada vez más excitada, bajando la mano para comprobar si competían en humedades.

Arioch reprimió un jadeo en previsión de lo que vendría a continuación.

—Cuentaaaaaaa —susurró ella en su oreja mientras le lamía con interés el lóbulo.

—¡Me han encargado cargarme a treinta nueve! —dijo Arioch orgulloso, convirtiendo los gemidos en palabras a base de empeño y voluntad—. ¡Treinta y nueve! Y, por cada una de ellas, me pagan con otras dos almas.

—¿Mortales también?

—También —dijo él encogiéndose de hombros—. Pero espero poder hacerme en breve con otros seres, no te preocupes...

—Ya... —dijo ella, separándose con frialdad repentina—. Aunque

nunca podrás recuperar algunas tan valiosas como las de las amazonas, algunas brujas ¡y otros seres mitológicos en vías de extinción! —exclamó enfurruñada al saberle tan exento de poder y encanto.

—¡Y qué más da! La tenemos a ella, ¿no es cierto? —señaló a la cuna—. No hay nada más especial que tenerla a ella, que ser sus padres... —dijo después de inclinarse para ver dormir a su hija, que sonreía entre sueños.

—Es cierto... —corroboró ella, acercándose también a la cuna mientras abrazaba a su marido por detrás—. Y, dime... ¿A cuántos has matado esta noche?

Él se dio la vuelta con el orgullo henchido.

—A cinco...

—¿Cinco, eh? —repitió con voz melosa, frotando su cara contra la de él.

—Sí. Es un trabajo que va a llevarme un tiempesito porque no es sólo rastrearlos y matarlos, también debo llevarles las piedras robadas del laberinto.

—¡Me gusta, mi demonio alado! —sonrió ella con las manos convertidas en exploradoras intrépidas.

Arioch se dejó hacer. Adoraba cuando ella tomaba la iniciativa.

—¿Y por qué este cuerpo y no otro? —preguntó con curiosidad mientras le despojaba de la blusa y de esa falda de tubo que la estaban encendiendo.

—Joder, ¿tú la has visto? ¡Porque está casi tan buena como tú! Pero, si quieres, me lo quito de encima y te enseño mis enooooormes plumas en el dormitorio... —rió pícaramente—. Siempre se me hace raro cuando no me empalmo y me siento mojadito ahí abajo... —señaló con la cabeza en una sonrisa que era una invitación para su bruja.

—Veamos... —dijo ella, aceptando sin dudarle ni un segundo.

—¿Quieres, entonces, que me quite este cuerpo? —preguntó anhelante al notar la respiración y un reguero de besos sobre sus piernas.

—¡No, déjatelo puesto! Me gustan tus curvas y esta piel suave... —susurró la bruja enterrando su cabeza en la humedad del cuerpo desconocido.

—¡Ohhhh, Ianire! —suspiró él, loco de placer.

YO (16)

Madrid, viernes 22 de diciembre, 1988

Supe que algo había sucedido incluso antes de levantar los párpados. El perfume natural de Eva se mezcló con el de la intranquilidad. La sentía observándome desde el umbral de la puerta, llena de preocupación y apoyada en el quicio. No necesitaba mirarla para saber que tenía el entrecejo arrugado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, con los ojos aún cerrados.

—No sé cómo decírtelo...

La voz de Eva me llegó con timidez.

Abrí por fin los ojos y me incorporé en la cama. Aún no había anochecido y eso lo hacía todo más inquietante.

—¿Qué ha pasado, Eva? —repetí con una sonrisa amplia que la animara a hablar.

—Ha... llegado esto para ti —dijo, aproximándose a mi cama con la mano extendida.

Miré con extrañeza aquel sobre tembloroso.

—¿Qué es? —pregunté de nuevo.

—Una carta para ti...

—¿Una carta? ¿De quién? —volví a preguntar sin comprender lo que pasaba.

—Es... de Leo —respondió al fin, mordiéndose el labio inferior mientras me la entregaba.

—¿De... Leo?

Su nombre me golpeó la cabeza como un mazazo.

¿Cómo es posible? ¡Si estaba muerto! ¡Yo mismo lo había desangrado y su cabeza estaba oscura como la noche cuando lo abandoné como una sucia rata!

¡Espera! Esa noche, antes de que yo lo atacara, protegió su mente para que no pudiera ver nada en él. Estaba preocupado, más que otras veces, y sí... oscureció su cerebro para que no pudiera ver nada de lo que se cocinaba ahí dentro. ¿Por qué no he recordado esto antes?

Miré a Eva con una sonrisa esperanzada. Ella continuaba

mordiéndose el labio, nerviosa.

—¡Entonces está vivo! —dije.

Y mis lágrimas corretearon juguetonas por mis mejillas.

—¡Eso parece, Zana! —contestó ella en un abrazo contenido.

—Estás preocupada... —señalé.

Quizá no podía ver su mente, pero sabía leer sus gestos.

—Un poco —reconoció—. Te dejo para que la leas a solas. Pesa bastante así que intuyo que será una carta larga. Pero me tienes aquí al lado si me necesitas, ¿vale, renacuajo?

Yo asentí con una sonrisa forzada mientras me preguntaba si los vampiros podíamos sufrir infartos o embolias, porque mi corazón estaba teniendo un ataque epiléptico y mi sentimiento de culpa se había transformado en una piraña que me mordisqueaba el cerebro.

¿Por eso se llamarán remordimientos de conciencia?, me pregunté en un esfuerzo patético por serenarme.

—Eva... —le dije antes de que abandonara la habitación.

—¿Sí, Zana? —contestó ella desde la puerta.

—Gracias...

—¿Por?

—Por ser, y por estar —respondí con toda la gratitud que reservaba para ella—. Te quiero...

—Y yo, membrillo —rio para combatir las lágrimas—. Recuerda: estoy aquí al lado, ¿eh? Silba si me necesitas.

—De acuerdo —le dije mientras su figura desaparecía de mi campo de visión.

Miré la carta con aprensión y la rasgué con más aprensión aún, tanta que me obligué a mantener la boca cerrada por si el corazón se me escapaba por aquella salida. Coloqué los folios sobre las sábanas para que éstos dejaran de bailar en mis manos y empecé a leer esa carta que no olvidaría jamás.

O eso creía...

Querido muchacho:

Intuyo tu sonrisa nerviosa al abrir esta carta.

No sonrías. Estoy muerto.

Sí, lo estoy. No discutas conmigo. Perderás.

Ahora mismo, mientras tú te estarás acostando en casa de Eva, seguramente sin recordar lo sucedido en la noche anterior, yo estoy sentado frente a mi vieja escribanía redactando esta última carta

con el corazón sangrante.

¿Sabías que no había vuelto a escribir a nadie desde la muerte de mi buen amigo Vincent? Sí, hace ya casi un siglo de aquello. ¡El mundo ha cambiado tanto desde entonces! Aunque el dolor sigue siendo el mismo, puede que mayor.

Pues sí. Le escribí sin saber que ya estaba muerto, e incluso llegué a recibir nuevas de él y de su hermano Theo cuando ambos ya habían dejado de existir. Y ahora el ciclo se repite, puesto que yo tampoco estaré aquí cuando leas por fin estas líneas. Lo poco que quede de mí se lo habrá llevado el viento en el parque que hay bajo tu dormitorio.

Es posible que aún te niegues a creerlo, que quieras correr al parque para buscar alguna huella de mí mientras te preguntas por qué he hecho algo así. Lo comprendo. Imagino que te resultará inaceptable mi suicidio, pero había llegado mi hora y acabarás por darme la razón al final de esta carta.

¡Hay tantas cosas que querría contarte! Pero no podré descubriértelas todas. Por un lado, ando escaso de tiempo y necesito hacerte llegar estas hojas antes de que el sol despierte o mi cabeza se nuble de nuevo. Por otro, no estoy seguro de que debas conocer algunos secretos. Quizá te perjudicarían más que ayudarte. Ni sé realmente si podría descubriértelos. Tengo la sensación de que, si tratara de iluminar la totalidad de tus oscuridades, esta carta no llegaría a su destino. Quizá ni siquiera te llegara...

Yo pertenezco a otra época, a un siglo muy alejado del actual. Soy un hombre de otro tiempo que, simplemente, se ha adaptado al tuyo vistiendo vaqueros y calzando “Converse” como un muchacho de tu época, usando palabras que jamás habría imaginado pronunciar.

Tenía 24 años cuando Selene me convirtió y me salvó de un matrimonio concertado en Salamanca que me horrorizaba. Por aquel entonces, con esa edad ya podía considerármeme viejo para seguir en soltería y sin familia. Tampoco podía negarles a mis progenitores la ventajosa boda que me habían logrado con otra solterona, más fea que rica (y era muy rica, créeme). Estaba atrapado y Selene me salvó de todo aquello, aunque no sabía que me estaba arrebatando mi profesión y una parte importante de mí. En ese momento ignoraba que nuestro amor no era del todo real y que se sustentaba en pociones mágicas. De hecho, el primer siglo ni le habría hecho falta usarlo conmigo: estaba embobado con ella, con el descubrimiento de otra vida, del poder, del sexo y el amor... del mundo.

Pero aquello terminó muriendo. Lo supe cuando viajamos a París. Yo apenas podía soportar su crueldad, su egoísmo infantil, su manera de absorberme. Me sentía como un pájaro encerrado en una jaula, siempre en la oscuridad, imaginándome a otros pájaros ahí fuera volando y trinando de felicidad bajo el sol. Y, entonces, en mitad de esa crisis que había comenzado al hacerme animariano, conocí a dos nuevas personas que tornaron a cambiar mi vida para siempre: a Vincent, mi gran amigo, y a ella: Maite, una mortal de la que me enamoré como un chiquillo y a la que hice mi esposa tras convertirla.

Sin embargo, no llegamos a consumir nuestro matrimonio, ya que Selene la asesinó, carcomida por los celos, antes de quitarse la vida con la estaca que viste el otro día. Cuando comprobó que no volvería a estar con ella, se la clavó creyendo que yo moriría también con ella. Mas no fue así y me quedé solo en mi inmortalidad y sufrimiento. Mi mente comenzó a degenerarse por el paso de los siglos y por el sufrimiento vivido con los últimos acontecimientos.

En esa época hice cosas terribles hasta que Tutmés y su pirámide, a la que llegué gracias a Vincent, me curaron y me dieron lo que en ese momento creí un regalo: volver a ver a Maite en persona y, más tarde, en nuestros sueños de cada día. Y así lo viví al inicio: como un obsequio, hasta que llegó el día de pagar por aquello.

Vincent había concebido a una criatura, a la que no nombraré por seguridad, con una demonio súcubo y, sabedor de que moriría bajo las garras de ésta, me rogó que fuera su padrino. Como si con eso no hubiera sido suficiente para aceptar, Tutmés me prometió la eternidad junto a Maite. ¿Cómo iba a negarme? ¡Ser el padrino del bebé huérfano de mi mejor (único) amigo y la recompensa del amor eterno! Habría estado loco de no aceptar, ¿verdad?

Pero ese demonio de crío... Enseguida supe que sería más difícil de lo que había estimado en un principio, cuando recibí su primera visita sin haber nacido aún. Mi unión con ese niño tuvo

consecuencias nefastas en mi estabilidad y felicidad, pues me cambió de algún modo y eso me hizo a perder a Maite. Quizá, en ese momento, debería haber renunciado a cumplir mi misión de protegerlo, pero yo ya estaba ligado para siempre a él: era el padrino del hijo de un amigo que estaba a punto de morir. Y, además, Tutmés ocupó mi puesto durante muchos años, en los que volví a ser feliz (mucho) con el amor de mi vida: Adriana.

Muchas cosas sucedieron en los años venideros: me casé con Adriana, murió Vincent, Rodrigo crecía con los poderes atados y Tutmés lo tenía bajo control... Pero algo sucedió, algo de lo que yo jamás tuve noticia. Tras ello, el chico volvió a mí y, tal y como dictaminaba la Profecía, todo se tornó oscuro y difícil. No te aburriré con detalles, pero mi felicidad se borró de un plumazo, así como la vida de Adriana. Él consiguió recuperar sus poderes, no me preguntes cómo, y creo que cometió maldades terribles antes de que el dios egipcio lo ejecutara. Tras ello, Tutmés se refugió y aisló del mundo, y no volvimos a saber de él.

Para entonces, tanto Eva como tú habíais nacido en vuestros respectivos “hogares” y el egipcio me hizo saber que debería cuidarte si mi misión con Rodrigo fracasaba, como así sucedió. Me habló de la Sociedad Secreta de los Mayores, de la Profecía... Ahí me convencí de que estaba compartiendo conmigo sólo una mínima parte de la historia, de que era más lo que callaba que lo decía, de modo que pensé en ignorar mi nuevo cometido y rechazarte. Después de todo, Tutmés había decidido retirarse del mundo en una especie de suicidio voluntario. ¿Por qué habría yo de sacrificarme nuevamente y creer en Profecías incompletas? Ya no había recompensa para que me animara a continuar pensando en este mundo, ni me unía a ti nada, ni eras la promesa a un amigo moribundo. ¿Por qué iba a comerme otro marrón y ver cómo se repetía la vieja historia de fracaso y sufrimiento? ¡No ganaba nada con ello!

Pero entonces te espí en tu nacimiento, con tus ojos abiertos, con todo ese dolor y aquel poder mágico que emanabas... y no pude abandonarte a tu suerte. Pensé que unos pocos años más en este mundo no eran, en realidad, gran cosa para mí y que no perdía demasiado si lo volvía a intentar. Y, de ese modo, decidí seguirte durante años con la esperanza de que, en esa ocasión, las cosas salieran bien y me fuera de este mundo saboreando el éxito.

Aunque el cabrón liante del egipcio estuviera recluido en el fin del mundo, de vez en cuando me hacía llegar sueños proféticos sobre ti y Eva, de manera que mis lazos contigo (y mi preocupación) se iban estrechando cada día. Te seguí la pista al igual que los Mayores, aunque éstos estaban más preocupados por Eva. Muchas veces me hiciste sentirme orgulloso y otras tantas, decepcionado. Me hacías dudar, pero ya no podía dejarte. Quise irme varias veces, es cierto, abandonarte a tu suerte, pero nunca lo hice realmente.

Adriana era una Vetusta y ellos no creen en una segunda vida, conque se les niega la existencia una vez son aniquilados. Así pues, nadie me esperaba en ningún otro lado y tú, en cambio, seguías en esta vida de miseria y sufrimiento, tan inocente en ocasiones, tan parecido a mi ahijado en otras...

Confieso que, de primeras, fui un ingenuo y me creí cada imagen profética enviada. ¡Tampoco tenía motivos para dudar! Hoy en día no sé qué es verdad y qué es mentira. Trato de hacer caso a mi instinto y creer que vosotros, Eva y tú, podríais salvar o destruir al mundo con la misma facilidad. Me convencí de que erais las dos caras de una moneda que podía ser tan destructora como constructora.

Para evitar la destrucción, sólo debía preservar la nobleza de tu corazón y asegurarme de que vuestra sangre no se mezclara. Además, se relataban una serie de catástrofes sin igual si ella recuperaba su anatomía incompleta. No era difícil, ¿no? Tratar de que fueras bueno siempre y que tus manos no se mancharan de sangre, que Eva tampoco lo hiciera ni recobrar su pierna, y que no se produjera vuestra alianza sanguínea. ¡Ya ves qué poco éxito he tenido!

Esa noche en la que casi mueres envenenado, la noche en la que te vampiricé, vi algo extraño. Lo escuché más bien. Era una voz susurrando dentro de mi cerebro lo que debía hacer: “Déjalo morir, déjalo morir”. Repetí. Y me rebelé. No sé cómo, pero me rebelé y, contra todo pronóstico, te convertí

en vampiro cuando yo mismo había rechazado hacerlo. No quería que murieras, que tu vida acabase así.

No sé por qué he recordado esa voz, ya que estoy convencido de que no debería haberlo hecho. Esa voz no es la primera vez que me habla... Y, si lo piensas detenidamente, puede que tú, Eva, los demás... también la hayáis escuchado.

¿Nunca has tenido la extraña sensación de que alguien te vigilaba aparte de mí? ¿Alguien que se te metía dentro para obligarte a decir y hacer cosas que después no recordabas haber hecho? ¿Te has despertado alguna vez con un olor ajeno en tu cuerpo, puede que con el sabor metálico de la sangre en la boca, con pisadas en tu cerebro que te colapsaban como una resaca? ¿Con la sensación de que alguien jugaba contigo, como esa ropa que te amenazaba en la ducha, y de que varios de tus recuerdos se borraban misteriosamente? ¿No te extraña que, aun siendo empático, tú también tengas pequeñas lagunas en tu cerebro y no puedas descubrir según qué cosas sobre ti mismo y tu vida? ¿No has sentido alguna vez un viento helado soplando en tu nuca, poniéndote el vello de punta? ¿No has creído escuchar cómo susurraban a tu espalda, y el tacto viscoso y gélido de algo oscuro, malvado, que se pegaba a ti?

Quizá, ahora mismo, mientras estás leyéndome, mis preguntas estén iluminando las tinieblas de tus recuerdos. ¡Inténtalo! ¡Trata de recordar! Yo lo he hecho hace pocas horas al descubrir aquella sonrisa y los mordiscos de un cadáver al que se supone que habíamos matado tú y yo. Pero no éramos nosotros en realidad. Estábamos conectados por una bestia que ahora sé que hace mucho que está ahí, acechando y actuando a su antojo, sin mostrarse demasiado.

Durante mucho tiempo he atribuido todas esas sensaciones a mi deterioro mental y, seguramente, muchos actos fueron a causa de éste; pero no todos, sobre todo en los últimos tiempos. Ahora vuelvo la vista al pasado y soy consciente de actos discordantes que desafinan como una mala melodía en mi partitura.

¿Por qué, muchas veces, la gente a tu alrededor (e incluso tú mismo) se comportaba de esa forma insólita que, a priori, no casaba con su proceder y personalidad? Creo que alguien nos ha manipulado de forma constante, alguien poderoso, aunque no lo suficiente como para no temerte y buscar tu muerte.

¿Y si ese ser oscuro se encargó de manipular la Profecía para que los Mayores y el resto viéramos en vosotros un peligro real y no volviéramos la vista hacia él? ¿Y si, en realidad, vosotros sois la salvación, lo único que podría detenerlo? ¿Y si tiene tanto miedo de que os unáis que quiso asegurarse de que nadie, jamás, permitiera una alianza vuestra? Quizá vuestra unión implique su derrota.

Por eso no se muestra del todo. Por eso viene a nosotros entre tinieblas, en nuestras pesadillas y a nuestras espaldas, quizá esperando llevaros al lado oscuro. Quizá estuvo a punto de ganarnos en algún momento. Quizá ya lo haya hecho, quién sabe... Cuanto más avanzo en la escritura de estas letras, más claro lo veo: ¡Esa criatura siempre os ha querido! Pero os quiere separados, aislados...

Ahora empiezo a ver lo cerca que estuvo de llevaros a su oscuridad cuando estabais cada uno por vuestro lado. Recuerda, si no, las cosas que hizo Eva para poder verte, o el asesinato que tú mismo cometiste aquella noche en el bosque. ¿Y si todas esas acciones no fueran en realidad responsabilidad vuestra, sino obra suya? ¡Si esa noche no llegas a reunirte con Eva, quizá os hubiera arrastrado con ella! Os teme, pero os desea con ella... ¿Es posible? ¿Tiene sentido para ti lo que te digo? ¿Te suena descabellado o algo se agita en tu interior como una linterna?

A medida que te escribo, más luz recibe mi mente. Esa sonrisa diabólica en el cadáver la he visto antes... No sólo en mi ahijado, sino más veces, muchas más veces. No sé dónde, no sé cuándo, pero era la sonrisa de la Bestia, de la maldad genuina, del pecado original.

Por último, deseo que sepas que no te guardo rencor, muchacho. No creo que tú me atacaras realmente. Ahora pienso que todo lo orquestó esa criatura, y que la creación del impuro quizás tampoco fuera una idea totalmente tuya. ¿Y si la puso él en tu cabeza para provocar un nuevo enfrentamiento entre nosotros? Piénsalo: Si tú hubieras muerto aquel día, habrías dejado de ser un peligro para ella y

sus planes. Si, en cambio, eras tú quien acababa conmigo, habrías cometido el acto más abominable en nuestro mundo: matar a tu Maestro, y la oscuridad se habría apoderado de ti. Y, con el campo libre, iría por Eva y luego a desatar el caos en el mundo.

Pero no voy a permitir que se salga con la suya. No te mataré ni dejaré que me mates. Haré todo lo contrario a lo que Ella se espera: me iré yo para que tú puedas ganar. No obstante, te advierto: trataré de aislaros de nuevo a ti y a Eva, jugará con vosotros hasta la locura, os hará sufrir y perder a seres queridos para que volváis al mal. No lo hagáis: manteneos unidos. Pero no mezcléis la sangre por si acaso. No sabemos cuánto hay de verdad en la Profecía.

Tutmás se retiró en su día a causa de una muerte, y regresará al mundo a causa de otra: la mía. Estoy convencido de que sentirá mi desaparición y despertará dondequiera que esté. Entonces os buscará y confío en que os ayude. Es lo que quiero crear. Estate preparado y alerta ante cualquier cambio en vuestras vidas: visitas inesperadas, desapariciones, comportamientos extraños a tu alrededor, propios y ajenos. ¿de acuerdo?

Cuídate y cuida a tu “hermiga”. Tratad de protegeros el uno al otro, de manteneros siempre en el sendero del bien. Yo ya no puedo hacer más aquí. Mi tiempo en la Tierra hace mucho que expiró y sólo contribuiría a empeorarlo todo.

Te quiero, chico, así que no llores porque no he perdido. Me voy en paz y feliz, con el sabor del triunfo en el paladar. Creo que, al final, no lo he hecho tan mal contigo. Has sido el hijo que nunca tendré y ser lo más parecido a un padre para ti ha sido un honor, créeme. Aunque lo olvides, aunque alguien haga que olvides todo esto, e incluso a mí, te quiero, muchacho. Estoy orgulloso de ti. Siempre. Cuídate.

Leo

El sol ya se había ocultado del todo cuando terminé de leer su carta. Entre lágrimas, y tal y como había vaticinado él, abandoné aquellas páginas en mi cama y, bajo la atónita mirada de Eva, salí corriendo hacia el parque. No porque no lo creyera, sino porque necesitaba verlo con mis propios ojos. ¡No era posible que lo hubiera perdido dos veces seguidas!

No podía. No quería creerlo.

El parque aparecía despoblado. ¿Quién iba a jugar allí una noche de invierno? Entonces me acerqué, observé el suelo y lo vi bajo el banco frente al tobogán. Lo único que quedaba de él era una pequeña mancha delatora de carbón. Pedí perdón por haberlo pisado y retiré mis pies de ella con sensación de culpabilidad, como si le estuviera haciendo daño. Una risa perturbadora sonó tras de mí, acompañada de un susurro helado en la nuca. Me giré de inmediato, con la velocidad que otorga la inquietud, pero allí no había nadie.

Esa risa... ¿O era una sonrisa? ¿Qué me decía en la carta sobre ello?

Mis ojos se toparon de nuevo con Leo, o con lo que quedaba de él, y sentí que el mundo se había hecho aún más grande y hostil, más solitario.

Más cruel.

En un llanto sin consuelo, me arrojé sobre la mancha oscura que había sido mi Maestro, y lo acaricié mientras le suplicaba perdón por no haber sido más, por no haber sido mejor.

—Adiós, mi Maestro, mi amigo, mi guía, MI PADRE.

Mis dedos mimaron una última vez su recuerdo y me alcé con las piernas y el corazón flojos. No quería irme de ahí, pero Eva me esperaba en casa, preocupada, seguramente con un par de téis humeantes aguardándonos en la cocina.

—¿Cómo estás? —me recibió, pegada a la puerta, con una sonrisa de circunstancias.

Nos abrazamos fuerte, muy fuerte. Sin decir nada, sólo sintiendo el baile de nuestros corazones, la melodía de nuestros silencios.

—¿Quieres leerla? —le dije en un susurro.

—Claro —respondió ella a la par que entrelazaba sus dedos con los míos.

Y así, más unidos que nunca, fuimos en busca del legado y testimonio de Leo, de su vida condensada en unas líneas. Atravesamos la puerta de mi dormitorio con una sensación de inquietud y malestar. Los dos unimos nuestras miradas interrogantes.

Ahí había estado alguien. Podíamos olerlo, sentirlo, como un intenso hedor de óxido que lamía nuestra piel y hacía llorar a nuestros ojos. El vello se me erizó y corrí hacia la cama tras un mal presentimiento.

—¡La carta! ¡No está! —grité al ver el desierto de sábanas.

—¿Cómo que no está? —contestó Eva acercándose a mí.

—Míralo. La dejé aquí, ¡y ya no está! —chillé histérico, preso de la ansiedad y del pánico.

—Bueno... ¿Pero recuerdas qué decía, no? —preguntó ella fingiendo optimismo.

—¿El qué? —respondí, extrañado.

—No lo sé... —dijo a su vez, desorientada—. ¿De qué hablábamos?

—Ni idea... —contesté a su vez—. Pero siento que acabo de perder algo importante, que una parte de mí llora y se desangra. ¿Qué iba a contarte?

—¡Bahhh! ¡Si no lo recuerdas es porque será mentira! ¡Vamos, membrillo! Hay un té esperándote en la cocina... —rio ella.

Y, entre risas incómodas, abandonamos el cuarto ignorando que

salíamos diferentes a cómo habíamos entrado, ignorando que ninguno de nosotros volvería a recordar ni a pronunciar aquel nombre, Leo, hasta varios años después.

Había sido borrado de nuestras memorias y tardaríamos mucho, demasiado tiempo, en recuperarla. Algo se cernía sobre nosotros, algo que nos cambiaría y alejaría para siempre...

CONTINUARÁ...

¿Te ha gustado la novela? ¡Pues espera, no te vayas aún! Tengo cosas que contarte... Ven, ven...

¿A que jamás te han pedido que dejes “opi” en Amazon? ¿Puedo ser la prime, puedo, puedo? Pues eso... ¡Comparte con el mundo mundial tu opinión sobre la novela! Me ayudarás, mucho más de lo que piensas, si compartes tus sensaciones y opiniones al leerme. Sea en Amazon, en Goodreads, o en tus redes sociales o incluso en el tablón de anuncios del Mercadona.

Por cada opinión que dejéis, alguien, en algún lugar del mundo, adoptará un gatito. Si con eso no os animáis ya, yo no sé...

Va... ¿Me ayudas a que más gente se anime a leerme y a conocerme?

Y si, a estas alturas, te has enamorado irremediablemente de mi pluma, mi deber es ayudarte a que encuentres mi obra fácilmente, jijijiji. Así que ahí va:

SAGA “SERES MALDITOS” (novela gótica)

Actualmente, están publicadas las tres primeras entregas. Y, para cuando estés leyendo esto, la cuarta estará en proceso, o incluso terminada. Pero, aviso: ¡ahora mismo no tengo ni idea de cuántas serán! Si tuviera que apostar por un número, serían 5 o 6 entregas. ¡Más diversión!, ¿no? ¡Bieeeeeen!

Sinopsis:

Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde

el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?

A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor.

Prepárate para sumergirte en un mundo de fantasía oscura que te hará emocionarte, horrorizarte y sorprenderte. SENTIRÁS, EN MAYÚSCULAS.

“LA CONDESA MUERTA” (thriller sobrenatural)

Sinopsis:

Una mujer de época casada con un conde sanguinario. Un extraño asesinato en un hotel de Nápoles, que dará comienzo a una espiral de misteriosos asesinatos. Dos tramas, aparentemente inconexas, que se revelarán como una sola.

Misterio, sorpresa y ficción sobrenatural se unirán en esta trepidante novela negra que te cautivará.

Apuntes de la autora: Esta novela es un homenaje a clásicos como Poe, Christie, Lovecraft y muchos otros. Una novela negra fusionada con lo gótico y sobrenatural, salpicada de humor y guiños a la actualidad. Crimen, misterio y horror se mezclan aquí en una historia que te mantendrá constantemente en vilo.

PRIMICIA:

Si todo va bien, en julio de este año (2017) sacaré una nueva novela corta autoconclusiva del género de terror titulada *Los ojos de la muerte* y en

Navidades saldrá la cuarta entrega de la saga, que llevará por título: *Seres malditos. Venganza (Libro 4)*.

Hazte con ellas en Amazon en los siguientes enlaces:

Seres malditos. El origen (Libro1): [rxex.me/VG4Z26](https://www.amazon.es/dp/B084Z26)

Seres malditos. La conversión (Libro 2): [rxex.me/VFWF1K](https://www.amazon.es/dp/B084Z26)

La condesa muerta: [rxex.me/47TF4O](https://www.amazon.es/dp/B084Z26)

Manual práctico de comunicación escrita: [rxex.me/2AIGC4](https://www.amazon.es/dp/B084Z26)

Sobre la autora

Eba Martín Muñoz nació en Barakaldo (Vizcaya), aunque en la actualidad reside en Ciempozuelos (Madrid). Licenciada en Filología Hispánica, ha trabajado como profesora de Español para extranjeros dentro y fuera de España, como profesora de Italiano e Inglés para empresas, y como diseñadora de cursos.

Fijada su residencia en Madrid, los diez últimos años los ha dedicado a su actividad docente como profesora de Lengua y Literatura castellana, Inglés y Latín en Secundaria y Bachillerato, compaginándolo con la creación literaria y la corrección de textos.

Tras su éxito en las dos últimas facetas, la autora ha decidido dejar las aulas y dedicarse a tiempo completo a la corrección profesional de novelas y a la creación de las suyas.

Además de las tres primeras entregas de la saga *Seres malditos* y de *La condesa muerta*, ha publicado un libro especializado titulado *Manual práctico de comunicación escrita*. Actualmente, está trabajando en la cuarta parte de la saga, en una nueva novela corta de terror y en un libro de relatos de misterio orientado a la práctica escolar con propuestas de ejercicios sobre éstos.

Para contactar con la autora o seguir su avance en la saga, puedes seguirla en su twitter: @ebamiren o entrar en sus páginas <https://www.facebook.com/EbaMartinMunoz/> y <https://www.facebook.com/Seresmalditos/>

ÍNDICE

RECAPITULACIÓN DE PERSONAJES Y ACCIONES DE LOS LIBROS 1 Y 2

GLOSARIO DE SERES MÁGICOS/ DEMONÍACOS

YO (1)

TUTMÉS (1)

SUSANA (1)

PAULA (1)

YO (2)

IANIRE (1)

EVA (1)

YO (3)

LEO (1)

LUNA (1)

EVA (2)

MAESTRO K (1)

VINCENT (1)

IANIRE (2)

YO (4)

PAULA (2)

LEO (2)

LUNA (2)

YO (5)

EVA (3)

ARIOCH (1)

PAULA (3)

YO (6)

LEO (3)

PAULA (4)

EVA (4)

VINCENT (2)

LIDIA (1)

NÚRIA (1)

LUNA (3)

EVA (5)

LEO (4)

YO (7)

ARIOCH (2)

ADRIANA (1)

LIDIA (2)
ALBERTO (1)
LUNA (4)
YO (8)
LEO (5)
PAULA (5)
IANIRE (3)
EVA (6)
TUTMÉS (2)
YO (9)
LIDIA (3)
LEO (6)
ALOUQUA (1)
YO (10)
VINCENT (3)
LUNA (5)
SUSANA (2)
ADRIANA (2)
IANIRE (4)
LEO (7)
ALASTOR (1)
EVA (7)
LEO (8)
MAXIMILIAM (1)
YO (11)
PAULA (6)
LUNA (6)
YO (12)
ARIOCH (3)
PAULA (7)
YO (13)
LEO (9)
LUNA (7)
YO (14)
IANIRE (5)
LEO (10)
PAULA (8)
DOLORS (1)
VINCENT (4)
YO (15)
ARIOCH (4)

[LEO \(11\)](#)

[NELMAN \(1\)](#)

[PAULA \(9\)](#)

[LEO \(12\)](#)

[THELMA \(1\)](#)

[IANIRE \(6\)](#)

[YO \(16\)](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[ÍNDICE](#)

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2017.

[1] La primera máquina de escribir electrónica, con pantalla de una a tres líneas, que irrumpió con fuerza en el mercado ese mismo año, aunque no llegó a desbancar a las Olivetti.

[2] Sólo los miembros de las Casas Antiguas de Demonios tienen padrinos. El bautismo de sangre es una ceremonia tradicional consistente en un baño de sangre del pequeño demonio que, además de festejar la llegada al mundo del pequeño, ayuda a forjar su carácter asesino y sanguinario. Las Casas menores tenían prohibidos este tipo de rituales (y, por tanto, la tenencia de padrinos) pues se consideran “demonios inferiores”.

[3] En egipcio antiguo, “salud, vida” (sana, cicatriza).

[4] Especie de falda, anudada a la cintura por medio de un cinturón de cuero. Sobre ésta, las clases nobles llevan una saya corta, decorada con ricos motivos.

[5] La prensa roja, en esta época, es un nuevo mercado de prensa sensacionalista propia que mezcla el amarillismo, la prensa rosa y la crónica negra. Se centra en cotilleos y sucesos morbosos o desagradables vinculados al mundo no humano: vampiros, brujas, cambiaformas, yonquiros, etc.

[6] Revista de moda que pertenece a la citada prensa roja y que, constituye, junto a otras revistas y periódicos, a la TVAM (la televisión vampírica), a Fangbook y a varias emisoras de radio, la red vampírica de telecomunicaciones.

[7] Sólo los Maestros (vampiros con un mínimo de cien años vampirianos) pueden, por ley, convertir a otros. Si un vampiro no Maestro convierte a un humano, ambos lo pagarán con su vida. A los convertidos por vampiros menores de edad los llaman “Incompletos” y, salvo contadas excepciones, son aniquilados sin contemplaciones. Entre las muchas razones existentes, porque, cuando un Incompleto intenta realizar su propia conversión, el resultado es un engendro incontrolable que pone en peligro a toda la sociedad, incluida la vampírica. Son los *Necandi* (en latín, “los que deben ser aniquilados”).

[8] Se dice de este demonio mayor que es uno de los más poderosos y fieros que habitan el Infierno. Entre sus innumerables poderes destacan la regeneración, la conversión y la creación de nuevas materias, orgánicas o no. Su apodo de los “Siete pecados” hace referencia a sus debilidades: lujuria (es bisexual), gula, ira, soberbia, envidia...

[9] Pese a tener una apariencia normalmente calmada y amable (con su tez clara y tersa, y sus limpios ojos azules), la mente de Alastor está gobernada por el ansia de sangre y la lujuria. Sádico por excelencia, cree que la imagen más hermosa es un rostro deformado por el sufrimiento y no hay poesía mejor cantada que las de los gritos y gemidos de agonía. Nadie puede saber lo que está pensando o sintiendo debido a su poder para ocultar sus sentimientos. Su sed de sangre es inaplacable, al punto de beberla sólo por el placer de acabar con una vida o de producir sufrimiento. Es traicionero y le gusta jugar con las personas, a las que considera una raza inferior.

[10] Es el nombre que recibe la marca negra, similar a un tatuaje, que porta en la espalda y que le acompaña desde su nacimiento, desde la mitad de su espalda hasta envolver su hombro derecho. Posee forma de cráneo plateado con dos brazos semejantes a los de una mantis religiosa. De estos brazos se pueden generar infinitas espadas cortas espectrales, cargadas de energía demoníaca, que destruyen todo a su camino. Dichas espadas pueden ser clavadas en el aire y mantenerse suspendidas hasta que él las haga detonar a voluntad generando una devastadora explosión. Las espadas sirven de canalizador de su energía y no se pueden romper más que con otras armas demoníacas. Así mismo, una vez clavadas en la carne, es imposible extraerlas sin desgarrar la carne debido a sus escamas a contrapelo. Los diseños tribales en ella crecen y se encogen según el estado de ánimo del demonio. Cuando está colérico, además de la onda de luz roja, su marca de nacimiento comienza a trepar por su brazo derecho hasta llegar a su mano. Cuando esto sucede, en su palma se forma un sello circular que puede ser plasmado sobre otro ser. Ahí la víctima ya está perdida: día a día se expandirá por la piel drenando su energía vital y, en cuestión de cinco días, el sello cubrirá totalmente su cuerpo hasta morir. Es un arma parásito que sólo puede ser quitado por el amo del demonio. El arma se alimenta del propio Alastor, de su energía e, incluso, de su propia sangre, produciéndole heridas en su cuerpo.

[11] Espíritu demoníaco que maneja la vida y los pensamientos ajenos a su antojo, y es el encargado del movimiento de las estrellas según los caldeos.

[12] Nombre de la aerolínea mundial dedicada a vuelos para vampiros. Entre sus peculiaridades destacan, por ejemplo, que el personal de vuelo está formado por humanos mientras que sus clientes son exclusivamente vampiros. Sólo despegan y aterrizan en horario nocturno y poseen una flota de aviones ultra-rápidos. Éstos, además, están contruidos con fibramp, el invento del siglo XXII.

[13] Este material revolucionario protege a los vampiros de los rayos del sol mediante su bloqueo. Con él se crean medios de transporte (aviones, barcos, taxis...), accesorios como gafas de sol y, en la actualidad, se está trabajando para convertirla en prenda textil.

[14] Nombre actual y definitivo del principal aeropuerto de Madrid. En sus inicios se le conocía simplemente como “Aeropuerto de Barajas”, que engloba desde su apertura en 1929 hasta 2014, año en

el que se le cambia de nombre a raíz de la muerte de un afamado político español. En su honor, pasa a llamarse “Aeropuerto Adolfo Suárez- Barajas”. Años más tarde, en 2055, fallece el cantante español Julio Iglesias con 112 años, y se vuelve a bautizar el aeropuerto con su nombre para celebrar la longevidad y la fama internacional de este cantante patrio.

[15] Es la parte superior del vestido, entallada al torso y con gran escote redondo en la delantera. Las mangas eran estrechas y largas con forma o caída en el codo. La espalda acaba en una pequeña cola. En el siglo XVIII se le conocía con este nombre en España, mientras que en Francia lo llamaban “pirrot”. Normalmente, suelen estar bordados en sedas de colores e hilos metálicos que dibujan motivos florales decorados con un encaje de punto.

[16] Volantes de tela fina o de encaje que adornaba el pecho de las camisas y el final de las mangas de ésta.

[17] Zapatos altos con punta estrecha y corta, y tacón de carrete forrado en cuero. Llevan la boca ribeteada con una cinta de flecos de seda.

[18] Conjuro en latín de congelación de seres animados, que se traduce por “¡Detente, tiempo, detente ahora!”.

[19] También en latín, “congélate, congélate”

[20] Según el Necronomicon, Marutukku suele ser invocado al realizar cualquier ceremonia de lo sobrenatural en la que hay peligro, como la invocación de fuerzas demoníacas. Protege tanto el alma como el cuerpo.

[21] En latín, “Puerta, ábrete”.

[22] En latín “Sal, contenedor, de mi cuerpo”

[23] Los Vetustos: son llamadas así las castas vampíricas más antiguas, que defienden la pureza de sangre y la supremacía del vampiro por encima del ser humano. Suelen ser clasistas, inmovilistas, crueles y serán ellos quienes llevarán a cabo, en el futuro, su lucha contra los *Necandi* y los impuros, defendiendo el exterminio de todos ellos.

[24] En latín, “Detente, tiempo, detente ahora”.

[25] Es el nombre latino equivalente a la diosa griega de la primavera, Perséfone, la esposa de Hades (o Plutón) que, en su momento fue raptada por él y llevada al Inframundo. Por un trato entre ambos y Júpiter (Zeus), a raíz de la ingesta de unas semillas de granada (el símbolo de la fidelidad matrimonial), ella pasaría seis meses en el mundo de los vivos, momento en que el mundo florece con su presencia (primavera y verano); y los otros seis, en el mundo de los muertos (que equivaldrá al otoño y el invierno en la Tierra a causa de su ausencia).

[26] En latín, “Cámbiame”.

[27] En esta época, Kurfürstendamm era una zona poco transitada, poco más que un sendero. No será hasta principios del siglo XX cuando se convierta en el lugar de reunión preferido de intelectuales y artistas. Fue entonces cuando surgieron los primeros teatros, cafés, cabarets y clubs nocturnos. Durante la Segunda Guerra Mundial, la zona fue gravemente dañada por los bombardeos aliados y no fue hasta entrados los años 50 cuando comenzó a recuperarse y a ser catalogada como “Avenida”.

[28] El significado de este nombre hebreo es “la alabada”, o “alabanza divina”.

[29] En latín, “intercambios”.

[30] El Sanatorio Psiquiátrico «Nuestra Señora del Pilar», inaugurado en la década de 1890 y que acogió dementes de innumerables zonas de España.

[31] En latín, “pies míos, volad”. Fue el hechizo de velocidad que le enseñó el Profesor y que, si recordáis, puso en práctica la noche en que asesinó a Iulian.

[32] La isla de Bla Jungfrun, situada en Suecia, en el mar Báltico junto al Estrecho de Kalmar, es una isla deshabitada (si no contamos a los pájaros, murciélagos y conejos que la pueblan) de menos de un kilómetro cuadrado. Recibe el sobrenombre de “maldita” porque, ya en la Antigüedad, los marinos se negaban a desembarcar en ella por creer que era la morada del diablo. Sobre ella circulan leyendas de todo tipo, como que los hombres que posaban sus pies en la isla no regresaban nunca o lo hacían con la mente trastornada y la memoria ciega. La leyenda más extendida es la que la señala como lugar de reunión de brujas con el diablo en varios días sagrados, como el Jueves Santo, donde ellas le ofrecen bebés humanos y copulan con él hasta engendrar sapos y culebras.

Hoy en día, la isla es uno de los parques nacionales suecos más famosos. Eso sí, no se puede encender fuego en ella ni pasar la noche en la isla...

[33] En las Actas de los Juicios de las Brujas de Mora se dice que el Blokula es la morada del diablo, a la que se accedería por una puerta que desemboca en un prado más pequeño en el que se halla la vivienda y que se describe con dos habitaciones: la inferior, con una gran mesa alrededor de la cual se sientan las brujas; y la superior, llena de camas delicadamente talladas.

[34] Circe es el nombre de la diosa hechicera que se enamoró de Odiseo (Ulises) y que trató de retenerlo con ella. Entre sus numerosas habilidades, destacaba la conversión de humanos en animales por medio de la herboristería.

[35] La noche de Walpurgis es la noche de las Brujas en Suecia. Se da durante la madrugada del uno de mayo como regalo de cumpleaños a Satanás, en la que pasan el tiempo entre juegos, hechizos, comilonas de las víctimas aportadas y danzas con sus amantes, incluyendo animales.

Table of Contents

[Recapitulación de personajes y acciones de los libros 1 y 2](#)

[Glosario de seres mágicos/ demoníacos](#)

[YO \(1\)](#)

[TUTMÉS \(1\)](#)

[SUSANA \(1\)](#)

[PAULA \(1\)](#)

[YO \(2\)](#)

[IANIRE \(1\)](#)

[EVA \(1\)](#)

[YO \(3\)](#)

[LEO \(1\)](#)

[LUNA \(1\)](#)

[EVA \(2\)](#)

[MAESTRO K \(1\)](#)

[VINCENT \(1\)](#)

[IANIRE \(2\)](#)

[YO \(4\)](#)

[PAULA \(2\)](#)

[LEO \(2\)](#)

[LUNA \(2\)](#)

[YO \(5\)](#)

[EVA \(3\)](#)

[ARIOCH \(1\)](#)

[PAULA \(3\)](#)

[YO \(6\)](#)

[LEO \(3\)](#)

[PAULA \(4\)](#)

[EVA \(4\)](#)

[VINCENT \(2\)](#)

[LIDIA \(1\)](#)

[NÚRIA \(1\)](#)

[LUNA \(3\)](#)

[EVA \(5\)](#)

[LEO \(4\)](#)

YO (7)
ARIOCH (2)
ADRIANA (1)
LIDIA (2)
ALBERTO (1)
LUNA (4)
YO (8)
LEO (5)
PAULA (5)
IANIRE (3)
EVA (6)
TUTMÉS (2)
YO (9)
LIDIA (3)
LEO (6)
ALOUQUA (1)
YO (10)
VINCENT (3)
LUNA (5)
SUSANA (2)
ADRIANA (2)
IANIRE (4)
LEO (7)
ALASTOR (1)
EVA (7)
LEO (8)
MAXIMILIAM (1)
YO (11)
PAULA (6)
LUNA (6)
YO (12)
ARIOCH (3)
PAULA (7)
YO (13)
LEO (9)
LUNA (7)
YO (14)

[IANIRE \(5\)](#)
[LEO \(10\)](#)
[PAULA \(8\)](#)
[DOLORS \(1\)](#)
[VINCENT \(4\)](#)
[YO \(15\)](#)
[ARIOCH \(4\)](#)
[LEO \(11\)](#)
[NELMAN \(1\)](#)
[PAULA \(9\)](#)
[LEO \(12\)](#)
[THELMA \(1\)](#)
[IANIRE \(6\)](#)
[YO \(16\)](#)
[Sobre la autora](#)
[ÍNDICE](#)